



**Anna  
Caballé  
-  
Breve  
historia  
de la  
misoginia**

*Antología y crítica*

*Ariel*

## Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Citas

Prólogo a la segunda edición

La dureza del doble rasero

Primera parte. Siglos XIII-XVI

1. Malas mujeres

2. Hombres fuertes, mujeres temerosas

Segundaparte. Siglo XVII

3. Donde hay rosas, hay espinas

Tercera parte. Siglo XVIII

4. Petulantes y petimetras

Cuarta parte. Siglos XIX y XX

5. Amor y pedagogía

6. Las literatas, caballos o peces

7. Quod natura non dat...

Quinta parte. Siglo XX

8. El miedo al feminismo

9. Cómplices

Epílogo

Bibliografía

Agradecimientos

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

¿Es posible hablar de pensamiento misógino en la sociedad actual? ¿Qué huellas ha dejado la misoginia explícita en tantas obras y autores clásicos?

Un recorrido peculiar por los juicios y las descalificaciones que ha merecido la mujer, por el mero hecho de serlo, a lo largo de los siglos. De la Baja Edad Media al presente más inmediato, y desde los grandes misóginos medievales — don Juan Manuel, Jaume Roig, Francesc Eiximenis, el Arcipreste de Talavera— hasta la actualidad, pasando por Quevedo, Gracián, Leandro Fernández de Moratín y Cela, entre otros, por primera vez se propone un itinerario contra femina ilustrado con citas de las letras hispánicas, algunas de ellas firmadas por mujeres.

Anna Caballé

Breve historia  
de la misoginia

Antología y crítica

*Ariel*

... Me preguntaba cuáles podrían ser las razones que llevan a tantos hombres, clérigos y laicos, a vituperar a las mujeres, criticándolas bien de palabra bien en escritos y tratados. No es que sea cosa de un hombre o dos, ni siquiera se trata de ese Mateolo, que nunca gozará de consideración porque su opúsculo no va más allá de la mofa, sino que no hay texto que esté exento de misoginia. Al contrario, filósofos, poetas, moralistas, todos —y la lista sería demasiado larga— parecen hablar con la misma voz para llegar a la conclusión de que la mujer, mala por esencia y naturaleza, siempre se inclina hacia el vicio.

Christine de Pizan,  
en *La ciudad de las Damas*, 1405

Emprenda, emprenda mucho,  
elévase tu ingenio,  
remóntese tu numen,  
no aletee rastrero.  
No tejas más laureles  
a ese contrario sexo,  
que sólo en nuestra ruina  
fabrica sus trofeos...

Gertrudis de Hore Ley (Cádiz, 1742-1801)

Todo sentimiento que intimide me resulta antinatural y extraño.

Otilie von Pogwisch a su marido,  
August von Goethe, el 16 de febrero de 1817

De vez en cuando dejamos de crecer. Es de la lluvia, del frío, de esta humedad a la que están sujetos en el norte huesos y barcos, árboles y piedras. Es entonces grande la tentación de la pocilga.

Eugénio de Andrade (1923-2005)

A una mujer con la cabeza llena de griego, como madame Dacier, o que sostiene sobre mecánica discusiones fundamentales, como la marquesa de Chatelet, parece que no les hace falta más que una buena barba; con ella su rostro daría más plenamente la expresión de profundidad que pretenden.

Immanuel Kant, *Observaciones sobre lo bello y lo sublime*, 1764

## Prólogo a la segunda edición

Yo tenía once años y como todos los domingos entré cerca del mediodía en una parroquia de Barcelona, con mis padres y mis hermanos, para asistir a la misa dominical. El viernes anterior no me había confesado en el colegio, como era costumbre, así que me dirigí al confesionario mientras mis padres se acomodaban en uno de los primeros bancos de la nave central. Tuve que esperar muy poco. Me arrodillé ante una de las rejillas laterales del cubículo de madera y me dispuse al consabido inventario de mis faltas. La más grave tenía que ver con las frecuentes peleas con mi hermana Elena. Entonces sentíamos una enorme hostilidad mutua y nuestra rivalidad nos agobiaba tanto a ella como a mí, pero no sabíamos cómo ponerle remedio. Se lo expuse al confesor accidental —yo tenía, como todas las niñas de mi clase, mi propio confesor— de forma casi rutinaria porque eso venía ocurriendo semana tras semana, mes tras mes. El sacerdote no pareció nada convencido con mi explicación y me preguntó ¿y qué más?, ¿qué otros pecados tienes por confesar? Yo era una niña muy desarrollada físicamente, pero mi ignorancia sobre el cuerpo, sobre los cuerpos, era total. Imaginé que quería más sentimiento en mis palabras. Di detalles de nuestras peleas, añadí otras cosas que recordaba y que podían ser motivo de confesión. Por ejemplo que un día busqué la palabra encinta en un ejemplar del diccionario de la RAE, en una biblioteca a la que acudía regularmente. Recordaba mi turbación al buscarla, consciente de que había algo «extraño» en ella que yo quería saber. Más o menos, así se lo dije, pero no pareció satisfecho. ¿Y qué más? La pregunta se repetía una y otra vez. Bueno, desobedecí a mi madre... ¿Y qué más? Yo me sentía agobiada y buscaba con desespero otras faltas que añadir a la lista, cada vez más copiosa. Me había quedado sin argumentos cuando, finalmente, el sacerdote se destapó: ¿y a los lavabos, vas con otras niñas? ¿Cómo?, ¿los lavabos? No entendía qué papel podían jugar en aquella difícil conversación.



¿Qué tendría que ver eso con las serias discusiones que yo mantenía con mi hermana? La situación se fue endureciendo: ¿era posible que hubiera visto alguna cosa sucia en los lavabos?, ¿compañeras mías haciendo tal vez cosas feas?, ¿ tocándose?, ¿me tocaba yo? ¡Qué manía!, pensaba yo tímidamente. No entendía qué quería de mí con sus preguntas. Cada vez más nerviosa, viéndome sin salida, de pronto sentí un vacío en la cabeza y tuve que salir del confesionario a toda prisa, confusa y mareada. Mis padres me estaban esperando allí mismo. La misa había terminado y mi madre me reprendió duramente: debía ser muy grave lo que había hecho para que la confesión durara tanto rato. A todo esto vi al sacerdote deslizarse rápidamente de vuelta a la sacristía. Salí de la iglesia aturdida, llorosa y culpable. ¿Qué había pasado? ¿Es que Dios sabía algo de mí que era muy feo? Solo mucho tiempo después di con el sentido exacto de lo que había ocurrido. Ahora siento una inmensa lástima por aquellos pobres seres ensotados y reprimidos que veían en los otros las oportunidades de pecar que imaginaban para sí mismos. El deseo les debía acechar sin descanso. Y es que vamos sabiendo cuánto sufrimiento absurdo e innecesario ha generado el celibato impuesto, arruinando infancias que de ningún modo merecían aquel castigo. En enero de 2002, *The Boston Globe* publicó «Church allowed abuse by priest for years», el famoso reportaje que denunciaba las agresiones y abusos sexuales de decenas de sacerdotes estadounidenses en contra de menores de edad, aunque pesar de ello, hoy sabemos que las dimensiones del horror son inéditas. Basta con detenerse en las renuncias en masa de 34 obispos — forzadas por el Vaticano— a principios de 2018, pasando por la abdicación papal en febrero de 2013 y las miles de denuncias que hasta el día de hoy continúan sucediéndose.

El acoso sexual por parte del estamento eclesiástico podía darse indistintamente con niños o niñas y los actos no tenían que ver con la hostilidad hacia el otro sexo sino con su propia y enfermiza represión. De modo que cualquiera, niño o niña, chico o chica, estaba expuesto al zarpazo. Lo importante es que las denuncias que ahora se suceden de forma inapelable tienen una significación demoledora en relación a la Iglesia católica como autoridad moral, porque ella ha sido responsable principal del fomento y divulgación del pensamiento misógino que tanta ruina trajo a las mujeres en

el pasado, a través de la educación, la ideología y el confesionario. Discurriendo un discurso *contra fémina* que estaba fundado en la represión y el menosprecio. Despojándola del *logos*. Como señalaba Simone de Beauvoir, toda la educación de la mujer conspiró en el pasado para cerrarle los caminos del heroísmo, el conocimiento y la libertad.

En 2018, los espacios de denuncia se multiplicaron. Al hilo de la primera edición de este libro, en 2006, una activista estadounidense, Tarana Burke, utilizó la frase *Me Too* (yo también) para empatizar con mujeres víctimas de la violencia sexual, creando una comunidad virtual que, con el paso de los años tuvo una explosión de popularidad. Los efectos de la indignación frente a la violencia que las mujeres denunciaban en cascada recibieron un decisivo empujón gracias a las plataformas digitales y la campaña del *MeToo* hollywoodense en 2017, explosionando como un fenómeno global. Ha sido una herramienta eficaz para volver sobre el pasado individual y colectivo con otra luz y otra perspectiva. Afloraron muchas experiencias turbias que habían permanecido más o menos sepultadas por lo inútil que era su verbalización. Siempre latía la sospecha de la propia culpabilidad ante los desafueros masculinos. Eran otras épocas. Ahora, como digo, hay una nueva percepción sobre el acoso sexual a las mujeres que debería funcionar como garantía de una nueva y más respetuosa manera de relacionarse los sexos. Las cosas han cambiado tanto que en el presente son algunos hombres los que se quejan de sentirse sospechosos de acoso ante la menor rozadura o guiño cómplice a una mujer. Aseguran sentirse inseguros. Las mujeres nos hemos sentido inseguras muy a menudo ante comportamientos que ahora tienen una palabra y por fin pueden denunciarse. Y se denuncian. Al menos eso puede hacerse en una parte del mundo. La situación es muy distinta en los países africanos y en el mundo islámico. Más allá de las políticas nacionales y del grado de intervención de la religión en el Estado, las mujeres africanas y musulmanas se hallan en una situación de inferioridad y de dependencia del varón sustentada en conjuntos de prescripciones destinadas a coartar su libertad, encerrando sus cuerpos y sus espíritus, a veces hasta extremos inhumanos. Todo ello es parte de un muro

que parece infranqueable entre el islam, las culturas africanas —con prácticas tan bárbaras como la ablación del clítoris— y la modernidad en la que se asienta el mundo occidental.

La nueva percepción sobre el acoso puede cambiar mucho las cosas. Las mujeres no estamos solas y una mayoría de la población masculina ha comprendido ya su sentido e importancia. En los últimos tiempos esa nueva percepción ha hecho tambalear sólidas estructuras. Pensemos en el Premio Nobel de Literatura. A raíz del destape colectivo que supuso el *MeToo* se supo que el fotógrafo y lobbysta marsellés Jean-Claude Arnault había abusado sexualmente de dieciocho mujeres a lo largo de veinte años, beneficiándose de la impunidad que le concedía el hecho de estar casado con la influyente Katarina Frostenson, miembro del jurado de los Premios Nobel de Literatura, y ella misma autora de una treintena de libros. A esa denuncia siguió una cadena de renunciaciones por parte del Jurado. Y por primera vez en su historia, el galardón no se ha concedido en 2018 por un motivo que no sea una guerra o la falta de candidatos, sino debido a un exceso de soberanía masculina.

La publicación de *Una breve historia de la misoginia*, en febrero de 2006 tuvo una magnífica acogida. El libro respondía a una profunda indignación a la que se hace referencia explícita en el prólogo. Vivíamos años de involución y el feminismo carecía de influencia moral, expandiéndose entre las jóvenes un modelo reactivo y narcisista, ya denunciado por Susan Faludi, que parecía frenar todos los avances. Reunir tantos juicios adversos acumulados en el tiempo sobre la mujer fue un ejercicio doloroso pero sorprendentemente eficaz. Permitted poner de manifiesto que aunque varíe la argumentación, los rasgos comunes que mantiene el discurso misógino a lo largo de los siglos son muchos. No importa que hablemos del siglo XVI o de los primeros años del XX, el enfrentamiento que se plantea entre un mundo masculino y superior y uno femenino e inferior, destinado a la resignación y la obediencia, ha sobrevivido a las guerras y las estéticas. Y nos revela con cuánta energía se ha combatido el derecho de la mujer a ser un ser humano completo, a empoderarse y tener la posibilidad de cambiar la faz del mundo, como han podido tenerla los hombres.

De modo que se sucedieron las entrevistas y las reseñas positivas y creo que el libro consiguió su objetivo. Fue una herramienta eficaz para demostrar con citas de autores de peso, de mucho peso, la larga tradición del pensamiento misógino, de unas ideas que sirvieron durante siglos para legitimar la marginación de la mujer en la vida española, sometiéndola a la supremacía masculina. Es muy posible, sin embargo, que esa disputa por la supremacía haya durado ya lo suficiente y estemos yendo hacia una nueva e insólita fraternidad que solo va a depender de nuestro deseo de superar los errores del pasado, explorando positivamente situaciones nuevas y creyendo en ellas. Todo cuelga de un fino hilo. La tentación de la pocilga de la que habla Eugénio de Andrade —una de las citas que encabezan el libro— siempre está ahí, como el dinosaurio de Monterroso. Y si bien es cierto que los tiempos han cambiado, algunos hechos no permiten considerar el destierro definitivo de la misoginia. Pervive, enquistado, en el mundo del deporte, del reconocimiento público. Pervive en el interior de las casas, en las relaciones de pareja, en los modelos de consumo. En el universo digital: jóvenes *gamers* han denunciado verse acosadas en la Red, insultadas por su supuesto intrusismo —machorras, bolleras, zorras, feminazis, ¡tú, a fregar!—. Son vejaciones que siguen oscureciendo el cielo. Ni la mejor enseñanza posible puede resolver el problema, porque tiene que ver con una forma mórbida de ver a la mujer. Pero ahí estamos, a la búsqueda de soluciones que permitan reconstruir nuestras relaciones basándolas en el respeto mutuo.

Esta edición presenta ligeros cambios respecto a la anterior: se han corregido algunos errores, revisado la bibliografía y se han agrupado los capítulos para facilitar la periodización.

Barcelona, 25 de noviembre de 2018

## La dureza del doble rasero

### 1

Una mañana de domingo, paseando por los puestos de libros del mercado de San Antonio, compré un librito cuyo título me llamó la atención, *Cinco novelistas inglesas*, firmado por Charles David Ley. Abriéndolo por el índice vi que trataba de las cinco grandes novelistas inglesas del siglo XIX: Charlotte, Emily y Anne Brontë, Jane Austen y Mary Ann Evans, más conocida como George Eliot. Comprendo que la leyenda que rodea a estas cinco grandes mujeres resulte motivo de muchas sutiles ironías. Ya están las mujeres, otra vez, hablando de las mismas de siempre... que si Jane Austen, que si Virginia Woolf... Es difícil, para un lector confortablemente instalado en un mundo de valores que no le agrade particularmente, hacerse una idea del impacto que supuso, y sigue suponiendo, la lectura de aquellas novelas (*Jane Eyre*, *Orgullo y prejuicio*, *Cumbres borrascosas*, *Middlemarch*) donde, por primera vez de una forma tan rotunda, un grupo de escritoras se atrevía a romper los paradigmas masculinos exponiendo públicamente su visión del mundo a través de sólidas ficciones sustentadas en la propia subjetividad. ¿Qué lectora no se ha sentido conmovida con el descubrimiento de una escritura tan interiormente libre como la de estas inglesas cercadas por la fuerza de la costumbre?

Sin embargo, y en general, las mujeres nos hemos acostumbrado a silenciar las verdaderas influencias recibidas, porque esas influencias han carecido del prestigio alcanzado por otros libros. Pienso ahora en las lecturas juveniles de mi generación: los libros leídos por los adolescentes varones que descubrían la literatura aproximadamente a la misma edad que las chicas. Ellos lograron dotar a esas lecturas formativas de un atractivo indiscutible. En sus autobiografías y memorias la experiencia adquiere una proyección

universal: las maravillosas historias de Alejandro Dumas, de Emilio Salgari, de Julio Verne y tantos más, cargadas de héroes masculinos que luchan por su honor, por la ciencia, por el amor de una mujer y lo hacen disfrutando de atributos admirables (coraje, valentía, lealtad, honradez y sentido de la justicia). Poco sabemos todavía, sin embargo, de las lecturas que influyeron en las jóvenes de cualquier época. Con alguna excepción, como la de Emilia Pardo Bazán, la escritora sin miedo que dejó una magnífica descripción de sus lecturas adolescentes en los «Apuntes autobiográficos», tan erróneamente considerados por sus contemporáneos como un ejercicio de pedantería y presunción.<sup>1</sup> Leamos qué dice Cristina Fernández Cubas sobre esta cuestión:

Hace algunos años, en cierta mesa redonda de imborrable recuerdo, nos preguntaron a los participantes cuáles habían sido nuestras lecturas de infancia. Citamos a Verne, a Stevenson, a Salgari... Y yo, sin sospechar a lo que me exponía, incluí el nombre de Louise May Alcott. Enseguida percibí una sonrisa entre mis compañeros de mesa. Una actitud de condescendencia que el público me devolvió como un espejo.<sup>2</sup>

Muchas de nosotras leímos aquel maravilloso relato de iniciación en una versión censurada;<sup>3</sup> a pesar de ello la fuerza vital, tan emersoniana, de la familia March resultaba más que inspiradora. Pero el prestigio no está del lado de la mujer a no ser que hablemos de largas piernas o de una piel de melocotón, de modo que su formación intelectual, por ejemplo, apenas ha interesado. Sólo las modelos, actrices y sopranos consiguen alcanzar un reconocimiento público que no se pone en entredicho ni pierde su valor por el hecho de haberlo alcanzado una mujer. En efecto, la lectura de *Mujercitas* ejerció una influencia enorme entre las adolescentes de aquella España franquista a la que se refiere Fernández Cubas,<sup>4</sup> aunque no se haya estudiado todavía su valor como posible modelo femenino. Por más que Alcott se mostrara ajena a la proyección alcanzada con su relato, nada más publicarse en 1868, el formidable personaje de Jo March sirvió para que muchas jóvenes, más aficionadas a la lectura y al ejercicio que a pensar en vestidos y encuentros sociales, encontraran en ella un referente no sólo literario sino practicable.

Vuelvo al librito de Ley, editado por José Janés en marzo de 1948.<sup>5</sup> Aquella misma noche me dispuse a leerlo. Primero lo hojeé, como suelo hacer, descubriendo para mi sorpresa comentarios francamente extraños. En el capítulo dedicado a Jane Austen leí, por ejemplo: «George, el hermano menor, aún más joven que Jane, fue un simplón, como solía acontecer con el último vástago de las familias inglesas numerosas. En efecto, se siente un tentado de pensar que acaso se deba al hecho de haber estado tan a punto de caer en la idiotez, que Jane haya llegado a convertirse en una artista de fama mundial. A pesar de su vida tranquila en la rectoría lugareña, su figura constituye un posible estudio para aquellos que gustan de investigar en la patología del genio».<sup>6</sup> Me pareció un comentario francamente extraño, pero unas páginas atrás hablando de los hombres de letras y de su valor en la sociedad victoriana exclamaba: «Pero no vamos a extendernos aquí acerca de los genios, puesto que tratamos de las escritoras».<sup>7</sup> No daba crédito a las palabras que leía. Me incorporé lo más que pude en mi butaca pensando que no era posible que un crítico literario abordara la semblanza de estas importantes novelistas con tales prejuicios, aun escribiendo en los años cuarenta, pero la experiencia no había hecho más que empezar. El autor parece carcomido por la desgracia de tener que admitir que la mejor literatura inglesa del siglo XIX, parte de la mejor en cualquier caso, fue femenina, de modo que los juicios despectivos sobre estas lúcidas y retraídas mujeres son continuos: *Orgullo y prejuicio*<sup>8</sup> es una novelita que, simplemente, ha tenido suerte; los errores narrativos de George Eliot son tantos que resulta providencial que finalmente sus historias lleguen a buen puerto y en *Cumbres borrascosas* la actitud de Emily Brontë como narradora es tan ambivalente como la que los campesinos muestran con su ganado: con una mano acarician el lomo de una ternera mientras que con la otra afilan el cuchillo que la degollará. No obstante, el autor no desperdicia la ocasión de ensalzar al sublime autor de *La feria de las vanidades*, William Tackeray, quien, por su parte, admiró sinceramente a la autora de *Jane Eyre*, Charlotte Brontë, por ejemplo, y procuró obsequiarla lo que pudo durante sus breves estancias en Londres. No importa, Ley parece apenado cuando debe referirse al último viaje de la novelista, hermana mayor de Emily, a la capital, en 1851. Por lo visto, Charlotte Brontë asistió a dos conferencias pronunciadas por

Thackeray queriendo responder así a su cortesía y sin pretenderlo en absoluto se convirtió en ambas en el centro de atención de la sala. Ley se lamenta: «En la segunda conferencia fue todavía peor. Los asistentes, gentes del medio literario y de la aristocracia, abrieron paso a Charlotte y esperaron de pie a que ella saliese, como si ella fuese la reina de Inglaterra. La pobre Charlotte, haciendo un supremo esfuerzo, consiguió llegar a la puerta sin desmayarse».

En lo primero que se piensa es que si escritoras del fuste indiscutible y excepcional de las aquí mencionadas han tenido que sortear estas mezquinas reservas a la persona y a la obra ¿qué no habrá ocurrido con las que no dispusieron de su talento literario?<sup>9</sup> Pero también cabe pensar que la situación inversa —una ensayista abordando la obra de cinco grandes escritores en estos términos despreciativos y abiertamente hostiles, cuando no insultantes— es inconcebible. En lo tercero, que la consideración intelectual de las escritoras no ha cambiado tanto desde el siglo XIX, a pesar de las llamativas apariencias y algunos éxitos de ventas que ya conocieron, por cierto, las hermanas Brontë. Un ejemplo reciente lo proporciona el profesor José-Carlos Mainer en su ensayo *Tramas, libros, nombres*. A pesar de tan elocuente subtítulo —*Para entender la literatura española, 1944-2000*—, su trabajo no considera la obra de ninguna escritora que haya publicado en el periodo estudiado, nada menos que la segunda mitad del siglo XX, periodo privilegiado en cuanto se refiere al acceso de la mujer a la literatura concebida profesionalmente. Mainer no considera a las novelistas que han ejercido una influencia indudable como Carmen Laforet, Ana María Matute o Carmen Martín Gaité. Cualquier lector/a poco informado cierra el libro con la seguridad de que puede explicarse perfectamente la historia de la novela española de los últimos cincuenta años sin que las escritoras hayan contribuido a su desarrollo en lo más mínimo. Simplemente no existen en su ensayo, no tienen ningún papel, ni bueno, ni malo, ni regular.<sup>10</sup> Un ejemplo al azar:

Nuestro año (Mainer se refiere a 1952) apenas cuenta sino por una novela de Zunzunegui, *Esta oscura desbandada*, que acompañó a otra de Pedro de Lorenzo, *Una conciencia de alquiler*, que pertenece a su ciclo *Los descontentos*; pero ni la presunta crudeza de la una, ni la corrección de la otra son, a la postre, otra cosa que moralina.<sup>11</sup>



Bien, una estudiante de filología se hace a la idea —el profesor Mainer es una autoridad indiscutible y admirada en cuanto se refiere a literatura española del siglo xx— de que aquel año, «nuestro año», publicó un tal Zunzunegui, un tal Pedro de Lorenzo... Libros regulares al parecer y sospechosos de moralina. ¿Nada más? Pues sí. 1952 es el año en que Carmen Laforet publica su segunda y esperadísima novela (después de *Nada*, en 1944) titulada *La isla y los demonios*; o bien el año en que Elena Quiroga, futura académica de la RAE, da a conocer su novela *La sangre*. También el año en que María Martínez Sierra publica un libro de culto sobre los años anteriores a la guerra civil, *Una mujer por tierras de España*. Y aparece el primer libro de cuentos de Rosa Chacel, titulado *Sobre el piélago*... En definitiva, es una monografía —imagen de una situación cultural— que invita a preparar otra que sí considere el papel de las escritoras durante ese importante período. ¿A qué se debe esta actitud de silenciamiento? Sea cual fuere, es la misma lógica del rechazo o de la invisibilidad que explica los resultados de una encuesta realizada por la revista *Quimera*, en pleno furor del canon literario generado por el cambio de siglo y de milenio.<sup>12</sup> La pregunta giraba en torno a «las diez mejores novelas españolas del siglo xx» y fue enviada a críticos, profesores y escritores, aunque ignoro los detalles del procedimiento. Las diez mejores novelas según el resultado de la encuesta y por orden de votos son: *Tiempo de silencio*, *La colmena*, *El Jarama*, *Tirano Banderas*, *La saga/fuga de J. B.*, *Niebla*, *Señas de identidad*, *El árbol de la ciencia*, *El obispo leproso* y *Si te dicen que caí*. Es muy significativo que novelas como *Nada*, *Primera memoria*, *Entre visillos*, *El cuarto de atrás*, *Barrio de maravillas* o *La plaza del Diamant*, que han mostrado su perdurabilidad en los estudios literarios, hayan quedado excluidas del improvisado canon. ¿*El obispo leproso* antes que *Nada* o *La plaza del Diamant*?

Es obligado hablar pues de la pervivencia de un pensamiento adverso o, en el mejor de los casos, indiferente a la mujer y a su trabajo, herencia de una tradición intelectualmente misógina, que ha combatido, y sigue combatiendo, a veces con desesperación digna de mejor causa, el valor de la inteligencia femenina, negándole no ya el reconocimiento sino el derecho a ser considerada parte inalienable de la producción cultural. La historia literaria

en nuestro país sigue rechazando firmemente la integración del colectivo femenino.<sup>13</sup> Sigue minimizando por las razones que sea las aportaciones de las escritoras y ridiculizando su idea de la libertad personal o su forma de relacionarse con el público, y ahí unas pecan de exceso y se las odia por ello y otras por defecto, y también se les reprocha su actitud. Así, cuando Elfriede Jelinek se negó a recoger su galardón en Estocolmo en octubre de 2004 aduciendo fobia social, puso de manifiesto su escaso aprecio por la vanidad profesional, y los comentarios mordaces en la prensa española se sucedieron. Parecía un concurso de graciosos.<sup>14</sup> Un intelectual escribió un artículo dedicado a la novelista austríaca. Las primeras frases ya eran preocupantes: admitía no haber leído una sola línea de Jelinek, pero su comportamiento ante el jurado de Estocolmo le había sacado de quicio. Está claro que al tratarse de una mujer, no importaba demasiado reconocer no haberla leído. Como digo no fue el único, quien más quien menos se apresuró a decir que no conocía de nada a la autora premiada, sólo para subrayar la extravagancia de la decisión del comité sueco. De más está decir que nadie adoptó esta actitud el año anterior cuando se le concedió el premio al sudafricano J. M. Coetzee. Hubiera sido una actitud indudablemente arriesgada, en medio de nuestro esnobismo cultural, presumir de ignorar a Coetzee. Sin embargo, tratándose de la excéntrica Jelinek no tener idea de si merecía la pena descalificarla o no, pero en todo caso hacerlo, era no más que una forma fácil de solventar la colaboración semanal en el periódico para el que se trabaja. Y encima quedar como alguien que sabe sacar punta al lápiz que lo merece.

Admito que yo tampoco había oído hablar de ella y ante la imposibilidad de adquirir los primeros días (después de que se conociera la noticia) alguno de sus libros, pedí ayuda a una colega de filología alemana, Loreto Vilar. Ella tiene la obra de Jelinek en su programa de literatura alemana. Me recomendó *La pianista* y leí la novela gracias al ejemplar que me prestó. Es una novela que recuerda a Kafka (y también a Ingeborg Bachmann, precursora de Jelinek en su afán de construir una subjetividad femenina), por la mirada fría con que se analizan las relaciones humanas, pero que es indiscutiblemente original, corrosiva y sumamente perturbadora. La escritora austríaca, como Kafka, se muestra preocupada, obsesionada incluso, por escribir sobre dichas relaciones y sobre las desiguales fuerzas de poder que sostienen la estructura familiar.

En *La pianista* se trata de una mujer joven que permanece junto a su dominante madre a pesar del odio inconfesado y atroz que siente por ella. Eso le genera una tensión que la joven desvía inconscientemente recurriendo a formas perversas de comunicación con los demás. En definitiva, Jelinek escribe sobre el dominio moral (que ella misma ha sufrido con su madre, según sus declaraciones) que unos seres son capaces de ejercer sobre otros. Un dominio o explotación que, sin hacerse jamás explícito si no muy al contrario envuelto en supuesto amor y dedicación, algunas mujeres han ejercido y ejercen sobre su entorno, sus hijas por ejemplo, alterando fatalmente el curso de sus vidas.

Aquellos primeros días de recepción periodística del Nobel se calificó repetidamente a la escritora de pornógrafa y obscena.<sup>15</sup> No niego que la lectura de *Deseo*, por ejemplo, lo pueda resultar, pero habría que preguntarse qué persigue con ello. La fijación de Jelinek por las formas humanas de dominio la ha llevado a observar ciertas manifestaciones —la pornografía, la prostitución, pero también el coito conyugal— como un ejercicio de deshumanización a través del sexo. En sus libros, la mujer es un pobre ser claudicante, un ser «a medio hacer, a medio educar» al que se le pide poco ruido y un buen comportamiento en la cama.

En otras palabras: una novelista denuncia con un lenguaje feroz la transacción sexual humillante y oculta en tantas formas de relación y es una pornógrafa, mientras que un escritor puede hablar impunemente de «mis putas» como quien habla de «mis plumas», o bien parodiar la violación salvajemente repetida a una muchacha de catorce años (pienso en *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*) y ser sólo un maestro del lenguaje.<sup>16</sup> ¿En qué mundo vivimos? Que un escritor manifieste en su obra la obsesión por el placer sexual de un anciano en su relación con una muchacha todavía virgen, o el que pueda obtener prostituyendo imaginariamente a una niña que acaba de tener su primera menstruación, entra dentro de la libertad creadora estrictamente personal —allá cada cual con sus obsesiones y con su imaginario—, pero no procede si aceptamos este punto de vista y no lo calificamos de obsceno, señalar a Jelinek como una novelista que, en cambio, sí lo es, y entonces eso se dice con todas las letras. Si el arte es la principal construcción simbólica de que

dispone una sociedad para fijar y proyectar sus anhelos y frustraciones, es decir es una herramienta indispensable en la construcción de los valores culturales, todos —creadores y lectores— tenemos derecho a pensar por nosotros mismos qué tipo de símbolos consumimos y por qué. Preguntémonos pues qué consecuencias se derivan de ambas lecturas. Porque las hay, sólo que, hablando de Jelinek y García Márquez o Camilo José Cela, transcurren en direcciones opuestas.

Sin embargo, plantear una cierta ética literaria o defender una nueva perspectiva crítica orientada a leer la obra literaria en clave feminista son actitudes que chocan frontalmente con las corrientes y las voces que insisten en mantener alejada la obra de arte de la conciencia personal: es la posición repetidamente defendida por Vargas Llosa, por ejemplo. La idea de que el arte se sostiene al margen de cualquier significación, al margen de una perspectiva histórica o moral es mayoritaria y diría que un rasgo que ayuda a explicar la deriva del arte contemporáneo.<sup>17</sup> ¿Es posible que todos tengamos razón y que ambos planteamientos sean indispensables, aún siendo recíprocamente incompatibles? Es verdad que no podemos pensar y defender las dos cosas al mismo tiempo, pero sí es posible tal vez que ambas actitudes ante la obra de arte se requieran mutuamente como garantía de su libertad creadora.

Jelinek parece revolverse contra la exclusión a la que se ha visto sometida la mujer, ella en concreto, en razón de su sexo. Nada puede salvarse a su alrededor, tampoco en su literatura, pues el mal está hecho. Es una actitud ante el mundo que nos recuerda otras (Fritz Horn, Thomas Bernhard, Fernando Vallejo). Pero sólo Jelinek tiene sus dificultades para sostener esa denuncia y sus consecuencias ante los medios de comunicación. Es evidente que no todas las mujeres están preparadas para la dureza del doble rasero a la hora de medir a un colectivo o a otro, y no es extraño que una escritora que va tan lejos cuando se trata de formalizar su mirada del mundo que la rodea, se resista a la exposición pública. No es la primera en hacerlo: sabemos que Charlotte Brontë se resistió con todas sus fuerzas a la mirada ajena posada sobre ella. Tampoco será la última. Sencillamente, muchas mujeres que de verdad tienen algo nuevo que decir saben lo que les espera. Como lo sabía Caterina Albert, más conocida como Víctor Català, que vivió aterrorizada con

la idea de que pudieran burlarse de ella por el hecho de escribir novelas en las que procuraba expresar su forma de ver el mundo rural que la rodeaba: «Es tan extraño el papel de escritora, que no siento la menor envidia por representarlo. Y ustedes que me parece que son muy buenos, me ayudarán a esconderme para que la gente no se ría de mí en plena cara»<sup>18</sup> le comenta a su amigo, el también novelista catalán Narcís Oller al pedirle que respete el seudónimo que ha elegido para firmar sus libros, ocultando su condición femenina tras él. Caterina Albert se negaba incluso, en caso de apuro, a admitir que había escrito los libros que escribía. Era lo suficientemente fuerte y vigorosa para escribirlos, pero sabía muy bien que si exhibía esta fortaleza públicamente el daño que se le haría podía ser irreversible. «Cuando una mujer se vuelve demasiado fuerte el hombre siente deseos de matarla», dice enfáticamente Thomas Bernhard, nada sospechoso de feminismo, en su conversación con Krista Fleischmann.<sup>19</sup> No dejo de pensar en esta frase.

Al miedo, una vez concluida la escritura, ha aludido en más de una ocasión la argentina Luisa Valenzuela: «Por mi parte, el miedo viene después, en el momento de darse la escritura sólo siento la euforia por más tremendo que sea el tema. Es sólo al leer lo escrito que me asusto».<sup>20</sup> Pero es posible aventurar que esa fragilidad, reflejo de una profunda inseguridad femenina, es en buena parte la responsable de la pervivencia de la misoginia: «¿Qué es lo que perpetúa, a través de los siglos y de los continentes, el odio hacia la mujer? Respuesta: su debilidad, porque es la de todos», afirma André Glucksmann en su libro *El discurso del odio*,<sup>21</sup> ya citado. Debilidad, terror ante unos pocos juicios de valor escupidos en pleno rostro: puta, guarra, fea, gorda, marimacho.<sup>22</sup> Han bastado esas palabras, cualquiera de ellas, para arruinar el prestigio de muchísimas mujeres. A las feministas se las ha asociado visceralmente con el grupo de las feas, gordas y/o marimachos («Debajo de toda feminista hay una lesbiana, o una fea», ha dejado escrito en los periódicos Francisco Umbral, cambiando a veces lesbiana por catalana). En cuanto a la palabra «puta» es una palabra que habría que desterrar de nuestro idioma, como el estigma que sufre un mundo que no sabe, lo peor es que no pueda, respetar la diferencia. Muy al contrario, como decía es una palabra cada vez más visible tal vez porque, de igual modo, la prostitución se está convirtiendo en un problema preocupante que sólo la educación

ciudadana y la actitud firme de las mujeres ante ella podría convertir en verdaderamente incómodo, aunque no parece que se vaya en esta dirección. Por su parte, la fijación que nuestra literatura ha manifestado —y lo sigue haciendo, indiferente a los cambios— por las prostitutas merecería estudiarse como lo que es: la expresión de una canallada moral que se refugia allí donde puede hendirse un cuchillo sin peligro de que alguien nos devuelva el golpe.

Lo cierto es que cada vez que en la historia surgieron mujeres portadoras del simple deseo de realizarse, o de querer cumplir con su vocación, más allá de las lindes hogareñas, tuvieron que luchar con el doble de coraje, de voluntad, de firmeza, y aun así no pudieron verse libres de las habladurías, los comentarios acerca de su equilibrio mental, las mentiras capciosas, la persecución, la burla. El miedo al «qué dirán» ha hecho de la mujer un ser vulnerable que apenas se conoce a sí mismo. Lo veremos más adelante, por ejemplo en el capítulo «Las literatas, caballos o peces» que reúne algunos de los comentarios que suscitó la presencia de las escritoras en la vida pública española del siglo XIX. Las descalificaciones (gordas, cursis, sabihondas, putas, perezosas, pedantes, *bas-bleu...*) fueron una pieza habitual de la vida literaria: cómo sería que, por ejemplo, durante años el nombre de la escritora y maestra del relato corto, Carmen de Burgos, más conocida como Colombine, sólo sirvió para bautizar un prostíbulo en su ciudad natal, Almería, según puede leerse en una biografía dedicada a la periodista.<sup>23</sup> Y eso aun teniendo en cuenta que la mayoría de las mujeres relevantes en la historia de España han procedido de una situación económica o social privilegiada.<sup>24</sup>

Como lo es también que podría hacerse una tesis —interesante tesis— sobre las dudas sembradas acerca de la autoría de obras particularmente importantes escritas por mujeres de ámbito español. Pienso en Mercè Rodoreda, por ejemplo, cuya valía literaria ha crecido hasta convertirse (con Joan Sales) en el principal referente de la novela catalana contemporánea. Pero ha crecido a la sombra de las sospechas sobre la posible intervención de su amante, Joan Prat, en parte de la misma.<sup>25</sup>

La vida es difícil para todos viviendo, como vivimos, de un espejismo, y, siendo así, quizá lo más valioso de que disponemos para movernos y ser, sea la confianza en nosotros mismos, la autoestima. En mi opinión —y ésta

fue la tesis principal sostenida en *La vida escrita por las mujeres*— atentar contra este sentimiento esencial y necesario para que un individuo encuentre la forma de materializar sus aspiraciones y definir su estar en el mundo es lo que hace el misógino, o la misógina, respecto de la mujer. Se empeña en reducirla con mil estrategias distintas a una posición inferior, humillante, subalterna, por el mero hecho de ser mujer y así poder agrandarse a sí mismo/a, reduciendo a la hembra que, sin embargo, tiene los mismos derechos que él. Sólo los que por alguna razón se han visto a sí mismos pequeños se preocupan por parecer más grandes de lo que son, empujando a quienes les rodean.

## 2

En cualquier caso, aquel librito de David Ley cargado de desdén hacia cinco grandes autoras del siglo XIX que no tuvieron una vida fácil precisamente, me hizo ver negro sobre blanco lo importante que es el ser conscientes de las dificultades contra las que hay que luchar a cada paso. Hay que saber de dónde venimos las mujeres, de qué mundo de prejuicios y elogios estereotipados,<sup>26</sup> de actitudes que huyen en realidad de la mujer real, de cuántas conspiraciones de silencio. Se me dirá, sin embargo, que un ensayo escrito en los años cuarenta mal puede representar a la cultura de nuestros días (el comportamiento de la historia literaria forma parte de ella). Pero ahí está el problema, que sí que puede. Citaré dos ejemplos de la misoginia que todavía se mantiene en los ámbitos de la cultura, de modo que cualquier machito tiene su lugar bajo el sol, mientras muchas mujeres de valía repliegan velas, calculan sus posibilidades e intentan sobrevivir a la presión masculina que insiste de una u otra forma en minar la confianza adquirida en las últimas décadas. Algunos de los sujetos rozan la crueldad mental con sus groseros comentarios. No sé si hubiera sido posible en los años setenta del pasado siglo que un comentarista de libros abriera su reseña sobre una novela de la escritora belga Amelie Nothomb con estas palabras: «La Nothomb lo tenía todo para despertar mi tirria: escritora, joven, con éxito y, la gota que colma el dedal, belga» [el autor de *Tintín* era belga, ¿no? Simenon también y

no creo que les haya perjudicado]. Además, tiene demasiada frente, imagen de rarita y es de un prolífico envidioso. Mis amigos parisienses tampoco la soportan: al parecer, la señorita Amelie (el nombre ya da dentera) va vendiendo por la tele que se alimenta de legumbres podridas». <sup>27</sup> ¿Y de qué clase de verduras se alimenta Hernán Migoya recurriendo a formas tan soeces para ridiculizar a una novelista que no hace más que publicar un nuevo libro, por más que publique sin parar? Hemos pasado de rechazar la biografía del escritor por considerarla ajena al texto (yo nunca estuve de acuerdo con ese anatema lanzado por el estructuralismo y de estricto cumplimiento durante décadas) a recurrir a ella para denigrar a una novelista. Peor aún, no se recurre en este caso a su biografía sino a su aspecto físico, o a sus costumbres cotidianas. ¿Dónde están los avances interpretativos de la crítica literaria?

El asunto alcanza el puro disparate cuando afirma: «Sea o no Mademoiselle Nothomb una mujer deplorable o un personaje grimoso, una moda o una buena escritora, para mí la persona que ha escrito ese libro tiene montañas de talento». Es decir, que para reconocer que se trata de una buena novela debe pasar por alto todas sus prevenciones sobre las mujeres que se dedican a la literatura, la grima que le dan, en especial si son jóvenes, belgas, se alimentan de legumbres o tienen una buena frente. Está claro que en un caso así lo que se busca es la provocación. El mismo autor en su página de *Lateral* (enero de 2005) incluye una especie de crónica de un viaje a Estados Unidos. En ella puede leerse: «Una noche de aburrimiento en el Hotel Flamingo iba a alquilar una puta, pero al final alquilé una película de pago» <sup>28</sup>

Segundo ejemplo: el periodista Salvador Sostres, en su columna diaria del periódico *Avui* contestaba a la escritora Empar Moliner. Ésta se había lanzado a una burla del verso de Valentí Puig «nada chabacano puede prevalecer». Para replicarla Sostres escribía: «Esta chica cree que tiene talento y que es alguien y se atreve a hacerte observaciones sobre el verbo que utilizaste en aquel artículo. Su mofa partía de la convicción de sentirse superior, ella que si hubiera nacido hombre trabajaría en la Seat porque como no nos hace falta cuota, los hombres con sensibilidad de operario hacen de mecánicos y no de vicepresidenta o de escritora». Sostres no tiene bastante y necesita hacer más sangre: «Si al menos siendo mujer se duchara, presentaría



el programa de tarde: pobrecilla, estos juegos de palabras que hace. Pero la doble marginación le ha abierto algunas puertas y entonces forma parte de nuestro panorama literario: el fracaso de una literatura (la catalana, se entiende) cansada de buscar y no encontrar mujeres para incluir en el canon y que al final ha tenido que conformarse con lo que había, aunque sólo hubiera esto».

Que nadie piense que la ira de Sostres se detiene aquí, el artículo sigue buscando los puntos débiles de Empar Moliner como mujer —no como escritora— con la expresa voluntad de hacerle el mayor daño posible. Sostres en sus artículos no oculta su misoginia, no la disfraza con palabras condescendientes; es rotunda, inapelable, carcamal. En realidad, es el buque insignia de sus escritos: «Acaba de salir un documental en Chile sobre la infidelidad femenina, la infidelidad femenina que en realidad no existe. La infidelidad es estrictamente masculina. Los hombres tenemos aventuras que no tienen nada que ver con nuestro matrimonio, ni con si amamos o no a nuestra mujer ni si con ella las cosas nos van mejor o peor. Tenemos una aventura por el goce de tenerla, y nuestra simplicidad no nos permite pensar en nada más. Es la ventaja o desventaja de tener alma, sentimientos. Las mujeres, en cambio, no tienen alma ni sentimientos para estas cosas: tienen una definida, pulcrísima estrategia».<sup>29</sup>

No sé si Sostres cree que su idea de negar a las mujeres el espíritu que concede a los hombres con verdadero embeleso (¡ay!) es una idea suya y que le distingue. En cualquier caso, fue un concepto muy trabajado ya por los grandes misóginos medievales: «Las mujeres, por la mayor parte, todos sus hechos son cautelas y maneras, y con mentiras las coloran y adornan», puede leerse en el *Corbacho* de Alfonso Martínez de Toledo.

En la génesis de las imágenes negativas de la mujer que pueblan la historiografía literaria, la astucia ha sido la única forma de inteligencia atribuida a las mujeres, dado que durante siglos se les ha negado la inteligencia racional, reservada exclusivamente a los hombres, y algo había que reconocerles.<sup>30</sup> En el siglo xx, esa idea que recorre el pensamiento *contra femina* es reelaborada por Otto Weininger, paradigma del antifeminismo moderno. Según él, el «hecho original» es la espiritualidad del hombre, mientras que la fascinación que el hombre siente por la mujer

proviene de su «caída». Pocos pensadores han quedado con el tiempo tan desacreditados como el del austríaco cuando defendía al varón como sujeto por excelencia. Pero aun siendo una perspectiva infame la que Weininger tenía de la mujer ¿no es interesante ver cómo la exaltación de lo masculino, en detrimento de lo femenino, es el significante de la castración? Es una idea desarrollada por Carlos Castilla del Pino, cuando señala que la misoginia expresa el odio a la mujer de quien no se siente suficientemente masculino.<sup>31</sup> El misógino la rechaza porque se rechaza a sí mismo en aquello que tiene de femenino y es pues, en relación a la mujer, el paisaje mismo de la impotencia y la desolación. Y es que la relación amorosa debe resultar bastante trágica para un misógino, porque un hombre que tiene esa (poca) disposición anímica hacia la mujer, que la comparte con tantos prejuicios temores, difícilmente será una buena pareja. Y si fracasa como amante, sus sentimientos violentos contra la mujer se exacerbarán en un bucle imparable.

La misoginia es pues una ideología fundamentalmente reactiva, como ya dejara escrito Feijoo: «Hay hombre tan maldito que dice que una mujer no es buena, sólo porque ella no quiso ser mala».<sup>32</sup> Esa actitud reactiva está en el origen de las popularizadas ideas misóginas y sobre todo misógamas del filósofo Arthur Schopenhauer, por ejemplo, desarrolladas progresivamente, a medida que su experiencia amorosa iba nutriéndose de desengaños debidos a su escaso atractivo físico y a su terrible carácter.<sup>33</sup> «¡Qué menudencias exiges a una mujer!», exclama su hermana, sorprendida, en una carta.<sup>34</sup> A esa desairada experiencia personal debe sumarse otra primera y decisiva en Schopenhauer: la difícil relación mantenida con su madre, Johanna Trosiener, cuyo salón literario en Weimar se hizo célebre por ser el primero en aceptar a Christiane Vulpius (casada con Goethe después de años de convivencia). Schopenhauer, irritado por su éxito y su carácter dominante, muy pronto la acusaría de despilfarrar parte de la herencia paterna que le correspondía.

Y es que, en general, deberíamos preguntarnos siempre qué hay detrás de muchas actitudes hostiles y, en definitiva, la relación que dichas actitudes guardan con la «biografía profunda» de quien las sostiene.<sup>35</sup> El ego masculino no ha sido precisamente un ejemplo de tolerancia y *savoir faire* cuando ha tenido que enfrentarse a las reclamaciones femeninas. En honor a la verdad, hay mujeres que tampoco están a la altura de sus circunstancias. La

propia Empar Moliner, tan zarandeada por Sostres, reacciona en sus artículos periodísticos de forma incomprensiblemente cómplice. Su decálogo de la mujer separada,<sup>36</sup> por poner un ejemplo, manifiesta una mirada tan empequeñecedora de la mujer, tan insultante, que consigue reducirla a un ser ridículo, minúsculo, un harapo de ser. Tal vez tenga tanta fuerza la hegemonía masculina que a las mujeres nos es suficiente a veces con soñar que formamos parte de ella.

Juan Cueto en unas breves páginas que dedicó a la misoginia en 1983<sup>37</sup> tenía su propia hipótesis: el misógino no es el que siente aversión u odio a las mujeres según la versión obsoleta que da el DRAE; no es el que odia a las mujeres sino el que vive o aspira a vivir al margen de ellas después de una experiencia calamitosa. Algunas enciclopedias aclaran que la misoginia es una alteración de carácter psíquico. ¿Provocada por qué? Eso no lo dice ninguna enciclopedia, aunque sí lo aclara Castilla del Pino. Cueto se pregunta el porqué del rechazo o la indiferencia hostil a la mujer: es una reacción defensiva ante un fracaso sentimental y en nuestros días estaría ya exenta de animadversión y sería puramente autoprotectora. La cuestión es: ¿acaso las mujeres no sufren experiencias amorosas igualmente catastróficas para su autoestima (diría que más, por la repercusión que tienen dichas experiencias en embarazos no deseados, por ejemplo, capaces de arruinar hasta fechas recientes el futuro de cualquier muchacha adolescente) sin que por ello dispongamos siquiera de una palabra equivalente a misoginia que nos permita suponer una animadversión ontológica de naturaleza parecida? En realidad un rechazo al varón, de naturaleza equivalente a la que estoy tratando, la mujer no lo sintió nunca: «No estoy hecha para vivir con tu odio, sino para estar con lo que amo», le dice Antígona a Creonte asumiendo altivamente su destino femenino. Sin embargo, al varón ese destino volcado al amor antes que al odio, le ha causado un profundo desasosiego, como se lo causa al rey Creonte la dignidad de Antígona... Si quieres amar, «vete a amar donde los muertos», le responde fuera de sí.

«El odio más largo de la historia, más milenario aún y más planetario que el del judío, es el odio a las mujeres.» En efecto, es un odio que como sostiene André Glucksman, sorprende por su recurrencia en el tiempo y en los múltiples espacios del planeta. Es una constante antropológica que nos

habla fundamentalmente de la voluntad de dominio de un sexo sobre otro. Silenciar al otro, ignorarlo, mantenerlo en la invisibilidad, es tal vez la forma más perversa de dominio.

### 3

En la introducción general a *La vida escrita por las mujeres* me preguntaba cuándo dispondríamos de una historia del pensamiento misógino en España. Un libro que me parece necesario, indispensable, si queremos comprender muchas actitudes contra la mujer que no sólo perviven en el presente sino que, como decía, han adquirido un nuevo empuje. Es un libro que requiere un esfuerzo colectivo de reflexión y sobre cuyo contenido hay ya excelentes aportaciones sobre periodos concretos.<sup>38</sup> Recientemente, el libro editado por Jacqueline Cruz y Barbara Zecchi (ambas profesoras en universidades norteamericanas), *La mujer en la España actual. ¿Evolución o involución?*, de subtítulo transparente, analiza la situación desde diferentes perspectivas y muestra que la situación de la mujer ha sufrido una involución en los últimos años: el feminismo, después del discurso aparentemente liberador para todos de la posmodernidad, figura como una corriente *out* y desacreditada. La violencia contra la mujer se mantiene (y aunque podría tratarse del fin de una situación añeja no deja de ser un fin sangriento y desleal) y los espacios que fomentan la obsesión femenina por el aspecto físico han crecido de forma exponencial. ¿Cómo se explica que la mujer, hoy, sea más objeto sexual que nunca? ¿Que niños y adolescentes apenas puedan ver un anuncio de cualquier cosa —un coche, un queso fresco, un yogur, una prenda de vestir, un electrodoméstico— sin que se ofrezca insinuante un cuerpo femenino? Me pregunto a qué conclusión puede llegar un niño de diez años (una edad que no habría que subestimar pues nada es comparable al impacto de la formación recibida en la infancia) al que se invita constantemente a ver en la mujer un mero reclamo publicitario: ¿que pensará si no que se trata de un físico tras el cual se oculta el interés o el negocio?<sup>39</sup> ¿A qué conclusión llegará una niña si crece, como lo hace, rodeada de anuncios que aspiran a centrar la atención de las mujeres en los aspectos más rechazables de su

cuerpo? ¿Tiene algo que ver esa imagen de la mujer obsesionada por su aspecto con la realidad, con los miles y miles de mujeres que sacan sus vidas adelante defendiéndose como pueden del acoso social que les exige estar permanentemente atractivas y en forma? Sí, sí tiene que ver y llena de estupor ver cómo el mercado de la cirugía estética sólo ha encontrado pleno eco entre la población femenina. La mujer, sometiéndose a ella, exhibe su fragilidad, que es la de todos, aunque no todos lleguen tan lejos a la hora de manifestarla. Rehacerse en un quirófano para evitar las huellas del tiempo, querer parecerse a las inanes *playmates* de papel couché, extirparse dos costillas sólo para hacer más visible la cintura... Son hechos que ponen en evidencia lo que hay detrás de esas decisiones: vivificar tal vez el destino de Antígona y poder amar y gustar hasta donde sea posible.

Porque a poco que lo pensemos, todos podemos percibir cuál es el problema de fondo: la mujer es el objeto privilegiado de la mirada masculina y debe bregar con esa imperiosa circunstancia que ha pivotado, y al parecer según y como sigue haciéndolo, su propio y en muchos casos todavía inseguro destino. La forma en que el hombre ha mirado a la mujer, como toda mirada, conlleva una toma de posición, un punto de vista, una perspectiva, un universo. La mirada masculina sobre la mujer —y eso es concluyente— siempre ha sido una mirada de dominio y, por tanto, de exclusión de aquellos aspectos del otro sexo que, sencillamente, se han rechazado. Y esa mirada a veces se practica con una insolencia insufrible: el periodista Arcadi Espada en la segunda entrega de *Diarios* encara dos fotografías: una tela que se conoce con el título *El origen del mundo* del pintor Gustave Courbet y una imagen de la soldado norteamericana Sabrina Harman sonriendo, con el pulgar hacia arriba, junto al cadáver de un preso iraquí visiblemente torturado.<sup>40</sup> Para Espada esa foto de la soldado es la foto del siglo (¿no es un poco pronto para calificarla así?) y reclama a las revistas femeninas que se pronuncien sobre lo que él entiende un indicio de la «mujer nueva».<sup>41</sup> El pie quiere ser provocador y dice: «El final de un sexo». ¿De qué sexo está hablando Espada? Porque creo que el sexo femenino no está en peligro por el hecho de que una policía militar se extralimite en sus funciones. Lo que sí está en peligro, afortunadamente, es un arquetipo de mujer. ¿Desde cuándo la conducta de un individuo, de un solo individuo —hombre o mujer—, es

suficiente para categorizar la especie? El acceso de la mujer occidental al mundo profesional ha vuelto explícita su libertad de usar su propio poder — sea el que sea—, que es como decir su propia vida, de acuerdo con su voluntad. El resultado es que las mujeres responden y responderán a los patrones de la naturaleza humana de igual modo al que responden los hombres, es decir, según su conciencia, sus intereses y sus necesidades. ¿Por qué no señalar como indicio de la «mujer nueva» a cualquier bióloga de las muchas que trabajan en la investigación de la reproducción asistida? Muy fácil, porque la lectura resultante sería positiva y se desea lo más negativa posible. El periodista Espada, tan amigo de insistir en la ética de la palabra, debería saber que la verdad consiste ante todo en el uso correcto de las palabras en nuestras afirmaciones. Declarar el fin de un sexo sólo porque una mujer soldado participó en Irak de las conductas denigrantes llevadas a cabo en la cárcel de Abu Ghraib es como sostener que de la excepción se deriva la regla.

(La misma operación metonímica se llevó a cabo en la presentación de la novela *Pasiones romanas* de Maria de la Pau Janer, premio Planeta [2005] por parte de Francisco Umbral. ¿Cómo es posible que para valorar una obra concreta, valga lo que valga, se recurra todavía a cuestiones de género?<sup>42</sup> Decir que el estilo es la «impronta masculina» es como decir que la creación literaria en la mujer carece de forma, de definición, de estructura. Pero en la forma está la cultura, de modo que implícitamente se la está excluyendo, como cien años atrás, del dominio estético para reducirla al ámbito de la naturaleza, del azar, de lo invertebrado.)

La fijación masculina en un ideal femenino irreal, pero al cual muchos hombres no quieren renunciar sin presentar batalla, a menudo queda reflejada en aquello que responde o depende de su mirada a la mujer. De forma que la naturaleza de esa mirada puede inferirse de lo que aquel imagina o lo que ve en la mujer (sin embargo, al revés —la mirada de la mujer al hombre— resulta mucho más difícil de precisar, seguramente porque está menos ejercitada). Y lo que han visto muchos hombres, a juzgar por sus representaciones, es una mujer eternamente joven y seductora, que se sabe vista y juega complacientemente con ese pequeño y engañoso «poder», que se corresponde además con unos pocos años de su vida . Han querido ver

también a una enternecedora ama de casa con la mesa puesta y el *foie* en su punto. La mujer en manos de cierta mirada masculina ha sido tradicionalmente un ser pasivo en la mayoría de roles (no en el erótico ni en el doméstico, por supuesto), sin mundo propio, un cuerpo liso y erotizado o con un pulcro delantal, listo para la seducción o para la entrega.<sup>43</sup> Y hay que decir que la situación ahora mismo es todavía más preocupante por la colonización que la pornografía digital está haciendo de los imaginarios juveniles a través de la red, situación tantas veces denunciada por los colectivos feministas. La pornografía, por ejemplo, en lugar de retroceder, como parecería lógica consecuencia de los avances en los derechos de las mujeres, tiene más presencia pública que nunca, podría decirse que se está empotrando en las nuevas formas sociales de ocio y por más que hagamos por ignorar lo que está pasando, es difícil permanecer impasible ante una situación cada vez más degradada para todos.<sup>44</sup> ¿Dónde estará el límite?

Buena parte de mi generación, nacida en los años cincuenta, fantaseó con un ideal que parecía relativamente próximo después de la ruptura producida en 1968. Presentíamos entonces la fuerza enorme de una nueva relación hombre/mujer que estaba prácticamente por forjarse y que ya apuntaba Simone de Beauvoir al final de *El segundo sexo*. Lo masculino y lo femenino en pie de igualdad, compañeros, solidarios, sin falsas superioridades ni capciosas inferioridades... Personas de un sexo, del otro, del mismo, que se aman, se complementan, se respetan en su diferencia o en su igualdad y en su lucha común por una vida que, insisto, es difícil para todos. Es muy tentador ver ahora la trampa de la igualdad de los sexos por la que se había empezado a luchar hace más de cien años. Porque para alcanzar esa verdadera igualdad de derechos —eje de las utopías femeninas— la mujer ha tenido que rehacerse precipitadamente, arrojar por la borda modelos y patrones de conducta que la esclavizaban con guante más o menos blanco, sin disponer, sin embargo, de otros modelos eficaces que le sirvieran de ejemplo y alternativa. Se ha endurecido, más que masculinizado, irremediablemente a fin de poder acceder al mundo profesional sin las trabas de costumbres ancestrales que la dejaban fuera de juego. En teoría ese acercamiento de posiciones —mujeres con comportamientos neutros y/o masculinos y hombres metrosexuales— podía generar una sociedad más abierta y flexible,

respetuosa con el otro sexo del que al fin se compartían algunas características (la ambición profesional, la libertad sexual, el acceso a los estudios superiores... ellas; la costumbre del diálogo, la afectividad explícita, el cuidado de los hijos... ellos). Pero por alguna razón no ha sido así y el rechazo a «lo femenino» sorprende por la forma con que sigue planteándose. Un ejemplo cualquiera: un periodista comenta noticias culturales como el estreno de la película (que no ha visto, según dice) *Sylvia* inspirada en la figura de Sylvia Plath e interpretada por Gwyneth Paltrow, pero escribe: «Un biopic maquiavélicamente pergeñado para las espectadoras cultas del mundo entero... y sus sufridas y sensibles parejas masculinas, que no podrán por menos que acompañarlas a ver la película so pena de quedar como unos machistas insensibles y crueles».<sup>45</sup> Para mí que, si no la crueldad, al menos la dudosa intención está en el desdeñoso comentario hacia esas mujeres «cultas» (no se piensa que la película pueda interesar a ningún varón)... ¿Se construiría esta frase a la inversa si en lugar de tratarse de esa película fuera *Rambo* o cualquiera de los *Torrentes*, películas que podrían considerarse muy bien como «maquiavélicamente pergeñadas para los espectadores zafios del mundo entero»? ¿Se pensaría entonces en las sufridas y sensibles parejas femeninas que han visto tantísimas películas «de acción», o partidos de fútbol, sin desearlo, sólo porque a su pareja les interesaba? Yo diría que nadie sufre en estos casos, simplemente convivimos con otras personas que pueden tener otros paradigmas vitales, otra sensibilidad, otros gustos y todos nos probamos a nosotros mismos asumiendo la diferencia como parte innegociable de la vida en sociedad.

Creo que el mayor fracaso de la posmodernidad será con los años el hecho de haber instalado la excentricidad en el centro del interés por la vida humana. Y, en el ámbito que nos atañe aquí, esa postmodernidad, vista ya con cierta perspectiva, ha puesto de manifiesto la imposibilidad de superar el androcentrismo dominante, de forma que en lugar de ir hacia la expresión plural y abierta de una civilización donde hombres y mujeres conviven por primera vez en todos los órdenes de la vida, estamos yendo en dirección contraria, pues constantemente surgen nuevas e inesperadas barreras que nos separan. La pregunta es hasta qué punto la sociedad de consumo que explota interesadamente la división sexual del mercado no está generando —que sí lo



hace, en mi opinión— conflictos de convivencia. ¿Podemos hablar entonces de un retroceso cultural, como plantea el libro coordinado por las profesoras Cruz y Zecchi, ya citado?

Pensemos, por ejemplo, en cuántas mujeres están interesadas en que se las considere feministas, es decir, que se manifiesten conscientes de su condición de mujer y que sean consecuentes con ella. La respuesta es que pocas, si prescindimos de aquellas, como la infatigable luchadora Lidia Falcón, que han transformado la ideología feminista en un logo político por el que se las reconoce y se las desactiva automáticamente. Más allá, todos cuantos estamos familiarizados con la prensa escrita sabemos las reservas que el tema suscita, a pesar del dinamismo y la lucha tenaz de tantos colectivos que trabajan por una verdadera igualdad de sexos.<sup>46</sup> En general, sin embargo, se considera una ideología superada que las propias mujeres procuran sacudirse de encima como se hace con las gotas de lluvia que han caído sobre la gabardina que nos protege del agua. Fuera humedades molestas. En un libro de entrevistas a escritoras españolas preparado por María del Mar López-Cabrales (profesora en una universidad norteamericana, por supuesto) a todas ellas les hace una pregunta sobre qué opinan del *boom* de las escritoras en España. Todas se desentienden de la pregunta: «a mí eso me da igual», «es un tema comercial que ayuda a vender», «eso me aterroriza», «no soy historiadora de la literatura y, por tanto, no tengo por qué reflexionar sobre ello», «no opino nada»... Dice Esther Tusquets: «Rosa Chacel y Ana María Matute, y creo que también Carmiña Martín Gaité, no querían oír hablar de escritura femenina».<sup>47</sup> La impresión es que, en general, hacen lo imposible por no ver, por no comprometerse con un asunto que les resulta humillante.

¿Tiene sentido entonces que las historiadoras de la literatura insistamos en subrayar la especificidad de una escritura femenina en la que muchas autoras no desean reconocerse? A juzgar por el espacio que ocupan en los estudios literarios, por supuesto que sí. ¿Es legítimo plantear la necesidad del feminismo si las mujeres más activas intelectualmente no se solidarizan con su forma de pensar que es, indudablemente, una forma de proceder también? Es probable que el feminismo con sus divisiones interiores (el feminismo de la igualdad, de la diferencia...) y su desconcierto ante la respuesta tóxica del

mercado, ha favorecido el desentendimiento de muchísimas mujeres.<sup>48</sup> La idea es que ya no se requiere de una defensa colectiva, de una actitud socialmente activa porque ya no se vive una situación discriminatoria y, por tanto, las preocupaciones políticas y sociales no deben dirigirse monotemáticamente a la mujer, sino al ser humano. Paralelamente a este proceso de individuación del feminismo («yo desarrollo mi concepto de la femineidad como considero más conveniente y no deseo aceptar consignas de ningún tipo»), las descalificaciones a la mujer (a la que ha triunfado, la que no consigue hacerlo, la que resulta demasiado segura de sí misma, la que, por el contrario muestra en público su debilidad...) no dejan de estar presentes en los medios de comunicación, incluso, como vemos, por parte de las propias mujeres.

Para mí, en el ámbito de la creación literaria, ahora está claro: las escritoras exigen una consideración específica, no porque por el hecho de ser mujeres escriban de forma distinta, y sobre eso se pueda operar categóricamente —diría que no se puede, aunque... ¿qué hay de malo en que una mujer escriba de acuerdo con lo que es?—. Pero lo fundamental es que a lo largo de la historia las escritoras han tenido que enfrentarse a dificultades comunes y que nunca formaron parte de la problemática masculina. Esas dificultades podrían resumirse en una: la voluntad de dominio que se ha ejercido sobre la mujer y que se ha impuesto por la mayor agresividad e intolerancia del discurso dominante. En el ámbito de las escritoras, su falta de presencia en la historiografía literaria es un conflicto de índole sociocultural, es decir que surge y se explica por las características de una determinada sociedad a la cual pertenecen las mujeres que escriben en ella, por las costumbres de dicha sociedad y por la forma en que todo ello influye y es vivido por el individuo. Así, mientras el dramaturgo noruego Henrik Ibsen creaba, en el último tercio del siglo XIX, un personaje de proyección universal como es el de Nora en *Casa de muñecas* (1879), una mujer que abandona a su familia para encontrarse a sí misma una vez que toma conciencia de que no es más que un ser hermoso e inmaduro para su marido, como lo fue antes para su padre: un mero objeto de distracción, un ser opuesto a la cultura y por ello ajeno al respeto ajeno, al verdadero respeto y no al paternalismo. A Nora su marido nunca le habla de nada serio y ni siquiera le reconocerá facultad de

salvarlo de una quiebra segura. Pues bien, mientras Ibsen se esforzaba por acercarse al dilema interior de la mujer en la puritana sociedad nórdica del diecinueve,<sup>49</sup> en Madrid se estrenaba una versión castiza de la obra de Shakespeare, *The taming of the Shrew* (1595), titulándola *Domando la tarasca*. Curioso, y entiendo que casual, ejercicio de confrontación de personajes. Mientras la Nora de Ibsen se va de casa porque en ella le ha sucedido algo que la ha hecho madurar, tomando conciencia de su precaria situación, la Catalina del dramaturgo inglés (personaje, no lo olvidemos, creado casi trescientos años antes), es una mujer que se somete al varón por la fuerza de los castigos infligidos: entre otras humillaciones, su marido le impide comer y dormir durante varios días, es decir actúa con su mujer con los mismos ardides de adiestramiento que aplicaría a un animal, a fin de domesticarlo.

Catalina hace lo contrario de Nora Helmer: renuncia a su albedrío en la escena final,<sup>50</sup> único pasaje con moraleja por cierto en toda la obra de Shakespeare (y sobre cuya autoría se ha discutido muchísimo). Una cereza tira de la otra, porque en la edición española de las *Obras Completas* del dramaturgo inglés, quien la firma presume de encontrarse precisamente en la literatura castellana los orígenes de la polémica obra de Shakespeare.<sup>51</sup> Vaya por Dios.

Hay que decir que la Nora de Ibsen encontró pocas simpatías entre las mujeres españolas. Según el testimonio de Gregorio Marañón, fue acogida en los escenarios de tres ciudades importantes entre risas y protestas femeninas.<sup>52</sup> Con las excepciones de rigor, las mujeres carecían aquí de la preparación intelectual que les permitiera comprender una obra de esta trascendencia: Margarita Nelken las comparaba a los siervos que, al enterarse de su emancipación, comenzaban a llorar por su esclavitud perdida, aterrorizados ante la perspectiva de ser libres y dueños de sí mismos.<sup>53</sup>

En cualquier caso, cincuenta años después de que Ibsen hiciera el esfuerzo de comprender la angustia de tantas amas de casa enfrentadas a un destino manipulado, nuestro panorama intelectual resultaba desolador:

PERIODISTA: ¿Y qué papel les asigna a las mujeres en la nueva España?

VALLE-INCLÁN: ¡Pero hombre! ¡Qué cosas! ¡Las mujeres! A las pobres se les puede hacer únicamente la justicia de la conocida frase de Schopenhauer. ¡Y ahora ya ni siquiera tienen los cabellos largos! En la presente civilización no tienen nada que hacer las mujeres.<sup>54</sup>

Las mujeres en España no deberíamos olvidar de dónde venimos, de qué oscuridad y desdén, de cuantas descalificaciones y burlas, del silencio estremecedor que todavía nos acompaña. Nuestra tradición no es Ibsen y está claro que el mayor de los prodigios, aquel que Nora reclamaba a su marido para poder volver a casa, no se ha producido en nuestro país más que de una forma parcial y bastante mezquina.

#### 4

La antología que sigue, recorre la cultura española, del siglo XIII hasta el presente, con el propósito de ilustrar lo que, de otro modo, podría parecer una impostura, una mera invención de argumentos para exhibir el espantajo del victimismo. De modo que los textos recogidos en muy distintas épocas y circunstancias dan fe, por sí mismos, de un hecho común: la dificultad por aceptar a la mujer en su realidad, no importa el momento histórico del que hablemos. Dichos textos van en su inmensa mayoría firmados (excepto algunos libros medievales que se han rescatado por su interés) por hombres, aunque se le ha dedicado un capítulo a la complicidad de la mujer en la pervivencia del pensamiento misógino, por las razones ya expuestas. Aquí importan las ideas, no las personas. Este libro no trata de hombres ni de mujeres, sino de actitudes hostiles con respecto a la mujer y, brevemente, de lo que ésta ha generado socialmente a lo largo de nuestra historia. A juzgar por lo que ha quedado escrito, las palabras han ardidado muchas veces en su contra. El hecho de convocarlas en un libro, invitando a un recorrido, espero que iluminador e instructivo, tiene que ver con el deseo de que podamos reflejarnos todos en ellas como en una lente de aumento y así liberarnos de una vez de la maldición que llevan consigo. No ha sido una decisión fácil: ante la escritura que sabemos es polémica, la duda es qué hacer con ella. Para muchos el mérito está en guardarse para sí las observaciones susceptibles de

debate: mayor mérito cuanto mayor es la tentación de pronunciarse. Personalmente, mantener esa actitud no me ha sido posible y me gustaría pensar que este breve repaso a la misoginia en España puede ayudar a las jóvenes de hoy, a las que dedico la antología: no se trata de que sepan que es lo que quieren ser, bastaría con que las ayudara a saber lo que no es deseable para ellas. El libro, por último, tiene que ver también con mi carácter, un tanto predispuesto a buscarse problemas. Pero ¿quién no los tiene?

Barcelona, octubre de 2005

PRIMERA PARTE  
SIGLOS XIII-XVI

Tratar los orígenes y la historia de la misoginia en la cultura occidental exigiría un enfoque multidisciplinar (antropológico, psicológico, filosófico, arquetípico, psicoanalítico, marxista...) que no estoy en condiciones de abordar. Habría que remontarse a mucho antes de Platón y Aristóteles, donde se hallan las raíces de nuestra cultura. Pero las contribuciones a esa necesaria historia no dejan de sucederse. En lo que se refiere al mundo griego merece destacarse el trabajo de Mercedes Madrid en *La misoginia en Grecia* (1999), deslindando el papel de la mujer en el mundo antiguo. Un papel ambiguo que de ningún modo podemos juzgar con los criterios actuales, pero que ya es revelador del vacío y la insuficiencia de partida. Por ejemplo, Platón en la *República* reclama para las mujeres igualdad de derechos y les franquea el acceso a los estudios de filosofía. Pero se trata de una obra utópica. Por el contrario, cuando en el *Timeo* expone su doctrina de la transfiguración, parte del hecho de que las almas fueron en su origen masculinas, encarnándose en cuerpos femeninos cuando vivieron de forma deshonesto en tanto que varones. Por su parte Aristóteles entiende a la mujer como un hombre incompleto cuyo bien máspreciado es la mudez («el silencio en la mujer es ornato», *Política*, ii-viii).

El antropólogo estadounidense David Gilmore abordó la misoginia como una enfermedad masculina en su obra *The Male Malady* queriendo demostrar cómo en todas las civilizaciones los hombres encontraron los medios para expresar su rechazo al ser de la mujer, haciéndola responsable de sus propios problemas emocionales. Según Gilmore, el hombre, que nace de mujer, necesita liberarse del poder femenino, del que depende en sus comienzos si quiere afrontar su destino, que es nada menos que gobernar el mundo. Mucho más modesto en su diagnóstico, este libro aspira a recoger testimonios fehacientes de un pensamiento misógino que ha cruzado la civilización hispánica, partiendo de sus primeras manifestaciones en lengua romance, sea castellano o catalán. Por ello hay que remontarse a la baja Edad Media, una etapa decisiva en la consolidación de la llamada retórica *contra femina*. La mayoría de los escritos medievales que abordan la problemática

de la mujer lo hacen de acuerdo con las ideas negativas que sobre ella se habían ido forjando en la tradición occidental, asociándola al mal, la oscuridad, la imperfección, la suciedad, la lujuria, el engaño, la enfermedad y la destrucción del varón. Las fuentes principales de la misoginia medieval son varias y proceden de diversas épocas. Se trata de un discurso acumulativo que se caracteriza por la superposición de argumentos de toda naturaleza, nunca bien estructurados o integrados en una única argumentación, pero eficaces en la diseminación de un discurso de prevención contra el sexo femenino. En primer lugar destaca la influencia de la Biblia, hipotexto decisivo en la medida en que actuará como aval de creencias posteriores. Su efecto en la cultura medieval es enorme, inabarcable. Y tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento contemplan la existencia de mujeres fuertes, pero junto a ellas se formulan consideraciones muy negativas sobre la mujer. Por ejemplo, en el Libro de los proverbios se advierte a los jóvenes contra la mujer ajena (y todas lo son para el joven), parlera, de «lúbricas palabras» que no sabe estarse en casa, pues su cama «es el camino del sepulcro que baja a las profundidades de la muerte» (Proverbios, 6-7). Más contundente es Cohelet, el hijo de David: «He sondeado mi corazón por saber e inquirir la sabiduría y la razón y por conocer la maldad de la insensatez y los desvaríos del error. Y hallé que es la mujer más amarga que la muerte y lazo para el corazón, y sus manos son ataduras. El que agrada a Dios escapará de ella, más el pecador en ella quedará preso» (Eclesiastés, 7). Sin embargo, la influencia decisiva procede del Nuevo Testamento, donde san Pablo en su Epístola a los Corintios respondiendo a lo que éstos le han preguntado en relación al matrimonio parte de dos principios axiomáticos: a) «Bueno es al hombre no tocar mujer» (I Corintios, 7) y b) «Quiero que sepáis que la cabeza de todo varón es Cristo, la cabeza de toda mujer es el varón y la cabeza de Cristo es Dios» (I Corintios, 11). Es decir, como actitud general ante la vida el contacto con la mujer debe intentar evitarse y, si eso no es posible, hay que partir de que ellas están sometidas al designio masculino. La misma sumisión y dependencia se predica en la Epístola a Timoteo, atribuida a san Pablo (y así ha figurado en el Nuevo Testamento), aunque no hay la certeza de su autoría.



Otra fuente fundamental, decíamos, es Aristóteles. Con él aparece tal vez el sexismo más radical del mundo antiguo, al sostener la idea de la hembra como macho mutilado. Es decir, la inferioridad de la mujer, su impotencia para dar vida, frente al varón que sí la tiene por ser la parte activa del proceso reproductor. El temor al dominio de las mujeres cristaliza en Aristóteles concibiéndolo como fruto, si ocurre, de una degeneración de la especie humana que tiene y debe tener al varón como eje relevante y único.

Pero la misoginia medieval recibirá un formidable impulso gracias al italiano Giovanni Boccaccio quien escribe su célebre *Il Corbaccio* en torno a 1365, después de concluir su *Decamerón* e inspirándose en el *vituperium* a la mujer escrito por el poeta latino Juvenal. Pero su inspiración, la fuerza de sus argumentos, se debe también, al parecer, a su propia experiencia de hijo natural y amante rechazado. Puede que el título de la obra derive del castellano «corbacho», vergajo con el cual el cómitre sacudía los cuerpos de los forzados a galeras y que nos puede dar idea del deseo de hostigamiento a que se aspira o que resulta de su lectura. La obra arranca de un enamoramiento poco afortunado del poeta, cuando, ya cuarentón, queda prendado de una bella viuda y le escribe cartas requiriéndola de amores. La mujer muestra las cartas a sus allegados, burlándose de Boccaccio por su origen plebeyo y por su edad. El libro es la venganza del autor, que no dirige sólo contra la viuda, sino contra todo el sexo femenino.<sup>1</sup> El autor sueña que se mueve por lugares encantadores, cuando de repente se encuentra en una inexpugnable selva, el laberinto de amor, llamado también la pocilga de Venus. Allí, convertidos en animales, expían sus pecados los pobres miserables que fueron víctimas del amor de una mujer. Aparece el espectro del difunto marido de la viuda, quien le relata minuciosamente los innumerables vicios y defectos de su esposa. Como penitencia ordena a Boccaccio que revele todo lo que ha visto y oído... El clérigo toledano Alfonso Martínez escribiría años después una obra de intención similar, aunque más doctrinal, conocida igualmente como *Corbacho* (1438) donde se advierte de la incapacidad de las mujeres para corresponder a sentimientos nobles como el amor, embruteciéndolos con su carácter interesado y provocador.

En todo caso, la doble y contradictoria actitud ante la mujer —no se puede prescindir de la relación con ella, pero se la proyecta como un ser odioso y responsable de la perdición de un hombre— es posible hallarla también en la poesía provenzal. Con el odio a la dama, antes venerada por su belleza y cualidades morales, los juglares más conocidos en su tiempo, como Cerverí de Girona o Pere Torroella, cerraban el círculo del amor con la expresión del rechazo al mismo y su venganza literaria.

La misoginia medieval no conoce fronteras ni géneros. El monje franciscano y teólogo nacido en Gerona, Francesc Eiximenis, escribe en torno a 1396 *Lo llibre de les dones*, obra escrita en catalán con el propósito de «describir» los sucesivos estadios vitales femeninos. Se trata de un texto capital de amplias consecuencias en las obras didácticas posteriores destinadas igualmente a postular la supremacía del varón frente a la mujer. Su punto de vista no deja lugar a dudas: ni las sillas donde se sientan las mujeres las pueden soportar. Al igual que sucederá con el posterior *Corbacho* del arcipreste de Talavera, estamos ante escritos que reflejan un terrible menosprecio a la mujer. Y a pesar de ello la historiografía literaria los ha tratado con la mayor tibieza y consideración, como piezas capitales de la llamada «prosa didáctica» y ello sin el menor matiz, sin una lectura crítica sobre su intención y sentido. «Eiximenis nos abre un mundo nuevo —¿seguro que se trata de un mundo nuevo?— para el estudio de la mujer en la Edad Media», escribe Jordi Rubió i Balaguer obviando limpiamente la tórrida diatriba del franciscano. Por su parte el historiador Juan Luis Alborg, en el que me apoyo como único ejemplo reciente para no alargar innecesariamente el comentario sobre lo que debe ser objeto de una revisión en profundidad —me refiero a la prosa moral y didáctica medieval y renacentista—, señalará el segundo capítulo del *Corbacho* español —el que atañe exclusivamente a la denuncia de los males acarreados por la mujer— como el mejor, «el más logrado de los cinco capítulos que integran la obra». ¿Logrado en qué sentido? «La segunda [parte], la más importante de todas, la verdaderamente original, consiste en una sátira contra “los vicios, tachas e malas condiciones de las perversas mujeres” y contra sus tretas y sus artes de seducción». Alborg parece feliz al escribirlo. Unas líneas atrás se ha referido a la obra en general y a su autor con estas elogiosas palabras: «Su obra capital y por la

cual su autor merece un puesto de primer orden en la historia de nuestras letras es el *Corbacho o Reprobación del amor mundano*, título que no le dio su autor pero que ha prevalecido por las concomitancias que se atribuyeron a la obra del Arcipreste con la famosa sátira de Boccaccio contra las mujeres» (1972: I, 443). En tan ponderado capítulo puede leerse, ejemplo tomado al vuelo, la opinión que le merece al pobre clérigo toledano la mujer que se casa con un hombre más joven:

Pues (a)téngase lo que le viniere a la vieja desmolada, canas de infierno; muera y reviente la vieja grifa maldita que buscó refresco en la última edad. Aconórtese con la mala vejez, con su cuero curtido, su vientre arrugado, su boca hedionda y sus dientes podridos.

Veamos otro ejemplo de «prosa didáctico-moral» proporcionado por un clérigo franciscano de la corte de la reina Isabel de Castilla llamado Íñigo de Mendoza, al parecer de costumbres más bien laxas, que insiste en uno de los *topica* medievales más corrientes, el de la voracidad sexual femenina. La mujer posee un sexo húmedo y frío que la empuja, como quien dice, a una necesidad de coito permanente (recordemos a Juvenal: *lassata sed non satiata*). Leamos un breve pasaje de su *Dictado en vituperio de las malas hembras y en loor de las buenas mujeres*:

[...] es un sexo envidioso, liviano, irascible, avaro, desmedido en la bebida y de vientre voraz; disfruta con la venganza, anhela siempre vencer sin miedo a crimen o engaño alguno con tal de poder vencer; por medios lícitos e ilícitos desea obtener lo que quiere y nada que sea placentero le parece ilegítimo.

Tanto en este como en otros tratados misóginos que se expurgan a continuación aunque el título contempla a las buenas mujeres, a estas apenas se las considera, si es que llega a hacerse, centrándose en las «malas hembras» con las que acaba por identificarse al sexo femenino en su conjunto. Ni la Iglesia ni la cultura generada en su entorno serían capaces en la Edad Media de crear una imagen bondadosa y espiritual de la mujer real, identificándola por el contrario con la lujuria y el engaño. ¿Nos hemos preguntado alguna vez en qué situación se halla una estudiante de filología que debe enfrentarse en pleno siglo XXI a escritos considerados acriticamente

como «moralizantes» y cargados, sin embargo, de odio, estulticia y desprecio hacia la mujer? ¿En qué puede ayudar a los jóvenes el estudio de esas obras si no van acompañadas de una lectura crítica y adecuada que ayude a comprender su finalidad y a relativizar su lectura? ¿De qué moral se ha estado hablando en la historiografía literaria?

La ferocidad contra las mujeres fomentada en la Baja Edad Media alcanza con el médico valenciano Jaume Roig su punto más tórrido. Autor del terrible *Llibre de les dones o Spill* (c. 1460) para aquel hombre influyente en la corte de Alfonso el Magnánimo las mujeres son culpables, por su carácter, incluso de que los perros cuando son pequeños se orinen en las casas. Igualmente influido por el Corbacho boccacciano, según el filólogo Robert Archer y otros medievalistas que han estudiado el calco que ofrecen muchos pasajes, Roig sólo exceptuará a su esposa, Isabel Pellicer, de la feroz diatriba dirigida a su sobrino en la ficción, Baltasar Bou, para advertirle de la maldad femenina. El valenciano escribe en su vejez, «muerto civilmente» y apartado de todos. Su ira parece aplacarse sólo recomendando a los jóvenes el precepto paulino: lo mejor para un hombre es no acercarse a las mujeres, si es que se quiere aspirar a la propia salvación. La obra, escrita en verso, tuvo un notable éxito y se adaptó rápidamente al castellano.

La explicación a la emergencia del discurso misógino entre los siglos XIII y XV es relativamente simple y no tiene que ver tanto con un sentimiento patológico de aversión a la mujer como tratarse de una reacción defensiva al deseo carnal que suscita. El problema de fondo está relacionado con el poder y el interés y ha sido bien estudiado por Robert Archer en su magnífico ensayo sobre la misoginia medieval en el que nos apoyamos. Si reparamos en que la mayoría de sus autores son clérigos o teólogos nos damos cuenta de que sus diatribas contra la mujer (misoginia) y contra el matrimonio (misogamia) persiguen un objetivo y es poner coto a una doble situación vivida en la época. Por una parte, la necesidad de la Iglesia de insistir en el celibato frente a la práctica no sólo extendida sino festejada en los siglos XIV, XV o XVI del concubinato entre los clérigos (léase *El libro del buen amor*, del arcipreste de Hita o el anónimo *Lazarillo de Tormes*). Por la otra, las poderosas órdenes monásticas experimentaban una constante necesidad de nuevas vocaciones y por ello estaban en verdad interesadas en

fomentar entre los jóvenes una actitud de aversión hacia las mujeres que por efecto rebote les condujera al redil eclesiástico. La mujer, el sexo y el matrimonio (que sólo la mujer podía hacer posible) eran, en definitiva, la competencia constante. De manera que tanto la misoginia y la misogamia como la literatura sobre el menosprecio de la corte son corrientes intelectuales que ocultan una poderosa razón de ser: sostener a través del elogio al celibato y a la vida retirada la entrega al sacerdocio y al monacato, frente al potente ardor juvenil y la ambición asociada a la vida cortesana. Digámoslo sin rodeos, por más que duela: la mujer ha sido a lo largo de la historia la principal enemiga del sacerdocio. Ella le ha disputado a la Iglesia el varón como realización de su propio destino y es un hecho clave para explicar la potencia del discurso misógino en la sociedad española donde el catolicismo ha ejercido un peso enorme en todos los órdenes de la vida y la moral. Desde luego no es fácil enfrentarse al poderoso deseo sexual masculino y convencer a los varones, en pleno vigor de su libido, que renuncien a la satisfacción carnal por un compromiso que exige el celibato de por vida. Pero lo importante del voto de castidad exigido por la Iglesia a sus miembros no es tanto discutir el grado de permisividad sexual que puede ser tolerado como la imposición de un principio de dominio moral. La inteligencia del poder eclesiástico ha radicado en ubicar la represión en un aspecto tan incontrolable y vital de la naturaleza humana como el deseo, situando por tanto al individuo en conflicto permanente entre su libido y la prohibición de la misma, de modo que no pueda escapar al sentimiento de culpa. La culpa a su vez conduce a la confesión y con ella se tiene el control sobre el individuo cerrándose así los tentáculos del dominio sobre él. Foucault ha escrito sobre todo ello páginas sublimes.

La sola existencia de la mujer, su mera existencia, ha estado socavando el principio de castidad impuesto por la Iglesia católica a sus sacerdotes y, más allá, ha impedido su posibilidad de ser algo moralmente distinto del varón y de sus exigencias y necesidades. Fomentando su demonización —la mujer es la forma que adopta el pecado para conseguir su propósito—, convirtiéndola en un tabú, en la materia misma de la represión y, por tanto, de la culpa se ha canalizado la necesaria hostilidad que suscita. (El uso del burka, impuesto por los talibanes en Afganistán, cubriendo la totalidad de la

silueta femenina, es un ejemplo extremo no sólo de deshumanización y confinamiento social sino del pánico y la inseguridad que puede desatar el cuerpo de la mujer en la mirada del varón.) El desprestigio de la mujer a manos de clérigos, teólogos y padres de la Iglesia encontró un poderoso refuerzo en los argumentos médicos, a menudo cómplices de su discurso tóxico:<sup>2</sup> «La Iglesia católica con gran razón tiene prohibido que ninguna mujer pueda predicar, ni confesar ni enseñar; porque su sexo no admite prudencia ni disciplina», concluirá el influyente y valorado doctor Juan Huarte de San Juan en su *Examen de ingenios para las ciencias* (1575).

Junto a los argumentos morales, los argumentos médicos han tenido siempre una gran importancia, por la cobertura científica que proporcionan a la guerra particular que la Iglesia entabla contra el sexo femenino y han resultado decisivos en épocas intensamente misóginas, como lo será también el siglo XIX. Es decir, en los periodos en que mayores esfuerzos han hecho las mujeres por zafarse de la presión y poder seguir de alguna manera su propio camino. En la Baja Edad Media los argumentos médicos que se manejan son casi desesperados y fundados sobre todo en el rechazo que generaba la menstruación concebida como un flujo venenoso que todo lo contamina: basta el penetrante olor que despide. En paralelo a esta corriente de estigmatización de la mujer como forma del mal y la perdición, se desarrolla una segunda corriente de sometimiento que lucha por reducirla al ámbito doméstico, impidiendo sus incipientes ansias de libertad, presentes en figuras como Catalina de Siena, Christine de Pizan, Leonor López de Córdoba, las nobles *puellae doctae*, Teresa de Cartagena, Florencia Pinar, Isabel de Villena...<sup>3</sup> Mujeres que dan mucho en que pensar por la madurez de sus escritos en torno a los valores femeninos. Su libertad de espíritu despierta el encono de teólogos y moralistas que ven en su posible influencia, sobre todo en otras mujeres, una laminación del control moral que la Iglesia ejerce a través de la confesión y de la prosa didáctica, centrada en el discurso paulino de la subordinación al varón y la negación del acceso de la mujer al *logos*. Así, el clérigo franciscano Antonio de Guevara en su vacuo *Relox de príncipes* (1529) no deja lugar a dudas: «En nuestra sagrada religión cristiana no hay ley divina ni humana que en todas las cosas el varón a la mujer no se prefiera». De modo que serán muchas las observaciones, los *exiemplos*, los

manuales que exaltarán a la mujer virtuosa, a la perfecta casada, a la doncella sin mácula... En definitiva a la mujer que no es más que espíritu de entrega... al varón.

## Malas mujeres

Vio Sócrates a una mujer que se afeitaba mucho y dijo: «Éste es fuego que acrece siempre en su leña hasta que se encenderá y hará gran llama y haberse ha de mesurar su lumbre».

Y dijo Sócrates a un su discípulo: «Hijo, si de guisa fuere que no pudieres excusar a las mujeres, hábelas de manera bien: como quien come carne mortecina que no la come sino con muy gran cuidado y come de ella poca, de manera que se le sostenga el alma y no coma ende más. Y quien más come de esto de las mujeres hácenle enfermar y morir, y por esto el que ha la compañía de las mujeres la hora que lo ha de menester, que no lo puede excusar estuerce, y quien las acompaña y no las ha menester y las puede excusar arrepíentese y hállase ende mal».

Anónimo, *Libro de los buenos proverbios*, siglo XIII

• • •

La mujer es mal que no puede el hombre excusar.

La mujer es lazo armado, que no cae en él sino quien se engaña por él.

Y no ha mayor estorbador que necesidad, ni peor mal que la mujer.

Y vio a una mujer que llevaba fuego, y dijo: «El llevador es peor que el llevado».

Y vio a una mujer enferma que no se podía mover en su lecho, y dijo: «El mal queda con el mal».

Y vio a una mujer que llevaban a soterrar, y mujeres que lloraban en pos de ella, y dijo: «Duélese el mal por que pierde al mal».



Y vio a una moza que aprendía a escribir, y dijo: «No acrecientes el mal con el mal».

El que quiere liberarse de los engaños del diablo, no obedezca a la mujer; porque las mujeres son escalera parada, que no tiene el diablo poder, si no en el que subiere en ella.

La necedad del hombre es conocida por tres cosas: por no haber cuidado de enderezar a sí mismo, por no controlar su codicia, por guiarse por su mujer, en lo que sabe y en lo que no sabe.

[...]

Y dijéronle: «¿Cómo denuestas a las mujeres?, que si no fuese por ellas, no serías tú ni los otros sabios, que son tales como tú». Y dijo: «La mujer es tal como la palma que tiene espinas, y si entran en el cuerpo del hombre, lláganlo; pero lleva buenos dátiles».

[...]

Y preguntaron a Aristóteles: «¿Cuándo es bueno de yacer con la mujer?». Y dijo: «Cuando quisieres enflaquecer tu cuerpo».

Anónimo, *Bocados de oro*, siglo XIII

• • •

Preguntole más: «¿Cual es la cosa que más envejece al hombre antes de tiempo?».

Respondió la doncella: «El dormir mucho con mujeres. Ca dice Aristóteles, hablando de los lujuriosos, que toda su obra era ponzoñosa, porque los hombres daban la mejor sangre de su cuerpo, y que las mujeres daban la peor que tenían».

Anónimo,  
*La historia de la doncella Teodor*, c. 1250

• • •

[...] dice el sabio que «aunque se tornase la tierra papel y la mar tinta y los peces de ella péndolas, que no se podrían escribir las maldades de las mujeres».

Infante Don Fadrique, hermano de Alfonso X,  
*Libro de los engaños*, 1253

• • •

Quien quiere amar a la mujer vil no teme las malas acciones, y quien a mujer vil cree se desaviene con Dios; quien acecha a mujer vil pierde cuanto bien hizo, y quien quiere cortejarla conviértese en el hazmerreír de todos. Quien más la guarda y ama, más pronto la pierde; porque ella suspira por otro al que quiere poseer, en el que cree encontrar más placer que en el que tiene, por quien quiere cambiarlo. Pero perder es ganancia de íntimos y de extraños: quien pierde lo que le ocasiona daño, me parece que hace gran ganancia; quien pierde su desdicha, no puede ganar más; porque yo he oído en libros y a muchos hombres reputados por sabios, tanto latinos como hebreos, que las mujeres sumen en la desgracia a clérigos, laicos, reyes, condes y duques; porque la vil mujer es menos útil que el dolor encima del daño.

¿Cómo os diré lo que hace? Mientras atiende a uno, habla con otro, mira a otro, ríe con otro y piensa, en su falsa voluntad, que enviará mensaje a otro. Y si luego la reprendéis por lo que hayáis visto, al instante llorará, y llorando jurará por Cristo que nunca hubo nada, y vos lo habréis contemplado; y después os pondrá cara de enfado con mal humor. Y vos, que la amáis, como que tendréis miedo de que se vaya con otro, soportaréis vuestra vergüenza. No creo que nadie me discuta que la mujer a mediodía os hará llevar la candela, y la verdad [os la hará pasar] por mentira. Por todo ello, el hombre leal debe temer a las mujeres y su hablar, porque os enemistarán con amigos y parientes y os harán querer a los que deberíais aborrecer; y les viene por naturaleza hacer daño y desmesura.

Cerverí de Girona, «*Maldit bendit*», 1271

• • •

¿Qué es la mujer?

Confundimiento del hombre, bestia que nunca se harta, cuidado que no tiene fin, guerra que nunca queda, peligro del hombre que no tiene en sí medida.

Alfonso X el Sabio, *Primera Crónica General*, c. 1272

• • •

Mas la mujer mezquina que el mal había tratado y fue medianera entre el Diablo y el hombre, y con sus maneras hizo caer al hombre y consintió al Diablo, asimismo debió pagar su pecado.

[...]

Y por esto [...] les estuvo dado el cargo vergonzoso, que les dura siempre en esta vida, a saber el flujo de sangre todos los meses, del cual se dice que viene a ellas malos olores por los cuales han de recorrer muchas veces a perfumes y a otros olores preciosos que a los malos apagan. Por esta soberbia les fue dado en pena que, pues que tan alto querían subir, se abajaran hasta las bestias, y que todos tiempos hubiesen voz de mozo sin barbas y que fuese todos tiempos vocinglera en su turbación. Y así como un asno en su defensa que arrebata y saltase al otro en la cara con las uñas, así como gato, y, como sería mal contenta, que riñese como perro.

[...]

[...] quiso Dios que fuese hecha inestable y movable, así como la hoja al viento, que no hubiese en sí ninguna firmeza por natura, ni tenga cosa secreta a ninguno, y mude cien propósitos en un punto, y que ahora llore y ahora ría, ahora quiera esto, ahora lo contrario, así que no tenga en nada ni huso ni rueca, ni comienzo ni cabo, ni la podáis tener en un mismo propósito sino con grandes maneras. Asimismo dice que por tal como más amó creer a la sierpe que a Dios le es dado en pena que sea toda serpentina y ponzoñosa y tanto que de la cabeza hasta los pies no hay lugar que todo no sea ponzoñosa y muerte de hombres.

Asimismo dice [Ambrosio] por tanto como Eva sin todo miedo, con ardor y sin vergüenza, tomó del fruto vedado a ella por nuestro Señor, por eso le fue dado en pena a ella y a sus hijas siguientes que todas fuesen pavorosas en tanto que no fuesen buenas para armas ni para defender la tierra, ni tuviesen fuerza. Antes un escarabajo que se moviese súbitamente contra ellas hiciese huir mil. Y por tal, dice que todas son pesadas, y quieren asentarse todos tiempos en tierra, ca pesan como plomo, ni ninguna silla largamente no las puede sufrir. Asimismo dice que por tal como no hubo pavor de las amenazas de Dios, por tanto procuró a sí y a todas las mujeres siguientes, dolores y afanes hartos. Y por eso le fue dada en pena a ella y a sus hijas siguientes que pariese sus hijos con dolor, y aún todos tiempos que mujer nazca que toda la casa sea triste y llorosa.

[...]

Responde aquí un poeta a Quintiliano sobre la bucólica diciendo que «a mujer pendenciera, diablo por marido», y si no está satisfecha con nada, que nada tenga y nada le des. Y si te riñe, riñela tú, y haz que todos los de la casa la riñan, y dile ascos hasta que ceda y esté bien harta del mal mientras lo pueda soportar. Y si dices que de este mal tú también tendrás tu parte, dice este poeta: «Es cierto, pero la habrás invertido bien después de que la hayas corregido del todo. Y si no se enmienda, tú no ceses, sino que hazte el loco contra ella hasta que recupere el sentido común, ya que el hierro con hierro se fortalece y el veneno se cura del veneno, y el mal se cura con el mal». Por tanto, quien quiere mal que lo tenga, y no habrá perdido nada sino que ganará el sentido común que no tenía.

[...]

Y dice que la gran malicia de la mujer se enmienda mejor con la vergüenza, si es una mujer distinguida, que de ninguna otra manera. Pero si la mujer es vil y de vil condición, como por ejemplo campesina, esclava o cautiva, entonces se corrige mejor con azotes y porrazos.

Francesc Eiximenis, *Lo llibre de les dones*, 1396

• • •

*De los vicios y tachas y malas condiciones de las perversas mujeres, y primero digo de las avariciosas*

Por cuanto las mujeres que malas son, viciosas y deshonestas o enfamadas, no puede ser de ellas escrito ni dicho la mitad que decir o escribir se podría por el hombre, y por cuanto la verdad decir no es pecado, mas virtud, por ende, digo primeramente que las mujeres comúnmente por la mayor parte de avaricia son dotadas; y por esta razón de avaricia muchas de las tales infinitos y diversos males cometen: que, si dineros, joyas preciosas y otros arreos intervengan o dados les sean, es duda que a la más fuerte no derroquen y toda maldad espera que cometerá la avariciosa mujer con desfrenado apetito de haber, así grande como de estado pequeño.

Alfonso Martínez de Toledo,  
*Corbacho o Reprobación del autor mundano*, 1438

• • •

*De cómo debe el hombre esquivar de morar con las mujeres*

[...]

Y el bienaventurado san Jerónimo dice en una Epístola: «Pocas veces o nunca lleguen los pies de las mujeres a tu puerta, ni estés en una casa con ella, ni confíes en la castidad pasada, ca ni eres más santo que David, ni más fuerte que Sansón, ni más sabio que Salomón».

[...]

Y en las *Vidas de los Padres* se lee que como un ermitaño quisiese pasar a su madre a cuevas allende el río, envolvió sus manos en el manto porque no llegase a la carne de la madre. Y como le dijese la madre que por qué hacía aquello, respondió el hijo que porque la carne de la mujer era fuego y en llegando a ella se acordaría de las otras mujeres. Y de aquí es lo que dice Salomón en el sexto capítulo de los Proverbios: «¿Por ventura podrá alguno andar sobre las brasas que no se queme las plantas?». Y el Eclesiástico dice a los trece capítulos que el que tañe la peza se ensuciará en ella. Y por ende debe decir el siervo de Dios a la mujer lo que dijo el Señor a Santa María

Magdalena a los veinte capítulos de San Juan: «No me quieras tañer». Y el bienaventurado san Jerónimo dice en una Epístola que tentaciones son de los clérigos las visitas espesas de las mujeres.

[...]

*De las alcahuetas*

[...]

Y lo tercero, las alcahuetas son apartadoras de la lealtad matrimonial, según aquello que dice el Eclesiástico a los veintiocho capítulos: «La lengua tercera de la mujer derribó a los fuertes. Y en esto es peor la alcahueta que el diablo».

[...]

Donde como un diablo trabajase mucho tiempo por poner discordia entre un marido y su mujer y no lo pudiese hacer, fuese a una vieja y prometiole un par de zapatos para que pusiese discordia entre aquellos dos casados. Y fuese la vieja para la mujer y díjole: señora mía, oí decir que había un grande amor entre vos y vuestro varón y tengo de ello gran placer, y si vos queréis que crezca este amor y sea durable dadme un pelo de su barba y yo haré que dure para siempre». Y después fue al marido y díjole: «Señor mío, no tengas por mal esto que te quiero decir; ruégote que te avises, ca si no te guardas esta noche te degollará tu mujer». Y desde que vino la noche fuese a acostar el buen hombre e hizo como que dormía y llegó a él la mujer con una navaja para cortarle un pelo de la barba, y viéndolo el marido levantose y diole tantas heridas y azotes que la dejó por muerta. Y vino el diablo al plazo que había puesto con la vieja y trajole los zapatos y dióselos con una vara larga. Y ella rogole que se llegase a ella y respondióle él que no osaba porque temía que lo engañaría.

Anónimo, *Espéculo de los legos*, posterior a 1447

• • •

Son todas naturalmente  
malignas y sospechosas,

indiscretas y mentirosas  
y movibles ciertamente;  
vuelven como hoja al viento,  
ponen al ausente en olvido;  
quieren comportar a ciento,  
así que el más contento  
es cerca de aborrecido.

Si las queréis enmendar,  
las habéis por enemigas,  
y son muy grandes amigas  
de quien las quiere lisonjear;  
por gana de ser loadas  
cualquier alabanza cogen;  
van a las cosas vedadas,  
desdeñan las sojuzgadas,  
y las peores escogen.

Sintiendo que son sujetas  
y sin ningún poderío,  
a fin de haber señorío  
tienen engañosas sectas;  
entienden en afeitar  
y en gestos por atraer;  
saben mentir sin pensar,  
reír sin causa y llorar  
y aun embaidoras<sup>1</sup> ser.

Provecho y deleite son  
el fin de todas sus obras;  
en guarda de las zozobras  
suplen temor y ficción;  
si por temor detenida  
la maldad de ellas non fuese

o por ficción escondida,  
non seria hombre que vida  
con ellas hacer pudiese.

Mujer es un animal  
que se dice hombre imperfecto,  
procreado en el defecto  
del buen calor natural;  
aquí se incluyen sus males  
y la falta del bien suyo  
y pues les son naturales  
cuando se demuestran tales,  
que son sin culpa concluyo.

Pere Torroella, *Coplas de las calidades  
de las donas*, anterior a 1458

• • •

Digo, pues, que todas, de cualquier estado que fueren, color, edad, ley, nación y condición, grandes y chicas, mayores y menores, jóvenes y viejas, feas y hermosas, enfermas y sanas, las cristianas como las judaicas y las moriscas, negras y morenas, rubias y blancas, cabales y estropeadas, gibosas, parleras y mudas, libres y cautivas, cuantas viven, cualesquiera sean, creen cosa de verdad todo lo que sueñan; hacen proceso mental de lo que no ven, sin oír la parte ni la defensa; se pronuncian por sola presunción; y sentencian, como sobre cosa de verdad, en lo que de cierto no saben.

Se dan gusto mintiendo; varían siempre; no ríen nunca sin fingir; ríen y lloran por amaño; claman que se sienten morir, cuando más sanas están; si tienen tercianas, lejos de cuidar de su mal, suelen fingir que están dolientes para disimular sus propósitos. Si se las reprende, rehuyen todo género de enseñanza o corrección; pero saben excusar muy bien sus vicios amados y especulan sobre pecados ajenos y aun llegan a atribularse por ellos cuando se confiesan: no dejan de manifestar ninguna circunstancia de los mismos, por los que experimentan ansias, sin empero dolerse de sus propios pecados.



Manifiestan querer lo que menos les agrada: atienden a lo azul y compran de color granate; piden uvas, cuando lo que anhelan son granadas; pero nunca se engañan en cuanto se trata de tomar; su placer es gastar pródigamente, darse tono y elevarse siempre más arriba.

[...]

Su cerebro, húmedo o seco, caliente o frío, corriendo atropelladamente fabrica, descubre e implica contradicciones; sus hablillas son invenciones de condición diabólica. Faltan vocablos y dicciones para hacer relación, siquiera insuficiente, de sus flaquezas: David y todos los profetas, Tulio, los poetas, los oradores griegos, las setenta y dos lenguas del mundo, Papías, Ugucio, el *Catolicón* y las *Etimologías*, con lo que han escrito, dicho y hablado todos los vivientes, no ofrecen palabras bastantes para decir y referir los venenos que amasan, las maldades en que se emplean y los bienes de que abusan.

[...]

¿Dices que tomarás a parienta por mujer? Así recibirás de ella más pronto embestida mortal; en breve habrás de verla enseñoreada de ti: querrá mandar más y te temerá menos. ¿Por qué te ciegas? Parece que abuses de la bebida, con tanto como al apuntar yerras. ¿No has leído que se pueden obtener bienes de los parientes, pero que una buena esposa no se puede alcanzar sino de Dios? Es don exclusivamente suyo. Tan sólo José obtuvo bajo el sol una tal gracia, pero hombre del mundo, ninguno: jamás es alcanzada en la tierra. Una mujer cumplida, dotada de saber, virtud, bondad y claro criterio es por demás buscarla, porque no existe.

[...]

Son de tan mal provecho las mujeres y proceden con tal pertinacia, audacia tan grande, y tanta desconfianza, pelos y contrapelos, que no merecen ni merecerán nunca, cuantas existan, el calificativo de mujer buena, puro, limpio y exento de *si, si no, mas o pero*. La que menos truena y

relampaguea, la que menos brega mueve, la que causa menor estrago, es llamada buena como menos mala, por la misma razón que al vino agrio se le llama buen vino.

[...]

No existe en la tierra bruto de tanta fiereza al que el hombre, si sabe hacerlo, no domestique y vuelva pacífico. Pero es cosa imposible enmendar a la malvada y altiva mujer: no se la puede domesticar, ni menos acostumbrar bien; a su falta de seso no le vale congriél, abatidor, tortor ni traba, arte ni destreza, ¡y mucho menos la vejez!

[...]

Relatar todas sus maldades sería cosa muy larga: no bastaría la noche entera para hacerlo; he referido algunas solamente para moverte. Quiero concluir de esto que son altaneras, vanas, inhumanas y llenas de vileza. En mil hombres no se halla uno vil, y si en el millar se encuentra algún villano, hácele serlo su cónyuge; le mancilla cualquier mujer, madre inclusive, y de ello saca muy bonito nombre, muy considerado en corte: cornudo, borde, bastardo, malnacido, afeminado, alegrote, mujeriego, bujarrón, concubinario, fornicario y mozo gazapón. No hay hombre ninguno al que se pueda tachar de vicioso, o reputar de zafio, villano y malvado, sino al que ama, desea o tiene alguna participación con cualquiera de ellas.

Toda su zuna,<sup>2</sup> ley, arte y maña, así como sus prácticas extravagantes, su hipocresía y roncería,<sup>3</sup> te las quiero mostrar y declarar brevemente por medio de semejanzas: por sus costumbres tan desiguales y sus hechos y ardides tan perversos son alimañas; son raposa y tortuosa serpiente, mona, jineta, topo, golondrina, mochuelo, abubilla, gallo, cuclillo, araña con su tela, tábano, comadreja, avispa, alacrán, perro rabioso, sanguijuela, mosca gusanera, grillo, liebre, conejo, dragón, cocodrilo, mirada de basilisco, víbora parida, cantárida, osa gris, leoparda, loba, leona, escorpión, lobo de mar, cetáceo, tarasca, ballena, pulpo, sirena y cola de milano.

[...]

Son, además, balanza de carnicero, y remo de curvo de barquero; son montones de estiércol que, por poco que se les revuelva, hieden que apestan; son zapato angosto, que parece bien hecho al que lo mira, pero duele al pie al infeliz que se lo calza, hasta producirle callos; cebras corredoras, nutrias y castores, en los que otra cosa no se halla buena y bella más que la piel; ropa de prendero, que de igual modo se acomoda a grandes como a chicos, a flacos y a gruesos, pero que se rompe en seguida; son como rocín sardo<sup>4</sup> que sólo da vuelta hacia la izquierda; toman herrumbre más pronto que el hierro cuando no se le forja o labra; son oropel y sucio estaño; puertas de balneario y norias de río; son cantimploras, poleas chirriantes, silos abiertos, pintada huesa; son madeja sin cuerda y juego de flecha ejecutado por ciego, del que todos los tiros dan fuera del blanco; calle o azucaque sin salida; lago y surtidor sin fondo; ampolla de vidrio bufado; gran bambolla<sup>5</sup> de jabón blando; humo de carbón; pluma de águila; manzana macada; ramo de taberna; cisterna vacía, pues nada retienen; de igual modo que las esponjas, tienen piedra en el corazón; son reloj desorientado que, por culpa de las ruedas o de la cuerda, suena a destiempo; son contrapeso de romana que falsea el peso.

[...]

No es nada breve la gran molestia de ser menstruosas durante la cuarta parte del mes, motivo por el cual ni las mujeres griegas, tanto las legas como las religiosas, ni tampoco las judías, acuden a rogar a Dios mientras la sangre les dura; durante ocho días o nueve, no les es permitida la entrada en el templo, mayormente en verano por tan mal como huelen. Del trapo que se mudan hacen amuletos; con la parte que sobra no se puede fabricar buen papel. Si de aquél haces estandarte para ponerlo en el bauprés de las galeras, no esperes viento propicio, sino que las perderás; si lo quemas, no flamea con la luz clara, sino que la da azulada; la yesca que con él se venda la herida reciente, se estiomena o cría vermes ; si quien corta panales lleva humo hecho con aquél, la mitad de las abejas caen muertas, envueltas en tal vapor; de los gusanos de seda se enfría o se escalda la simiente en su mayor parte, sin llegar a avivarse, y de ella muy poca prospera si la toca trapo de aquella

clase. Si cuando tienen su máxima están ellas presentes al sangrar a una persona, tocándolo o viéndolo, ésta no da más sangre o sufre desvanecimiento; si las tales se paran donde están los médicos curando a un herido, éste sana tarde o muy en breve muere; si transitan por la huerta, secan los árboles; matan la hierba o la hacen enteca, si ellas la cogen; empañan los espejos; y miran como los lobos. Además, si le echan su saliva, no esperes que siga viviendo el alacrán; el vino sobrante de su copa causa efectos de infección o veneno en el hombre, lo mismo que si de él hacen sopa; y tiene la tal copa necesidad de ser lavada antes de beber con ella. Por lo furiosas y rabiosas que son, hacen que los perros pequeños se orinen y se enfurezcan, alterándoles artera y traidoramente su complexión; y te procura la muerte, como a Alejandro, si la humedad de cierto sitio te toca. ¡Vaya un cilantro para largo uso!

[...]

Según el decir de las gentes, con cierta grasa fundida se preparan ellas un unguento con el cual se tornan brujas, y así se lanzan de noche al espacio para congregarse en gran número; blasfeman de Dios, adoran a un macho cabrío y todas juntas son honor de su caverna, a la que llaman Biterna; comen y beben, se alzan luego y vuelan por el aire, entrando por doquiera sin abrir las puertas. Muchas de ellas, en Cataluña, han muerto consumidas por el fuego, sentenciadas en buenos procesos por razón de sus extravíos.

[...]

Las jornadas laborables, entre semana, nunca estaba sana; en la cama se quedaba; ella se levantaba a las diez tocadas, cuando en la Sede, Dios se alzaba. Nunca hilaba, ni de los guantes sacaba las manos; nunca cosía; sólo se preocupaba de tener llaves para su cofre lleno de especie de clavel y de todo tipo de drogas. [...] Los días de fiesta, en la madrugada, ya se arreglaba para lucir mucho, y se pasaba dos o tres horas. Entraba en misa cuando ya predicaban [...] siempre estorbaba y se paraba el predicador por el ruido del invitar y el saludar.

Jaume Roig, *Libre de les dones o Spill*, escrito c. 1460  
primera edición impresa, 1531

• • •

*Fileno*: Desde el comienzo de su creación  
torció la mujer del vero camino,  
que menospreciando el mando divino  
a sí y a nosotros causó perdición.  
De aquélla en las otras pasó sucesión,  
soberbia, codicia y desobediencia,  
y el vicio do halla mayor resistencia  
aquel más seguir su loca opinión.  
De su nacimiento son todas dispuestas  
a ira, envidia y aquélla es más buena  
que sabe mejor causar mayor pena  
a los que siguen sus crudas recuestas.  
Y aunque de fuera se muestran honestas,  
lo verdadero te diga el Corbacho,  
que yo en tal lugar decirlo me empacho,  
que son cosas ciertas mas muy deshonestas.  
Discretas son todas a su parecer,  
si yerran o no sus obras lo digan;  
dime si viste en cosa que sigan  
mudanzas y antojos jamás fallecer.  
Si aborreciéndonos muestran querer  
y si penándonos muestran holganza,  
yo y los que en ellas han puesto esperanza  
te pueden de aquesto bien cierto hacer.  
No penan mucho por ser bien queridas,  
tanto que hagan sobre buena prenda,  
y si vergüenza soltase la rienda,  
no esperarían a ser requeridas.  
Vindicativas y desagradecidas

nunca perdonan a quien las ofende,  
y el galardón de quien las defiende  
es que por ellas se pierden las vidas.

Juan del Encina, *Égloga de Filenio,  
Zambardo y Cardonio*, en *Cancionero*, 1496

• • •

¿Qué cosa es, yo te ruego, la mujer, sino una despojadora de la juventud, muerte de los viejos, consumadora del patrimonio y bienes, destrucción de la honra, vianda del diablo, puerta de la muerte, hinchamiento del infierno?

[...]

Piensa, asimismo, cuántos males por las mujeres han venido: cómo Salomón, Holofernes, y Sansón fueron por ellas engañados. No creas ser tan fuerte que de ellas no pienses poder ser burlado; pues es verdad que hay en la mujer alguna firmeza, sino que ahora te ama y mañana te deja, allegándose a otro, o juntamente contigo querrá bien a otros. ¿Qué piensas que es tal amor así repartido por muchos? Un hambre mayor que queda y deseo, como si de un buen guisado no alcanzase a nadie más de untarse los dedos. Ninguna mujer pudo así amar a alguno que, viniendo otro de nuevo con nuevas lisonjas y dádivas, no mudase el amor.

Luis de Lucena, *Repetición de amores*, anterior a 1497

• • •

*Sempronio*: [...] ¿quién te contaría sus mentiras, sus tráfgos, sus cambios, su liviandad, sus lagrimillas, sus alteraciones, sus osadías? Que todo lo que piensan osan sin deliberar: sus disimulaciones, su lengua, su engaño, su olvido, su desamor, su ingratitud, su inconstancia, su testimoniar, su negar, su revolver, su presunción, su vanagloria, su abatimiento, su locura, su desdén, su soberbia, su sujeción, su parlería, su golosina, su lujuria y

suciedad, su miedo, su atrevimiento, sus hechicerías, sus embaimientos, sus escarnios, su deslenguamiento, su desvergüenza, su alcahuetería. Considera qué sesito está debajo de aquellas grandes y delgadas tocas, qué pensamientos so<sup>6</sup> aquellas gorgueras, so aquel fausto, so aquellas largas y autorizantes ropas, qué imperfección, qué albañares debajo de templos pintados. Por ellas es dicho: arma del diablo, cabeza de pecado, destrucción de paraíso. ¿No has rezado en la festividad de San Juan, do dice: ésta es la mujer, antigua malicia que a Adán echó de los deleites de paraíso, ésta el linaje humano metió en el infierno; a ésta menospreció Elías profeta, etc.?

*Calisto:* Di, pues, ese Adán, ese Salomón, ese David, ese Aristóteles, ese Virgilio, esos que dices, como se sometieron a ellas, ¿soy más que ellos?

*Sempronio:* A los que las vencieron querría que remedases, que no a los que de ellas fueron vencidos. Huye de sus engaños. ¿Sabes qué hacen? Cosas, que es difícil entenderlas. No tienen modo, no razón, no intención. Por rigor encomiendan el ofrecimiento que de sí quieren hacer. A los que meten por los agujeros, denuestan en la calle; convidan, despiden, llaman, niegan, señalan amor, pronuncian enemiga, ensañanse presto, apacíguanse luego, quieren que adivinen lo que quieren. ¡Oh qué plaga, oh qué enojo, oh qué hastío es conferir con ellas, más de aquel breve tiempo, que aparejadas son a deleite!

*Calisto:* ¿Ves? Mientras más me dices y más inconvenientes me pones, más las quiero. No sé qué se es.

*Sempronio:* No es este juicio para mozos, según veo, que no se saben a razón someter; no se saben administrar. Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca fue discípulo.

*Calisto:* Y tú, ¿qué sabes? ¿Quién te mostró esto?

*Sempronio:* ¿Quién? Ellas, que desde que se descubren, así pierden la vergüenza, que todo esto y aún más a los hombres manifiestan.

Fernando de Rojas, *La Celestina*, Acto I, 1499

• • •

Contra las viudas

Muchas viudas me parece

que también son de este cuento,  
en las cuales ya perece  
lo que más les pertenece  
que es el buen recogimiento,  
porque nunca honestidad  
de ninguna se presume  
cuando ya su libertad  
en cosas de vanidad  
se consume.

Si se casan y lo ordena  
tal edad que lo requiere,  
la mudanza se ha por buena  
y ninguno la condena  
si a san Pablo bien leyere,  
que dice que mejor es  
el honesto casamiento,  
si continencia después  
recibe de algún revés  
perdimiento.

Mas la viuda ceguihecha  
que por calles se derrama,  
a perder se va derecha  
porque a todos da sospecha  
de la muerte de su fama;  
traen guantes engrasados  
y perfumes encendidos  
mas no cabellos mesados  
a los maridos pasados  
bien debidos.

Ambrosio de Montesino, *Cancionero*, 1508

• • •



Las mujeres son como las monas, que imitan mucho y ninguna cosa a derechas. Ninguna mujer verás que imita el buen miramiento de otra; ni su mesura; ni el moderado vestir; ni otra virtud; mas viendo una mujer que sale su vecina con algo nuevo, luego se le antoja que merece más que la otra; y como la mona trabaja por imitar el vestuario ajeno.

[...]

[la mujer] se añade tales colores, que no dirán cuando está afeitada y relumbra, sino que el ángel de Satanás se transformó en ángel de luz, para engañar a todos los que no miran ni paran mientes sino a lo que se muestra de afuera. ¡Oh mujer afeitada y endiablada, acicalada como espada para atravesar el corazón desarmado [...] serás culpada por haber encendido y pegado fuego a los cuerpos de muchos cristianos [...] matas a los hijos de Dios haciéndoles pecar deseándote!

[...]

Mejor te sería ¡oh engañado marido! tener segura la mejor joya de tu casa, que son los pechos de tu mujer, que no verlos andar por las calles, ponerlos a las ventanas y a las puertas, aún [...] llevarlos a la iglesia so color de ir a misa. La mujer muy afeitada todo lo anda, todo lo visita, y aún a los monasterios más lejos dice que quiere ir a vísperas, y no va sino por ver y ser vista de los galanes que salen a pasear.

Francisco de Osuna, *Norte de los estados*, 1531

• • •

¡Oh, triste de ti, marido, que si topas con mujer generosa, has de sufrir su locura! Si topas con alguna que es cuerda y mansa, no te la dieron sino en camisa. Si te dan alguna que es muy rica, te afrentas de contar su parentela. Si eliges mujer hermosa, tienes malaventura en guardarla. Si te cupo en suerte alguna que es fea, a pocos días huyes de casa y aun apartas de la cama. Si te precias de que tu mujer es sabia y discreta, también te quejas que es muy

regalada y muy poco casera. Si dices que tu mujer es muy aliñada y casera, es por otra parte tan brava, que no hay moza que la sufra. Si tienes vanagloria de que tu mujer sea honesta y guardada, muchas veces la aborreces porque es de ti tan celosa. ¿Qué más quieres que te diga, oh pobre casado?

Lo que digo allende de lo dicho, es que si a tu mujer encierras en casa, nunca acaba de se quejar, y si sale cuando quiere, da a todos que decir. Si la riñes mucho, anda rostrituerta,<sup>7</sup> y si no le dices nada, no hay quien con ella pueda. Si gasta por su mano, ¡ay de la hacienda!, y si gasta por la suya, o te ha de hurtar la bolsa, o vender algo de casa. Si siempre estás en casa, te tiene por sospechoso, y si vienes algo tarde, dice que eres travieso. Si la vistes bien, quiere salir a ser vista, y si no anda bien vestida, te manda mala cena y peor comida. Si le muestras mucho amor, te tiene en poco, y si en esto le tienes algún descuido, sospecha que en otra parte estás enamorado. Si le niegas lo que te pregunta, nunca cesa de importunarte, y si le descubres algún secreto, no lo sabe guardar. He aquí, pues, la ocasión, y aun la razón, por do si hay en un pueblo diez que sean bien casados, hay ciento que viven aburridos y arrepentidos, los cuales a la hora apartarían de sus mujeres casa y cama, si lo acabasen con la iglesia como lo acabarían con su conciencia.

[...]

Creedme, señor Condestable, que ni en burlas ni en veras nunca de mujer debéis confiar cosas secretas, porque a fin que las tengan los otros en algo, luego descubren cualquier secreto. Por muy bobos tengo yo a los maridos que esconden de sus mujeres los dineros y les confían los secretos, porque en el dinero no hay más pérdida de la hacienda, mas en el descubrirles el secreto, a las veces les va la honra. El cónsul Quinto Furio descubrió toda la conjuración del tirano Catilina a una mujer romana que se llamaba Fulvia Torcata; la cual, como lo dijese a otra amiga suya, y así de mano en mano se divulgase por toda Roma, resultó de aquí que a Quinto Furio le costó la vida y a Catilina la vida y la honra. De este ejemplo podéis, señor, colegir que las cosas que son graves y esenciales no sólo de las mujeres no se deben confiar, mas aún ni delante de ellas platicar, porque a ellas no les importa cosa que lo sepan, y a los maridos va les mucho en que se descubra. No es razón de

pensar, ni es justo osar decir que todas las mujeres son iguales, pues vemos que hay muchas de ellas que son honradas, honestas, cuerdas, discretas y aun secretas, y que tienen algunas de ellas los maridos tan bobos y necios, que sería más seguro fiar de ellas que confiar de ellos. No perjudicando a las señoras que son discretas y secretas, sino hablando comúnmente de todas, digo que tienen más habilidad para criar hijos que no para guardar secretos.

Fray Antonio de Guevara, *Epístolas familiares*, 1539

• • •

ALETHIO:  
Puede ser  
que para mejor saber  
su maldad por experiencia,  
disfavor y malquerencia  
me hayan sido menester;  
mas yo he sido  
alguna vez bien querido  
y otras también desdeñado,  
de unas mujeres amado  
y de otras aborrecido,  
y diría  
que al fin hallo todavía  
en las unas liviandad  
y en las otras crueldad  
y soberbia y tiranía.

[...]

ALETHIO:  
[...] entre mil no hallaréis  
una que tenga obediencia  
verdadera,  
ni que a la razón se quiera

someter de todo punto,  
sin que haya luego allí junto  
alguna falta o manquera  
desabrida.

Por una parte os convida  
Y por muchas os despecha,  
mostrando bien que fue hecha  
para darnos mala vida.

¡Oh animal,  
más que bruto, irracional  
Y malvada bestia, a quien  
hizo Dios por nuestro bien,  
Y ella piensa nuestro mal  
sin hartura!

¡Imperfecta criatura  
hecha para ser esclava,  
cruel enemiga brava  
y soberbia de natura!

¡Careciente,  
general y comúnmente,  
de razón, orden y ley!  
Reino loco es donde el rey  
se rige por accidente  
de continuo.

No se puede tomar tino  
a la hembra, ni lo tiene,  
porque nunca va ni viene  
sino fuera de camino,  
desviada  
de los medios, y llegada  
siempre más a los extremos;  
de do viene que la vemos  
por antojos gobernada,  
y en el viento

volando su pensamiento,  
ora acá y ora acullá.  
Nunca por el medio va,  
mas siempre fuera de tiento  
y mesura;  
o como una peña dura  
se queda estante parada,  
o corre desenfrenada  
tras el fin de su locura  
que la guía.  
Una vez helada y fría,  
muy más que el invierno frío,  
otra como el mesmo estío  
inflamada en demasía,  
nunca alcanza  
la hembra cierta templanza  
de guiar tras la verdad  
ni tener en igualdad  
puesta jamás la balanza  
del querer:  
o vos ama sin poder  
encubrir lo que padece,  
o sin causa os aborrece  
hasta no poderos ver,  
o vengarse.

[...]

ALETHIO:  
En un hora  
canta y gruñe y ríe y llora,  
es sabia y loca en un punto,  
osa y teme todo junto  
y niega al mismo que adora,

y le vende;  
quiere y no quiere, ni entiende  
Lo que quiere ni desea.  
Consigo mesma pelea,  
contraria de sí, se ofende  
y destruye;  
sigue lo mismo que huye,  
lo que sabe no lo sabe,  
concierto ninguno cabe  
en lo que ordena y concluye  
con razones,  
porque contrarias pasiones  
le perturban la razón,  
y en una misma opinión  
tiene muchas opiniones.

[...]

Y de aquí  
nace, como siempre vi,  
no poder en esta vida  
la mujer ser entendida,  
porque no se entiende a sí  
de mudable,  
inconstante, variable,  
vaga, vana, garladora,  
deslenguada, mordedora,  
mentirosa, intolerable,  
maliciosa,  
arrogante, imperiosa,  
mandona, descomedida,  
temeraria de atrevida,  
impaciente, querellosa,  
robadora,  
pesada, revolvedora,  
ambiciosa y avarienta,

vindicativa, sangrienta,  
sañuda, amenazadora,  
envidiosa,  
descomunal, desdeñosa,  
creedora de ligero,  
idólatra del dinero,  
por quien hace toda cosa,  
lisonjera;  
por una parte santera  
y por otra muy profana,  
supersticiosa, liviana,  
adivina y hechicera,  
perezosa,  
deshonesta y lujuriosa  
cuando el tiempo da lugar,  
doctora del paladar  
y tragadora golosa,  
regalada;  
por la mayor parte dada  
a toda delicadeza  
y ser de su gentileza  
curiosa, apasionada,  
y a locuras,  
a deleites y blanduras  
y caricias, a halagos,  
y a revueltas y tráfigos  
y secretas travesuras;  
guardadora  
del odio que en ella mora,  
hasta que halla sazón  
de vengar su corazón,  
del cual es ejecutora  
muy airada.

[...]

ALETHIO:

Pues hablar  
de su gran disimular  
y fingir causas compuestas  
con muy sutiles respuestas,  
es para nunca acabar  
en un año.

Trama y urde cualquier daño  
y maldad en un instante,  
aplicando su semblante  
al fraude y al engaño,  
remedando  
con él y representando,  
con muy fácil movimiento,  
cualquier caso o pensamiento  
que la lengua va hablando  
falsamente.

[...]

Tantas son siempre las artes  
y astucias de todas partes  
que tienen para engañar  
(a) los cristianos;  
y aunque con indicios llanos  
la toméis en el pecado,  
a vistas de ojos mirado,  
y con el hurto en las manos,  
os lo osa  
negar, porque es poderosa,  
con sus ardidés sabidos,  
de embaucaros los sentidos  
y dorar cualquier cosa,  
por más fea



y manifiesta que sea,  
y ninguna hay que poder  
creerle ni no creer,  
si ella quiere que se crea.

Cristóbal de Castillejo, *Diálogo de mujeres*, 1544

• • •

Tratan otras livianas de casarse por amores. Dan vista en las iglesias, hacen ventana en sus casas, están de noche sobresaltadas en sus camas, esperando cuando pase quien con el chillido de la guitarrilla las levante. Oye cantar unas coplas que hizo Gerineldos a doña Urraca, y piensa que son para ella. Es más negra que una graja, más torpe que tortuga, más necia que una salamandra, más fea que un topo, y, porque allí la pintan más linda que Venus, no dejando cajeta ni valija de donde para ella no sacan los alabastros, carmines, turquesas, perlas, nieves, jazmines, rosas, hasta desenclavar del cielo el sol y la luna, pintándola con estrellas y haciéndole de su arco cejas... ¡Anda, vete, loca!, que no se acordaba de ti el que las hizo y, si te las hizo, mintió, para engañarte con adulación, como a vana y amiga de ella. Quien te hizo esas coplas, te hizo la copla. Guárdate de él, que con aquel jarabe las va curando a todas. A cada una le dice lo mismo.

Leyó la otra en *Diana*,<sup>8</sup> vio las encendidas llamas de aquellas pastoras, la casa de aquella sabia, tan abundante de riquezas, las perlas y piedras con que los adornó, los jardines y selvas en que se deleitaban, las músicas que se dieron y, como si fuera verdad o lo pudiera ser y haberles otro tanto de suceder, se despulsan por ello. Ellas están como yesca. Sátales de aquí una chispa y, encendidas como pólvora, quedan abrasadas.

[...]

Mujeres hay también que sólo se casan por ser galanas de corazón y para poderlo andar, ver y ser vistas, vestirse y tocarse cada día de su manera, pareciéndoles que, porque vieron a la otra un día de fiesta o toda la semana engalanarse, que luego en siendo casada la traerá su marido de aquella

manera y, si mejor, no menos; y que, como a la otra trolotodo,<sup>9</sup> le darán a ella licencia para poder andar deshollinando barrios. Aquí entra la pendencia. Porque, si no le sucede como lo piensa o porque su marido no gusta o no quiere que su mujer esté más vestida ni desnuda que para él, y que, si el otro lo consiente, quizá no hace bien y se lo murmuran y no quiere que con él se haga otro tanto, por el mismo caso que no la dejan vestir y calzar, holgar y pasear como la que más y mejor, no queda piedra sobre piedra en toda la casa, forma traiciones con que vengarse de su desdichado marido. Que, de bien considerado, conociendo quien ella es, teme que si le diese licencia y alas, le acontecería como a la hormiga, para su perdición: así no se atreve ni consiente. Sólo esto basta para que luego ella se arañe y mese, llamándose la más desdichada de las mujeres, que a Dios pluguiera que, cuando nació, su madre la ahogara, o la hubieran echado antes en un pozo que puéstola en tan mal poder, que sola ella es la malcasada, que Fulanilla es una tal y que su marido la trae como una perla regalada, que no es menos ella ni trajo menos dote, ni se casara con él, si tal pensara. Deshónralo de vil, bajo, apocado: que mejores criados tuvo su padre, que no mereció descalzarle la jervilla.

Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, 1599

• • •

Si tú vas por las calles vestida con suntuosos vestidos, no echas de ver que llevas tras de ti los ojos de todos, y atraes los suspiros de los mancebos, y engendras en ellos el fuego de la concupiscencia [...]. Y aunque te parece que tú no te pierdes ¿no ves que pierdes a los otros?

Gaspar de Astete, de la Compañía de Jesús, *Tratado del gobierno de la familia y estado de las viudas y doncellas*, 1603.

## Hombres fuertes, mujeres temerosas

### Ejemplo XLVII

*Lo que sucedió a un moro con una hermana suya que decía ser muy miedosa*

—Señor conde —dijo Patronio— un moro tenía una hermana tan mirrada que, por cualquier cosa que veía o le hacían, daba a entender que sentía miedo y espanto. Era tan delicada que, cuando bebía en unas jarritas que tienen los moros, como el agua suena entonces un poco, decía que le entraba tanto miedo con el ruido que estaba a punto de desmayarse.

Su hermano era muy buen muchacho, pero muy pobre, y, como la pobreza obliga a los hombres a hacer lo que no quieren, aquel joven tenía que ganarse la vida de modo muy vergonzoso, pues, cada vez que se moría alguien, iba de noche al cementerio y le quitaba la mortaja, así como las ofrendas funerarias. Así se mantenían su hermana, él y toda la familia. Y la muchacha lo sabía.

Una vez murió un hombre muy rico, al que enterraron con lujosos vestidos, alhajas y cosas de mucho valor. Cuando se enteró su hermana, le dijo que quería acompañarlo aquella noche para ayudarle a traer todas las riquezas con que lo habían enterrado.

Estando ya muy oscuro, se fueron el mancebo y su hermana al cementerio, llegaron a la tumba del difunto y la abrieron, pero, cuando le quisieron quitar los ricos paños que vestía, vieron que no podían hacerlo sin cortarlos, o bien, rompiendo la cerviz del difunto.

Al ver la hermana que, si no le quebraban la cerviz al muerto, tendrían que romper las ropas, con lo cual perderían todo su valor, cogió con sus manos la cabeza del difunto y, sin compasión y sin pena, la separó del cuerpo, que descoyuntó todo. Luego le quitó ella las ropas que vestía, así como las riquezas, y se marcharon los dos.

Mas al día siguiente, cuando estaban comiendo, al beber agua, la jarrita empezó a sonar y la mora dijo que iba a desmayarse por aquel pequeño ruido. Cuando su hermano lo vio y se acordó de la frialdad y de la indiferencia que había demostrado al descoyuntar la cabeza del muerto, le dijo en árabe:

—*Aha ya ohti, tafza min bocu, bocu, va liz tafza min fotuh encu.*

Lo que quiere decir: «Ay, hermana, os asustáis del sonido de la jarrita, que hace gluglú, y no os dio miedo la cabeza del muerto». Esta frase se ha convertido en un refrán, que utilizan mucho los moros.

### Ejemplo XXXV

#### *Lo que sucedió a un mancebo que casó con una muchacha muy rebelde*

Otra vez hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le decía:

—Patronio, un pariente mío me ha contado que lo quieren casar con una mujer muy rica y más ilustre que él, por lo que esta boda le sería muy provechosa si no fuera porque, según le han dicho algunos amigos, se trata de una doncella muy violenta y colérica. Por eso os ruego que me digáis si le debo aconsejar que se case con ella, sabiendo cómo es, o si le debo aconsejar que no lo haga.

—Señor conde —dijo Patronio—, si vuestro pariente tiene el carácter de un joven cuyo padre era un honrado moro, aconsejadle que se case con ella; pero si no es así, no se lo aconsejéis.

El conde le rogó que le contase lo sucedido.

Patronio le dijo que en una ciudad vivían un padre y su hijo, que era excelente persona, pero no tan rico que pudiese realizar cuantos proyectos tenía para salir adelante. Por eso el mancebo estaba siempre muy preocupado, pues siendo tan emprendedor no tenía medios ni dinero.

En aquella misma ciudad vivía otro hombre mucho más distinguido y más rico que el primero, que sólo tenía una hija, de carácter muy distinto al del mancebo, pues cuanto en él había de bueno, lo tenía ella de malo, por lo cual nadie en el mundo querría casarse con aquel diablo de mujer.

Aquel mancebo tan bueno fue un día a su padre y le dijo que, pues no era tan rico que pudiera darle cuanto necesitaba para vivir, se vería en la necesidad de pasar miseria y pobreza o irse de allí, por lo cual, si él daba su consentimiento, le parecía más juicioso buscar un matrimonio conveniente, con el que pudiera encontrar un medio de llevar a cabo sus proyectos. El padre le contestó que le gustaría mucho poder encontrarle un matrimonio ventajoso.

Dijo el mancebo a su padre que, si él quería, podía intentar que aquel hombre bueno, cuya hija era tan mala, se la diese por esposa. El padre, al oír decir esto a su hijo, se asombró mucho y le preguntó cómo había pensado aquello, pues no había nadie en el mundo que la conociese que, aunque fuera muy pobre, quisiera casarse con ella. El hijo le contestó que hiciese el favor de concertarle aquel matrimonio.

[...]

Celebrada la boda, llevaron a la novia a casa de su marido y, como eran moros, siguiendo sus costumbres les prepararon la cena, les pusieron la mesa y los dejaron solos hasta la mañana siguiente. Pero los padres y parientes del novio y de la novia estaban con mucho miedo, pues pensaban que al día siguiente encontrarían al joven muerto o muy mal herido.

Al quedarse los novios solos en su casa, se sentaron a la mesa y, antes de que ella pudiese decir nada, miró el novio a una y otra parte y, al ver a un perro, le dijo ya bastante airado:

—¡Perro, danos agua para las manos!

El perro no lo hizo. El mancebo comenzó a enfadarse y le ordenó con más ira que les trajese agua para las manos. Pero el perro seguía sin obedecerle. Viendo que el perro no lo hacía, el joven se levantó muy enfadado de la mesa y, cogiendo la espada, se lanzó contra el perro, que, al verlo venir así, emprendió una veloz huida, perseguido por el mancebo,

saltando ambos por entre la ropa, la mesa y el fuego; tanto lo persiguió que, al fin, el mancebo le dio alcance, lo sujetó y le cortó la cabeza, las patas y las manos, haciéndolo pedazos y ensangrentando toda la casa, la mesa y la ropa.

Después, muy enojado y lleno de sangre, volvió a sentarse a la mesa y miró en derredor. Vio un gato, al que mandó que trajese agua para las manos; como el gato no lo hacía, le gritó:

—¡Cómo, falso traidor! ¿No has visto lo que he hecho con el perro por no obedecerme? Juro por Dios que, si tardas en hacer lo que mando, tendrás la misma muerte que el perro.

El gato siguió sin moverse, pues tampoco es costumbre suya llevar el agua para las manos. Como no lo hacía, se levantó el mancebo, lo cogió por las patas y lo estrelló contra una pared, haciendo de él más de cien pedazos y demostrando con él mayor ensañamiento que con el perro.

Así, indignado, colérico y haciendo gestos de ira, volvió a la mesa y miró a todas partes. La mujer, al verle hacer todo esto, pensó que se había vuelto loco y no decía nada.

Después de mirar por todas partes, vio a su caballo, que estaba en la cámara y, aunque era el único que tenía, le mandó muy enfadado que les trajese agua para las manos; pero el caballo no le obedeció. Al ver que no lo hacía, le gritó:

—¡Cómo, don caballo! ¿Pensáis que, porque no tengo otro caballo, os respetaré la vida si no hacéis lo que yo mando? Estáis muy confundido, pues si, para desgracia vuestra, no cumplís mis órdenes, juro ante Dios daros tan mala muerte como a los otros, porque no hay nadie en el mundo que me desobedezca que no corra la misma suerte.

El caballo siguió sin moverse. Cuando el mancebo vio que el caballo no lo obedecía, se acercó a él, le cortó la cabeza con mucha rabia y luego lo hizo pedazos.

Al ver su mujer que mataba al caballo, aunque no tenía otro, y que decía que haría lo mismo con quien no le obedeciese, pensó que no se trataba de una broma y le entró tantísimo miedo que no sabía si estaba viva o muerta.

Él, así, furioso, ensangrentado y colérico, volvió a la mesa, jurando que, si mil caballos, hombres o mujeres hubiera en su casa que no le hicieran caso, los mataría a todos. Se sentó y miró a un lado y a otro, con la espada llena de

sangre en el regazo; cuando hubo mirado muy bien, al no ver a ningún ser vivo sino a su mujer, volvió la mirada hacia ella con mucha ira y le dijo con muchísima furia, mostrándole la espada:

—Levantaos y dadme agua para las manos.

La mujer, que no esperaba otra cosa sino que la despedazaría, se levantó a toda prisa y le trajo el agua que pedía. Él le dijo:

—¡Ah! ¡Cuántas gracias doy a Dios porque habéis hecho lo que os mandé! Pues de lo contrario, y con el disgusto que estos estúpidos me han dado, habría hecho con vos lo mismo que con ellos.

Después le ordenó que le sirviese la comida y ella le obedeció. Cada vez que le mandaba alguna cosa, tan violentamente se lo decía y con tal voz que ella creía que su cabeza rodaría por el suelo.

Así ocurrió entre los dos aquella noche, que nunca hablaba ella sino que se limitaba a obedecer a su marido. Cuando ya habían dormido un rato, le dijo él:

—Con tanta ira como he tenido esta noche, no he podido dormir bien. Procurad que mañana no me despierte nadie y preparadme un buen desayuno.

Cuando aún era muy de mañana, los padres, madres y parientes se acercaron a la puerta y, como no se oía a nadie, pensaron que el novio estaba muerto o gravemente herido. Viendo por entre las puertas a la novia y no al novio, su temor se hizo muy grande.

Ella, al verlos junto a la puerta, se les acercó muy despacio y, llena de temor, comenzó a increparles:

—¡Locos, insensatos! ¿Qué hacéis ahí? ¿Cómo os atrevéis a llegar a esta puerta? ¿No os da miedo hablar? ¡Callaos, si no, todos moriremos, vosotros y yo!

Al oírla decir esto, quedaron muy sorprendidos. Cuando supieron lo ocurrido entre ellos aquella noche, sintieron gran estima por el mancebo porque había sabido imponer su autoridad y hacerse él con el gobierno de su casa. Desde aquel día en adelante, fue su mujer muy obediente y llevaron muy buena vida.

Pasados unos días, quiso su suegro hacer lo mismo que su yerno, para lo cual mató un gallo; pero su mujer le dijo:

—En verdad, don Fulano, que os decidís muy tarde, porque de nada os valdría aunque mataseis cien caballos: antes tendríais que haberlo hecho, que ahora nos conocemos de sobra.

Y concluyó Patronio:

—Vos, señor conde, si vuestro pariente quiere casarse con esa mujer y vuestro familiar tiene el carácter de aquel mancebo, aconsejadle que lo haga, pues sabrá mandar en su casa; pero si no es así y no puede hacer todo lo necesario para imponerse a su futura esposa, debe dejar pasar esa oportunidad.

Infante Don Juan Manuel, *El conde Lucanor*, 1335

• • •

El tercer punto en que se basó Sócrates para organizar su proyecto político era que las mujeres fuesen a la guerra y usaran las armas, lo cual presenta muchos inconvenientes.

[...]

El segundo inconveniente es que ir a batallar y a guerrear es ponerse en peligro de muerte. Y, de la muerte, dice Aristóteles en el tercer libro de las *Éticas* que es *ultimum terribilium*, es decir, que la muerte es la cosa más terrible del mundo. Y como las mujeres, según los científicos, son frías por naturaleza, por lo tanto también son temerosas por naturaleza, de manera que, si ven una rata o una araña, en seguida se asustan y chillan hasta la muerte. Imaginaos qué harían cuando se vieran encima un montón de lanzas, flechas y espadas y oyeran gritos de muerte hasta el cielo. Además, dice Averroes que las mujeres se acobardan instintivamente y el corazón les falla cuando ven que los hombres las atacan furiosos. También dice que, como la mujer cree con facilidad todo lo que se le dice, en seguida se le puede hacer creer lo que el hombre quiera por amor o por miedo.

[...]

El tercer inconveniente es que las mujeres son débiles, ya que tienen la carne tierna y delicada, mientras que, para llevar armas y atacar y soportar grandes golpes, hace falta mucha fuerza. Y aunque algunos animales hembras



y pájaros y peces tengan más fuerza que el macho, según decía Sócrates, Dios no ha querido lo mismo de la mujer en la especie humana, ya que, a causa de su pecado, Dios la sometió al hombre por lo que respecta a su naturaleza y a sus costumbres.

Francesc Eiximenis, *Dotzè del Cristià*, 1385-1386

• • •

[...] creo yo que el soberano y poderoso Señor quiso y quiere en la natura humana obrar estas dos contrariedades, conviene a saber: el estado varonil, fuerte y valiente, y el femíneo, flaco y delicado. Ca los varones con su fuerza y ánimo y suficiencia de entendimiento conservan y guardan las cosas de fuera, y así en procurar y tratar y saber ganar los bienes de fortuna, como el regir y gobernar y defender sus patrias y tierras de los enemigos, y todas las otras cosas que a la conservación y provecho de la república se requiere, y por consiguiente a sus particulares haciendas y personas; para lo cual, mucho conviene y es menester que sean robustos y valientes, de grande ánimo y aun de grandes y de muy elevados entendimientos.

Y las hembras, así como flacas y pusilánimes y no sufridoras de los grandes trabajos y peligros que la procuración y gobernación y defensión de las sobredichas cosas se requieren, solamente estando inclusas o encercadas dentro de su casa, con su industria y trabajo y obras domésticas y delicadas dan fuerza y vigor, y sin duda no pequeño subsidio a los varones. Y así se conserva y sostiene la natura humana, la cual es hecha de tan flaco almacén que sin estos ejercicios y trabajos no podría vivir.

Teresa de Cartagena, *Admiración Operum Dei*,  
mediados del siglo xv

• • •

[...] nunca salir del monasterio, nunca ver varón, por pariente que sea, ni querer ser vista de él ni le hablar sin necesidad, y entonces sea la habla en el locutorio común en presencia y compañía de ancianas o de anciana muy

probada y muy honesta, cual mandare la abadesa. Nunca asomar a ventana. Nunca oír nueva seglar ni consentir que entre en casa [...]. Nunca vos mirar a espejo. Nunca palpar vuestro cuerpo. No criar perrillo ni perrilla, gatillo ni gatilla; nunca ver gallo ni gallina ni cosas que puedan haber ayuntamiento carnal.

Nunca estar sola, ni de una sola acompañada, si con muchas puede estar. Huir de ver mujeres seglares.

Fray Hernando de Talavera,  
*Suma y breve compilación de cómo han de vivir  
y conversar las religiosas de San Benardo que viven  
en los Monasterios de Ávila, 1492*

• • •

El otro dicho es en fin del Eclesiástico, donde dice: «Mejor es la maldad del varón que el bien hecho de la mujer». Este dicho es maravilloso decir: que el pecado de uno sea mejor que la virtud de otro y para entenderlo es de notar que aquí varón y mujer se toma por misterio y semejanza, que digamos que aquél es flaco y delicado. Acaece, pues, que el varón firme peca, pero de su pecado luego se levanta y hace penitencia. La mujer hace bien, pero de esto ha vanagloria y soberbia. Pues ved aquí cómo es mejor el pecado de varón que la buena obra de la mujer, que Dios más ama pecador penitente que justo soberbio. Pues la señora, aunque es hembra por naturaleza, trabaje por ser varón en virtud y así haga bien que no se ensalce por vanagloria, mas que se abaje por humildad.

[...]

Dice san Jerónimo que los carnales amores a todos paren peligro, así a donceles como a doncellas, pero mucho más a las doncellas que a los mancebos; [éstos] aunque conciban amor, pero tienen otras cosas en que entender, como es en monte, en caza, en domar caballos y otros hecho humanos que les enfrían aquel amor necio. Las doncellas, si una vez son ocupadas de amor, son perdidas, que no tiene otro oficio sino amar. Donde o

se han de tornar locas o han de caer en vileza y todo es peligro. En especial a dueñas de alto estado que tienen que perder, que aún los mismos parientes suyos les son contrarios y les procuran la muerte porque ensucia su linaje. Así aconteció a una reina de Nápoles de nuestra memoria que se perdió en amores y en infamia tanto que los mismos caballeros del reino que eran sus deudos la quisieron matar. Y ella huyó por la falsa puerta del castillo y fuese a Italia y allí murió, pobre y desventurada. Ca tal dueña no solamente se debe guardar del hecho, mas de la sospecha, no poniéndose con mancebos en lugares ocultos, ni en tiempos sospechosos, mas conversando con hombres ancianos y de buena fama.

Fray Martín de Córdoba,  
*Jardín de nobles doncellas, 1500*

• • •

No hay mujer buena si le falta crianza y doctrina, ni hallareis mujer mala, sino la necia y la que no sabe, y no considera cuán bien es la castidad, y no piensa en la maldad si la pierde, ni cuán incomparable es el bien que trueca a ferias de una falsa apariencia de un placer torpe, breve y luego percedero, y no mira cuantos males trae a su casa en lanzar de si la bondad virginal, ni examina cuán vana, cuán loca, cuán bestial cosa es el placer del cuerpo, por el cual no se debería mover un dedo de la mano, cuanto más perder el mayor y más apreciado bien que se puede hallar en la mujer.

[...]

Otrosí, ¿qué diremos de las músicas y cantares, que son brebajes emponzoñados para matar el mundo todo? Después de esto, los suspiros fingidos y los visajes sobrepuestos y contrahechos, así de los que cantan como de los que oyen, y los otros embaimientos y trampantojos con que se ciegan las simples doncellas, como las inocentes avecitas se toman en la rama, adonde menos es temer presas. Y por eso yo no permito ni es de mi

voto que las doncellas aprendan música, ni menos que se huelguen de oírla en ninguna parte, ni en casa, ni fuera, ni a puerta ni a ventana, ni de día ni de noche.

[...]

La mala mujer todo lo teme: piensa que la tierra la ha de sorber; cree que en la mar o en cualquier agua se ha de hundir y ahogar; tiene por cierto que el aire o el cielo la han de confundir con las tinieblas; dice que por su pecado nunca verá la luz y claridad; aborrece y no querría parecer; cualquier estruendo o ruido que sea las espanta durmiendo, velando, andando, si están quedas; de cualquier manera que se hallan dicen que no están seguras; cuando alguno las mira luego piensan que aquél es sabedor de su maldad y por eso la mira; no oirá hablar secretamente que no crea hablarse de sus fealdades; no se hablará delante de ella de malas mujeres que no se sienta y piense decirse por sí misma; no oirá el nombre del que la echó a perder, aunque lo diga otro, que no tema que de través tiran a ella; no se hará ruido en casa que no se amortezca de miedo, que su mal vivir no sea descubierto y ella castigada por ello.

[...]

La mujer, naturalmente, tiene muy recios bandos con la envidia, la cual, por muy mal que encaje con algunas mujeres, nunca las deja de la falda. [...] Nunca vi cosa tan desafortada como es ver una demasiada ira y crueldad en una mujer; que hallaréis algunas tan sobresalidas, que con aquel su aceleramiento y encendida rabia pegarían fuego a todo el mundo y lo abrasarían juntamente, con tal que saliesen con la suya y se viesen satisfechas y vengadas.

Juan Luis Vives, *Instrucción de la mujer cristiana*, 1528

• • •

La confianza disminuye los deseos; el temor, los acrecienta; aquellos que están seguros de que no ha de faltarles lo que necesitan, no tienen ansia por adquirir ni por conservar; así los jóvenes, los hombres animosos y los ebrios, cuya sangre afluye al corazón en abundancia y con ardor. Lo mismo los que han pasado necesidades y los que no saben cómo se consiguen o se pierden las cosas provechosas. Quienes temen que les falte, buscan y guardan con avidez, como los inválidos, los enfermos, las mujeres, los ancianos, y, por último, todos aquellos que tienen junto al corazón la sangre escasa, tenue y tibia. Tienen éstos, naturalmente, la angustia y preocupación de no carecer, y no en virtud de motivo alguno o de suposición de que padecerán necesidades, sino por el miedo que oprime su corazón.

[...]

Las palabras y actos graves, viriles, constantes, sublimes, sin vanidad y arrogancia notoria, que es lo más aborrecible, las propias de la grandeza, guardan nuestra veneración; la quitan, por el contrario, las palabras y hechos pueriles, femeninos, jocosos y bufonescos.

[...]

El airado se duele; el que aborrece, no. La ira y el enojo hacen temibles a los poderosos y ridículos a los impotentes, como los niños y las mujeres, tanto más si profieren vocablos fuertes y trágicos, e, imitando a los poderosos, amenazan males crueles y horribles.

Juan Luis Vives,  
*Tratado del alma*, 1538

• • •

Bien conozco, y así lo confieso, que es consejo muy áspero esto que a las mujeres aconsejo, es a saber: que una mujer virtuosa ame al marido vicioso, una mujer honesta ame al marido disoluto, una mujer prudente ame al marido simple, y una mujer sabia ame al marido loco; porque, según nos

enseña cada día la experiencia, hay algunos hombres de tan baja condición, y hay algunas mujeres de tan generosa conversación, que con muy sobrada razón ellos habían de tener a ellas por señoras, más que no ellas tener a ellos por maridos. Caso que esto en algunos casos particulares tenga verdad, digo y afirmo que generalmente las mujeres son obligadas de amar a sus maridos, pues por su voluntad y no por fuerza se casaron con ellos, ca en semejante conflicto (es a saber: si el casamiento le sale a la mujer avieso), no tiene tanta razón de quejarse del marido que la pidió, cuanta razón tiene que quejarse de sí misma que tal aceptó; porque los infortunios que por nuestra inadvertencia nos vienen, si tenemos mucha ocasión para llorarlos, también tenemos mucha razón para disimularlos.

[...]

Por silvestre e indómito que sea un hombre, es imposible que si su mujer le ama que él no ame a ella.

Y, si acaso no pudiere forzar a su mala condición para que la ame, a lo menos no tendrá ocasión de aborrecerla, lo cual no se ha de tener en poco sino en mucho; porque muchas mujeres hay (no sólo de las plebeyas, mas una de las generosas) las cuales perdonarían a sus maridos los regalos que les habían de hacer y los amores que les habían de mostrar sólo porque cesasen las palabras injuriosas y estuviesen algunas veces las manos quedas. Muy notables ejemplos tenemos en las historias de muchas mujeres generosas, así griegas como romanas, las cuales después de casadas tuvieron tanta lealtad y fidelidad a sus maridos, a que no sólo los siguieron en sus trabajos, mas aun los libraron de grandes peligros.

[...]

En nuestra sagrada religión cristiana no hay ley divina ni hay ley humana que en todas las cosas el varón a la mujer no se prefiera, y que lo contrario de esto algunos filósofos hayan querido disputar y algunas gentes de hecho lo hayan querido hacer, ni me parece bien loarlo, ni menos admitirlo; porque no puede ser cosa más vana y aun liviana que el señorío que a las mujeres negó naturaleza se le quieran dar con alguna ley humana.

Vemos por experiencia que naturalmente las mujeres todas son flacas, son tímidas, son encogidas, son atadas, son delicadas, son tiernas y aun para gobernar no muy sabias. Pues si las cosas del mandar y gobernar requieren en sí no sola ciencia y experiencia, mas aun esfuerzo para emprender cosas arduas, prudencia para conocerlas, fuerzas para ejecutarlas, solicitud para perseguirlas y paciencia para sufrirlas, medios para sustentarlas y, sobre todo, muy grande ánimo para acabarlas, ¿por qué quieren privar al hombre del señorío, pues en él concurren todas estas cosas, y darle a la mujer, pues la vemos privada de ellas?

[...]

Es nuestro fin de decir todo lo sobredicho para rogar, aconsejar, amonestar y persuadir a las princesas y grandes señoras que se tengan por dicho de ser obedientes a sus maridos, si quieren ser bien casadas con ellos; porque (hablando con verdad y libertad) en la casa do manda más la mujer que el varón a ella llamaremos mujer varonil y a él llamaremos varón mujeril. Muchas mujeres están engañadas en pensar que por mandar a sus maridos viven más honradas, lo cual por cierto no es así, sino que todos los que lo ven a ella tienen por vana y a él no por avisado. No dejo de conocer que hay algunos maridos tan derramados en el gastar y tan disolutos en el vivir, que no sólo no sería bueno sus mujeres obedecer a su mandamiento, mas aun sería cosa saludable irles a la mano; pero al fin digo que, esto no obstante, vale más y aun es más tolerable que la hacienda toda se pierda que no que entre ellos se levante alguna enconada rencilla.

Fray Antonio de Guevara,  
*Relox de príncipes*, 1529

• • •

Pues dije qué cosa era amigo, también quiero deciros qué cosa es amor, y mirad, hermana, que lo digo para desengañaros y no para avisaros, porque más quiero que améis como cristiana que no améis como dama. Preciaos, hermana mía, de ser cuerda, callada, honesta y recogida, y sobre todo tened

más cuenta con vos, que no con todos, porque al fin sólo Dios es el que os ha de casar, y el rey no más de dotar. Guardaos de ser vana liviana, ventanera, habladora y chocarrera, porque con las damas de esta estofa y librea se huelgan todos en palacio de hablar y huyen de se casar. Grandes dotes son en una dama ser grave en su cara, medida en su habla, honesta en su vida y recatada en su persona, porque por vano y liviano que sea un hombre, dado caso que huelgue de servir a la que es hermosa, no quiere después casarse sino con la que es virtuosa.

[...]

Los delitos y excesos que hacen las mujeres generosas y castizas como ella, muy poco castigo les sería el reprehenderlas, ni aun el avisarlas, sino que las habían de tapiar vivas, o enterrarlas muertas, porque al hombre no le pedimos más de que sea bueno, mas a la mujer honrada no le basta que lo sea, sino que lo parezca.

[...]

[...] lo que en los hombres llamamos gracia, se llama en las mujeres chocarrería. Donaires, fábulas, gazafatones, deshonestidades, no sólo la que es honrada mujer ha de haber vergüenza de decirlas, mas aun muy grande empacho de oírlas. La mujer grave y de autoridad no se ha de preciar de ser donosa y decidora, sino de ser honesta y callada, porque si precia mucho de hablar y mofar, los mismos que se rieron del donaire que dijo, murmuran después de la misma que lo dijo. Es tan delicada la honra de las mujeres, que muchas cosas que pueden los hombres hacer y decir, no es lícito a las mujeres que las osen aun boquear. Las señoras que quieren tener gravedad, no sólo han de callar las cosas ilícitas y deshonestas, mas aun las lícitas, si no son muy necesarias, porque la mujer jamás yerra callando, y muy poquitas veces acierta hablando. ¡Oh, triste del marido a quien le cupo en suerte de tener mujer decidora, parlera y picuda, porque la tal, si una vez toma la mano para contar una cosa, o formar una queja, ni admite razón que le den, ni sufre palabra que le digan! La mala vida que las mujeres pasan con sus maridos no



es tanto por lo que hacen de sus personas cuanto es por lo que dicen de sus lenguas. Si la mujer quisiese callar, cuando el marido comienza a reñir, nunca él tendría mala comida, ni ella tendría peor cena; lo cual no es así, por cierto, sino que a la hora que el marido comienza a gruñir, comienza ella a gritar, de lo cual se sigue que llegan a las manos y aun apellidan a los vecinos.

[...]

Es también saludable consejo que la mujer no sea brava, ambiciosa, sino mansa y sufrida, porque dos cosas son las que pierden mucho a una mujer: es a saber, lo mucho que parla y lo poco que sufre; y de aquí es que, si calla, será de todos estimada, y si sufre, será con su marido bien casada. ¡Oh, cuánta malaventura lleva el hombre que con mujer brava se casa, porque no echa de sí tanto fuego el monte Etna cuanto ponzoña echa ella por su boca sin comparación! Es más de temer la braveza de la mujer que no la ira del hombre; porque el hombre enojado no sabe más de reñir, mas la mujer brava, reñir y lastimar. Hombre que sea cuerdo, y mujer que presuma de honrada no se deben tomar con alguna otra mujer cuando está furiosa, porque a la hora que la tal pierde la vergüenza y se le enciende la cólera, no sólo dice lo que vio y lo que oyó, mas aun lo que soñó. Es para muy grande donaire en que, cuando una mujer está muy encendida y embravecida, ni oye a sí, ni entiende a los otros, ni admite excusa, ni sufre palabra, ni toma consejo, ni se allega a razón; y lo peor de todo es que muchas veces deja a los con quien trabó el enojo y se toma con el que se atravesó de por medio. Cuando una mujer riñe con otra, o con otro, y viene alguno a ponerlos en paz, no sólo no le dará las gracias, mas aun formará contra él muchas quejas, diciendo que si él fuera cual ella, pensaba, la ayudara a reñir, y aun tomara, por ella la mano para la vengar. La mujer que de su natural es buena y furiosa, jamás piensa que se enoja sin ocasión, ni riñe sin razón, y por eso es mucho mejor dejarla que no resistirla.

[...]

La mujer que quisiere ser pacífica y sufrida, será bienaventurada del marido, bien servida de los criados, bien honrada de los vecinos y muy acatada de sus cuñados, y donde no, téngase por dicho que huirán todos de su

casa y se santiguarán de su lengua. Cuando la mujer es brava y orgullosa, poco gusto toma el marido en que ella sea generosa en sangre, hermosa en gesto, rica en hacienda y aliñada en su casa, sino maldice el día que con ella se casó y blasfema del primero que en ello le habló.

[...]

Aviso y torno a avisar a cualquiera señora generosa, o plebeya que sea, no ose con primo, ni con sobrino, ni con otro cualquier deudo apartarse, ni fiarse, porque si con el extraño, apartándose, teme lo que puede ser, con el primo o sobrino tema lo que de él y de ella se puede decir. No se fíe ninguna mujer de bien en decir que siendo el deudo entre ellos tan estrecho, que es imposible los traiga ninguno sobre ojo, porque si la malicia humana se atreve a juzgar los pensamientos, no es de creer que perdonará a lo que ve con los ojos. Las señoras que oyeren, o leyeren esta mi escritura, quiero que noten esta palabra, y es: que el hombre, por ser hombre, bástale que sea bueno, aunque no lo parezca; mas la mujer, por ser mujer, no basta que lo sea, sino que lo parezca. Nota, nota, nota, que así como la provisión de la casa depende de sólo el marido, así la honra de todos ellos depende de sola la mujer; por manera que no hay más honra dentro de tu casa, de cuanto es tu mujer honrada. No llamamos aquí honrada a la que solamente es hermosa en la cara, y generosa en sangre, abultada en la persona, y guardadora de su hacienda, sino a la que es muy honesta en el vivir y muy recatada en el hablar. Plutarco cuenta que la mujer de Tucídides el griego, preguntada que cómo podía sufrir el hedor de la boca de su marido respondió: «Como nunca otro que mi marido se me llegó cerca, pensaba yo que a todos los hombres les olía la boca». ¡Oh ejemplo digno de saber, y mucho más de imitar, en el cual nos enseña aquella nobilísima griega que tan recatada ha de ser la mujer honrada, que no consienta llegársele hombre tan cerca que le pueda la boca oler, ni aun a la ropa tocar!

[...]

Es también saludable consejo, y aun consejo muy necesario, que el hombre que se hubiere de casar, y poner casa, elija mujer que sea muy vergonzosa, porque si en la mujer no hubiese más de una virtud forzosa, ésta había de ser la vergüenza. Yo confieso que es más peligroso para la conciencia, empero digo que es menos dañoso para la honra, en que sea la mujer secretamente deshonesta, que no que sea públicamente desvergonzada. Muchas y muchas flaquezas se encubren en una mujer con sólo ser vergonzosa, y muchas más se sospechan de ella cuando no tiene vergüenza en la cara. Diga cada uno lo que quisiere, que yo para mí averiguado tengo que en una mujer vergonzosa hay poco que reprender, y en la que es desvergonzada no hay nada que loar. El homenaje que dio naturaleza a la mujer para guardar la reputación, la castidad, la honra y la hacienda fue sola la vergüenza, y el día que en ésta no pusiere muy grande guarda, dése la triste para siempre por perdida. Cuando tratare casamiento alguno con alguna, lo primero que ha de preguntar de la esposa es, no si es rica, sino si es vergonzosa; porque la hacienda cada día se gana, mas la vergüenza nunca en la mujer se cobra. El mejor dote, la mejor heredad y la mejor joya que la mujer ha de llevar consigo ha de ser la vergüenza, y si el padre viere que su hija ha ésta perdido, menos lástima le sería enterrarla que casarla.

Fray Antonio de Guevara, *Epístolas familiares*, 1539

• • •

Des que vieres a tu mujer andar muchas estaciones y darse a devoterías y que presume de santa, ciérrale la puerta, y si esto no bastare, quíebrale la pierna, si es moza, que coja podrá ir al paraíso desde tu casa, sin andar buscando santidades sospechosas.

Francisco de Osuna, *Norte de los estados*, 1531

• • •

Los padres que quisiesen gozar de hijos sabios y que tengan habilidad para letras han de procurar que nazcan varones; porque las hembras, por razón de la frialdad y humedad de su sexo, no pueden alcanzar ingenio profundo. Sólo vemos que hablan con alguna apariencia de habilidad en materias livianas y fáciles, con términos comunes y muy estudiados; pero, metidas en letras, no pueden aprender más que un poco latín, y esto por ser obra de la memoria. De la cual rudeza no tienen ellas la culpa; sino que la frialdad y humedad que las hizo hembras, esas mismas cualidades hemos probado atrás que contradicen al ingenio y habilidad.

Considerando Salomón la gran falta que hay de hombres prudentes, y cómo ninguna mujer nace con ingenio y saber, dijo de esta manera: *virum unum de mille reperi, mulierem ex omnibus non inveni*; como si dijera: «entre mil varones hallé uno que fuese prudente, pero de todas las mujeres ninguna me ocurrió con sabiduría». Por tanto, se debe huir de este sexo y procurar que el hijo nazca varón, pues en él sólo se halla el ingenio que requieren las letras.

[...]

Y si nos acordamos que la frialdad y humedad son las cualidades que echan a perder la parte racional, y sus contrarios, calor y sequedad, la perfeccionan y aumentan, hallaremos que la mujer que mostrare mucho ingenio y habilidad, tendrá frialdad y humedad en el primer grado; y si fuere muy boba, es indicio de estar en el tercero; de los cuales dos extremos participando, arguye el segundo grado. Porque pensar que la mujer puede ser caliente y seca, ni tener el ingenio y habilidad que sigue a estas dos cualidades, es muy grande error; porque si la simiente de que se formó fuera caliente y seca a predominio, saliera varón y no hembra; y por ser fría y húmeda, nació hembra y no varón.

La verdad de esta doctrina parece claramente considerando el ingenio de la primera mujer que hubo en el mundo: que con haberla hecho Dios con sus propias manos, y tan acertada y perfecta en su sexo, es conclusión averiguada que sabía mucho menos que Adán. Lo cual entendido por el demonio, la fue a tentar; y no osó ponerse a razones con el varón, temiendo su mucho ingenio y

sabiduría. Pues decir que por su culpa le quitaron a Eva todo aquel saber que le faltaba para igualar con Adán, ninguno lo puede afirmar, porque aún no había pecado. Luego la razón de tener la primera mujer no tanto ingenio le nació de haberla hecho Dios fría y húmeda, que es el temperamento necesario para ser fecunda y paridera, y el que contradice al saber; y si la sacara templada como Adán, fuera sapientísima, pero no pudiera parir ni venirle la regla si no fuera por vía sobrenatural.

[...]

También por las costumbres de la mujer y por su condición se descubre en qué grado de frialdad y humedad está su temperamento. Porque si con el ingenio agudo es arisca, áspera y desabrida, está en el primer grado de frialdad y humedad. Siendo verdad (lo que atrás dejamos probado) que la mala condición anda siempre asida de la buena imaginativa, ninguna cosa pasa por alto la que tiene este punto de frialdad y humedad; todo lo nota y riñe, y así no se puede sufrir. Suelen ser las tales de buena conversación, y no se espantan de ver hombres, ni tienen por mal criado al que les dice un requiebro. Por lo contrario, ser la mujer de buena condición, el no darle pena ninguna cosa, el reírse de cualquier ocasión, el pasar por todo y dormir muy bien, descubre el tercer grado de frialdad y humedad. Porque la mucha blandura en el ánimo anda ordinariamente acompañada del poco saber. La que participare de estos dos extremos estará en el segundo grado.

Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*, 1575

• • •

[...] como son pusilánimes las mujeres de su cosecha, y poco inclinadas a las cosas que son de valor, si no las alientan a ellas, cuando son maltratadas y tenidas en poco de sus maridos, pierden el ánimo más y decáenseles las alas del corazón, y no pueden poner ni las manos ni el pensamiento en cosa que buena sea: de donde vienen a cobrar siniestros vilísimos. Y de la manera que el agricultor sabio, a las plantas que miran y se inclinan al suelo, y que si las dejasen, se tenderían rastrando por él, no las deja caer, sino con horquillas y

estacas que les arrima las endereza y levanta, para que crezcan al cielo, ni más ni menos el marido cuerdo no ha de oprimir ni envilecer con malas obras y palabras el corazón de la mujer, que es caedizo y apocado de suyo, sino al revés, con amor y con honra la ha de levantar y animar, para que siempre conciba pensamientos honrosos.

[...]

Lo que propiamente toca a la mujer casada, eso diré solamente: porque cuanto de suyo es la mujer más inclinada al regalo y más fácil a enmollecerse y desatarse con el ocio, tanto el trabajo le conviene más. Porque, si los hombres, que son varones, con el regalo conciben ánimo y condición de mujeres, y se afeminan, las mujeres ¿qué serán, sino lo que hoy día son muchas de ellas? Que la seda les es áspera, y la rosa dura, y les quebranta el tenerse en los pies, y del aire que suena se desmayan, y el decir la palabra entera les cansa, y aun hasta lo que dicen lo abortan, y no las ha de mirar el sol, y todas ellas son un melindre y un lijo, y un asco; perdónenme porque les pongo este nombre, que es el que ellas más huyen, o, por mejor decir, agradézcanme que tan blandamente las nombro.

[...] y, si las llamase cieno, que corrompe el aire y le inficiona, y abominación aborrecible, aún se podía tener por muy corto. Porque, teniendo uso de razón, y siendo capaces de cosas de virtud y loor, y teniendo ser que puede hollar sobre el cielo y que está llamado al gozo de los bienes de Dios, le deshacen tanto ellas mismas, se aniñan así con delicadez, y se envilecen en tanto grado, que una lagartija y una mariposilla que vuela tiene más tomo que ellas, y la pluma que va por el aire, y el aire mismo, es de más cuerpo y substancia. Así que debe mirar mucho en esto la buena mujer, estando cierta que, en descuidándose en ello, se volverá en nada. Y como los que están de su naturaleza ocasionados a algunas enfermedades y males, se guardan con recato de lo que en aquellos males les daña, así ellas entiendan que viéndose dispuestas para esta dolencia de nadería y lindería, o no sé cómo la nombre, y que en ella el regalo es rejalar, y guárdense de él como huyen la muerte, y

conténtense con su natural poquedad, y no le añadan bajeza ni la hagan más apocada; y adviertan y entiendan que su natural es femenil, y que el ocio, él por sí afemina, y no junten a lo uno lo otro, ni quieran ser dos veces mujeres.

Fray Luis de León, *La perfecta casada*, 1583

• • •

¿Qué ha de hacer una doncellita que apenas sabe leer y que trae una *Diana* en la faltriquera? [...] ¿Cómo dirá *Pater noster* en las *Horas*, la que acaba de sepultar a Píramo y Tisbe en *Diana*? ¿Cómo se recogerá a pensar en Dios un rato la que ha gastado muchos en Garcilaso? ¿Cómo? ¿Y honesto se llama el libro que enseña a decir una razón y responder a otra, y saber por qué término se han de tratar los amores? Allí se aprenden las desenvolturas, y las solturas, y las bachillerías, y náceles un deseo de ser servidas y recuestadas, como lo fueron aquellas que han leído en estos sus *Flos Sanctorum*, y de ahí vienen a ruines y torpes imaginaciones, y de éstas a los conciertos y desconciertos, con que se pierden a sí y afrentan las casas de sus padres, y les dan desventurada vejez; y la merecen los malos padres, y las infames madres, que no supieron criar a sus hijas, ni fueron para quemarles tales libros en las manos.

Pedro Malón de Chaide,  
*La conversión de la Magdalena*, 1588

• • •

OTAVIO Mis hijas son entrambas; mas yo os juro  
que me enfadan y cansan, cada una  
por su camino, cuando más procuro  
mostrar amor y inclinación a alguna.  
Si ser Finea simple es caso duro,  
ya lo suplen los bienes de Fortuna  
y algunos que le dio Naturaleza,  
siempre más liberal de la belleza;  
pero ver tan discreta y arrogante

a Nise, más me pudre y martiriza,  
y que de bien hablada y elegante  
el vulgazo la aprueba y solemniza.  
Si me casara ahora (y no te espante  
esta opinión, que alguno lo autoriza),  
de dos extremos: boba o bachillera,  
de la boba elección, sin duda, hiciera.

MISENO ¡No digáis tal, por Dios!; que están sujetas  
a no acertar en nada.

OTAVIO Eso es engaño;  
que yo no trato aquí de las discretas:  
solo a las bachilleras desengaño.  
De una casada son partes perfectas  
virtud y honestidad.

MISENO Parir cada año,  
no dijerais mal, si es argumento  
de que vos no queréis entendimiento.

OTAVIO Está la discreción de una casada  
en amar y servir a su marido;  
en vivir recogida y recatada,  
honesta en el hablar y en el vestido;  
en ser de la familia respetada,  
en retirar la vista y el oído,  
en enseñar los hijos, cuidadosa,  
preciada más de limpia que de hermosa.  
¿Para qué quiero yo que, bachillera,  
la que es propia mujer conceptos diga?  
Esto de Nise por casar me altera;  
lo más, como lo menos, me fatiga.  
Resuélvome en dos cosas que quisiera,  
pues la virtud es bien que el medio siga:  
que Finea supiera más que sabe,  
y Nise menos.

MISENO Habláis cuerdo y grave.



• • •

LAURENCIO ¡Ay, Finea! ¡A Dios pluguiera  
que nunca tu entendimiento  
llegara, como ha llegado,  
a la mudanza que veo!  
Necio, me tuvo seguro,  
y sospechoso discreto;  
porque yo no te quería  
para pedirte consejo.  
¿Qué libro esperaba yo  
de tus manos? ¿En qué pleito  
habías jamás de hacerme  
información en derecho?  
Inocente te quería,  
porque una mujer cordero  
es tusón de su marido,  
que puede traerla al pecho.  
Todas sabéis lo que basta  
para casada, a lo menos;  
no hay mujer necia en el mundo,  
porque el no hablar no es defecto.  
Hable la dama en la reja,  
escriba, diga conceptos  
en el coche, en el estrado,  
de amor, de engaños, de celos;  
pero la casada sepa  
de su familia el gobierno;  
porque el más discreto hablar  
no es santo como el silencio.  
Mira el daño que me vino  
de transformarse tu ingenio,

pues va a pedirte, ¡ay de mí!,  
para su mujer, Liseo.  
Ya deja a Nise, tu hermana.  
Él se casa. Yo soy muerto.  
¡Nunca, ruega a Dios, hablaras!

FINEA ¿De qué me culpas, Laurencio?

A pura imaginación  
del alto merecimiento  
de tus prendas, aprendí  
el que tú dices que tengo.  
Por hablarte supe hablar,  
vencida de tus requiebros;  
por leer en tus papeles,  
libros difíciles leo;  
para responderte escribo.  
No he tenido otro maestro  
que amor; amor me ha enseñado.  
Tú eres la ciencia que aprendo.  
¿De qué te quejas de mí?

LAURENCIO De mi desdicha me quejo;  
pero, pues ya sabes tanto,  
dame, señora, un remedio.

[...]

FINEA [...]

Demás de esto, las mujeres  
naturaleza tenemos  
tan pronta para fingir  
o con amor o con miedo,  
que, antes de nacer, fingimos.

LAURENCIO ¿Antes de nacer?

FINEA Yo pienso  
que en tu vida lo has oído.

Escucha.

LAURENCIO Ya escucho atento.

FINEA Cuando estamos en el vientre  
de nuestras madres, hacemos  
entender a nuestros padres,  
para engañar sus deseos,  
que somos hijos varones;  
y así verás que, contentos,  
acuden a sus antojos  
con amores, con requiebros,  
y esperando el mayorazgo  
tras tantos regalos hechos,  
sale una hembra que corta  
la esperanza del suceso.  
Según esto, si pensaron  
que era varón, y hembra vieron,  
antes de nacer fingimos.

[...]

OCTAVIO [...]

No son gracias de marido  
sonetos. Nise es tentada  
de académica endiosada,  
que a casa los ha traído.  
¿Quién le mete a una mujer  
con Petrarca y Garcilaso,  
siendo su Virgilio y Taso  
hilar, labrar y coser?  
Ayer sus librillos vi,  
papeles y escritos varios;  
pensé que devocionarios,  
y de esta suerte leí:  
*Historia de dos amantes,*  
sacada de lengua griega;

*Rimas*, de Lope de Vega;  
*Galatea*, de Cervantes;  
el Camões de Lisboa,  
*Los pastores de Belén*,  
*Comedias* de don Guillén  
de Castro, *Liras*, de Ochoa;  
Canción que Luis Vélez dijo  
en la academia del duque  
de Pastrana; *Obras*, de Luque;  
*Cartas* de don Juan de Arguijo;  
*Cien sonetos* de Liñán,  
*Obras*, de Herrera el divino,  
el libro del *Peregrino*,  
y *El pícaro*, de Alemán.  
Mas ¿qué os canso? Por mi vida,  
que se los quise quemar.

MISENO Casalda y veréisla estar  
ocupada y divertida  
en el parir y el criar.

*Ibid*, acto III

• • •

CASILDA ¿Qué ha de tener para buena  
una mujer?

PERIBÁÑEZ Oye.

CASILDA Di.

PERIBÁÑEZ Amar y honrar su marido  
es letra de este abecé,  
siendo buena por la B,  
que es todo el bien que te pido.  
Te hará cuerda la C,  
la D dulce, y entendida

la E, y la F en la vida  
firme, fuerte y de gran fe.  
La G grave, y para honrada  
la H, que con la I  
te hará ilustre, si de ti  
queda mi casa ilustrada.  
Limpia serás por la L,  
y por la M maestra  
de tus hijos, cual lo muestra  
quien de sus vicios se duele.  
La N te enseña un no  
a solicitudes locas;  
que este no, que aprenden pocas,  
está en la N y la O.  
La P te hará pensativa,  
la Q bienquista, la R  
con tal razón, que destierre  
toda locura excesiva.  
Solicita te ha de hacer  
de mi regalo la S,  
la T tal que no pudiese  
hallarse mejor mujer.  
La V te hará verdadera,  
la X buena cristiana,  
letra que en la vida humana  
has de aprender la primera.  
Por la Z has de guardarte  
de ser celosa; que es cosa  
que nuestra paz amorosa  
puede, Casilda, quitarte.  
Aprende este canto llano;  
que con esta cartilla  
tú serás flor de la villa,  
y yo el más noble villano.

Lope de Vega, *PERIBÁÑEZ*  
*y el Comendador de Ocaña*, acto I, 1614

• • •

DIEGO Y en fin, ¿mujer tan discreta  
servís para casamiento?

LUIS Por conveniencia y amor  
la sirvo y la galanteo,  
para cuyo efecto ya  
han de tratarlo mis deudos.

DIEGO Pues no sé si lo acertáis.

LUIS ¿Por qué no, si en ella veo  
virtud, hacienda y nobleza,  
gran beldad y gran ingenio?

DIEGO Porque el ingenio la sobra;  
que yo no quisiera, es cierto,  
que supiera más que yo  
mi mujer, sino antes menos.

LUIS Pues ¿cuándo el saber es malo?

DIEGO Cuando fue el saber sin tiempo.  
Sepa una mujer hilar,  
coser y echar un remiendo,  
que no ha menester saber  
gramática, ni hacer versos.

Pedro Calderón de la Barca,  
*No hay burlas con el amor*, acto I, 1637

• • •

MARI-NUÑO Con decir, señor, que son  
hijas tuyas, digo cuanto  
puedo decir; mas porque  
no presumas que te hablo  
sólo al gusto, aunque de entrambas

la virtud y ejemplo es raro,  
de lo general verás  
que a lo particular paso.  
Doña Clara, mi señora,  
mayor en cordura y años,  
es la misma paz del mundo:  
no se ha visto igual agrado  
hasta hoy en mujer. Pues ¿qué  
su modestia y su recato?  
Apenas cuatro palabras  
habla al día: no se ha hallado  
que haya dicho con enojo  
a criada ni a criado  
en su vida una razón:  
es, en fin, ángel humano,  
que a vivir solo con ella,  
pudiera uno ser esclavo.  
Doña Eugenia, mi señora,  
aunque en virtud ha igualado  
sus buenas partes, en todo  
lo demás es al contrario.  
Su condición es terrible:  
no se vio igual desagrado  
en mujer: dará, señor,  
una pesadumbre a un santo.  
Es muy soberbia y altiva,  
tiene a los libros humanos  
inclinación, hace versos;  
y si la verdad te hablo,  
de recibir un soneto  
y dar otro, no hace caso.

Pedro Calderón de La Barca,  
*Guárdate del agua mansa*, jornada I, 1649

SEGUNDA PARTE  
SIGLO XVII



En el siglo XVII forzoso es hablar de dos misóginos viscerales, Quevedo y Gracián. Ambos centran este capítulo, aunque se expurgan citas de otros autores contemporáneos. Todo ello da idea de la mucha tela que hay todavía por cortar desde una lectura de género en el epicentro del Siglo de Oro de la literatura española. El enorme talento de Quevedo y Gracián, sin embargo, los hizo excepcionalmente dañinos cuando el objeto de sus burlas o de su crítica son las mujeres, por la influencia ejercida en autores posteriores de todas las épocas y quizá el caso más llamativo sea la obra de Camilo José Cela, algunas de cuyas obras resultarían inexplicables sin la influencia quevedesca. En Francisco de Quevedo (1580-1636), autor que profesó en los órdenes menores sin llegar pues a decir misa, el desprecio y la hostilidad contra la mujer alcanza todos los matices imaginables. En su *Premática de las cotorreras*, antecedente de los «chispeantes» libros de Cela sobre las prostitutas, el ingenio verbal del poeta se dispara al escribir sobre las busconas: damas de alquiler, sufridoras del trabajo, mujeres al trote, recatonas del sexo, mullidoras del deleite, jornaleras de cópulas, hembras mortales, ninfas del toma y daca... El esfuerzo creativo es mayor si cabe contra las mujeres cultas o cultivadas a las que llamará hembrilatinas, polillas graduadas, damas jerigonzas, con más nominativos que galanes, ponzoñas graduadas... En una conocida carta a la condesa de Olivares donde le expone su ideal de mujer (estando próximo su casamiento con Esperanza de Mendoza) escribe: «Si hubiere de ser entendida, con resabios de catedrático, más la quiero necia, que es más fácil sufrir lo que uno no sabe que padecer lo que presume». Quevedo se ensañará con todas: es su tema predilecto. Escribe contra las mujeres flacas, contra las gordas, las pequeñas («sois tan nonada que os prometo que aun no sé si llegáis a ser sujeto»), las raras («pensé cuando por rara te vendías/ que diez piernas tenías,/seis barrigas, tres frentes,/y eres, al fin, como otras gentes./Tienes una cabeza, un cuerpo, un cuello,/que no hay sastre ni pícaro sin ello...»), las bellas («en vos llamé rubí lo

que mi agüelo/llamara labio y jeta comedora»), las feas, las altas, las bajas... Sus poemas contra el matrimonio incendian la experiencia conyugal y transforman al poeta en una auténtica máquina de guerra.

En cuanto al jesuita aragonés Baltasar Gracián (1601-1658) su actitud es menos jocosa y carnavalesca, dado el estilo doctrinal de su obra, por no decir que no lo es en absoluto. Gracián, con la mayor seriedad, ataca a la mujer. Más que de mujeres, en lengua de Gracián, hablamos de espectros, de la pura materialización de la desgracia. En *El criticón*, su obra maestra, dos hombres, uno maduro y experimentado (Critilo) y otro joven e incauto (Andrenio) conversan y en lo que respecta a las mujeres la enseñanza del primero es la que es. En sus manos, como en las de Quevedo, la intensidad del dolor causado por las espinas del ser femenino, hace olvidar el posible perfume de la rosa.

## Donde hay rosas, hay espinas

Las mujeres inventaron excesivo gasto a su adorno, y así, la hacienda de la república sirve a su vanidad. Y su hermosura es tan costosa y de tanto daño a España, que sus galas nos han puesto necesidad de naciones extranjeras, para comprar, a precio de oro y plata, galas y brujerías.

Francisco de Quevedo,  
*España defendida y los tiempos de ahora*, 1609

• • •

Pues sábete que las mujeres lo primero que se visten en despertándose es una cara, una garganta y unas manos, y luego las sayas. Todo cuanto ves en ella es tienda y no natural. ¿Ves el cabello? Pues comprado es y no criado. Las cejas tienen más de ahumadas que de negras, y si como se hacen cejas se hicieran las narices, no las tuvieran. Los dientes que ves, y la boca, era de puro negra un tintero y a puros polvos se ha hecho salvadera. La cera de los oídos se ha pasado a los labios y cada uno es una candelilla. ¿Las manos, pues? Lo que parece blanco es untado. ¡Qué cosa es ver una mujer que ha de salir otro día a que la vean, echarse la noche antes en adobo y verlas acostar las caras hechas cofines de pasas, y a la mañana irse pintando sobre lo vivo como quieren! ¡Qué es ver una fea o una vieja querer, como el otro tan celebrado nigromántico, salir de nuevo de una redoma! ¿Las estás mirando? Pues no es cosa suya. Si se lavasen las caras no las conocerías. Y cree que en el mundo no hay cosa tan trabajada como el pellejo de una mujer hermosa, donde se enjugan y secan y derriten más jalbegues que sus faldas.

Desconfiadas de sus personas, cuando quieren halagar algunas narices, luego se encomiendan a la pastilla y al sahumero o aguas de olor, y a veces los pies disimulan el sudor con las zapatillas de ámbar. Te digo que nuestros sentidos están en ayunas de lo que es mujer y ahítos de lo que le parece. Si la besas te embarras los labios; si la abrazas, aprietas tablillas y abollas cartones; si la acuestas contigo, la mitad dejas debajo la cama en los chapines; si la pretendes te cansas; si la alcanzas te embarazas; si la sustentas te empobreces; si la dejas te persigue; si la quieres te deja. Dame a entender de qué modo es buena, y considera ahora este animal soberbio con nuestra flaqueza, a quien hacen poderoso nuestras necesidades, más provechosas sufridas o castigadas que satisfechas, y verás tus disparates claros. Considérala padeciendo los meses y te dará asco; y cuando está sin ellos acuérdate que los ha tenido y que los ha de padecer, y te dará horror lo que te enamora. Y avergüénzate de andar perdido por cosas que en cualquier estatua de palo tienen menos asqueroso fundamento.

[...]

Se llegó más cerca, y tenía los ojos haciendo aguas, y en el pico de la nariz columpiándose una moquita, por donde echaba un tufo de cementerio. Le dije que perdonase y le pregunté su nombre. Me dijo:

—Yo soy dueña Quintañoña.

—¿Que dueñas hay entre los muertos? —dije maravillado—. Bien hacen de pedir cada día a Dios misericordia más que *requiescant in pace*, descansen en paz; porque si hay dueñas meterán en ruido a todos. Yo creí que las mujeres se morían cuando se volvían dueñas, y que las dueñas no tenían de morir, y que el mundo está condenado a dueña perdurable que nunca se acaba; mas ahora que te veo acá, me desengañó, y me he holgado de verte, porque por allá luego decimos: «Miren la dueña Quintañoña, daca la dueña Quintañoña».

[...]

Que el dinero (y llevaos esta doctrina de Pero Grullo) es como las mujeres, amigo de andar y que le manoseen y le obedezcan, enemigo de que le guarden, que se anda tras los que no le merecen, y al cabo deja a todos con dolor de sus almas, amigo de andar de casa en casa.

[...]

Yo, que tenía gana de ver todo lo que hubiese, pareciendo que me había detenido mucho, me partí, y a poco que anduve topé una laguna muy grande como el mar, y más sucia, adonde era tanto el ruido que se me desvanecía la cabeza.

Pregunté lo que era aquello, y me dijeron que allí penaban las mujeres que en el mundo se volvieron en dueñas. Así supe cómo las dueñas de acá son ranas del infierno, que eternamente como ranas están hablando sin ton y sin son, húmedas y en cieno, y son propiamente ranas infernales, porque las dueñas ni son carne ni pescado, como ellas. Me dio gran risa el verlas convertidas en sabandijas tan perniabiernas y que no se come sino de medio abajo, como la dueña, cuya cara siempre es trabajosa y arrugada.

[...]

En esto me llamó un diablo por señas y me advirtió con las manos que no hiciese ruido. Me llegué a él y me asomé a una ventana, y dijo:

—Mira lo que hacen las feas.

Y veo una muchedumbre de mujeres, unas tomándose puntos en las caras, otras haciéndose de nuevo, porque ni la estatura en los chapines, ni la ceja con el alcohol, ni el cabello en la tinta, ni el cuerpo en la ropa, ni las manos con la muda, ni la cara con el afeite, ni los labios con la color, eran los con que nacieron ellas. Y vi algunas poblando sus calvas con cabellos que eran suyos solo porque los habían comprado. Otra vi que tenía su media cara en las manos, en los botes de unto y en la color.

—Y no queráis más de las invenciones de las mujeres —dijo un diablo—, que hasta resplandor tienen, sin ser soles ni estrellas. Las más duermen con una cara y se levantan con otra al estrado, y duermen con unos cabellos y

amanecen con otros. Muchas veces pensáis que gozáis las mujeres de otro y no pasáis el adulterio de la cáscara. Mirad cómo consultan con el espejo sus caras. Éstas son las que se condenan solamente por buenas siendo malas.

[...]

Oye; verás esta viuda, que por defuera tiene un cuerpo de responsos, cómo por de dentro tiene una ánima de aleluyas; las tocas negras y los pensamientos verdes. ¿Ves la oscuridad del aposento y el estar cubiertos los rostros con el manto? Pues es porque así, como no las pueden ver, con hablar un poco gangoso, escupir y remedar sollozos, hacen un llanto casero y hechizo, teniendo los ojos hechos una yesca. ¿Las quieres consolar? Pues déjalas solas y bailarán en no habiendo con quien cumplir. Y luego las amigas harán su oficio: «Quedáis moza y es mal lograros, hombres habrá que os estimen, ya sabéis quién es fulano, que cuando no supla la falta del que está en la gloria», etc. Otra: «Mucho debéis a don Pedro, que acudió en este trabajo, no sé qué me sospeche, y en verdad que si hubiera de ser algo, que por quedar tan niña os será forzoso...». Y entonces la viuda, muy recoleta de ojos y muy estreñida de boca, dice: «No es ahora tiempo de eso; a cargo de Dios está, Él lo hará si viere que conviene». Y advertid que el día de la viudez es el día que más comen estas viudas, porque para animarla no entra ninguna que no le dé un trago, y le hace comer un bocado, y ella lo come diciendo: «Todo se vuelve ponzoña», y medio mascándolo, dice: «¿Qué provecho puede hacer esto a la amarga viuda, que estaba hecha a comer a medias todas las cosas, y con compañía, y ahora se las habrá de comer todas enteras, sin dar parte a nadie, de puro desdichada?». Mira, pues, siendo esto así, qué a propósito vienen tus exclamaciones.

[...]

Al fin todo el infierno está repartido en partes con esta cuenta y razón.

—Te oí decir antes de los enamorados, y por ser cosa que a mí me toca, gustaría saber si hay muchos.

—Mancha es la de los enamorados —respondió [el diablo]— que lo toma todo, porque todos lo son de sí mismos; algunos de sus dineros; otros de sus palabras; otros de sus obras; y algunos de las mujeres, y de estos postreros hay menos que todos en el infierno, porque las mujeres son tales que con ruindades, con malos tratos y peores correspondencias, les dan ocasiones de arrepentimiento cada día a los hombres.

[...]

—Abajo, en un apartado muy sucio lleno de mondaduras de rastro (quiero decir cuernos) están los que acá llamamos cornudos; gente que aun en el infierno no pierde la paciencia, que como la llevan hecha a prueba de la mala mujer que han tenido, ninguna cosa los espanta. Tras ellos están los que se enamoran de viejas, con cadenas; que los diablos, de hombres de tan mal gusto, aún no pensamos que estamos seguros, y si no estuviesen con prisiones Barrabás aún no tendría bien guardadas las asentaderas de ellos, y tales como somos les parecemos blancos y rubios.

[...]

—Espántome —dije yo— de ver que entre los ladrones no has metido a las mujeres, pues son de casa.

—No me las nombres —respondió—, que nos tienen enfadados y cansados, y a no haber tantas allá, no era muy mala la habitación del infierno. Díramos, para que enviudáramos, en el infierno, mucho, que como se urden enredos, y ellas, desde que murió Medusa, la hechicera, no platican otro, temo no haya alguna tan atrevida que quiera probar su habilidad con alguno de nosotros, por ver si sabrá dos puntos más. Aunque sola una cosa tienen buena las condenadas, por la cual se puede tratar con ellas: que como están desesperadas no piden nada.

—¿De cuáles se condenan más, feas o hermosas?

—Feas —dijo al instante— seis veces más, porque los pecados para cometerlos no es menester más que admitirlos, y las hermosas, que hallan tantos que las satisfagan el apetito carnal, hártanse y arrepiéntense, pero las feas, como no hallan nadie, allá se nos van en ayunas y con la misma hambre rogando a los hombres, y después que se usan ojinegras y cariaguileñas,

hierva el infierno en blancas y rubias y en viejas más que en todo, que de envidia de las mozas, obstinadas, expiran gruñendo. El otro día llevé yo una de setenta años que comía barro y hacía ejercicio para remediar las opilaciones y se quejaba de dolor de muelas porque pensasen que las tenía, y con tener ya amortajadas las sienes con la sábana blanca de sus canas y arada la frente, huía de los ratones y traía galas, pensando agradarnos a nosotros. La pusimos allá, por tormento, al lado de un lindo deseo que se van allá con zapatos blancos y de puntillas, informados de que es tierra seca y sin lodos.

[...]

Vi una senda por donde iban muchos hombres de la misma suerte que los buenos, y desde lejos parecía que iban con ellos mismos; y llegado que hube vi que iban entre nosotros. Éstos me dijeron que eran los hipócritas, gente en quien la penitencia, el ayuno, la mortificación, que en otros son mercancía del cielo, es noviciado del Infierno. Había muchas mujeres tras éstos besándoles las ropas, que en besar algunas son peores que Judas, porque él besó, aunque con ánimo traidor, la cara del Justo Hijo de Dios y Dios verdadero, y ellas besan los vestidos de otros tan malos como Judas. Lo atribuyó, más que a devoción, en algunas, a golosina en el besar. Otras iban cogiéndoles de las capas para reliquias, y algunas cortan tanto que da sospecha que lo hacen más por verlos en cueros o desnudos que por fe que tengan con sus obras. Otras se encomiendan a ellos en sus oraciones, que es como encomendarse al diablo por tercera persona. Vi algunas pedirles hijos, y sospecho que marido que consiente en que pida hijos a otro la mujer, se dispone a agradecerse si se les diere. Esto digo por ver que pudiendo las mujeres encomendar sus deseos y necesidades a san Pedro, a san Pablo, a san Juan, a san Agustín, a santo Domingo, a san Francisco, y otros santos, que sabemos que pueden con Dios, se den a éstos que hacen oficio la humildad y pretenden irse al cielo de estrado en estrado y de mesa en mesa.

Francisco de Quevedo, *Sueños y discursos de verdades descubridoras de abusos, vicios y engaños en todos los oficios y estados del mundo*, 1627



• • •

*Hastío de un casado al tercer día*

Anteayer nos casamos; hoy querría,  
doña Pérez, saber ciertas verdades:  
decidme, ¿cuánto número de edades  
enfunda el matrimonio en sólo un día?

Un anteayer, soltero ser solía,  
y hoy, casado, un sinfin de Navidades  
han puesto dos marchitas voluntades  
y más de mil antaños en la mía.

Esto de ser marido un año arreo,  
aún a los azacanes empalaga:  
todo lo cotidiano es mucho y feo.

Mujer que dura un mes, se vuelve plaga;  
aun con los diablos fue dichoso Orfeo,  
pues perdió la mujer que tuvo en paga.

*Epitafio de una dueña, que idea también  
puede ser de todas*

Fue más larga que paga de tramposo;  
más gorda que mentira de indiano;  
más sucia que pastel en el verano;  
más necia y presumida que un dichoso;

más amiga de pícaros que el coso;  
más engañosa que el primer manzano;  
más que un coche alcahueta; por lo anciano,  
más pronosticadora que un potroso.

Más charló que una azuda y una aceña,  
y tuvo más enredos que una araña;  
más humos que seis mil hornos de leña.  
De mula de alquiler sirvió en España,  
que fue buen noviciado para dueña:  
y muerta pide, y enterrada engaña.

*Desnuda a la mujer de la mayor  
parte ajena que la compone*

Si no duerme su cara con Filena,  
ni con sus dientes come, y su vestido  
las tres partes le hurta a su marido,  
y la cuarta el afeite le cercena;

si entera con él come y con él cena,  
mas debajo del lecho mal cumplido,  
todo su bulto esconde, reducido  
a chapinzanco y moño por almena,

¿por qué te espantas, Fabio, que, abrazado,  
a su mujer la busque y la pregone,  
si, desnuda, se halla descasado?

Si cuentas por mujer lo que compone  
a la mujer, no acuestes a tu lado  
la mujer, sino el fardo que se pone.

*Hermosa afeitada de demonio*

Si vieras que con yeso blanqueaban  
las albas azucenas; y las rosas  
vieras que, por hacerlas más hermosas,

con asquerosos pringues las untaban;

si vieras que al clavel le embadurnaban  
con almagre y mixturas venenosas,  
diligencias, sin duda, tan ociosas,  
a indignación, dijeras, te obligaban.

Pues lo que tú, mirándolo, dijeras,  
quiero, Belisa, que te digas cuando  
jalbegas en tu rostro las esferas.

Tu mayo es bote, ingüentes chorreando;  
y en esa tez, que brota primaveras,  
al sol estás y al cielo estercolando.

### *Inconvenientes de las mujeres*

Muy buena es la mujer si no tuviese  
ojos con que llevar tras sí la gente,  
si no tuviese lengua maldiciente,  
si a las galas y afeites no se diese.

Si las manos ocultas las tuviese,  
y los pies en cadenas juntamente,  
y el corazón colgado de la frente,  
que en sospechando el mal se le entendiese.

Muy buena, si despierta de sentido;  
muy buena, si está sana de locura;  
buena es con el gesto, no raída.

Poco ofende encerrada en cueva oscura,  
mas para mayor gloria del marido  
es buena cuando está en la sepultura

*Dichas del casado primero, la mayor: su suegra*

Padre Adán, no lloréis duelos;  
dejad, buen viejo, el llorar  
pues que fuiste en la tierra  
el más dichoso mortal.

[...]

Costóos la mujer que os dieron  
una costilla y acá  
todos los huesos nos cuestan,  
aunque ellas nos ponen más.

Dormisteis, y una mujer  
hallasteis al despertar;  
y hoy, en durmiendo, un marido  
halla a su lado otro Adán.

[...]

Tuviste mujer sin madre,  
¡grande suerte, y de envidiar!;  
gozaste mundo sin viejas,  
ni suegrecita inmortal.

Si os quejáis de la serpiente  
que os hizo a entrambos mascar,  
cuánto es mejor la culebra  
que la suegra, preguntad.

La culebra, por lo menos,  
os da a los dos que comáis;  
si fuera suegra, os comiera  
a los dos, y más y más.

Si Eva tuviera madre  
como tuvo a Satanás,  
comiérase el Paraíso,  
no de un pero la mitad.

Las culebras mucho saben;  
mas una suegra infernal  
más sabe que las culebras:  
así lo dice el refrán.<sup>1</sup>

[...]

Señor Adán, menos quejas,  
y dejad el lamentar:  
sabed estimar la culebra  
y no la tratéis tan mal.

Y si gustáis de trocarla  
a suegras de este lugar,  
ved lo que queréis encima,  
que mil os la tomarán.

*Instrucción y documentos para  
el noviciado de la Corte*

A la Corte vas, Perico;  
niño, a la Corte te llevan  
tu mocedad y tus pies:  
Dios de su mano te tenga.

Fiado vas en tu talle,  
caudal haces de tus piernas;  
dientes muestras, manos das,

dulce miras, tieso huellas.

Mas, si allá quieres holgarte,  
hazme merced que en la venta  
primera trueques tus gracias  
por cantidad de moneda.

No han menester ellas lindos,  
que harto lindas se son ellas:  
la mejor facción de un hombre  
es la bolsa grande y llena.

[...]

Tendrás muy hermosas manos,  
si dieres mucho con ellas:  
blancas son las que dan blancas,  
largas las que nada niegan.

Alabárante el andar,  
si anduvieres por las tiendas;  
y el mirar, si no mirares  
en dar todo cuanto quieran.

Las mujeres de la Corte  
son, si bien lo consideras,  
todas de Santo Tomé,  
aunque no son todas negras.

Y si en todo el mundo hay caras,  
solas son caras de veras  
las de Madrid, por lo hermoso  
y por lo mucho que cuestan.

No hallarás nada de balde,

aunque persigas las viejas:  
que ellas venden lo que fueron,  
y su donaire las feas.

Mientras tuvieres que dar,  
hallarás quien te entretenga,  
y en expirando la bolsa,  
oirás el *Requiem aeternam*.

Cuando te abracen, advierte  
que segadores semejan:  
con una mano te abrazan,  
con otra te desjarretan.

Besárante como al jarro  
borracho bebedor besa,  
que, en consumiendo, le arrima,  
o en algún rincón le cuelga.

[...]

A ninguna parte irás  
que de ellas libre te veas:  
que se entrarán en tu casa  
por resquicios, si te cierras.

Cuando tú no conocieres,  
tantas hallarás doncellas:  
que los virgos y los dones  
son de una misma manera.

Altas mujeres verás;  
pero son como colmenas:  
la mitad, huecas y corcho,  
y lo demás, miel y cera.

Casamiento pedirán,  
si es que te huelen hacienda:  
guárdate de ser marido,  
no te corran una fiesta.

[...]

Y si por cuerdo y guardoso,  
no tuvieres quien te quiera,  
bien hechas y mal vestidas  
hallarás mil irlandesas.

Con un cuarto de turrón  
y con agua y con gragea,  
goza un Píramo, barata,  
cualquiera Tisbe gallega.

Si tomares mis consejos,  
Perico, que Dios mantenga,  
vivirás contento y rico  
sobre la haz de la tierra.

Si no, veráste comido  
de tías, madres y suegras,  
sin narices y con parches,  
con unciones y sin cejas.

Francisco de Quevedo,  
*Parnaso español*, 1648

• • •

*Inconvenientes de las mujeres*

Muy buena es la mujer si no tuviese



ojos con que llevar tras sí la gente,  
si no tuviese lengua maldiciente,  
si a las galas y afeites no se diese.

Si las manos ocultas las tuviese,  
y los pies en cadenas juntamente,  
y el corazón colgado de la frente,  
que en sospechando el mal se le entendiese.

Muy buena, si despierta de sentido;  
muy buena, si está sana de locura;  
buena es con el gesto, no raída.

Poco ofende encerrada en cueva oscura,  
mas para mayor gloria del marido  
es buena cuando está en la sepultura

Francisco de Quevedo, «Adición a las  
musas, sacadas de antiguas colecciones de  
poesías de diversos autores, de algunos  
libros raros y de varios manuscritos  
inéditos», en *Obras de don Francisco de  
Quevedo y Villegas*, Biblioteca de Autores  
Españoles, 1953

• • •

### *Desengaño de las mujeres*

Puto es el hombre que de putas fía,  
y puto el que sus gustos apetece;  
puto es el estipendio que se ofrece  
en pago de su puta compañía.

Puto es el gusto, y puta la alegría

que el rato puteril nos encarece;  
y yo diré que es puto a quien parece  
que no sois puta vos, señora mía.

Más llámenme a mí puto enamorado,  
si al cabo para puta no os dejare;  
y como puto muera yo quemado,

si de otras tales putas me pagare;  
porque las putas graves son costosas,  
y las putillas viles, afrentosas.

Un tenedor con medias y zapatos:  
descalzos y desnudos dos pebetes;  
por patas, dos esquifes con juanetes;  
por manos, dos cazones y diez gatos;

en el mirar, trescientos garabatos;  
la color, solimán fondo en hametes;  
por cejas, dos bigotes con ribetes;  
por ojos, dos furísimos Pilatos;

por vientre, un barbadísimo letrado,  
pues a hacer penitencia las ladillas  
se vinieron a él como a desierto;

culo, aun de florentines desechado,  
toda tabas y tetas y ternillas:  
ésta es la Isdaura que a Lisardo ha muerto.

Francisco de Quevedo,  
Sonetos en manuscritos: ms. 108,  
Biblioteca Menéndez Pelayo, ff. 182 u y 161, b, en  
*Poesía original completa*, 1648  
ed. de José Manuel Blecua, 1968

• • •

¿Y ves cuán malos son los hombres? Pues advierte que aún son peores las mujeres y más de temer: ¡mira tú cuáles serán!

¿Qué dices?

La verdad.

Pues, ¿qué serán?

Son, por ahora, demonios, que después te diré más.

Baltasar Gracián, *El Criticón*,  
parte I, crisis IV, 1651

[...] ya los hombres son menos que mujeres. Más puede una lagrimilla mujeril que toda la sangre que derramó el valor; más alcanza un favor de una mujer que todos los méritos del saber. No hay vivir con ellas, ni sin ellas. Nunca más estimadas que hoy: todo lo pueden y todo lo pierden. Ni vale haberlas privado la atenta naturaleza del decoro de la barba, ya para nota, ya por dar lugar a la vergüenza, y todo no basta.

—Según eso —dijo Andrenio—, ¿el hombre no es el rey del mundo, sino el esclavo de la mujer?

—Mirad —respondió el Quirón—, él es el rey natural, sino que ha hecho a la mujer su valido, que es lo mismo que decir que ella lo puede todo. Con todo eso, para que las conozcáis, aquéllas son que cuando más han menester el juicio y el valor, entonces les falta más.

*Ibid.*, crisis VI

Fue Salomón el más sabio de los hombres y fue el hombre a quien más engañaron las mujeres; y con haber sido el que más las amó, fue el que más mal dijo de ellas: argumento de cuán gran mal es del hombre la mujer mala y su mayor enemigo. Más fuerte es que el vino, más poderosa que el rey, y que compite con la verdad, siendo toda mentira. Más vale la maldad del varón

que el bien de la mujer, dijo quien más bien dijo, porque menos mal te hará un hombre que te persiga que una mujer que te siga. Mas no es un enemigo solo, sino todos en uno, que todos han hecho plaza de armas en ella; de carne se compone, para descomponerle; el mundo la viste, que para poder vencerle a él, se hizo mundo de ella; y la que del mundo se viste, del demonio se reviste en sus engañosas caricias: Gerión de los enemigos, triplicado lazo de la libertad que difícilmente se rompe. De aquí, sin duda, procedió el apellidarse todos los males hembras, las furias, las parcas, las sirenas y las arpías, que todo lo es una mujer mala. Hacenle guerra al hombre diferentes tentaciones en sus edades diferentes, unas en la mocedad y otras en la vejez, pero la mujer en todas. Nunca está seguro de ellas, ni mozo ni varón, ni viejo, ni sabio, ni valiente, ni aún santo; siempre está tocando al arma este enemigo común y tan casero, que los mismos criados del alma la ayudan: los ojos franquean la entrada a su belleza, los oídos escuchan su dulzura, las manos la atraen, los labios la pronuncian, la lengua la vocea, los pies la buscan, el pecho la suspira y el corazón la abraza. Si es hermosa, es buscada; si fea, ella busca. Y si el cielo no hubiera prevenido que la hermosura de ordinario fuera trono de la necedad, no quedara hombre a vida, que la libertad lo es.

*Ibid.*, crisi XI

—¿Qué te parece —le dijo éste— cuál te ha parado una tan mala hembra? Sin hacienda, sin salud, sin honra y sin conciencia te ha dejado: ahora conocerás lo que es.

Aquí todos a porfía comenzaron a execrarla: uno la llamaba Cila de marfil, otro Caribdis de esmeralda, peste afeitada, veneno en néctar.

—Donde hay juncos —decía uno— hay agua, donde humo fuego y donde mujeres demonios.

—¿Cuál es mayor mal que una mujer —decía un viejo— sino dos, porque es doblado?

—Basta que no tienen ingenio sino para mal —decía Critilo.

Pero Andrenio:

—Callad —les dijo—, que con todo el mal que me ha causado, confieso que no las puedo aborrecer, ni aun olvidar. Y os aseguro que de todo cuanto en el mundo he visto, oro, plata, perlas, piedras, palacios, edificios, jardines, flores, aves, astros, luna y el sol mismo, lo que más me ha contentado es la mujer.

—¡Alto! —dijo Egenio—, vamos de aquí, que ésta es locura sin cura, y el mal que yo tengo que decir de la mujer mala es mucho.

*Ibid.*, crisi XII

Contaban los antiguos que cuando Dios crió al hombre encarceló todos los males en una profunda cueva acullá lejos [...] allí encerró las culpas y las penas, los vicios y los castigos, la guerra, el hambre, la peste, la infamia, la tristeza, los dolores, hasta la misma muerte, encadenados todos entre sí. Y no fiando de tan horrible canalla, echó puertas de diamante con sus candados de acero. Entregó la llave al albedrío del hombre, para que estuviese más asegurado de sus enemigos y advirtiese que, si él no les abría, no podrían salir eternamente.

[...]

Vivía con esto el hombre felicísimo. Pero le duró poco esta dicha; que la mujer, llevada de su curiosa ligereza, no podía sosegar hasta ver lo que había dentro de la fatal caverna. Le cogió un día, bien aciago para ella y para todos, el corazón al hombre, y después la llave; y sin más pensarlo, que la mujer primero ejecuta y después piensa, se fue resuelta a abrirla. Al poner la llave, aseguran, se estremeció el universo; corrió el cerrojo y al instante salieron de tropel todos los males, apoderándose a porfía de toda la redondez de la tierra.

[...]

Pero como la mujer fue la primera con quien embistieron los males, todos hicieron presa en ella, quedando rebutida de malicia de pies a cabeza.

[...]

Pregonaba uno:

—¡Aquí, se venden esposas!

Llegaban unos y otros preguntando si eran de hierro o mujeres.

—Todo es uno, que todas son prisiones.

—¿Y el precio?

—De balde, y aun menos.

—¿Cómo puede ser menos?

—Sí, porque se pagan porque las lleven.

—Sospechosa mercadería: ¿mujeres y pregonadas? —ponderó uno—. Ésa no llevaré yo; la mujer, ni vista ni conocida.

—Pero también será desconocida.

Llegó uno y pidió la más hermosa. Diéronsela a precio de gran dolor de cabeza; y añadió el casamentero:

—El primer día os parecerá bien a vos; todos los demás, a los otros.

Escarmentado otro, pidió la más fea:

—Vos la pagaréis con un continuo enfado.

Invitaron a un mozo que tomase esposa, y respondió:

—Aún es temprano.

Y un viejo:

—Ya es tarde.

Otro que se picaba de discreción pidió una que fuese entendida. Buscáronle una feísima, toda huesos y que todos le hablaban.

*Ibid.*, crisi XII

Comparecieron ante el divino trono de luceros el hombre y la mujer a pedir nuevas mercedes: que a Dios y al rey, pedir y volver. Solicitaban su perfección de manos de quien habían recibido el ser. Habló allí el hombre en primer lugar y pidió como quien era, porque viéndose cabeza, suplicó le fuese otorgada la inestimable prenda de la sabiduría. Pareció bien su petición, y decretósele luego la merced, con tal que pagase en agradecimientos la media anata. Llegó ya la mujer, y atendiendo a que, si no es cabeza, tampoco es pies, sino la cara, y suplicó con mucho agrado al Hacedor divino que la dotase en belleza.

—*Fata* la gracia —dijo el gran Padre celestial—: serás hermosa, pero con la pensión de tu flaqueza.

Partiéronse muy contentos de la divina presencia, que de ella nadie sale descontento, estimando el hombre por su mayor prenda el entendimiento y la mujer la hermosura: él la testa y ella el rostro.

*Ibid.*, parte II, crisi VI, 1653

[...] decía bien uno que las hermosas son diablos con cara de mujeres y las feas son mujeres con caras de diablos

*Ibid.*, parte III, crisi V, 1657

Iba dando sin parar la vuelta la rueda [del tiempo] y volteando con ella cuanto hay. Salía una ciudad con sus casas de tierra y los palacios a piedra y lodo, paseaban sus calles en carros los caballeros, [...] las damas, como tan recatadas, ni eran vistas ni oídas: cuando mucho, salían a alguna romería, que no se nombraban las ramerías. Más colorada se volvía entonces una mujer de ver un hombre que ahora de ver un ejército; y es de advertir que entonces no había otro color que el de la vergüenza y el blanco de la inocencia. Parecían de otra especie, porque eran muy calladas, no andariegas, honestas, hacendosas; al fin, mujeres para todo y no como ahora para nada. Pero daba la vuelta la rueda, hundíase aquella ciudad y al cabo de tiempo volvía a salir otra, digo la misma, pero tan otra que no la conocían.

[...]

¡Oh, quién viera aquellos hombres con sus sayos y aquellas mujeres con sus cofias y sus ruecas, que desde que se arrimaron los usos, no se usa cosa buena! ¿Cuándo volverá la reina doña Isabel la Católica a enviar recados: «Decidle a doña Fulana que se venga esta tarde a pasarla conmigo y que se traiga su rueca, y a la condesa que venga con su almohadilla»?

[...]

—¡Qué cosa tan graciosa! —decía Andrenio—. Señores, ¿quién inventa estos trajes, quién saca estos usos?

—Ahí me digas tú, que hay bien que reír [...]. Si una mujer pequeña hubo menester ayudarse de chapines, añadiendo de corcho lo que le faltaba de persona, luego todas las otras dan en llevarlos, aunque sean más crecidas que la Giralda de Sevilla o la Torre Nueva de Zaragoza. Llega en esto una muy estirada en todo que no necesita de ellos, antes la hacen embarazo, dales del pie y gusta de irse en zapato; luego todas las otras la quieren imitar, aunque sean unas enanas, valiéndose de la ocasión para más soltura y para parecer niñas. La otra flamenca dio en ir escotada, vendiendo el alabastro, y la quieren seguir las de Guinea, feriendo el azabache, que en unas y otras es una gran frialdad y un traje muy desarrapado. Y es de advertir que el peor y el más deshonesto es el que dura más.

[...]

Pero lo que fue, no ya de reír, sino de sentir: que siempre se va todo empeorando. Pues es cosa cierta que con lo que gasta hoy una mujer, se vestía antes todo un pueblo. Más plata echa hoy en relumbrones una cortesana, que había en toda España antes que se descubrieran las Indias.

*Ibid.*, crisi X, 1657



TERCERA PARTE  
SIGLO XVIII

«Tengo el honor de dormir en su habitación, ella se levanta a las seis de la mañana, después de haber hecho sus rezos y escrito al rey, entonces va a reunirse con el príncipe y regresa a desayunar a las ocho. A esta hora suelen llegar los correos, con noticias de muchos lugares: los dos secretarios del despacho me advierten de su llegada, y me traen las cartas recibidas. Su Majestad confía en ellos y les ordena enviar a los ministros correspondientes los mensajes que contienen; después, se viste rápidamente; mientras la peinan, lee papeles. Después oye misa, a menudo la misa mayor, y va a su despacho, lo que dura ordinariamente hasta mediodía. Cuando se le advierte a Su Majestad que la mesa está servida, antes de sentarse a ella, si hay mucha gente que pide audiencia, no los rechaza, les escucha a todos con paciencia, y les responde muy cortésmente, según su mérito y posición. El almuerzo dura apenas media hora. Tengo el honor de servírselo [...]. La reina recibe a menudo cartas del rey, a las que creedme bien, señora, ella responde. La velada no acaba sin muchas órdenes suyas. Después de las diez la reina se retira a su gabinete para leer libros de devoción, al acabar reza sus oraciones y se acuesta. Sus noches no son siempre tan tranquilas como yo desearía.»<sup>1</sup>

He aquí un extracto del detallado resumen que la princesa de los Ursinos, camarera mayor de la joven reina María Luisa de Saboya (primera esposa del rey Felipe V), hace de las actividades diarias y la verdad es que poco divertidas de la reina. María Luisa está cumpliendo por tercera vez sus funciones como Regente cuando la princesa de los Ursinos envía esta carta a su fiel corresponsal en Versalles, Françoise d'Aubigné, más conocida como Madame de Maintenon, esposa morganática de Luis XIV. La carta, fechada en Madrid el 8 de septiembre de 1709 forma parte de un pequeño volumen que recoge la correspondencia entre las dos damas. Uno de los libros más apasionantes que he leído sobre el siglo XVIII: dos mujeres, con vidas muy diferentes, conscientes de ser protagonistas de acontecimientos históricos y cuya complicidad se funda en el secreto del papel que desempeñan. Un papel dominante que, sin embargo, no se reconoce jamás. Leyéndolas, leyendo la forma inteligente y pormenorizada en que analizan lo que ocurre a su

alrededor, da la impresión de que ambas damas están soportando el peso de la historia, mientras que reyes y ministros son más bien los figurantes de la misma, a menudo sobrepasados por la sagacidad política y personal de ambas damas. En todo caso, la interesante correspondencia puede leerse como un espejo de lo que ha sido el destino de las mujeres, deslizándose en el «cuarto de atrás» de la historia.

El siglo XVIII ofrece, en este sentido, un particular interés, pues es la época en que se debate, con cierta seriedad, sobre la presencia femenina en los espacios públicos y de socialización. Es el siglo de la Ilustración, el que marca el punto de inflexión entre los antiguos prejuicios sobre la inferioridad de la mujer y sus nuevas exigencias en todos los ámbitos vitales: «el debate de los sexos aflora en todos los géneros literarios y atraviesa muchos de los temas centrales del reformismo», escribe Mónica Bolufer en un estudio sobre esta materia.<sup>2</sup> Como es lógico suponer, el vitriólico discurso, tan característico de la cultura católica española, no desaparece. La costumbre de escribir y publicar textos o poemas que contienen feroces ataques a la mujer mantiene su vigencia y es motivo para que Benito Jerónimo Feijoo salga al paso de los mismos con su conocida *Defensa de las mujeres*, redactada entre 1725 y 1727: «Los discursos contra las mujeres —afirma con impecable argumentación— son propios de hombres superficiales. Ven que por lo común no saben sino aquellos oficios caseros a que están destinadas, y de aquí infieren que no son capaces de otra cosa. El más corto lógico sabe que de la carencia del acto a la carencia de la potencia no vale la ilación; y así, de que las mujeres no sepan más, no se infiere que no tengan talento para más».<sup>3</sup> Pero el discurso misógino también evoluciona con los tiempos: las mujeres siguen siendo un objeto de reflexión hostil y de crítica fundamental. Sin embargo, ahora se trata de abordar situaciones prácticamente inéditas que tienen que ver con determinadas aspiraciones femeninas, vinculadas a una clase aristocrática y mundana —las madamas o petimetras— que se erige en principal motivo de las sátiras masculinas. Ahora son unas pocas mujeres —las inquietas, amantes de la conversación social y el lujo, las derrochadoras, vanidosas, *salonières*, precoces *fashion victims*— sobre las que se focaliza el discurso misógino, haciéndolas responsables de una decadencia de las costumbres tanto como del posible endeudamiento de las familias a causa del

gasto excesivo que supuestamente contraen en su arreglo personal y la compra de fruslerías. Las limitaciones femeninas siguen siendo tantas que el siglo se abre con el escrito de Feijoo y se cierra con otras dos defensas, esta vez escritas por dos autoras ilustradas, Josefa Amar e Inés Joyes. Ambas se verán empujadas a redactar sendos textos de elogio a su sexo, como ya hiciera a principios del siglo xv la noble veneciana Christine de Pizan cuyas primeras frases de *El Libro de la Ciudad de las Damas* todavía resuenan entre nosotros. Algo se estaba moviendo en el contexto reformista de la Ilustración, pero en España, muy al contrario de lo que ocurría en Francia donde las mujeres de letras habían alcanzado un reconocimiento considerable, no era suficiente. Y no lo fue.

## Petulantes y petimetras

[al matrimonio] no le falta como a tal su árbol de la ciencia, y la principal que debe estudiar la mujer casada es el recato [...] Y esto es lo que enseña nuestra madre la Iglesia al tiempo de las velaciones (que de aquí parece deriva su denominación) mandando poner la banda o velo en que se figura el lazo conyugal al hombre por el cuello y a la mujer cubriéndola la cabeza, dándola a entender que el recato que a las mujeres de todos estados es tan propio y necesario lo debe conservar con más razón la casada, por haber de vivir más dentro de los peligros y por haber de dar ejemplo a sus hijas y familia. Esta alhaja del recato que en todas las edades se ha tenido con razón en las mujeres por la más propia a su estimación [...] es la que la escuela de nuestra relajada novelería quiere hoy desposeer de su merecido atributo, graduándola de defectuosa cortedad y culpable grosería.

Francisco Javier del Corral,  
*Consejo que don Francisco Javier del Corral,*  
*Abogado de los Reales Consejos, escribía a un amigo, 1717*

• • •

El uso de las intelectuales funciones en el sexo femenino, es hablando *pro majori*, muy inferior al masculino, poco a propósito para las Ciencias especulativas, y casi todas las prácticas.

Manuel Mariano Ballester y de la Torre,  
*Combate intelectual, 1734*

• • •

Corrían desguazados por los gznates de las hembras los ríos de peralta. Aquí fue donde no pudo enmudecer don Francisco; y volviéndose, me dijo:

—Éste es el teatro donde me has representado con más viveza la corrupción de las costumbres de tu siglo. Basta el informe de este desordenado banquete para conocer el estado lamentable de las cosas. ¿Cuándo la moderación de las mujeres en España consintió tan destemplado desorden en el uso del vino? Ya creo que las hembras son apóstatas de la honestidad, cuando este licor es ídolo de sus apetitos. En mi tiempo era agravio de pureza, no digo beberlo, sino el desearlo.

—El nuestro es tan infeliz —le dije al difunto—, que bendicen a Noé tan afectuosas las mujeres como los hombres. [...] Las mistelas, con la añagaza de la dulzura, empezaron a galantear el gusto de las mujeres; pusieronle buena cara a lo suave de estas confecciones; habituáronse a beber un traguito hoy y otro mañana, hasta que aquello que empezó por corta golosina, creció a desorden considerable.

Esto sucede entre casadas y doncellas, sin alguna diversidad, y la misma confusión acontece en todo género de cosas; porque ya no verás aquella loable demostración que distinguía a las doncellas de las casadas, aquel exterior carácter que certificaba la intacta limpieza de los pensamientos con quien juraban conformidad sus acciones, sus palabras y sus semblantes. Ya no se ve aquella casta de solteras que con su compostura iban riñendo el libre estilo de la villana juventud; ahora sus ojos, sus ademanes y movimientos van sonsacando desenfadadas expresiones y reclamando indecentes solicitudes. En tu siglo a una señora doncella en cualquier visita se le dudaba la voz; hoy se sientan a presidir un estrado, y hablan a cántaros. Antes, aun para responder a una cortesana atención, el rubor las enmudecía, las sellaba el encogimiento; conversación de boda ni de novios se prohibió a sus labios, se guardó siempre de sus orejas. Ahora la más verde y deshonesto lozanía responden sin mudar de color ni de estilo; al presente hablan de las bodas con tal desuello, como si fueran jubiladas en el matrimonio. Antes no hallaban la

mano, aun para dársela a su marido; hoy es cosa que está de balde (como lo has visto), pues en cualquiera danza se le hace barato al que la quiere. Ésta es la desvergonzada malicia de nuestra edad, difunto sabio.

[...]

—Éste —le dije al sabio difunto— que ves oprimiendo la silla, fue en otro tiempo el Jordán de solteras corruptas, monedero falso de virginidades, pintor de virgos de perspectiva y arquitecto de doncelleces. Ya no son tan escrupulosos los más de los que se meten a maridos; pues, como ya te he dicho en otra ocasión, no se calza honra ajustada como antes, ni están solícitos de saber si las mujeres han sido corruptas antes de casarse, los que no viven cuidadosos de saber si son adúlteras después de casadas. No examina el que quiere enmaridar si la mujer es honesta, recatada y vergonzosa, sino si trae dinero, si tiene chiste, si sabe danzar, si habla con descoco y, últimamente, si observa el ritual de las modas.

—¡Mira qué cuidado tienen los hombres de las leyes del pundonor! ¡Oh miserable siglo! —exclamó el discreto difunto.

Diego de Torres Villarroel, *Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte*, 1743

• • •

Aún si una Dama de mucha belleza y de poca discreción fuese capaz de acomodarse a un silencio político, de modo que ni pecase por bachillería ni por muda, conservaría alguna fuerza y sería más durable la impresión primera; pero (aquí que nadie nos oye) ¿en qué país viven las Damas silenciosas y máspreciadas de lindas?, ordinariamente destruye una hermosa con sus discursos cuanto ha granjeado con su belleza Si hablase menos, casi nos veríamos obligados a amarla. Quiere hablar siempre, y pierde por esta debilidad todo lo adquirido por la hermosura. Apenas abre los labios que no sea para decir puerilidades: hace preguntas necias e impertinentes; y no sería la primera Dama, engreída y pagada de bonita, que ha preguntado si César era cristiano, porque vivió en Roma. Ya se ve que las mujeres no están obligadas a saber la historia romana, pero hay ciertas cosas tan triviales, que

no pueden ignorarse sin nota de necedad y tontería. Basta de digresión. Todos los extremos tocan en la raya de vicios. Obran contra sus propios intereses las Damas no instruidas, que a fuerza de hablar mucho, desacreditan su mérito; y no los mejoran aquellas, en quienes la falta de conversación da indicios de haber perdido el habla.

[...]

No, señoras. La piocha, y el bonete, el tontillo, y la sotana harían malísima comparsa. Cada Estado pide su instrucción particular; y la que yo pido, y deseo en Vms. no está ceñida a las aulas. En el estrado, con la labor, y en medio de la conversación, puede aprender, y sin afán, gasto, ni fatiga, puede una Dama instruirse. No son los Aristoteles, los Teutones, los Gaseados, los Avicenas, ni los Baldos los autores que deben Vms. frecuentar. ¿Aprender las lenguas muertas? Ni por sueño. Esto de citar un verso de Homero o de Virgilio sería tentación, en que caerían a cada paso todas las Damas Griegas o Latinas. Sacamos por consecuencia (replican Vms.) que no debemos dedicarnos a ser Filósofas, Médicas, ni Letradas, ni hemos de conocer sino de nombre a Homero y a Virgilio. ¿Pues qué aprenderemos? ¿Nos querrá Vm. destinar a ser Astrólogas, Arquitectas, y Poetas, o hacer profesión de Anticuarías? Díganme, inocentísimas y candidísimas criaturas, ¿creen Vms. tan necio e insensato al Pensador que quiere aplicarlas a hacer Pronósticos, ni traerlas a la memoria la antigüedad, cosa tan aborrecible, y que tienen más miedo las Damas que a las culebras, los ratones y los disciplinantes? Háganme Vms. mas justicia y duerman sosegadas.

[...]

Vístese Madama (no sé si le sirve de ayuda de cámara su cortejo) y pasa al tocador. Allí sí que es precisa e infalible su concurrencia. De lo contrario no se peinaría mi señora. ¡Pobre peluquero, si por ignorancia o por descuido deja un cabello, que no esté sujeto a las más escrupulosas reglas del arte; si aunque sea muy escaso el pelo, no forma una trenza ancha, y rica que baje a



cubrir el cuello, si pone muchos o pocos polvos, si la piocha no queda colocada con mucha gracia y si las flores no hacen una simetría airosa y nueva!

[...]

Es verdad que aquella dama ha llegado ya a una edad demasiado crecida, que le vendrían como de molde unas cuentas gruesas de rosario y un libro de devoción [...]. Pero ¿lo confesará ella? No, por cierto: apenas las canas, las arrugas y demás acompañamientos de la vejez se lo pueden persuadir [...] adereza su rostro para ocultar el desorden e injuria que en él han ocasionado los años; observa con suma rigidez toda la ley de la moda; para dar la última mano a la ilusión, toma cortejo, a fin de hacer entender a las gentes que todavía conserva aquellas gracias y linduras que hacen amable la juventud.

[...]

Lo que me hace gemir es ver tantas madres fuertes, rollizas, con salud para todo, para el exceso de la comida, para sufrir el calor y el frío en la comedia, en el balcón y en el paseo; y, en fin, para pasar la noche entera en el ejercicio violento del baile, que quieren luego hacernos creer que les falta salud para criar a sus hijos. Mienten. No es la falta de salud; es el temor de perder el talle, dejando por algún tiempo la cotilla, el enfado que sienten en tener que acallar una criatura y despertar tal vez en la noche para darle el pecho; y, en fin, es la moda [...]. ¿No quiere la moda que se tenga amor a los hijos? Se miran como advenedizos y obedecen, sacrificando al ídolo de una belleza pasajera que temen desmejorar las leyes más sagradas de la humanidad.

[...]

Una señora que habla con propiedad del bonete, del cabriolé y de collares, respetuosas y herraduras, cree haber llegado a la cumbre de la sabiduría y que puede brillar y dar tono en las conversaciones. Los hombres,

según los mismos pasos, para agradar a Vms., aprenden el mismo diccionario, se sirven de las mismas frases, hacen su conversación de asuntos frívolos y despreciables, y por este medio ellos y Vms. se hacen ridículos. [...] Los hombres han sido siempre lo que Vms. han querido que sean. Antiguamente se metieron Vms. en la cabeza el ser Dulcineas, y todos éramos Quijotes. Dieron Vms. en prendarse de la valentía, y éramos matones implacables. Quisieron ser rondadas, y, hechos postes de las casas, apenas había nieve, agua ni sereno que no cayera sobre nuestros hombros. Estimaron los versos, y, bueno o malo, se encontraba un poeta en cada esquina. Gustaron de hombres afeminados, y cambiamos la espada y el broquel por cintas, bucles, tontillo y limpiadientes.

[...]

¿Qué adelantará un hombre en afanar por el día sobre los libros, si a la noche se ha de ver precisado a hablar del peinado de la nueva moda, de abanicos y encajes?

José Clavijo y Fajardo, en *El pensador*,  
1762-1767, tomo I

[...]

Lo que no puedo dejar de admirar es la prodigiosa memoria de algunas mujeres que, a su vuelta de la iglesia, dan cuenta exacta del adorno de doscientas personas. Hecho cargo de la infinita variedad de vestidos, no puedo aún concluir cómo es posible que la media hora que ordinariamente emplean en la iglesia les baste para imprimir en sus cerebros toda esta multitud de imágenes a más de perder ápice de las personas que entran, quién las acompaña, si hablan, si se miran y otras semejantes observaciones.

[...]

Una junta de mujeres solas es una escuela del error y de la murmuración.

[...]

—¿Y en qué vendré a parar si vamos a este paso? Yo tengo sólo dos mil ducados de renta; quinientos se te va en el coche, trescientos en la casa, ya son ochocientos, y doscientos que se lleva el peluquero de la señora, ya son mil ducados justos. Pues ahora entremos en el gasto diario de la comida, criados y criadas, que no para seguramente en mil ducados; refrescos, que no pasan de cuatrocientos, y aposentos en la comedia, que no bajan de doscientos; ya gasto mucho más de lo que tengo. ¿Y de dónde sacaremos ahora para batas, abanicos, deshábills, cofias, cintas, flores, marruecas y otras mil zarandajas que sólo el diablo ha podido inventar?

—Si Vm., señor mío, no tenía bastante sueldo para mantener una mujer de mis circunstancias, ¿para qué me buscó? Hubiérase Vm. casado con una moza de cántaro y tendría hecho el gasto con cuatro varas de cinta, una aguja de plata para el pelo y un guardapiés de rodete.

• • •

FÉLIX [...]

¿Yo a una tan loca mujer,  
tan sin juicio ni razón,  
me he de rendir con pasión  
y por mía he de querer?

[...]

Suele uno incauto mirar  
el engañoso oropel,  
y, enamorado de aquel  
falso lucir y brillar,  
oro fino lo imagina;  
pero ya más advertido  
conoce que no ha salido

de tan excelente mina.  
Yo así, yo así me engañé,  
calidad la presunción,  
lo atrevido discreción  
incautamente juzgué.  
Su locura es conocida  
no sólo en Madrid, mas fuera,  
y yo sólo juzgué que era  
por su virtud aplaudida.

Quiso la ignorancia mía  
más de Jerónima aquel  
engañador oropel  
que no el oro de María.  
Aquella modestia sí,  
aquel honesto mirar,  
aquel vergonzoso hablar  
sí que me ha hechizado a mí.  
[...]  
Porque se debe escoger,  
por el vicio o por la fama,  
desenvuelta para dama  
y honesta para mujer.

Nicolás Fernández de Moratín,  
*La petimetra*, 1762

• • •

Pero si en tu bolsillo los doblones  
revientan de apretados y la plata  
con peso preciosísimo le rompe,  
si cuando los calzones desatacas  
se te quedan por grillos con tal peso,  
se alzarán para ti todas las faldas

de cualquier hembra; inútil es con eso  
para ti mi lección, pues sólo trato  
con quien por pobre dice que pleitea  
y pretende comer bueno y barato;  
[...]

Mas la codicia femenil a horrendo  
punto llegó: muy mal las ha enseñado  
el hispano Alejandro de las putas;  
llenólas de oro, ya que no de leche,  
y mala obra a los pobres ha causado  
[...]

¿Qué conexión tendrá con su trabajo  
ya la mujer, que ni aun la propia quiere  
sin dádiva especial estar debajo?

[...]

[...] pero el grande arte de la putería  
reprueba todo amor: sé conmisero,  
tendrás tu corazón y tu dinero  
por tuyo siempre, y el supremo gusto  
de andar catando caldos diferentes  
y probar cuantas mozas van al Prado  
sin peligro de verte empalagado,  
pues siempre salsa fue la diferencia.  
Con lo que una mantener te cuesta  
puedes diferenciar todos los días  
entre las que mantienen otros tontos,  
juzgando ser los únicos actores;  
un desatino es de los mayores  
pensar tapar buracos de pobretas  
golosas de intestinos de braguetas;  
antes por el contrario pensar debes  
cómo puedes hacer que te mantenga

y que con maña a ser tu esclava venga,  
fingiéndote primero el generoso.

[...]

Mas no es mi Musa tal que no respeta  
otras mil putas de elevado timbre  
con altos y excelentes tratamientos  
que en altas casas, que en dorados techos,  
en canapés y en turcas otomanas  
satisfacen el lánguido apetito  
con pajes, con abates y cortejos,  
o con el peluquero o mayordomo,  
y luego van en sillas sobre el lomo  
de robustos gallegos y asturianos  
tal vez solicitados de sus amas.  
Y aunque digas que llaman a éstas, damas,  
y las mulas de Almagro o los caballos  
andaluces arrastren sus carrozas,  
lo dan también, como las otras mozas,  
al capellán, lacayo o a un volante.

Nicolás Fernández de Moratín,  
*El arte de las putas*, difundida en manuscrito  
hasta su edición póstuma en 1898

• • •

Todo lo que el común de las mujeres exige al presente de un marido es que su hacienda pueda satisfacer los insaciables apetitos de lujo: las mujeres, consiguientemente, juzgan de los hombres por los que las dice su lucimiento aparente; un dedo más de bordado las hace preferir un hombre a otro, y se las ve diariamente recibir con mucho agrado a un esportillero bien vestido.

[...]

Hay más de una mujer placentera que quiere mejor reducirse a no parecer en el mundo sino un autómatas hermoso, esto es, títere de prestado movimiento, que hacer un buen uso de su juicio.

[...]

Ensartadas las unas contra las otras en una hilera de escaparates (quiero decir coches), no tienen otro movimiento que sacudir un poco el abanico, y alguna pasajera sonrisa que devuelven a las reverencias: no puede guiarlas otra cosa que el deseo de ser vistas y formar a nuestros ojos un agradable cuadro de jardín [...]. Este deseo las lleva de calle en calle, de visita en visita y de círculo en círculo como atontadas mariposas.

Mariano Francisco Nifo, Adaptación libre de *El amigo de las mujeres*, de  
Boudier de Villemert, 1763

• • •

La dama que no encuentra  
quien la corteje  
siempre tiene la cara  
como un hereje.

José Luis Velásquez, Marqués de Valdeflores,  
*Colección de diferentes escritos relativos al cortejo*, 1764

• • •

Bueno y laudable es que una mujer tenga capacidad, talento y espíritu, y que sea agradable y deliciosa su conversación; pero no ha de pretender hacerse la «discreta» y «resabida» en las conversaciones, porque las mujeres nunca parecen más ignorantes que cuando pretenden hacer de sabias.

Martín Cerecedo Ardid y Cano,  
*El para todos*, 1767

• • •

Si en el concurso viereis algunas damas atentas a lo que decís, lo que no es del todo imposible, como no haya por allí algún papagayo con quien hablar, algún perrito a quien besar, algún mico con quien jugar, o algún petimetre con quien charlar, ablandad vuestra erudición, dulcificad vuestro estilo, modulad vuestra voz, componed vuestro semblante, y dejaos caer con gracia sobre las filosofías, que ha habido en otras edades; decid que las hubo de todas sectas; y dejando pendiente el discurso, idos a casa, y sin dormir aquella noche (a menos que se os acabe el velón, en cuyo caso será preciso que esperéis hasta que amanezca, y sería chasco, si fuese por enero) tomad la obra citada, y en la pág. 189 del tomo tercero veréis las mujeres filósofas con su nombre, patria, y sistema, con la distinción entre las que filosofaron, según alguna determinada escuela, o las que se anduvieron filosofando, como quisieron, para las cuales tenemos en este siglo excelentes maridos. Tened muy presente la siguiente lista.

Hipo.	Aristoclea.	Cleobullina.	Aspasia.
Clea.	Diotima.	Beronisa.	Pámfila.
Eurídice.	Julia.	Domna.	Myro.
Sosipatra.	Antusa.	Agonize.	Eudoxia.
Elocia.	Novela.	Anacomena.	Eudocia.

Y otras que allí veréis, y yo no me quiero detener en trasladar. Notad que entre las filósofas la secta mayor fue la de las pitagóricas, porque sin duda (diréis con gracejo, haciéndoos aire con algún abanico, si es verano, y calentándoos la espalda a la chimenea, si es invierno, o dando cuerda a vuestro reloj, que habréis puesto con el de alguna dama de la concurrencia, o componiéndoos algún bucle, que se os habrá desordenado, o mirando las luces de los brillantes de alguna piocha, o tomando un polvo con pausa, y profundidad en la caja de alguna señora, o mirándoos a un espejo en postura de empezar el amable) sin duda diréis, haciendo alguna cosa de estas, o todas juntas, porque el sistema de Pitágoras trae la metempsicosis, transmigración, o vaya en castellano una vez, sin que sirva de ejemplar para en adelante, el paso de un alma por varios cuerpos, y esta mudanza debe ser favorita del bello sexo. Veréis cómo todas se sonrén y dicen: ¡Qué gracioso!, ¡qué chusco!, unas dándoos con sus abanicos en el hombro, otras hablando a otras



al oído, con buen agüero para vosotros, y todas muy satisfechas de vuestra erudición, no sin alguna ambición de mi parte, y arrepentimiento de haberos enseñado en tan corto tiempo lo que me ha costado tantos años de vasta lectura y profunda meditación.

José Cadalso, *Los eruditos a la violeta*, 1772

• • •

LORENZO: Será tu madre... Mucho debemos a una madre.

TEDIATO: Aún menos que al padre. Nos engendran también por su gusto, tal vez por su incontinencia. Nos niegan el alimento de la leche, que Naturaleza las dio para este único y sagrado fin, nos vician con su mal ejemplo, nos sacrifican a sus intereses, nos hurtan las caricias que nos deben y las depositan en un perro o en un pájaro.

José Cadalso, *Noches lúgubres*, 1789

• • •

Las petimetras de provincias, si tal vez se ven precisadas a venir a la corte, tienen que estarse de ordinario dos o tres días encerradas en casa sin salir a la calle ni mostrarse a las gentes para ponerse a la moda y no ser la risa y el escarnio de cuantos las vean. Las mismas madrileñas tienen que usar de esta precaución cuando vuelven después de alguna ausencia considerable.

Artículo publicado en *El Censor*, Luis María García del Cañuelo y Luis Marcelino Pereira (eds.), 1781-1787, tomo III

• • •

Tendrán cuidado las bachilleras de hacer en público las discretas: las impertinentes; decidir de un modo absoluto sobre las ciencias y los sabios en un tono seco y magistral; tratar y discurrir sobre las materias más altas y

delicadas, haciéndolas familiares por sublimes que sean; ostentar de sabias; y con la propia autoridad y entereza que pudieran hablar de hilar y coser, hablar de la autoridad de los Obispos; de las máximas del Reino; de la opinión de los Teólogos.

[...]

Consultarán con el espejo el modo de dar a su figura un aire amable y jovial, tendrán cuidado de servirse del peti-abanico, abrirle y cerrarle sin cesar, restregarse los labios, hacer sonsonete con él en los dedos, según las circunstancias, y dejarle caer al fin para conocer la vigilancia y presteza de los que la sirven. Será uno de sus objetos el pintarse como rueda de coche, ser caprichosas de tal modo que no les dure el mismo humor más que un cuarto de hora, hacer rabiar a sus mozas de cámara, apartarse de las tertulias y visitas de menor jerarquía que la suya, y hacer ostentación de soberbia y desvanecimiento, adorar sus perros y pájaros, no comer casi nada, abandonarse a los vapores y disponer un orden de enfermedades del mismo modo que disponen los colores de sus cintas [...]. Tendrán cuidado de enojarse sin razón para ver si son queridas.

[...]

Harán un estudio con arreglo a la galantería y seguirán el sistema de leer continuamente novelas con la esperanza de encontrar allí otros como los amantes que ellas quieran [...]. Se compondrán un lenguaje todo lleno de superlativos, hablarán algunas veces gordo y siempre gritarán como cuando oyen algún trueno o ven alguna araña [...]. Tendrán cuidado últimamente de formar una religión toda a su modo que les permita frecuentar los sacramentos y ser altaneras y vanas a todo trance [...] burlarse y mofarse de las que no están sumergidas en la corrupción y, por último, no tener jamás otra mujer amiga.

Luis Eijoecente,  
*Libro del agrado, impreso por la virtud  
en la imprenta del gusto, 1782*

• • •

Si la mujer tiene conversación, vea Vm. la casa revuelta de arriba debajo de dos modos: el uno, por parte del marido, que jamás está en casa, y el otro, por parte de la mujer, que siempre está; porque, entre vestidos de sala y antesala para recibir, entre juego, chocolate, refrescos, velas para las mesas de juego y otras semejantes locuras, se van las rentas en un soplo como las uvas de San Juan. Si no tiene conversación, por ser de poca gracia o fea [...], mire Vm. otra desgracia para el marido, quien por no estar jamás con su mujer es causa de que se originen en ella el rencor, los celos, las enemistades y las terquedades.

Gabriel Quijano, *Vicios de las tertulias  
y concurrencias del tiempo*, 1784

• • •

CAPÍTULO V  
*Enfermedad de las mujeres, ser feas*

Aforismo

La fealdad y la envidia nacieron de un parto; y quieren hacer brillar su escasa luz, apagando las otras.

Descripción de la enfermedad

Tres cosas en el mundo  
dan golpe en la mujer:  
rica, fea o bonita;  
lo demás es después.

Fortuna de las feas,  
yo no te envidiaré;  
antes bien la fortuna

es, dejarlo de ser.

Si al espejo se miran,  
las está diciendo él:  
¡válgame Dios, señora,  
qué fea que es usted!

Y por más que se pinten,  
tal su desgracia es,  
que vivas, ni pintadas,  
nadie las puede ver.

Son el mismo pecado;  
¿y que pensando estén,  
que por descuento, gracia  
Dios las ha dado? ¿En qué?

¡Pues cuando discretean,  
mixturando muy bien  
los textos de Escritura  
con versos de entremés!

Por consejeras, pasen  
mas por letradas, ¿quién,  
es posible que busque  
un tan mal parecer?

Gracias a las mantillas,  
y no faltan tal vez  
hombres, que por instinto  
adoran, o por fe.

A puro Padre nuestro,  
yo las conjuraré,  
repitiendo mil veces:

*no nos dejéis caer.*

Lo peor es que ruegan,  
pero entonces diré:  
*mas líbranos de mal.*  
*Amén, Amén, Amén.*

Félix María de Samaniego, *Medicina  
fantástica del espíritu*, 1786

• • •

El sexo de las mujeres es más débil en cuanto a las fuerzas corporales que el de los hombres. Por lo que respecta a las del ánimo, excede en perfección algunas veces, en acciones que siendo fáciles piden cierta movilidad y presteza en ejecutarlas, pero falta por lo común en las más difíciles, por la mayor profundidad, extensión y constancia que requieren. Dios le hizo para ayudar al hombre, y por consiguiente le formó con relación a este fin, proporcionado para los asuntos económicos y para seguir en todo la dirección de los hombres.

[...]

[...] siendo el padre, por todos los derechos, cabeza de su familia, a él es a quien principalmente incumbe dirigir y ordenar la Educación. Además, que necesitándose para este efecto de madurez, prudencia y un conocimiento particular de los medios con relación al sujeto que se ha de educar, suelen verificarse estas calidades con más ventaja y frecuencia en los hombres que en las mujeres.

Manuel Rosell y Viciano, *La educación conforme  
a los principios de la religión cristiana, leyes y costumbres  
de la nación española*, 1786

• • •

DOÑA ELVIRA Tomad asiento, y hablad  
al asunto, y en compendio.

DON FAUSTO Pues decidme: ¿estáis en algo  
quejosa de mis obsequios?

DOÑA ELVIRA No lo sé.

DON FAUSTO Yo sé que no  
lo podéis estar, sabiendo  
que ninguno contará  
diez años como yo cuento  
de perenne cortejante,  
obstinado a los pies vuestros,  
tanto que en Madrid soy el  
decano de los cortejos.  
Yo por vos he tolerado  
que me desuelle el barbero  
todos los días; por vos  
he desmentido mi sexo,  
ya al tocador, porque fuera  
mi peinado el más perfecto,  
ya bordando en cañamazo  
a vuestro lado o ya haciendo  
bufandas; por vos con todos  
mis parientes indispuerto  
vivo; por vos renuncié  
los más brillantes ascensos,  
que fuera de aquí me daba  
la carrera que profeso;  
por vos jamás voy a misa,  
sino el día de precepto;  
por vos soy un animal,  
pues ni me aplico ni leo,

y sólo sé hablar de modas  
o murmurar; que son, cierto,  
en un hombre conocido  
muy apreciables talentos.  
Por vos han estado ya  
para quitarme el empleo;  
por vos estoy empeñado  
hasta los ojos; y creo,  
señora, que por vos sólo  
falta que me caiga muerto.

DOÑA ELVIRA Aunque esa fineza hicierais,  
no seríais el primero,  
y esa tal cual lo sería;  
pero los demás extremos  
no son más que regulares  
en cualquiera caballero,  
que se atreve a tomar (como  
ha de tomar) el empeño  
con una dama; y más, dama  
como yo, que si me acuerdo,  
también por vos he dejado  
de admitir otros respetos  
que, además de bien nacidos,  
oportunos y discretos,  
venían recomendados  
de galas y de dineros.  
Por vos todos los más días,

ni me visto, ni me peino  
hasta la una; por vos  
comemos tarde y tolero  
que me suelte mi pariente  
mil indirectas; y esto

es ahora, que, hasta hacerle  
a las armas, un infierno  
era la casa. Por vos,  
aunque en nada me divierto,  
voy a la comedia, voy  
a visita y a paseo,  
por estar con vos hablando,  
rara es la noche que rezo,  
por vos sufro a las criadas  
más de cuatro atrevimientos;  
y, en fin, por vos sólo falta  
que mi marido un día de éstos  
se acuerde de que es marido  
y me meta en un convento.  
Ved si con estas finezas  
os pago bien lo que debo.

[...]

DOÑA ELVIRA Amigueta, es necesario  
que usted se vaya con tiento,  
que es materia delicada  
esto de elegir cortejo;  
y no se pague al instante  
de lo buen mozo, porque eso  
la que está de conveniencias  
muy sobrada puede hacerlo;  
pero a usted lo que le es más  
conveniente es uno bueno  
que haga a todo: verbigracia,  
que supla el escaso sueldo  
del marido o le acomode  
mejor; que tenga talento  
para compraros las cintas,



flores, gasa y todo aquello  
que se os ofrezca, y que tenga  
para acompañaros, dentro  
y fuera de casa, poca  
sujeción y muchos pesos.

[...]

La codiciosa y altanera madre,  
la amiga en los cortejos obstinada,  
y las tertulias libres, ¡cuántas veces  
han corrompido la mejor crianza!

Ramón de la Cruz, *La oposición a cortejo*, Escrito en  
1773 y publicado en el tomo I de *Teatro o colección de  
los sainetes y demás obras dramáticas*, 1786

• • •

¡Oh, cuánto le acomoda  
el verse embarazada  
a alguna de las damas a la moda,  
petardista, golosa, y malcriada.  
¡Triste quién la complazca, y quien la

[enoje;]

y triste cuanto se le antoje!

[...]

DON FELIPE ¡Que haya hombre que se case  
sólo porque otros se casan,  
sin detenerse a pensar  
los trabajos que le aguardan!  
¡Ah perro de mí, qué bien  
me estaba como me estaba

sin cuidado alguno, y sin  
tener que contemplar gaitas,  
que por más que uno las temple,  
nunca suenan afinadas!  
Mas no hay otro medio, que  
matarse, o sufrir la carga.  
Vaya que aprensión como ella  
no es creíble: vaya, vaya.

[...]

DON LUIS Amigo. ¿En qué vais pensando,  
que lleváis tan extraviadas  
la vista y las atenciones?

DON FELIPE ¡Oh Señor Don Luis! Llevaba  
distráido el pensamiento  
con ciertas extravagancias.

[...]

DON LUIS Decidme qué tenéis.

DON FELIPE Tengo  
mi mujer embarazada,  
y es loca y antojadiza.

DON LUIS Pues no digáis más que basta  
para que perdáis juicio  
si pretendéis contemplarla.

DON FELIPE Si yo os dijera qué antojos  
se le ofrecen.

DON LUIS No me espanta:  
que por antojos sé quién  
comió ratones.

DON FELIPE ¡Qué bascas,  
qué manías que la dan!  
Y en replicándola, rabia,  
se pone a llorar, y dice  
que pretenden sofocarla,  
la criatura en el cuerpo;

de suerte está que empalaga  
a veces aun a su madre:  
y a las amigas que trata,  
si les ve algo bueno, dice que se te antoja y lo agarra.

DON LUIS De ese modo os hará rico.

DON FELIPE Tomáramos que alcanzara  
sólo para golosinas  
el sueldo; pero me gasta  
aun la paciencia.

DON LUIS ¿Y ahora  
hay antojito en campaña  
difícil de hallar? Decid.

DON FELIPE ¡Ay es una patarata!  
Hoy ha pedido más de  
cien cosas extraordinarias:  
ved cuáles serán, que entre ellas  
acaso es la menos rara  
pedirme con grande empeño  
que a toda prisa le traiga  
escabeche de almendrucos,  
y agua de limón asada  
en parrillas: ved si habrá  
cocinero que la haga.

DON LUIS Amigo, eso sólo puede  
haberlo pedido en chanza.

DON FELIPE ¿Chanza? Si no se lo llevo  
alborotará la casa.

Ramón de la Cruz,  
*La embarazada ridícula*, 1811

• • •

¿Cómo podemos disimularnos la petulancia, los caprichos, la frivolidad y las necesarias pequeñeces que son el elemento de este sexo? [...] ¿Por ventura las admitiremos en aquella época tan temible en que, pasando de la niñez a la adolescencia, un interés único, irresistible, el mayor de su vida, absorbe todos sus afectos y toda su existencia? ¿Haremos de la Sociedad el teatro donde la hermosura, aún tímida, venga a hacer lucir sus primeros rayos, ensayar sus armas y acostumbrarse a la victoria?

[...]

No ignoro, señores, la ridiculez que el vicio impone a las máximas que le condenan; no ignoro los nombres cultos y agradables con que procuran disfrazarse entre nosotros el adulterio, la corrupción, la grosería y el abandono de toda decencia; pero ¿acaso la moda y sus partidarios prevalecerán contra la voz de la naturaleza que sujetó a las mujeres a la modestia y al pudor o contra las relaciones inmutables de todas las sociedades que las impusieron, como una obligación civil, la fidelidad a sus maridos, el cuidado de sus hijos y una vida doméstica y retirada?

[...]

No contaremos con estas señoras austeras y respetables, y sí con las que, siguiendo un método opuesto, se ven en todas partes, dan el tono, son el objeto de las conversaciones y vendrán a perder en la Sociedad una parte del tiempo que las sobra.

Francisco Cabarrús, «Discurso en contra de la admisión de las mujeres en la Sociedad Económica Madrileña de Amigos del País», *Memorial literario, instructivo y curioso de la corte de Madrid*, abril de 1786

• • •

Poned un instante la vista en aquella porción que suele ser objeto de nuestras declamaciones; ved la tendencia general con que se camina a la corrupción. Ved por todas partes abandonadas las obligaciones domésticas, menospreciado el decoro, olvidado el pudor, desenfrenado el lujo y canceradas enteramente las costumbres. Y nosotros, que nos llamamos Amigos del País, que nos preciamos de trabajar continuamente por su bien,

¿no opondremos a este desorden el único freno que está en nuestra mano? Llamemos a esta morada del patriotismo a aquellas ilustres almas que han sabido preservarse del contagio [...] hagámoslas un objeto de emulación y competencia en medio de su sexo, abramos estas puertas a las que vengan a imitarlas, inspiremos en todas el amor a las virtudes sociales, el aprecio de las obligaciones domésticas, y hagámoslas conocer que no hay placer ni verdadera gloria fuera de la virtud.

Gaspar Melchor de Jovellanos, «Memoria leída en la Sociedad Económica de Madrid, sobre si debían o no admitir en ella las señoritas», abril de 1786

• • •

Don N. Bernardo Iriarte, don Gaspar de Jovellanos, y Don José Güell, opinaron por la libertad, tanto del uso como de la introducción de las muselinas, y dijeron: [...] Que en este punto era preciso haberse a las manos con las mujeres, esto es, con la clase más apegada a sus usos, más caprichosa, más mal avenida y difícil de ser gobernada. Que todos los estímulos que mueven al hombre al cumplimiento de las leyes, la razón, el interés, el crédito, el temor de las penas, eran de ningún momento para las mujeres, especialmente en las cortes y grandes poblaciones, donde la enorme distinción de las clases autoriza todos los caprichos, y donde según el dictamen de celebre político, no permitiéndolas su flaqueza ser orgullosas, y obligándolas su condición a ser vanas, hacen que el lujo viva y reine siempre en ellas.

[...]

Que no era nuevo el querer traer a la razón las mujeres por el camino del honor; pero que siempre se había tentado sin fruto.

Gaspar Melchor de Jovellanos, «Voto particular del autor sobre permitir la introducción y el uso de muselinas extranjeras, al cual unieron el suyo otros miembros de la Junta de Comercio y Monedas», abril de 1786

• • •

Hubo un tiempo en que andaba la modestia  
dorando los delitos; hubo un tiempo  
en que el recato tímido cubría  
la fealdad del vicio; pero huyóse  
el pudor a vivir en las cabañas.  
con él huyeron los dichosos días,  
que ya no volverán; huyó aquel siglo  
en que aun las necias burlas de un marido  
las Bascuñanas crédulas tragaban;  
mas hoy Alcinda desayuna al suyo  
con ruedas de molino; triunfa, gasta,  
pasa saltando las eternas noches  
del crudo enero, y cuando el sol tardío  
rompe el oriente, admírala golpeando,  
cual si fuese una extraña, al propio quicio.  
entra barriando con la undosa falda  
la alfombra; aquí y allí cintas y plumas  
del enorme tocado siembra, y sigue  
con débil paso soñolienta y mustia,  
yendo aún Fabio de su mano asido,  
hasta la alcoba, donde a pierna suelta  
ronca el cornudo y sueña que es dichoso.  
ni el sudor frío, ni el hedor, ni el rancio  
eructo le perturban. A su hora

despierta el necio; silencioso deja  
la profanada holanda, y guarda atento  
a su asesina el sueño mal seguro.

¡Cuántas, oh Alcinda, a la coyunda uncidas,  
tu suerte envidian! ¡Cuántas de Himeneo  
buscan el yugo por lograr tu suerte,  
y sin que invoquen la razón, ni pese  
su corazón los méritos del novio,

el sí pronuncian y la mano alargan  
al primero que llega! ¡Qué de males  
esta maldita ceguedad no aborta  
[...]

¡Oh infamia! ¡Oh siglo! ¡Oh corrupción! Matronas  
castellanas, ¿quién pudo vuestro claro  
pundonor eclipsar? ¿Quién de Lucrecias  
en Lais os volvió?

[...]

Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas  
del nunca exhausto Potosí nos bastan  
a saciar el hidrópico deseo,  
la ansiosa sed de vanidad y pompa.  
Todo lo agotan: cuesta un sombrerillo  
lo que antes un estado, y se consume  
en un festín la dote de una infanta.

[...]

¡Oh ultraje! ¡Oh mengua! Todo se trafica:  
parentesco, amistad, favor, influjo,  
y hasta el honor, depósito sagrado,  
o se vende o se compra. Y tú, Belleza,  
don el más grato que dio al hombre el cielo,  
no eres ya premio del valor, ni paga  
del peregrino ingenio; la florida  
juventud, la ternura, el rendimiento  
del constante amator ya no te alcanzan.

Ya ni te das al corazón, ni sabes  
de él recibir adoración y ofrendas.  
Rendístete al oro. La vejez hedionda,  
la sucia palidez, la faz adusta,

fiera y terrible, con igual derecho  
vienen sin susto a negociar contigo.  
Daste al barato, y tu rosada frente,  
tus suaves besos y tus dulces brazos,  
corona un tiempo del amor más puro,  
son ya una vil y torpe mercancía.

Gaspar Melchor de Jovellanos,  
«Sátira Primera. A Arnesto», en *Obras literarias*,  
tomo I de las *Obras completas* preparadas por José  
Miguel Caso González, 1984

• • •

D.<sup>a</sup> AMBROSIA ¡Ah! Gobernar a los hombres  
es arte de mucha tecla,  
y no se adquiere tan pronto. [...]  
Desde luego se supone  
que la cobarde que no entra  
poniéndose en el buen pie  
de mandar con prepotencia  
los primeros quince días,  
por siempre jamás se queda  
Hecha una monja en el siglo,  
hija humilde de obediencia.  
Es menester habituarlos.  
Si el recién casado empieza  
a ceder, cederá siempre,  
y la mujer triunfa y reina.  
Pero algunos que al principio  
son dóciles, se rebelan  
después. Aquí es necesario  
recurrir a las cautelas  
más delicadas del arte.



A veces, indiferencia,  
oír serena los cargos,  
y como que se desprecian;  
a veces, abatimiento  
de dolor y de vergüenza.  
Y si no basta, acudir  
con cuatro caricias hechas  
a tiempo; pero no usarlas  
con demasiada frecuencia,  
porque si llegan a hacerse  
muy triviales, ya no pegan.  
Cuando el caso apriete mucho,  
declamar con entereza  
y con furor que amenace  
resoluciones violentas  
y de tal publicidad,  
que el pobrecillo las tema.  
Sobre todo, negar siempre;  
y nunca echarse por tierra.  
En fin... Pero me dejaba  
lo mejor. Una jaqueca  
de quita y pon, un buen flato  
manejado con prudencia,  
son un bálsamo, querida;  
porque no sólo libertan  
a una mujer del apuro  
y ahorran muchas respuestas,  
sino que todos entonces  
la cuidan y la contemplan;  
y lo que antes fue reñirla,  
es luego compadecerla.  
Por la mañana: «¡Dios mío!  
Estoy fatal, casi muerta».  
Pero a la tarde vestirse

como si tal cosa fuera.  
Parchecitos en las sienas,  
y al paseo, a la comedia,  
al baile, o a lo que salga.  
[...]

D.<sup>a</sup> PEPITA Bien fáciles de aprender  
me parecen esas tretas.  
Mucho más dificultoso  
es llorar cuando una quiera,  
y eso ya lo sé yo hacer.

D.<sup>a</sup> AMBROSIA ¿Sí? Pues tú saldrás experta.

D.<sup>a</sup> PEPITA Y hacerme la vergonzosa  
cuando oigo cosas no buenas,  
para que los hombres queden  
prendados de la inocencia.

D.<sup>a</sup> AMBROSIA ¡Ingenio feliz! Por donde  
muchas acaban, tú empiezas.

D.<sup>a</sup> PEPITA Con todo, quiero me enseñes  
nuestras máximas secretas.

D.<sup>a</sup> AMBROSIA Sólo aquí que no nos oyen  
los hombres, las descubriera.  
Hay otras muchas, y todas  
contribuyen al sistema  
de que hagan su voluntad,  
gasten siempre y se diviertan  
las carísimas esposas  
que carísimo les cuestan.

D.<sup>a</sup> PEPITA Es menester que lo aguanten  
al fin, quieran o no quieran;  
que para eso son maridos.  
Bastantes impertinencias  
sufrimos con criaturas,  
con amas y otras cincuenta  
pensiones que ellos no sufren.

Les toca cuidar la hacienda;  
luego el gastarlo con todo  
lucimiento es cuenta nuestra,  
o verán lo que les pasa  
si no nos tienen contentas.

Tomás Iriarte, *La señorita malcriada*, acto II, 1788

• • •

No podemos negar que el pudor es el apoyo más fuerte de la virtud de las mujeres: el matrimonio las hace perder una parte de él; y no faltan maridos bastante indiscretos que trabajan para hacerlas perder el que las queda, ya fuere con palabras o conversaciones muy libres, ya por las indecencias a que las acostumbran. [...] Los persas llevaban a sus mujeres a los banquetes, mas luego que conocían que el vino empezaba a perturbar la razón y que soltaban el freno a la indecencia, las enviaban a sus casa y en su lugar hacían venir ramerías o esclavas; y esto lo hacían porque les parecía que la pureza del lecho nupcial detesta los usos de la disolución. Imitemos, pues, su conducta en esa parte.

Anónimo, *Consideraciones políticas sobre la conducta que debe observarse entre marido y mujer*, 1792

• • •

La indisolubilidad del matrimonio es una cosa que pone espanto aún a los más inclinados a este estado. Encontrarse con una mujer corrompida, de un carácter contrario al del marido, que consuma en alimentar su lujo todo lo que el marido puede haber para criar y educar a sus hijos, conocer el marido las estragadas costumbres de su consorte, estar convencido de su infidelidad, aborrecerla y saber que es aborrecido de ella y, sin embargo, haberla de tener por compañera toda su vida es una tiranía de las leyes.

Ramón Salas, Copias manuscritas

de un papel atribuido al profesor universitario  
Ramón Salas, 1793. Recogido en  
«Proceso de Ramón Salas», A.H.N.,  
«Consejos», 1.º, 11.925

• • •

[...] no sé lo que tiene para las mujeres el estudio del latín que las hace no sólo frívolas e inoportunas, sino también desdeñosas y chocantes. Pues apenas saben relatar en latín cuatro sentencias triviales, a todas horas quieren lucirlo y son eternas parleras y decidoras. Siempre están haciendo las doctoras y bachilleras, estudiando en la conversación agudezas y conceptillos, afectando además la gravedad de los hombres eruditos; por lo menos hacen mérito y gala de imitarlos en el gesto, en el tono de la conversación, y en todos sus movimientos. Y como en latín, por más que hagan las mujeres, no puede menos que darles ciertos visos de hombre, de ahí es que por lo común los de mejor y más fina educación rehusan el trato y comunicación de estas latinizantes, como la cosa más fastidiosa y pesada del mundo. No hay hallar en ellas una pieza siquiera de aquella naturalidad y festiva suavidad que hace el principal mérito de las mujeres: a las cuales si se les quitase esto, sería poco menos que desterrar todo gusto y recreo de la sociedad humana.

José Isidoro Morales, 1796. Citado en Alejandro  
Mayordomo y Luis Miguel Lázaro, *Escritos  
pedagógicos de la ilustración*, 1988, vol. I

• • •

### *Madamitas del nuevo cuño*

Quisiera tener, o mis queridas Madamitas, una pluma como la del inimitable Cervantes, para hacer patentes al mundo los adelantamientos de vuestra brillante cultura, en medio de los tiempos de obscuridad y de

ignorancia, porque vuestra historia borrarse los anales de aquellas mujeres rancias del antiguo cuño, que han hecho tantos desgraciados con sus groseras preocupaciones.

Dejemos, pues, por cosa sabida la educación brillante y marcial de nuestros Señoritos del día, y pasemos a examinar los adelantamientos de vuestra crianza, porque de este modo hallaremos el busilis de la grande civilización, y de los males que causaba aquella ignorancia de los tiempos rancios.

Cuando un hombre de estos tiempos, o cuando un Currutaco ayudado de aquellas luces propias de su especie, vuelve los ojos a los desdichados tiempos en que la crianza de una Señorita era igual a la brutal y bárbara que se daba a cualquiera moza del pueblo, cuando examina que una delicada Madamita, nacida para otra suerte muy distinta, guisaba, planchaba, lavaba, barría, peinaba, cosía y se empleaba en los demás oficios mujeriles de su casa, sin que saliese jamás a paseo sin su madre, o algún deudo cercano, cuando advierte, pues, que una delicada Señorita entraba al matrimonio vendados los ojos, sin saber manejar un abanico en visita, sin trato de gentes, y en fin sin saber hacer *una cadena, un molinillo, un barrilete, unas esquinas, ni un latigazo*, no puede menos de lamentarse de la preocupación vergonzosa y ridícula en que los hombres las habían tenido sumergidas; pero alentad, queridas Madamitas mías, que ya la sabia ilustración del siglo ha desterrado todas las preocupaciones de los antiguos, por medio de vuestra educación en que no cabe más adelantamiento: ya aquella grosería que confundía todas las clases, educando del mismo modo a las que traían su origen de una ilustre cuna, que a las de un bajo nacimiento, se ha desvanecido, porque no supieron distinguir aquellos miserables las manos finas de las ordinarias: hoy resplandece, pues, en vosotras la luz que han ocultado tantos años las tinieblas de la rusticidad: ya una *Señorita del nuevo cuño* que sabe bailar contradanzas desde el instante que empieza a articular palabras, no debe atender más que a su adorno, a su diversión, a sus paseos, a sus concurrencias, y a sus bailes: ya aquellas labores ordinarias de las casas se han desterrado de vosotras, encargándolas a las criadas que están organizadas para estos trabajos: bien manifiesta tenéis esta verdad, pues si todavía durase entre vosotras la costumbre grosera de planchar, barrer, guisar, lavar, fregar y

coser, os veríais como aquellas mujeres miserables, llenas de rusticidad, con un talle y color ordinario, con más fuerzas que unas Vizcaínas, sin trato, sin conversación, sin afabilidad, y en fin sin manos finas para bailar una contradanza, que sería vuestra mayor desgracia.

Sí, queridas mías, bendecid este ilustrado siglo que ha vuelto por vuestro honor, haciendo abrir los ojos a los hombres para que distingan lo bueno de lo malo: gracias a la currutaquería, vemos con grande placer que vuestros cuerpecitos delicados, enfermizos y graciosos son preferidos por los Currutacos más sobresalientes del día, a los de aquellas mujeres obesas que no sabían más que cuidar su casa, y criar los hijos a sus pechos como gente ordinaria: ellas no bailaron jamás con regla como vosotras, ni gozaron de los dulces ratos del amor sino con sus maridazos, que siempre serán molestos al lado de las *Madamitas del nuevo cuño*: vosotras sabéis acicalaros desde por la mañana, y presentándoos en un canapé, recibir las visitas que vengan, luciendo vuestro fino talento en contar las gracias de Doña Chispa y Don Lambrijo con alguna ironía y un poquito de sátira picante, que es la sal de la conversación del día: a vosotras se os debe que se corrigiese aquel abuso tan grosero de casarse un hombre que no tenía más que doce reales diarios con una Señorita a quien hacía trabajar, guisar, y criar sus hijos, haciéndoles conocer que en el día con este sueldo no hay para pagar vuestros perejiles, y que vosotras habéis nacido para ser Señoras, o a lo más, para bailar contradanzas.

Juan Antonio de Iza Zamácola,  
*Elementos de la ciencia contradanzaria*, 1796

• • •

DON LUIS ¡Cierto que la tuya  
es una niña muy bella!  
Siempre está metida en casa.  
Ayuna cuando la observa  
su padre; cuando se va,  
se abalanza a la despensa y se desquita...

DON MARTÍN No hay tal.

DON LUIS Sí hay tal. Hace sus novenas,  
reza la corona, tiene  
oración mental, se encierra  
en su cuarto, abre el balcón,  
y a oscuras, porque no pueda  
verla su padre, se pasa  
la niña las noches frescas  
de verano patullando  
con el cabo de bandera  
de ahí al lado.

DON MARTÍN Sí hay tal cosa. Como emplea  
en el servicio de Dios  
las horas de esta manera,  
no cose jamás, no plancha,  
no hace un punto de calceta,  
no mueve un trasto, ni quiere  
ocuparse en las faenas  
propias de toda mujer,  
y deja el encargo de ellas  
a su prima, pues la vida  
contemplativa y austera  
no le permite atender  
a las cosas de la Tierra.  
Cuando su padre la ve,  
libros devotos hojea;  
cuando queda sola, entonces  
es la lectura diversa:  
coplas alegres, historias  
de amor, obrillas ligeras,  
novelas entretenidas,  
filosóficas, amenas,  
donde predicando siempre  
virtud, corrupción se enseña.

estas obras de moral  
don Benito se las presta:  
ese estudiante andaluz,  
opositor a prebendas,  
que vive en el buhardillón.

Leandro Fernández de Moratín,  
*La mojigata*, acto I, 1804

• • •

JACOBO Con todo, Pedro, ya sabes  
las raras extravagancias  
de las mujeres. ¡Qué locas!  
A las más se les va el alma  
por esos petimetritos  
que no estudian ni trabajan  
más que en intentar adornos  
para ocultar muchas lacras,  
como fuentes y apostemas  
(adquiridas o heredadas).  
Y a un hombre formal, a un hombre

como un Hércules le tachan  
de alhamel, de ganapán  
y otros apodos que sacan  
de sus vacías cabezas.  
Ya se ve; piensan las damas  
que un hombre para ser fino  
ha de ser hético; y andan  
tras de un necio porque tiene  
como un galgo las quijadas.

Juan Ignacio González del Castillo,  
*La inocente Dorotea*, en *Obras completas*, tomo I, 1914



CUARTA PARTE  
SIGLOS XIX Y XX

Para los estudios sobre la mujer, el siglo XIX se presenta como un periodo decisivo, donde la dialéctica entre la voluntad de algunas mujeres de asumir plenamente su vocación y el discurso que insistirá en reducirlas al espacio doméstico se tensa mucho. Escribe Catherine Jagoe, autora de un excelente estudio: «el tema “mujer” sigue en boga, pero deja de ser un debate para convertirse en un monólogo».<sup>1</sup> Porque, en efecto, si hasta ahora el discurso misógino, por su agresividad, había suscitado artículos de argumentación contrario que la ennoblecían y elogiaban, en el XIX la mayoría de los escritos sobre la mujer tendrán un carácter doctrinario que viene a cerrar el círculo de la domesticidad abierto con don Juan Manuel y desarrollado decisivamente en el siglo XVI con las influyentes obras escritas por dos clérigos: la *Instrucción de la mujer cristiana* (1528) del maestro Juan Luis Vives y *La perfecta casada* (1583) de fray Luis de León. Ambos libros eran de presencia obligada en las modestas bibliotecas femeninas del siglo XIX. Son obras que habían sentado ya las bases del comportamiento de la mujer, inspirado en cinco puntales: limpieza (en el siglo XVI la higiene personal era un problema), obediencia, resignación, laboriosidad y devoción religiosa. Esos atributos, que nunca dejan de mantenerse activos y exigibles, se convierten ahora en una pieza fundamental, indispensable, de la nueva sociedad burguesa que aflora también en España.

De modo que la intención de los ataques a la mujer cambia por completo en el XIX. Por ejemplo, el argumento de su mayor concupiscencia resulta ya insostenible a estas alturas (es un hecho evidente, incluso para la Iglesia, que la promiscuidad sexual es un comportamiento específicamente masculino) y, por tanto, a la mujer se le exigirá ahora comprensión y sacrificio frente a los pecados de la carne cometidos más o menos pródigamente por el varón. Tampoco resulta coherente ya insistir en la mayor corrupción moral de la mujer —tajantemente desmentida por Concepción Arenal— y hacer soluble esta argumentación con la frecuente espiritualidad femenina y con una mayor inclinación a la piedad y al culto religioso. Un hecho que todavía hoy puede comprobarse por la mayor presencia de mujeres en las iglesias. De manera

que el cambio que aporta el siglo XIX en el tema que nos ocupa consiste en articular un nuevo discurso misógino, ahora orientado a las nuevas clases medias cuya promoción tendrá en la mujer el soporte imprescindible. Sin su colaboración y apoyo como sostén doméstico —el «ángel del hogar» será el modelo exaltado bajo la Restauración desde todas las plataformas culturales —, el funcionamiento de la familia burguesa resultaría inviable. La mujer será, dice Catherine Jagoe, una mano de obra dócil y automotivada (situación denunciada por Marx, Engels y Bakunin, entre otros) que puede estructurar la vida familiar en torno al ahorro, la abnegación y el esfuerzo. De manera que si en la Edad Media y hasta Gracián o Quevedo la mujer puede ser vista por la misoginia como un ser inferior, débil, pecador y astuto al que el varón necesita para satisfacer la llamada de la carne, pero un ser que se invita a despreciar por su grado de lascivia, concupiscencia y perversidad, en el XIX la mujer pasa al otro extremo de la valoración, poniendo de manifiesto la inmensa confusión que late tras el discurso misógino. De un ser impuro, indolente y transmisor de enfermedades, una fierecilla a la que hay que domar, la mujer pasa a convertirse en la mascota imprescindible del hogar. Sin ella, sin su colaboración a todos los niveles de la vida doméstica, no hay verdadero hogar, pues en la mujer debe recaer el cuidado de los padres, incluso de los suegros, del marido y de los hijos. Y por supuesto el cuidado exigente de la casa. Por ello, la argumentación se desplaza: de negativa y hostil la mujer deviene objeto y víctima de un nuevo y necesario arquetipo.

Ha dejado de ser mala como una bruja, como la describía Jaime Roig. Ahora resulta que sus condiciones tanto físicas como morales hacen que la abnegación sea su modo «natural» de actuar en la vida, y en función de esa nueva concepción de la mujer, hay que prever y juzgar su comportamiento. Jagoe observa cómo en el XIX ya no se hablará de las mujeres, en plural, sino de la mujer, porque ahora moralistas, higienistas, sacerdotes y filósofos piensan en un tipo determinado de mujer de clase media, desrealizado y transformado imperativamente en «ángel del hogar». En las citas que veremos se observará que las críticas se orientan bien a las mujeres trabajadoras que descuidan sus obligaciones domésticas en busca de un sueldo precario y que suponen un mal ejemplo para las demás de su clase; o bien a las madres de clase acomodada que vienen abdicando secularmente de

sus obligaciones maternas por las servidumbres que plantean, descargando esa labor en manos de nodrizas y así disfrutar de las ventajas de su clase social. Su ejemplo es igualmente nefasto para la mujer de clase media sobre la que se proyecta el nuevo ideal. Y de ahí que la misoginia, de alcance indiscriminado hasta el siglo XVII, se concentre en algunas mujeres que por distintas razones —precariedad económica, vocación profesional, posición acomodada— actúan en sus vidas desarrollando rasgos contrarios a los que ahora concentra el ideal femenino que se ha establecido.

El aval teórico a ese ideal de la mujer como «ángel del hogar» desrealizado y anorgásmico lo proporciona el estudio de un médico alemán, T. L. Bischoff, cuando en 1847 demuestra que la ovulación de la mujer es un proceso espontáneo, regular, que ocurre mensualmente y que no depende de la copulación ni del orgasmo, como se venía especulando desde la Edad Media, por equiparación con lo que ocurre con el varón. De nuevo Catherine Jagoe ofrece en un artículo donde sintetiza el «debate científico» que tiene lugar en la época los argumentos imprescindibles. La demostración de Bischoff fue un punto de inflexión que tuvo amplias consecuencias prácticas: si el orgasmo femenino no es necesario en el proceso de fecundación, como se creía hasta entonces, el descubrimiento puede interpretarse como que el orgasmo no es «natural» en la mujer, como si lo es en el hombre donde acompaña la eyaculación del semen. En otras palabras, puede que no sea propio de la mujer «normal», es decir, decente, sino sólo de algunas mujeres a las que se culpabilizará por ello. De modo que empieza a librarse la batalla contra el placer femenino al que más tarde se vincularán trastornos nerviosos o bien la concupiscencia de la «mujer fatal» que tanto interés va a suscitar en el imaginario masculino. Los conocimientos adquiridos sobre el clítoris femenino —órgano del placer en la mujer— se van perdiendo porque, sostiene Jagoe, no cumplen ya ninguna función en el orbe masculino. Habrá que esperar a los estudios de Alfred Kinsey,<sup>2</sup> a mediados del siglo XX, para que el tema del placer femenino se ponga de nuevo en circulación.

Contra ese modelo de domesticidad fueron, de forma más o menos combativa, las literatas que pugnaban por una carrera propia al margen del imperativo de la discreción. Estas mujeres se convirtieron en un ejemplo especialmente nefasto de autonomía que debía ser combatido, pues iba en

contra de los valores de docilidad, dulzura, suavidad, consuelo, desinterés y entrega que serán tenazmente exaltados por la prosa doctrinaria de la época. El carácter obsesivo de tantos escritos masculinos recriminando la insolencia de la mujer que tiene necesidades propias de realización y las ejecuta en sus poemas, dramas y novelas sólo puede explicarse porque la literata, con esa (posible) independencia de criterio, viene a conmover los cimientos de la nueva sociedad. Hay que decir que el colectivo de los escritores fue de los primeros en verse amenazado por el ansia de autonomía femenina, de modo que los argumentos esgrimidos para combatir a las literatas fueron de toda clase. El hecho de ejercer muchos de ellos como intelectuales no significó, en general, una mayor libertad de miras a la hora de enfrentarse con el problema.

Evaluar más de cien años después aquellas actitudes es un asunto delicado porque no fueron siempre explícitas, o bien estuvieron recubiertas por una máscara engañosa de amor excesivo, incluso idólatra, a la mujer. Resolver, por ejemplo, si el escritor y diplomático Juan Valera era misógino o no lo era no es tan sencillo. Sabemos que el autor de *Pepita Jiménez* escribió, por ejemplo, que «el hombre ha humillado a la mujer hasta hacer de ella su sierva o la ha encumbrado hasta hacer de ella una deidad; pero no ha sabido hacer de ella una compañera, una igual, un sujeto merecedor de toda su confianza».<sup>3</sup> Sin embargo, junto a esa sensata y ejemplar observación, Valera se decidió a escribir un folleto, en 1891, firmado con seudónimo, en el que se oponía frontalmente a la aspiración de algunas mujeres de su tiempo a convertirse en académicas (Gertrudis Gómez de Avellaneda, Rosario de Acuña<sup>4</sup> y Emilia Pardo Bazán fueron las primeras candidatas a la Real Academia Española: todas fueron rechazadas). En dicho folleto Valera exponía ideas muy poco progresistas sobre la mujer: «Es en la mujer pecaminosa rebeldía contra los decretos de la Providencia (*sic*) el afán de tornarse sobrado independiente del hombre y de campar por sus respetos».<sup>5</sup> Pocos años atrás, en diciembre de 1879, el noruego Ibsen estrenaba en el Teatro Real de Copenhague una obra teatral, *Casa de muñecas*, que plantea precisamente la forma en que Nora toma conciencia de las limitaciones de la identidad femenina.

Valera es presa de una actitud ambivalente: es consciente de la forma injusta bajo la cual se recluye a las mujeres en su tiempo. Sin embargo, a la hora de apoyar una decisión política que requería de cierta energía para contribuir a esa igualdad a la que el propio escritor se refería más arriba, su posición se tambalea. Se siente amenazado por lo que considera una intrusión y en el fondo no desea que prospere, porque con ella ve amenazado el sistema social con el que se identifica. La «pecaminosa rebeldía» a la que se refiere Valera es combatida con un argumento que afectará más que otros a las mujeres y es el proceso de masculinización al que se somete a las escritoras o al que ellas mismas se someten (caso de Avellaneda o de Concepción Arenal). Pues, por el hecho mismo de saber, a las ilustradas (antes bachilleras, sabihondas, marisabidillas, preciosas ridículas...) se las quiere convencer de que pierden su atractivo natural, sus encantos femeninos transformándose (y transformándolas) en mujeres andróginas o marimachos. «A la mujer no se le tolera su pasión al estudio —escribirá una apenada Concepción Gimeno de Flaquer—, pues desde que la revela, desciende sobre ella el estigma del ridículo.»<sup>6</sup> Lo cierto es que la odisea sufrida por las primeras mujeres que en España deciden estudiar una carrera universitaria podría ser una metáfora de la presión social en contra de sus derechos que sufrieron todas ellas.<sup>7</sup> En cualquier caso, y por más que pervivan determinados comportamientos, queda claro, en mi opinión, que semejante hostilidad sitúa el discurso androcéntrico en un callejón sin salida. Podrán observarse, leyendo los pasajes seleccionados de Miguel de Unamuno, las contradicciones del intelectual ante dicha cuestión: en un pasaje el escritor criticará a la mujer que quiere estudiar, mientras que en el siguiente se lamentará de su escasa formación estética. ¿Y cómo podía adquirirla si se le impedía el acceso a la misma?

El poder que ejerce el desprestigio del estudio femenino es de tal magnitud en el XIX que alcanza a las mujeres más nobles que, precisamente por su posición, deberían figurar entre las más cultas— deberían figurar, no es que figuren precisamente—. <sup>8</sup> Leamos qué le escribe la reina María Luisa de Parma, esposa de Carlos IV, a Manuel Godoy en 1804: «Soy mujer y aborrezco a todas las que pretenden ser inteligentes, igualándose a los hombres, pues lo creo impropio de nuestro sexo, sin embargo, de que las hay

que han leído mucho, y habiéndose aprendido algunos términos del día, ya se creen superiores a todos».<sup>9</sup> Esa suma ignorancia en la que se hallaban los nobles resultará fatal en el caso de la reina Isabel II, objeto de una brutal misoginia generada por su poco responsable conducta política y personal.<sup>10</sup>

Imposibles son de ponderar los sacrificios personales de aquellas mujeres que, a contracorriente, lucharon por su independencia a costa de habladurías y humillaciones: «Pasé sin fruncir siquiera el ceño entre aquellos amenazantes desprecios íntimos, que allá en mi corazón no hallaban eco ninguno, porque eran unos desprecios a los cuales estaba acostumbrada hacía ya tiempo y que, al manifestarse en palabras, pronunciadas con el temblor de la ira, y (te lo diré, también de la impotencia ante mi actitud firme y decidida) sonaban estridentemente en mi razón para afirmarme más y más en la repugnancia y la antipatía que me inspiraban los que me las decían», escribirá Rosario de Acuña a los treinta y cinco años, agobiada por el menosprecio con que se resuelve su posición enérgicamente anticlerical y republicana en su obra de teatro *Rienzi el tribuno*.<sup>11</sup>

En ese contexto de abierto rechazo y confrontación, escritoras de la mayor fortaleza de carácter como Concepción Arenal renunciaron a su identidad femenina, aceptando una masculinización intelectual que les evitara el escarnio y la crítica.<sup>12</sup> «Es ésta una de las mayores adversidades de la profesión, una de sus muecas más irónicas» comentará lúcidamente Emilia Pardo Bazán. Todavía en 1953, cuando María Martínez Sierra publica en México sus memorias y recuerda sus comienzos en España escribe: «Siendo maestra de escuela, es decir, desempeñando un cargo público, no quería empañar la limpieza de mi nombre con la dudosa fama que en aquella época caía como un sambenito casi deshonoroso sobre toda mujer literata».<sup>13</sup>

La base «científica» para esta oposición al estudio la proporcionaba el filósofo positivista Auguste Comte y amparándose en él se alega que la función fisiológica de la mujer es parir y criar a los hijos. De nuevo Jagoe: «Surgieron dos argumentos: el de los frenólogos, que sostenían que las zonas cerebrales relacionadas con la inteligencia y la creatividad estaban más desarrolladas en el hombre y las de la afectividad en la mujer; y el de los craneólogos, que creían que dado el tamaño de la masa encefálica de la mujer era menor que el del hombre, era menos inteligente que él». Estos y otros

argumentos barajará un médico alemán llamado Paul Julius Moebius,<sup>14</sup> de amplio predicamento. Amparándose en las teorías evolucionistas que dominaban la época, deduce que el esfuerzo mental desarrollado por la mujer estudiosa y que la conduce a un proceso de masculinización es un factor hereditario. Es decir, que sus hijos heredarán esa carga masculina que, a la larga, puede ser responsable de la extinción de la especie. Y éstos son, muy sintéticamente expuestos, los argumentos que centran el discurso misógino en el XIX.<sup>15</sup>

Sin embargo, la sección se extiende con citas que corresponden a obras del siglo XX, porque a lo largo de este último se prolongan, perviviendo, muchos de los argumentos y juicios empleados en el siglo XIX. Con la retracción de los derechos de la mujer sufrida en el franquismo retorna un discurso socialmente maniqueo y de sometimiento al varón que se confunde con el empleado en épocas anteriores.



## Amor y pedagogía

La mujer desde la infancia es llamada a la región de la fe, a la cual no llega el hombre más que después de haber agotado los recursos de una razón turbulenta y rebelde.

Juan Nicolás Böhl de Faber, «Carta a Francisca Larrea», 25 de abril de 1807

Efectivamente el mundo puramente intelectual y las ciencias exactas no convienen a la generalidad de las mujeres. Lo diré, a pesar del riesgo de una mala aplicación, la mujer debe estar siempre bajo el influjo de su corazón; pero infeliz de aquella que toma las inspiraciones de la pasión por la voz del sentimiento. El amor es el gran resorte del alma femenina; su instinto es amor; su dicha es amor; su virtud es amor; este puro y noble amor produce la confianza y la fe. La niña cree en sus padres, la joven en su amante, la mujer en su marido, y todas en Dios. He aquí por qué la mujer masculina, que se gobierna por sí, que decide por sí, en fin que no reposa sobre otro, es un ente que repugna.

*Ibid.*, 7 de mayo de 1807

• • •

La Junta entiende que, al contrario de la instrucción de los hombres, que conviene sea pública, la de las mujeres debe ser privada y doméstica; que su enseñanza tiene más relaciones con la educación que con la instrucción propiamente dicha; y que para determinar bases respecto de ella era necesario recurrir al examen y combinación de diferentes principios políticos y morales, y descender después a la consideración de intereses y respetos privados y de familia.

*Informe Quintana, 1813*

• • •

La cuestión en el teatro moderno gira entre iguales, entre matrimonios; es principio irrecusable, según parece, que una mujer casada deba estar mal casada, y que no se da mujer que no quiera a su marido. El marido es en el día el coco, el objeto espantoso, el monstruo opresor a quien hay que engañar, como lo era antes el padre. Los amigos, los criados, todos están de parte de la triste esposa. ¡Infeliz! ¿Hay suerte más desgraciada que la de una mujer casada? ¡Vea usted, estar casada! ¡Es como estar emigrada, o cesante, o tener lepra! La mujer casada en la literatura moderna es la víctima inocente aunque se case a gusto. El marido es un tirano. Claro está: se ha casado con ella, ¡habrá bribón! ¡La mantiene, la identifica con su suerte! ¡Pícaro! ¡Luego, el marido pretende que su mujer sea fiel! Es preciso tener muy malas entrañas para eso. El poeta se pone de parte de la mujer, porque el poeta tiene la alta misión de reformar la sociedad.

[...]

El caso excepcional de una mujer que se halla realmente bajo el influjo de una pasión cuyas circunstancias sean tales que la dejen disculpa, que la puedan hacer aparecer sublime hasta en el crimen mismo, contrasta con el caso de multitud de mujeres que no siguen al atropellar sus deberes más inspiración que la del vicio, y cuyos amores no son pasiones, sino devaneos.

[...]

Porque desde el momento en que erija usted ese caso como posible, solamente posible, pero siempre raro, en dogma, desde el momento en que generalizándolo presente usted en el teatro una mujer faltando plausiblemente a su deber, y apoyándose en la Naturaleza, se expone usted a que toda mujer, sin estar realmente apasionada, sin tener disculpa, se crea Adela, y crea Antony su amante; desde ese momento la mujer más despreciable se creará autorizada a romper los vínculos sociales, a desatar los nudos de familia, y entonces adiós últimas ilusiones que nos quedan, adiós amor, adiós resistencia, adiós lucha entre el placer y el deber, adiós diferencia entre mujeres virtuosas, criminales y mujeres despreciables. Y, lo que es peor, adiós sociedad, porque si toda mujer se creará Adela, todo hombre se creará Antony, achacará a injusticia de la sociedad cuanto se oponga a sus apetitos brutales, que encontrará naturales.

Mariano José de Larra, «Antony  
(drama nuevo en cinco actos, de Alejandro  
Dumas)», en *El Español*, 23-25 de junio de 1836

• • •

Así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente día de sufrimiento y resignación, y, en dando las doce, ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro mujer porque no me diga que sí, pues en punto a amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que a un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquél a quien la mujer dice *no quiero*, porque ése a lo menos oye la verdad!

[...]

Cuando yo necesito de mujeres echo mano de mi salario y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro a cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio a ti mismo.

Mariano José de Larra, «La Nochebuena de 1836»,  
*El Redactor General*, 26 de diciembre de 1836

• • •

El sudor mi rostro quema,  
y en ardiente sangre rojos  
brillan inciertos mis ojos,  
se me salta el corazón.  
Huye mujer; te detesto,  
siento tu mano en la mía  
y tu mano siento fría,  
y tus besos hielo son.

¡Siempre igual! Necias mujeres,  
inventad otras caricias  
otro mundo, otras delicias,  
¡oh maldito sea el placer!  
Vuestros besos son mentira,  
mentira vuestra ternura,  
es falsedad vuestra hermosura,  
vuestro gozo es padecer.

[...]

¿Por qué aún fingirme amores y placeres  
que cierto estoy de que serán mentira?  
¿Por qué en pos de fantásticas mujeres  
necio tal vez mi corazón delira,

si luego en vez de prados y de flores,  
halla desiertos áridos y abrojos,  
y en sus sandios o lúbricos amores  
fastidio sólo encontrará y enojos?

[...]

Luego en la tierra la virtud, la gloria  
busqué con ansia y delirante amor,  
y hediondo polvo y deleznable escoria  
mi fatigado espíritu encontró.

Mujeres vi de virginal limpieza  
entre albas nubes de celeste lumbre;  
yo las toqué, y en humo su pureza  
trocarse vi, y en lodo y podredumbre

José de Espronceda,  
«A jarifa en una orgía», en *Poesías*, 1840

• • •

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído  
o mujer nada más y lodo inmundo,  
hermoso ser para llorar nacido  
o vivir como autómata en el mundo;  
sí, que el demonio en el Edén perdido  
abrasara con fuego del profundo  
la primera mujer, y ¡ay! aquel fuego  
la herencia ha sido de sus hijos luego.

José de Espronceda, «Canto a Teresa»  
o «Canto II», en *El diablo mundo*, 1841

• • •

En efecto, el entendimiento y la razón de la mujer es muy débil, porque toda la vitalidad y la fuerza de su existencia está concentrada en su corazón.

[...]

Esta brevísima idea de la organización de la mujer resuelve la controversia sobre la cual debe ser su educación y su destino: el Estado y el padre de familia no tiene más que seguir las indicaciones de la naturaleza: así pues no deben empeñarse en ejercitar sus fuerzas ni en cultivar mucho su entendimiento [...]. Jamás pierda el sentimiento del pudor y del recogimiento, ni se despierten en ella peligrosas pasiones.

Fermín Gonzalo Morón, «La mujer»,  
*El Iris*, 29 de agosto de 1841

• • •

Cuánto más cultivado sea el talento de la mujer, más conocerá las obligaciones que por la naturaleza y la sociedad le fueron cometidas, conocerá mejor el lugar que la corresponde en el mundo, y no haya cuidado; ella irá a ocuparle sin necesidad de enseñárselo.

Josefa Massanés, «Discurso preliminar»,  
en *Poesías*, 1841

• • •

Nos parece que la emancipación intelectual de la mujer ofrece grandes inconvenientes sociales [...]. ¿Quién puede asegurar que la multitud de violentas pasiones que abriga el corazón de la mujer, la infinita variedad de sus afectos e inclinaciones, enfrenadas y adormecidas ahora por creencias que luego desaparecerían no darían un giro diferente del propuesto al prodigarle esos conocimientos? [...] Ejemplos funestos nos ofrecen esas naciones cuya civilización y cultura tanto se decantan, donde hay mujeres que por su erudición y facultades intelectuales están a igual altura que los primeros talentos de su país y sin embargo no son los mejores apóstoles de esa virtud tan pura que afirma y robustece los vínculos sociales.

Tomás Rodríguez Rubí, «Poesías de Josefa  
Massanés», *Revista de Teatros*, 1 de septiembre

• • •

El bello sexo, señores, ha sido arrojado a la tierra para personificar al amor; el orgullo, la vanidad y las demás pasiones que dominan en su corazón, están subordinadas a ésta, que es su todo. Cumpliendo con su apacible destino, la mujer ama cuando niña a sus juguetes con mucho más cariño que nosotros; ama cuando madre a sus hijuelos con fuego más ardiente que nosotros.

Fernando Sabater, «La mujer»,  
*El Seminario Pintoresco Español*, 1842

• • •

Un año hace que visitando el excelentísimo señor don José de Zaragoza las escuelas de esta Corte, halló una sin mesas; preguntó a la profesora dónde escribían las niñas, y contestó que en ninguna parte, pues era cosa que no la necesitaban por serles más perjudicial que útil.

Informe publicado en *Álbum de Señoritas, Revista de Literatura, Educación, Novedades, Teatros y Modas*, 1852

• • •

Si la petulancia elevase la conversación a cierta altura de la ciencia, el silencio sin inquietud deberá ser en una señorita la demostración más propia de su fina educación.

José de Manjarrés,  
*Guía de señoritas en el gran mundo*, 1854

• • •

Art. 5.º: En las enseñanzas elemental y superior de las niñas se omitirán [la Agricultura, la Industria, el Comercio, la Geometría, el Dibujo Lineal, la Agrimensura, la Historia y la Geografía], reemplazándose con:

Primero: Labores propias del sexo.

Segundo: Elementos de Dibujo aplicado a las mismas labores.

Tercero: Ligeras nociones de Higiene doméstica.

[...]

Art. 194: Las Maestras tendrán de dotación respectivamente una tercera parte menos de los señalado a los Maestros.

Ley de Instrucción Pública de Claudio Moyano, 1857

• • •

Estos libros [de los filósofos] crean de ordinario caracteres téticos y meditabundos, constituyen a sus apasionados en seres que se aíslan de sus semejantes, que pierden de vista el mundo de la materia por pasearse a sus anchas en los espacios de la abstracción metafísica.

Es fuerza que las mujeres sepan que el clima de estos espacios es poco saludable; en él peligran la vivacidad del rostro y la tersura de la frente; se habla poco y se medita mucho; funciona la inteligencia y descansa el corazón.

Las que pedís sabiduría para vuestro sexo, reparad en lo que pedís: figuraos un matrimonio en el que el marido resuelve problemas de matemáticas, y la mujer estudia las categorías de Aristóteles; o más bien figuraos los hijos de este matrimonio.

[...]

Si educar es preparar convenientemente para la vida ulterior, prepárese a la niña para ser mujer y no para ser hombre; cultívense al mismo tiempo su cabeza y su corazón, su inteligencia y sus afectos.



Con la lectura excitáis su curiosidad, con el baile agilizáis su cuerpo, con la historia y las lenguas nutris su cerebro: ¿cuándo ni cómo despertáis su alma?

[...]

La gran instrucción suele no hacer felices a las mujeres: la buena educación las guía a la felicidad.

La gran instrucción mal dirigida puede arrastrarlas al desvanecimiento y a la duda; la buena educación las enseña a ser humildes y a creer.

La gran instrucción extraviada, puede ocasionarles hastío y tristeza: la buena educación las enseña a resignarse y a esperar.

La gran instrucción profana puede precipitarlas en el egoísmo y la desconfianza: la buena educación las enseña a ser tolerantes y a amar.

Crear, esperar, amar; las tres preciosas virtudes, sin las cuales la educación no se concibe, y es falsa la instrucción.

Una mujer que no cree, es muy difícil que sea buena esposa, es casi imposible que sea buena madre.

Una mujer que no espera, es una planta seca y sombría en medio de la sociedad.

Una mujer que no ama, que no se compadece, que no siente, debe reputarse como el baldón y el oprobio de su sexo.

No preguntemos si es feliz a la que no puede ser buena madre y buena esposa.

No pidamos aroma y belleza a la planta seca y sombría que se alza en medio de la soledad.

No busquemos dicha en donde residen el oprobio y el baldón. La buena educación, esto es, la educación verdaderamente cristiana, dulcifica las horas de la mujer, no en una edad determinada, sino en todas las edades de la vida.

Severo Catalina,  
*La mujer: apuntes para un libro, 1858*

• • •

La instrucción de la mujer debe estar reducida únicamente a sentir, amar a su esposo y a sus hijos y a saber educar a sus hijas para que sean lo que ellas deben ser: buenas esposas y buenas madres.

[...]

La nodriza, para conservar más tiempo su lucrativo puesto, niega a vuestra hija el alimento cuando lo apetece, y obliga a la pobre niña a que se nutra con el oro de su padre, en vez de alimentarse con la savia del seno materno.

¡Madres jóvenes y hermosas! ¡Ya os escucho declamar contra mí y calificar de inhumano sacrificio, de martirio insoportable lo que os exijo! ¡Pero si supierais cuanto ganaríais en belleza, si os adornase la solicitud maternal...! ¡Cuánto más interesantes pareceríais a vuestros esposos dando el pecho a vuestros hijos! ¡Cómo conquistaríais su corazón, y cuán óptimos frutos recogeríais de tan santo y hermoso sacrificio!

Yo conozco a un hombre que se apresuró a cumplir los deseos de su joven y bella esposa, buscando una nodriza al heredero de sus títulos, y que pasa largas horas en una buhardilla, contemplando embelesado a una pobre muchacha, la cual amamanta a un hijo que de él tuvo.

La madre desnaturalizada tiene la culpa de que ese hombre haya buscado, en una falta, el goce inestimable de contemplar el amor materno.

[...]

Es una verdad innegable que la mujer recibe su segunda educación de su esposo. Una joven de dieciocho años no puede tener, al casarse, ideas fijas, ni aún formado su carácter, y muchas mujeres que se enlazan de treinta, lo tienen tan pueril como una niña de dieciséis.

De mí sé decir, que mi carácter era tan indeciso, cuando me reuní con mi esposo, que no merecía siquiera el nombre de tal. La acertada dirección del hombre a quien uní mi destino, el conocimiento de mis deberes y el amor que le profeso, han cambiado totalmente mis ideas y han obrado en mí una reacción completa.

[...]

Sea como quiera, la mujer ve perdido casi siempre su primer amor.

[...]

Si es tierna, sensible y tiene sólidos principios de virtud, llora, durante mucho tiempo, y pierde la mejor parte de su belleza, devorada por la pena. Si su organización es vulgar, si es vana y egoísta, se consuela fácilmente, y se vuelve coqueta haciendo pagar a los demás hombres el desengaño de su primer amor. De estas últimas mujeres, muchas se quedan solteras para toda su vida, porque ya dije más arriba que los hombres las buscan para divertirse, pero huyen de hacerlas las compañeras de su vida y las madres de sus hijos.

[...]

Mujeres conozco que cifran toda su virtud y todos los elementos de felicidad conyugal en ser fieles a sus maridos; pero que, al mismo tiempo, se creen autorizadas para ser soberbias, déspotas e iracundas. Que malgastan imprudentemente en lujo los haberes de sus pobres maridos. Que son murmuradoras, presumidas, y que en su vida tocan una labor; ni se ocupan de otra cosa que de hacer visitas y frecuentar los teatros y tertulias.

[...]

¿Sabéis lo que hacéis creer vosotras, virtuosas iracundas e insoportables? Que vuestra virtud es vanidad y que ni un átomo de amor hay en vuestros egoístas y helados corazones para el hombre que pasa su vida trabajando por vosotras.

María del Pilar Sinués, *El ángel del hogar*, 1859

• • •

Los deberes de la casada se reducen a uno solo precepto: ser agradable a su marido. Para serlo sé, a la par que buena, bonita; a la vez que franca, astuta para buscar artificiosamente el lado por donde puedas ganar su corazón; sé, en fin, la amante y la amiga de tu marido: si hubiera muchas mujeres así, no habría tantos maridos infieles y extraviados, y tantos hijos que carecen del amor de sus padres.

María del Pilar Sinués, *Cuentos de color de cielo*, 1866

• • •

¿Te parece, Anatolio, digna ocupación de un hombre que ha pasado su niñez en un colegio, que ha estudiado geografía y matemáticas, que conoce el francés y la partida doble; te parece digna ocupación la suya, requebrar por costumbre a una dama que no le gusta, sufrir su indiferencia desdeñosa y mentir por último en cuanto a precios y valores de la mercancía, más que un gitano miente cuando ajusta la compra de un borrico? ¿No te parece que todo lo que compra la mujer (y la mujer compra las dos terceras partes de lo que se vende) debe venderlo la mujer misma?

José de Castro y Serrano, *Cartas trascendentales escritas a un amigo de confianza*, 1862

• • •

La mujer ha nacido para amar; el amor es su distintivo, el móvil de sus virtudes, el estímulo de sus grandes hechos. Suprimid el amor en la mujer, y sería una estatua muda; sus ojos perderían su belleza y expresión; la fisonomía, sus encantos; la risa, su gracia; la palabra, su dulzura. Sería otro ser distinto en naturaleza, en formas, manifestaciones, cultura, en todo género de vicios y virtudes. Su corazón es rico venero de sentimientos, y tiene siempre necesidad de desplegarlos, y de un objeto donde se fijen, purifiquen y engrandezcan.

[...]

[...] la mujer en una elevada posición social, en las clases más favorecidas de la fortuna, en las que se distinguen por los honrosos blasones de sus antepasados o del esposo a quien han unido su suerte, tiene una vida muella, estérilmente empleada en el ocio o en el placer. Careciendo de las necesidades de las clases menesterosas, y no sintiendo ninguno de los

grandes móviles que obligan al trabajo, piensa únicamente en crearse fútiles ocupaciones, y pasa sus horas en consagrar excesivos cuidados al sostenimiento de su belleza, en aumentar sus encantos, en inventar formas variadas y caprichosas para sus trajes, distribuyendo el tiempo entre el tocado, el paseo y los públicos espectáculos. Su lectura favorita es la novela; su más predilecto recreo oír los acentos de la lisonja, y su mayor placer escuchar las mentidas frases de impertinentes aduladores. Enojoso es para ella todo cuanto se refiere al arreglo de su casa, a dirigir y vigilar a sus domésticos, a impedir la malversación de sus intereses; molestas las atenciones y cuidados que exigen sus hijos, y que confía a mujeres mercenarias, creyendo en su insensatez que con oro todo puede suplirse, y adquirir quien reemplace a la madre en sus altos e importantísimos deberes.

[...]

En la clase media es donde la mujer vive en armonía con su destino: recogida en su hogar, considera como ocupación preferente el cuidado de la familia, la educación de sus hijos, la vigilancia de sus domésticos; arregla el orden de su casa, administra económica y prudentemente sus intereses, y establecida la conveniente regularidad en sus tareas, dedica algunas horas al descanso y a honestas distracciones. La mujer que así vive, cumple su misión en la tierra; es modelo de costumbres, solaz de la familia y ángel tutelar del hogar doméstico.

Yo desearía, por lo tanto, que este último bosquejo que acabo de hacer, aunque a grandes rasgos, fuese para la mujer espejo de costumbres y dechado de su régimen de vida. Quisiera que la perteneciente a las clases pobres viviera en el hogar dedicada a útiles y tranquilas labores, dejando para el hombre los rudos trabajos del campo y las mecánicas ocupaciones de la industria; y que las condiciones sociales se modificasen en este sentido, para permitirle una vida más holgada y honesta. Anhele también, que las que se encuentran halagadas de la fortuna se convenzan de que no han nacido para ser estériles en la sociedad en que viven; que su alta posición y alcurnia no las relevan de los deberes de la familia y de las atenciones y cuidados que la educación de sus hijos reclama; que no hay placeres más dulces y gratos que

los del hogar y los que proporcionan los tiernos afectos que crean y desenvuelven el frecuente trato y comunicación con los hijos, y la satisfacción de no faltar a ninguno de los deberes morales.

Francisco Alonso y Rubio, *La mujer bajo el punto de vista fisiológico, social y moral*, 1863

• • •

*La solterona*

He aquí lo que propiamente puede llamarse *un mal engendro*. Aborto de la naturaleza. Capricho de Lucifer.

La polilla más grande de la sociedad.

[...]

No tratemos de hacer mujeres sabias: hagamos sencillamente buenas madres de familia.

En una madre estriba lo que han de ser sus hijos y lo que han de ser los esposos de sus hijos.

Adolfo Llanos Alcaraz, *La mujer en el siglo diez y nueve: hojas de un libro*, 1864

• • •

La humildad, la resignación, la paciencia, la fe, la caridad, la esperanza, el amor, en el orden espiritual; y los sufrimientos, las privaciones, los dolores, el matrimonio, la maternidad, en el orden material, son los principales destinos señalados por la Providencia a la mujer en este valle de amargura.

Nicolás de Ávila y Toro,  
*Discurso leído en la Universidad Central por el licenciado don Nicolás de Ávila y Toro*, 1866

• • •

¡Ah!, no seré yo la que clame por la emancipación de la mujer; no seré yo quien apoye con mi pluma la independencia del sexo, por la que abogan algunas ilusas soñadoras sin fe y sin creencias. El matrimonio es el árbol sagrado que nos cobija; bendito sea su amoroso yugo, que nos da la dicha; bendita sea la autoridad marital, que protege y ampara nuestra débil naturaleza, nuestra inexperta juventud.

El someterse al imperio del marido no degrada, no rebaja ni abate el orgullo ni las atribuciones de la mujer, antes es una gloria.

Faustina Sáez de Melgar, *Deberes de la mujer: colección de artículos sobre la educación*, 1866

• • •

Las mujeres, en sabiendo poner un puchero y coser una camisa no necesitan más: esas cosas de libros y músicas se quedan para las *petimetras* de Madrid, que gastan su capital en esas fruslerías.

Faustina Sáez de Melgar, *Sendas opuestas*, 1878

• • •

De todo esto resulta, Señoras, el carácter esencialmente práctico que deben tener vuestros estudios. No aprendéis tanto por cultivar en sí misma la Ciencia y para profesarla en la Sociedad, cuanto para aplicarla en el círculo íntimo de la familia y contribuir poderosamente a despertar la vocación de vuestros hijos.

[...]

[...] nunca ha de perder de vista la mujer, que debe educarse, ante todo, para ser esposa y madre, y que la Providencia la ha colocado al lado del hombre en las tres edades que recorre su vida: en la infancia, para guiar los primeros pasos del niño; en la virilidad, para moderar las pasiones del hombre; y en la vejez, para mantener el vacilante paso del anciano.

[...]

Cuando tal hayáis conseguido, influid sobre el hombre, para que valga y sea algo en la vida e historia de su tiempo, algo en religión, algo en la política de vuestro país, algo en las demás esferas y fines de la vida. Guardaos, sin embargo, de pretender imponerle nada en el orden religioso, ni en el político, ni en otro alguno. Vuestro destino, como esposas y como madres, es aconsejar, influir; de ninguna manera imperar. En el momento en que os empeñéis en ejercer coacción sobre el hombre, prevaliéndoos del ascendiente e imperio que os dan vuestra debilidad y vuestras lágrimas, cometéis la falta más grave y la más imperdonable. Puesta la mano sobre mi conciencia, os aseguro que no existe ningún derecho, divino ni humano, que os obligue a imponer nada al hombre, aunque sea en materia de religión, y que de ello han de seguirse luchas, desasosiego, desabrimiento y ruptura de la paz en las familias. Cuando para conseguir un intento a todas luces justo y asequible, no basten vuestra moderación y vuestros consejos, resignaos pacientemente, y encomendadlo a Dios, que es quien puede tocar y mover los corazones. Fuera de los quehaceres de vuestra casa, que principalmente os incumben, asociaos en buena hora para la caridad o la enseñanza, o para algún otro fin esencial de la vida; mas no encerréis en estrechos moldes vuestro puro amor a la verdad y al bien, que debe ser el vínculo universal entre los hombres, ni lo profanáis al contacto de las pasiones de partido. Sois llamadas a unir, ¡no dividáis!

Fernando de Castro, «Discurso de inauguración»,  
*Conferencias dominicales para la educación de la  
mujer*, 1869

• • •



Empeñado el hombre, como decía hace poco, en las rudas y trabajosas luchas de la vida, baja no pocas veces al fondo de sus hogares, triste, contrariado, agobiado por los desengaños, por la ingratitud, por la mala fe de las personas con quienes trata. La mujer tiene entonces la dulce y delicada tarea de despertar en el hombre el sentimiento, de abrir su corazón al amor, de contrarrestar el pernicioso influjo que en él hayan podido producir la maldad y la perfidia de sus semejantes, de atajar los vuelos del egoísmo y la avaricia, de recordarle que hay a su alrededor almas bellas y puras, familias desgraciadas, que necesitan tal vez de su amparo, una patria a quien servir, una humanidad por la cual vivir, y si es preciso, sacrificarse.

¿Se quiere entonces, se me dirá, que la mujer sea también política? ¿Se quiere que la mujer tercie también en las ardientes luchas de los partidos? No, a buen seguro; no creo que la mujer deba nunca mezclarse en nuestras sangrientas luchas civiles; no creo ni aun que deba tomar parte en esas manifestaciones ruidosas que de algún tiempo acá vemos entre nosotros; no creo ni que deba hacer exposiciones en pro ni en contra de tales o cuales principios que se estén agitando;

[...]

Puede la mujer influir en la marcha política de los pueblos; pero ejerciendo su acción sobre su marido, su padre, sus hermanos, sus hijos si los tiene, inflamándolos en el santo amor de la humanidad y de la patria. Lo repito: en el hogar doméstico, no fuera de él, ha de cumplir la mujer su destino.

Francisco Pi i Maragall, «La misión de la mujer en la sociedad», en *Conferencias dominicales para la educación de la mujer*, 1869

• • •

Tres ramos de instrucción ha de haber para las niñas: primaria, secundaria y de adorno, no para todas y para cada una en particular, sino según el estado que han de ocupar en la sociedad.

[...]

Instrucción primaria, que contiene:

- 1.º Religión y Moral. — Catecismo y Rezo. — Virtudes de Obediencia, Modestia, Paciencia.
- 2.º Leer, escribir y aritmética.
- 3.º Encaje, calceta, coser, bordar, costura.

Instrucción secundaria, que contiene:

- 1.º Religión y Moral.
- 2.º Gramática y Retórica.
- 3.º Geografía y Astronomía.
- 4.º Historia sagrada y civil.
- 5.º Bordar y hacer flores.
- 6.º Planchar, crespas o rizar.
- 7.º Hacer cordones, cintas, blondas, galones.
- 8.º Sombreros de paja, cajitas, bolsas, etc.

Instrucción de adorno, que contiene:

- 1.º Dibujo y Pintura.
- 2.º Música.
- 3.º Lenguas.

A más de estas tres clases de instrucción sería muy laudable que las madres se dedicaran a enseñar a sus hijas la práctica doméstica según el estado de la sociedad a que pertenecen; la que se divide en cuatro especies, en lo comestible, en vestido y demás ropa, en la casa y los muebles, y en las personas.

Primera clase, en lo comestible:

- 1.º En cocinar, guisar o dirigir, componer dulces y confites.
- 2.º En el comprar las cosas, y a su tiempo.
- 3.º En conservar las cosas, para que no se desperdicie nada.
- 4.º Buen orden en la despensa.

Segunda clase, en el vestido:

- 1.º Vestir según su clase: sin lujo ni superfluidad ni indecencia.

- 2.º Limpieza, reparar desde un principio cualquier avería que tenga.
- 3.º Cuidado, aseo, y guarda de la ropa blanca de cama y de mesa.

Tercera clase, en casa y muebles:

- 1.º Limpieza de la casa y cama.
- 2.º Aseo de los muebles, y buen orden en su colocación.

Cuarta clase, personas:

- 1.º Cuidado, solicitud y obediencia a los mayores.
- 2.º Cuidado, paz y armonía con los iguales.
- 3.º Cuidado, vigilancia y caridad con los inferiores.
- 4.º Con todos los domésticos enfermos paciencia, caridad y solicitud.
- 5.º Con los que no son domésticos tendrá buena voluntad, no ofenderá a los presentes, ni murmurará de los ausentes, y a los menesterosos les socorrerá en cuanto alcancen sus haberes, y si procura la economía tendrá para hacer limosnas a los pobrecitos.

Estas cosas son las que debe aprender una mujer buena según nos describe el Espíritu Santo en el libro de los Proverbios, bajo el nombre de la mujer fuerte. Así lo practicaba María santísima, modelo de las buenas madres en todos los estados de soltera, casada y viuda. Así lo hacía la reina Isabel, y otras muchísimas mujeres nobles y plebeyas. ¡Oh! ¡Qué bien tan grande harían las madres de familias si se ocupasen en instruir bien a sus hijas en todas estas cosas antes de presentarlas al mundo! Serían como frutas bien sazonadas, hermosas y sabrosas, que se presentan por postres en una mesa; pero si en esto andan descuidadas las madres, si las presentan al mundo antes de tiempo, serán como frutas en agraz, que causan dentera.

Padre Antonio María Claret,  
*Instrucción que debe tener la mujer, 1869*

• • •

Art. 438: El marido que, sorprendiendo en adulterio a su mujer, matare en el acto a ésta o al adúltero, o les causare lesiones graves, será castigado con la pena de destierro.

Si les causare lesiones de otra clase quedará exento de pena.

Estas reglas son aplicables en iguales circunstancias a los padres respecto a las hijas menores de veintitrés años y sus corruptores, mientras aquellas vivieren en la casa paterna.

Código Penal de 1870

• • •

Ser buenas es más importante para ellas que ser sabias. Y en verdad que ser puras, pacientes y hacendosas en sus casas, natural esfera de la mujer, es saberlo todo.

Leopoldo Augusto de Cueto, «La mujer de Guipúzcoa», *Las mujeres españolas*, vol. I, 1872-1873

• • •

¡María! ¡Qué tipo! ¡Qué ideal! ¿Ha soñado jamás la mente nada semejante? Pues después de su inmaculada pureza, que conservó desposada, y madre por privilegio insigne y único, ninguna otra virtud se exalta más en ella por la Iglesia que su profunda humildad, su sumisión absoluta e incondicional a su esposo. El fundamento de las pretensiones que se atribuyen (porque yo creo que no las tienen) a las mujeres de nuestros días, es la soberbia, la rebeldía, el odio a la sujeción y autoridad: ¿sólo el contraste nos basta para juzgar de la bondad de tales aspiraciones?

[...]

¿Qué sucedería cuando, igual la mujer que el hombre, tuviera que atender a lo de fuera, además de lo de dentro? [...] La sociedad iría perdiendo poco a poco el carácter y condición que hoy tiene de reunión de familias para

ir degenerando en una sola familia acéfala, en un estado que absorbiera el individuo y matara su personalidad hasta el punto de resucitar a Esparta en nuestros días, en pleno siglo XIX: a Esparta, a cuyas virtudes no se ha sabido qué nombre dar: a Esparta, azotando a los hijos de todos y de ninguno que el Estado educa para hacerles insensibles al dolor: a Esparta, extinguiendo el dolor, las gracias y la sensibilidad dulcísimo de la mujer haciéndola luchar desnuda en el gimnasio.

[...]

[...] en muy pequeña parte miran [las leyes discriminatorias para la mujer] a la autoridad del hombre, y en mucho mayor grado se dirigen a impedir que la mujer pueda perjudicarse a sí propia, o causar un mal involuntario a la misma familia, que la es tan querida, con la ligereza de su espíritu, la impresionabilidad de su carácter, o la menor ilustración que, por regla general, posee.

Eusebio Roldán y López, *Las mujeres ya votan y son superiores al hombre. Contestación a Dumas y Girardin*, 1881

• • •

[...] en aras de la sociedad conyugal debe ahogar la mujer muchas veces las simpatías hacia determinados sentimientos para recibir en cambio el amor de su esposo, ante el cual debe enmudecer cuanto en el mundo exista.

Joaquín Olmedilla y Puig, *Algunas páginas acerca de la importancia social de la mujer*, 1882

• • •

La mujer lo saber sacrificar todo por el niño; conságrale gustosa hasta su salud y su vida. ¿Cómo no ha de sacrificarle sus intereses? Le ama tanto, que no dudo en decir que si él hubiese de ser más dichoso a costa de la desventura

de ella, es posible que ella, renunciando una dicha egoísta, amasase con lágrimas el pan que diera al pequeñuelo.

[...]

Las ideas llevadas a la exageración producen siempre funestos resultados; y en cuanto a lo que voy exponiendo, debo confesar ingenuamente que expuestas nos hallamos a caer en un error, y que ya se están tocando en los Estados Unidos, y en otras partes que no es del caso nombrar, los resultados del engreimiento de la mujer, hasta el punto ridículo de colocarla en el más lastimoso ridículo. Hay mujer que disputa a los hombres el foro; las hay que promueven sediciones; las hay que intentan sondear los más profundos arcanos de las ciencias, sin considerar que ellas no pueden, no deben ofrecer como el hombre continuo sacrificio a Minerva: otros tienen que rendir, no menos sagrados, sí, no menos importantes, pero enteramente distintos. Ellas tienen su digno puesto junto a la cuna, cerca del hogar, y ¡desgraciada sociedad aquella en que la mujer se considere rebajada por ocuparse en las tareas domésticas! ¡Infeliz la familia que ha de fiar siempre a manos extrañas y mercenarias las riendas del gobierno interior de su domicilio! ¡Infeliz de la que va a buscar fuera de su verdadero centro una soñada dicha! Esas locas aspiraciones no harán más que amargar su corazón. La mujer no ha nacido para correr tras de la gloria, para escalar altos puestos, para emprender negocios ni para crear fortunas. La mujer sólo vive contenta cuando ama y es amada; cuando con sus minuciosos trabajos logra proporcionar un placer o conquistar un sonrisa.

Micaela Ferrer de Otálora, *Actas del Congreso Nacional Pedagógico*, 1882

• • •

Quiero que la mujer sea amorosa hembra que con su amor caliente nuestro pobre nido, porque, señores, ¿sabéis cuán triste es la soledad de una casa, cuán triste es la soledad de una familia sin el amor de una madre y sin sus consuelos? ¡Ay! No es comprensible esto más que habiendo pasado por ello. Quiero que la mujer sea la mística flor cuyos aromas embalsamen la

existencia de nuestra vida; cuyo candor, cuyo amor sea santo, noble, generoso, desinteresado; sea el único consuelo de nuestra vida en el hogar doméstico. Y quiero que sea, por último, la mujer el práctico timonel que conduzca nuestra existencia al deseado puerto de la amorosa vida de este mundo. Mas para todo esto, necesario es educarla mejor; no digo instruirla, hoy se la instruye; pero se le da una instrucción superficial en las escuelas con sólo el objeto de poder brillar en la sociedad, y en cambio su alma está vacía, en su corazón no hay sentimiento, su voluntad no está desarrollada. Por eso en su inmensa mayoría son frívolas; hoy las vemos alegres, contentas porque hemos accedido a una súplica suya, a un capricho, a una demanda, y mañana las vemos tristes, enojadas, porque nuestra posición o nuestra dignidad tal vez, no nos ha permitido acceder a sus caprichos; hoy la veis pródiga, mañana avara; hoy humilde, mañana orgullosa. ¿Y en qué consisten estas variantes? En que el carácter que en ella domina no es el verdadero; en que se pretende arrancar, a su corazón la única base fuerte, el único apoyo de la familia y de la sociedad, que es la religión [...]; quiero, en fin, a las mujeres con menos instrucción, pero con más educación, mujeres fuertes, bíblicas, si se me permite la palabra.

Agustín Ruiz Yanguas, *Actas del Congreso Nacional Pedagógico*, 1882

• • •

No me gustaría tener una esposa que cuando le dijera «Dame mi camisa y mi cuello», me contestase: «Déjame, que estoy preparando una interpelación al señor ministro de la Guerra» (¡Muy bien, muy bien! Aplausos) «Pero, mujer: ¡mira ese niño que está llorando!» «Déjame que estoy arreglando un proyecto electoral!» (Risas. Grandes aplausos.)

José Antonio Simoes Raposo, *Actas del Congreso Nacional Pedagógico*, 1882

• • •

Art. 9.º: La mujer que al contraer matrimonio se hallare ejerciendo el comercio, necesitará la licencia de su marido para continuarlo.

Código de Comercio de 1885

• • •

Art. 22: La mujer casada sigue la condición y nacionalidad de su marido.

[...]

Art. 45: Está prohibido el matrimonio:

[...]

2.º A la viuda durante los 301 días siguientes a la muerte de su marido, o antes de su alumbramiento si hubiese quedado encinta, y a la mujer cuyo matrimonio hubiese sido declarado nulo, en los mismos casos y términos a contar desde su separación legal.

[...]

Art. 57: El marido debe proteger a la mujer, y ésta obedecer al marido.

Art. 58: La mujer está obligada a seguir a su marido donde quiera que fije su residencia. Los Tribunales, sin embargo, podrán con justa causa eximirla de esta obligación cuando el marido traslade su residencia a Ultramar o a un país extranjero.

Art. 59: El marido es el administrador de los bienes de la sociedad conyugal, salvo estipulación en contrario y lo dispuesto en el art. 1.348.

Art. 60: El marido es el representante de su mujer. Ésta no puede, sin su licencia, comparecer en juicio por sí o por medio de Procurador.

No necesita, sin embargo, de esta licencia, ni para demandar o defenderse en los pleitos con su marido, o cuando hubiere obtenido habilitación conforme a lo que disponga la ley de Enjuiciamiento civil.

Art. 61: Tampoco puede la mujer, sin licencia o poder de su marido, adquirir por título oneroso ni lucrativo, enajenar sus bienes, ni obligarse, sino en los casos y con las limitaciones establecidas por la ley.



Art. 62: Son nulos los actos ejecutados por la mujer contra lo dispuesto en los anteriores artículos, salvo cuando se trate de cosas que por su naturaleza estén destinadas al consumo ordinario de la familia, en cuyo caso las compras hechas por la mujer serán válidas. Las compras de joyas, muebles y objetos preciosos, hechas sin licencia del marido, sólo se convalidarán cuando éste hubiese consentido a su mujer el uso y disfrute de tales objetos.

[...]

Art. 168: La madre que pase a segundas nupcias pierde la patria potestad sobre sus hijos, a no ser que el marido difunto, padre de éstos, hubiera previsto expresamente en su testamento que su viuda contrajera matrimonio y ordenado que en tal caso conservase y ejerciese la patria potestad.

[...]

Art. 321: Las hijas de familia mayores de edad, pero menores de veinticinco años, no podrán dejar la casa paterna sin licencia del padre o de la madre en cuya compañía vivan, como no sea para tomar estado, o cuando el padre o la madre hayan contraído ulteriores bodas.

Código Civil de 1889

• • •

El mérito de dicha señorita [Martina Castells], elocuentemente evidenciado por su insigne padrino y compañero, fue por todos reconocido; pero la naturaleza física no en vano se sojuzga por los trabajos intelectuales; y aquella joven, esperanza de la medicina hispana, sucumbió al peso abrumador de excesivos estudios.

Comentario al fallecimiento, como resultado de embarazo difícil, de Martina Castells, la segunda mujer española en obtener el título de doctora

en medicina y cirugía, en Juan Pedro Criado  
y Domínguez, *Literatas españolas del siglo XIX*, 1889

• • •

Estoy conforme con que la mujer ocupe un lugar importantísimo y necesario en la enseñanza primaria y Escuelas Normales de Maestras; pero encuentro que no debe ocupar la cátedra de un Instituto ni la de una Universidad, por no reconocer en la mujer cualidades bien apropiadas de carácter que la lleven a poder dirigir un aula de hombres o de jóvenes, ni creo que, dadas nuestras costumbres, puede eso ser ni hoy ni mañana practicable en España.

[...]

A la afirmación de la Ponente Crescencia Alcañiz de que la mujer puede y debe ejercer todas las carreras científicas y literarias, y creyendo ver comprendidas en ellas, naturalmente, entre otras muchas, las carreras de Medicina y de Derecho, opino que es de todo punto impracticable que la mujer española, cualquiera que sea su estado y condiciones, pueda ejercer estas profesiones, pues le es difícil acusar a un delincuente, ponerse en relaciones directas con un criminal en las cárceles y, mucho más, pedir la cabeza de un reo o firmar su sentencia de muerte.

Lo propio sucede con la mujer Médico, expuesta a mil peligros y contrariedades por ignorar dónde y por quién se la llama ni a quién presta sus servicios, especialmente cuando los deba prestar o se soliciten a cualquier hora de la noche, aparte de lo impracticable que juzgo que la mujer tenga valor bastante para cortar un miembro, alzar un cráneo y destrozarse un corazón.

Ana María Solo de Zaldívar, *Congreso pedagógico  
Hispano-Portugués-Americano*, 1892

## Las literatas, caballos o peces

Pero precisamente por lo mismo que contemplo gozoso el desarrollo de sus cualidades creadoras y esenciales, combato con todas mis fuerzas el móvil que impulsa a algunas a despojarse de su virginal e inefable sensibilidad, a perder su candor innato [...]. La mujer debe ser mujer, y no traspasar la esfera de los duros e ímprobos destinos reservados al hombre sobre la tierra. Sea enhorabuena poeta, artista; pero nunca sabia. Sea observadora y analice; pero sin tratar por ello de destruir el orden de cosas establecido.

Gustave Deville, «Influencia de las poetisas españolas en la literatura», *Revista de Madrid*, 1844

• • •

La severidad con que fui educada, y la índole del pueblo en donde nací, me hicieron formar la equivocada idea de que la mujer carecía en toda España de ilustración, de ánimo y de libertad para expresar sus afectos, tomando por intérprete a la poesía [...]. Así, yo me lamentaba en infantiles versos de la esclavitud de la mujer, de su soledad y de su tristeza.

[...]

Fuerza es confesarlo, en la sociedad actual hace ya más falta del genio, sino el de la modestia; la luz que empieza a faltarnos no es la luz de las academias, sino la luz del hogar. En Francia ha desaparecido la familia, y en España desaparecerá también, si seguimos tomando como modelos a nuestros vecinos.

[...]

El juicio en la mujer es una cualidad tan rara como la sensibilidad en un hombre.

Carolina Coronado, «Galería de poetisas españolas contemporáneas», *La discusión*,  
1 de mayo de 1857

• • •

Los esfuerzos de las mujeres que quieren ser escritoras no pueden ser más que los ridículos esfuerzos de la pulga, que procura hincharse como el elefante, porque la naturaleza no le ha concedido ni la imaginación vigorosa ni el talento despejado del hombre.

Carlos Rubio, en *La Iberia*, 1857

• • •

Esa mujer, limpiando su casa, mullendo su lecho, es, a mis ojos, la mayor poetisa de nuestros días, porque es la más sufrida y virtuosa; en tanto que la escritora envuelta en sedas, hundida en una cómoda butaca, llena de perfumes y peinada a la inglesa, me parece tan despreciable como ridícula.

[...]

Hay algunas mujeres dotadas de talento y aun de variada instrucción, que por el afán de dedicarse a las tareas de la pluma, olvidan enteramente el cuidado de su familia, de su casa, y hasta el de sí mismas. Todo el sentimiento de lo bello, de que están dotadas sus almas, lo depositan en sus libros, y la fealdad y el descuido mas repugnante reina en torno suyo.

Yo, por mi parte, puedo decir que, al leer en sus novelas la descripción de una mujer bella y elegante, no he visto con los ojos del entendimiento a aquella mujer que me presentaban. He visto con los ojos de la memoria, allí,

a dos pasos de mí, a la autora, con su descuidado y feo traje, con su cabello descompuesto, o arreglado ridículamente, con sus manos ásperas y enrojecidas, no por los quehaceres domésticos, de los cuales no se ocupan esas mujeres, sino por el completo abandono de su propia persona.

[...]

No soy yo de las que creen el lujo indispensable, y soy la primera en condenar los estragos que ocasiona. Pero sostengo con fe, que una mujer jamás debe descuidar la belleza, en sí misma, y en todo aquello que la rodea.

María del Pilar Sinués, *El ángel del hogar*, 1859

• • •

¿Cuál es la vida de la escritora francesa? Pasar el día encerrada en su despacho, entregada a la lectura y al estudio, y sin pensar en su familia, más que si no la tuviese. Pasar la noche en los teatros, rodeada de una corte de admiradores, y terminarla con una cena, o con una excursión... *extravagante*; o bien recibiendo en su casa, como una reina en su trono, repartiendo sonrisas de coquetismo y de cálculo. ¿Cuál es la vida de la escritora española? Pasar el día cuidando de sus hijos, cosiendo o zurciendo sus vestidos y planchando sus gorritos Pasar la noche mientras que sus niños duermen, escribiendo junto a sus cunas que mece con el pie [...]. Ahora bien, ¿al lado de esos ángeles que duermen, podrán brotar *novelas de pasiones*, como las que escribe Jorge Sand o como las que se escriben después de una noche de aventuras? ¡Ah no! Y ahí tenéis el secreto de la moralidad de las escritoras españolas. La madre tierna y cristiana, en fin, la esposa casta y fiel, no puede escribir volúmenes que las madres no darían a sus hijas.

María del Pilar Sinués, *Biografía de la señorita Faustina Sáez de Melgar*, 1860

• • •

No aconsejaré a ninguna mujer que, ni aun dentro de la esfera del arte, consagre su talento a obras viriles: es decir que me parece tan impropio de una mujer el pintar cuadros de historia, como el escribir libros donde las pasiones fuertes traigan como consecuencia la inmoralidad y los crímenes: bueno es que pinte el mal, pues sin conocerlo nadie puede evitarlo, y la ignorancia no es la virtud: pero con cierto pudor, con la delicadeza que debe ser inherente a la condición femenina. Las novelas de brocha gorda, así como los grandes cuadros de batallas, no son propios de la dulce y suave condición femenina, así como los paisajes, las escenas de familia, y los libros tiernos y conmovedores nadie los puede pintar como ella.

María del Pilar Sinués, *Verdades dulces y amargas*, 1882

• • •

La poesía eres tú, te he dicho,  
porque la poesía es el sentimiento,  
y el sentimiento es la mujer.

La poesía eres tú,  
porque esa vaga aspiración a lo bello  
que la caracteriza, y que es una facultad de la  
inteligencia en el hombre, en  
ti pudiera decirse que es un instinto.

La poesía eres tú,  
porque el sentimiento, que en  
nosotros es un fenómeno accidental  
y pasa como una ráfaga de aire,  
se halla tan íntimamente unido  
a tu organización especial que  
constituye una parte de ti misma.

[...]

En la escala de la inteligencia del poeta  
hay notas que pertenecen a la de la mujer, y  
éstas son las que expresan la ternura, la pasión  
y el sentimiento. Yo no sé por qué los poetas  
y las mujeres no se entienden mejor entre sí. Su  
manera de sentir tiene tantos puntos de contacto...  
Quizá por eso...  
Pero dejemos digresiones y volvamos al asunto.

Decíamos ¡Ah, sí, hablábamos de la poesía!

La poesía es en el hombre una cualidad puramente  
del espíritu; reside en su alma,  
vive con la vida incorpórea de la idea,  
y para revelarla necesita darle una forma.  
Por eso la escribe. En la mujer, sin embargo,  
la poesía está como encarnada en su ser;  
su aspiración, sus presentimientos, sus pasiones  
y Destino son poesía: vive, respira, se mueve  
en una indefinible atmósfera de idealismo  
que se desprende de ella, como un fluido  
luminoso y magnético; es, en una palabra,  
el verbo poético hecho carne.  
Sin embargo, a la mujer se la acusa vulgarmente de  
prosaísmo. No es extraño; en la mujer es poesía  
casi todo lo que piensa, pero muy poco de lo que habla.  
La razón, yo la adivino, y tú la sabes.

[...]

Dios es, a su vez, origen de esos mil pensamientos  
desconocidos, que todos ellos son poesía verdadera y  
espontánea que la mujer no sabe formular, pero que siente y  
comprende mejor que nosotros.  
Sí. Que poesía es, y no otra cosa, esa aspiración  
melancólica y vaga que agita tu espíritu con el deseo de una  
perfección imposible.  
Poesía, esas lágrimas involuntarias que tiemblan un  
instante en tus párpados, se desprenden en silencio, ruedan y  
se evaporan como un perfume.

Poesía, el gozo improviso que ilumina tus facciones con una sonrisa suave, y cuya oculta causa ignoras dónde está. Poesía son, por último, todos esos fenómenos inexplicables que modifican el alma de la mujer cuando despierta al sentimiento y la pasión.

[...]

¡Sonrisas, lágrimas, suspiros y deseos, que formáis el misterioso cortejo del amor! ¡Vosotros sois la poesía, la verdadera poesía que puede encontrar un eco, producir

[una]

sensación o despertar una idea!

Y todo este tesoro inagotable de sentimiento, todo este animado poema de esperanzas y de abnegaciones, de

[sueños y]

de tristezas, de alegrías y lágrimas, donde cada sensación es una estrofa, y cada pasión, un canto, todo está contenido en vuestro corazón de mujer.

[...]

Pero, ¡qué!, ¿frunces el ceño y arrojas la carta?... ¡Bah! No te incomodes... Sabes de una vez y para siempre que, tal

[como]

os manifestáis, yo creo, y conmigo lo creen todos, que las mujeres son la poesía del mundo.

Gustavo Adolfo Bécquer,  
*Cartas literarias a una mujer*, 1860

• • •



[...] la poesía ha de estar siempre en el corazón de la mujer, en sus labios algunas veces; pero nunca en su pluma. La mujer que abre su corazón a los lectores está muy expuesta a perder lo que constituye el mayor atractivo de su sexo.

Teodoro Llorente, *El museo literario*, 1864

• • •

La verdadera poetisa encontrará encantos indecibles en sembrar la tranquilidad y la dicha, cumpliendo sus deberes de mujer, de madre, de hija o esposa, con la más escrupulosa religiosidad, haciéndolo por instinto, por amor y por la gloria y felicidad que ha de resultarle, sin que entre para nada en sus miras la esperanza de recompensa, la cual, no puede dudarse, obtiene en la opinión pública, por más que alguna vez encuentre corazones ingratos o envidiosos, que en lugar de premiar su abnegación la calumnien y escarnezan.

Faustina Sáez de Melgar, «La literatura en la mujer», *La violeta*, 20 de agosto de 1865

Hay escritoras que demasiado ligeras y poco previsoras, se han lanzado en brazos del azar, haciendo de la literatura una profesión, y abandonando el recogimiento de la dama bien nacida para acudir a centros donde los hombres tienen sus acaloradas y políticas discusiones.

*Ibid.*, 3 de septiembre de 1865

• • •

No es posible negarle a la mujer su derecho a escribir; es más, yo soy tan liberal como los que se lo conceden aún sin permiso del marido (yo me he de casar con una literata), pero ese derecho sólo se ejercita con una

condición: la de perder el sexo. Comprendiéndolo así Jorge Sand y otras escritoras, adoptaron seudónimos masculinos y de la primera se sabe que vistió muchas veces pantalones de hombre y que fumaba en pipa.

Entre nosotros, Fernán Caballero y otras en menor cuantía, como Rafael Luna, son testimonio de lo dicho.

El sacrificio es inmenso, y sólo cuando es el genio verdadero la recompensa, deja de ser feo y ridículo. Dejar de ser mujer para ser Teresa de Jesús, Hipatia, se concibe, se admira, aunque el alma queda fría ante semejantes figuras; pero dejar el *eterno femenino* para escribir folletines, críticas de pacotilla, versos como otros cualesquiera, novelas y librejos de moralidad convencional, repugna a la naturaleza.

[...]

Las literatas, salvas honrosas excepciones ni siquiera *superne* son hermosas y desde el moño a los talones parecen caballos o peces. Esto es crudo; pero es la verdad. La mayor parte de las literatas son feas, y esto no por selección ni misterioso movimiento de lo inconsciente, sino por motivo muy claro y fácil explicar: la mujer hermosa tiene la conciencia de su misión definitivamente declarada, y no equivoca el camino; la mujer fea suele recurrir a las recónditas perfecciones de su espíritu para llamar el interés de los hombres: sabido es que las feas son las más *románticas*, en el sentido singular que las chicas bonitas dan a esta palabra; y ese romanticismo, casi siempre erótico-místico se derrama muchas veces en forma de tinta.

[...]

Al hablar de las literatas, claro es que no se trata de las mujeres que fueron genios; pero aún éstas son mucho menos grandes que las grandes mujeres, que sólo como mujeres han sido inmortalizadas por la historia o imaginadas por la fábula. ¿Qué son Aspasia, Hipatia, la monja dramaturga, Madame Roland, Madame Stäel, Santa Teresa, etc., etc., ante Eva, Ifigenia, Antígona, Electra, María, que sólo fueron mujeres?

[...]

[...] sólo los poetas mediocres se engañan con esa simonía de la naturaleza que sacrifica a la vanagloria del arte lo más íntimo del sentimiento; la profanación, la venta en pública subasta del santuario del alma, produce resultados medianos: si esas *confesiones* cobardes y escandalosas, todo junto, logran buen éxito entre los espíritus de adocenado sentimentalismo, siempre encuentran fría y severa a la posteridad, que no padece debilidades morales.

Pues bien, la mujer, que es el sentimiento, cuando se empeña en cultivar las letras, si aspira a la originalidad, a ser espontánea, a tener un fondo propio, recurre, sin vacilar, al tesoro de sus propios sentimientos; alimenta, como el ave de la fábula a sus hijos, sus obras, desgarrándose el pecho, dejando en ellas la propia sustancia, el misterio de sus amores, las santas vaguedades de sus deseos y de sus visiones: aquel jugo, quizá divino, que alimentaba como en lámpara inmortal la lumbre de sus ojos se agota, y los ojos se secan, y con ellos el alma, y la imaginación, condenada a trabajos forzados, tiene que hacer bien pronto lo que antes hacía el sentimiento puro; y allí empiezan el amaneramiento, la abstracción, las exageraciones... Digno castigo de ese ser tan conocido y tan desconocido, cuando se empeña en decir con letras inertes lo que hubieran dicho harto mejor los ojos con la música inefable que tienen las miradas... de las mujeres hermosas.

Para comprender todo el horror de semejante aberración, ponte en el caso del amante que encuentra en una novela de la mujer querida la escena del primer sí, o tal vez la del primer beso. Si el amante es verdadero se creará tantas veces... engañado, cuantos ejemplares de la obra se hayan vendido.

[...]

Las mujeres que escriben bien, escriben de sentimientos y los sentimientos de las mujeres son como ríos que van a dar a la mar del amor; ¡qué gran cosa es el amor, como las dos perdices de Rojas, para dos!

Pero ¡qué fuera de su sitio se halla cuando la mujer lo imprime, y lo manda a casa del librero para que el público se entere! Y fíjate, Tomás, en lo que antes te he dicho; en que no se trata de esa sublime prudencia con que sabe esperar el genio a que el propio sentimiento se depure, se haga en cierto modo impersonal y se transforme con el arte en sentimiento de todos: las

mujeres, como los autores de segundo orden, no alcanzan esa tranquilidad olímpica, y ora escriban por desahogo, por pasión, sea que escriban por vanidad de literatas, no aciertan a dar a sus propios sentimientos ese sello de universalidad que adquieren, haciéndose inmortales, los de Shakespeare, Cervantes, Goethe, etc. Ninguna mujer ha escrito una obra de primer orden.

Leopoldo Alas «Clarín», «Cartas a un estudiante.  
Las literatas», *La Unión*, 17 de junio de 1879

• • •

La poetisa fea, cuando no llega a poeta, no suele ser más que una fea que se hace el amor en verso a sí misma. Las coplas de un galán, por malas que fuesen, le parecerían mejor que sus poesías y le harían olvidarlas.

La poetisa hermosa no tiene perdón de Dios. ¡Hermafroditismo odioso y repugnante! ¡Ser Venus y López Bago en una pieza!

Leopoldo Alas «Clarín», «Cavilaciones», *La Publicidad*, 11 de junio y 16 de diciembre de 1880

• • •

Está por averiguar cómo debe ser la instrucción de la mujer para que sepa todo lo que debe saber. La mujer instruida hace falta, pero no se sabe cómo va a ser. Lo que sí se sabe, que es indispensable que la ciencia no le robe ni una sola línea de la gracia corporal o moral. Unos ojos miopes, cargados de lectura nocturna y de malicia de letrado son en la mujer aborrecibles. No se sabe cómo hacer para que la hembra sepa humanidades sin dejar de ser femenina.

[...]

Hacer a las mujeres académicas es *igualarlas* al hombre, poniéndoles pantalones hasta los pies y levita. La mujer no debe desear esta clase de igualdad uniforme con el hombre, que no sería más que una superfetación

sexual. Tanto derecho tendría el hombre para pedir el derecho de que se le declarasen las señoritas, y los demás de la galantería tributados sólo al sexo débil.

[...]

Por otra parte, no cabe duda que hay mujeres de mucho talento; pero sin ofender a nadie, no cabe duda que, en general, comparadas con los hombres se quedan tamañitas. Lo que son ellas más guapas. Y no todas; ¡porque hay cada coco! Pero para listos, nosotros.

[...]

No tiene vuelta de hoja.

El que haya descubierto una *Danta*, que levante el dedo.

En cambio, ¡hay cada *Beatrice*!

Dios las bendiga.

Leopoldo Alas «Clarín», «Palique»,  
*Madrid Cómico*, 1 de agosto de 1891

• • •

El feminismo es una cosa discutible. El *marimachismo*, una cosa insufrible.

Leopoldo Alas «Clarín», «Palique»,  
*Madrid Cómico*, 2 de diciembre de 1899

• • •

La mujer será tanto mejor poetisa, logrará tanto mayor aprecio por su talento cuanto deje menos de ser mujer.

[...]

La poetisa romántica [...] sólo consigue caer de lleno en el ridículo [...]. Pasó por fortuna, como fugaz meteoro, aquella fiebre que, a mitad de este siglo, se apoderó de algunas de nuestras compatriotas para hacerlas totalmente infelices, y por añadidura insoportables y estériles para la humanidad y las letras; y como el mal duró poco, y las que tuvieron la desgracia de padecerlo poseían talentos muy mediocres, que los verdaderos genios saben resistir las influencias dañinas, la aparición en nuestra historia intelectual, de la poetisa romántica, entendido el romanticismo de tan rara manera, apenas si ha dejado huella ni rastro alguno que permita fundar un estudio serio y detenido sobre tan desdichado fenómeno. Difícil será hallar en esta bibliografía obras que pertenezcan por completo a dicho extraño género, pasado de moda, gracias a Dios.

Juan Pedro Criado y Domínguez, *Literatas españolas del siglo XIX*, 1889

• • •

De intento he reservado para terminar este capítulo la larga y no gloriosa serie de escritoras más o menos consagradas a la imitación y al cultivo de un género que tanto se adapta a las fogosidades y los arrebatos del sentimentalismo femenino. La mujer fue la principal causa de que se difundiesen estas lecturas, lo mismo devorándolas con insaciable curiosidad que produciéndolas en la forma que le permitía la escasez de su cultura literaria.

[...]

Nada diré [...] de otras poetisas celebradas en la corte o fuera de ella, pues no hicieron generalmente sino aumentar hasta lo infinito el océano de los conceptos gastados y las frases hechas.

Francisco Blanco García,  
*La literatura española en el siglo XIX*, 1891

• • •

También las musas escriben. Las tradicionales inspiradoras del genio masculino, que antes se contentaban con ofrecernos el espectáculo sereno de su belleza, ahora también han tomado la pluma y se han puesto a escribir.

[...]

Toda una muchedumbre de escritoras, laboriosas e inspiradas, ornadas de fuertes virtudes masculinas, de tenacidad, de perseverancia, de inquietud.

[...]

De toda esa labor literaria femenina, de esta obra de las musas, ¿qué revelación única y genial hemos recibido? ¿En qué se han mostrado superiores las inspiradas a los inspiradores? ¿Qué ha sido de su obra, salvo algunas excepciones, más que una emulación de la obra masculina? Más ilustran acerca del alma del hombre, e incluso de la mujer unas páginas de Martínez Sierra o de Felipe Trigo que toda la labor literaria de las escritoras de esta época.

Rafael Cansinos-Asséns,  
*La Nueva Literatura*, 1917

• • •

El Arte no ha sido, ni es, ni será jamás, patrimonio de la mujer. Se supone que, siendo la sensibilidad la propiedad más desarrollada en el ser femenino, está llamada la mujer al cultivo del Arte. Es un profundo error, desmentido por la historia del género humano. ¿Dónde está el Shakespeare, el Dante, el Cervantes o el Goethe femenino? ¿Dónde está el Miguel Ángel, el Rembrandt, el Tiziano? Se citan algunas rarísimas excepciones: Safo, por ejemplo. Ignoramos el mérito de Safo. Hay que creer en él bajo la fe de las tradiciones, no siempre dignas de crédito. Los fragmentos que de ella se conservan no me parece que tienen gran valor; son gritos eróticos más que sana e inspirada poesía. En cambio conocemos perfectamente a las literatas de nuestros tiempos.

Armando Palacio Valdés,  
en Gregorio Martínez Sierra (*sic*),  
*La mujer moderna*, 1930

• • •

La esfera intelectual no se ha hecho para las mujeres. Dios ha querido que el amor y el sentimiento sean su elemento. Cuando Ícaro se acercó demasiado al sol, cayó al agua, y lo mismo sucedió a madame Wollstonecraft. ¿Por qué son desgraciadas todas las mujeres sabias? ¿Por qué se las detesta? ¿Por qué se las ridiculiza, por lo menos? Nunca he encontrado todavía una mujer a la que la más pequeña superioridad intelectual no produzca alguna deficiencia moral. El día que quemes sus *Rights of women* será un gran día para mí.

Juan Nicolás Böhl de Faber, «Carta a su esposa,  
Francisca Larrea», citado por Javier Herrero,  
*Fernán Caballero: un nuevo planteamiento*, 1963

• • •

Como yo, mi prima reunía la debilidad de mujer y la frivolidad de niña con la elevación y profundidad de sentimientos, que sólo son propios de los caracteres fuertes y varoniles.

[...]

¡Cuántas veces envidié la suerte de esas mujeres que no sienten ni piensan, que comen, duermen, vegetan, y a las cuales el mundo llama mujeres sensatas! Abrumada por el instinto de mi superioridad, yo sospeché entonces lo que después he conocido muy bien: que no he nacido para ser dichosa, y que mi vida sobre la tierra será corta y borrascosa.

Gertrudis Gómez de Avellaneda,  
*Autobiografía*, 1839

• • •



Al frente de las poetisas españolas se encuentra Carolina Coronado: no es la Avellaneda poetisa sino poeta: sus acentos valientes, sus elevados tonos, son impropios de su sexo.

Antonio Ferrer del Río,  
*Galería de literatura española*, 1846

• • •

Subí a la tribuna, y leí como mejor supe unas estancias endecasílabos, que arrebataron al auditorio. Rompiese el incógnito, y presentada por mí, quedó aceptada por mí, quedó aceptada en el Liceo, y por consiguiente en Madrid, como la primera poetisa de España la hermosa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda. Porque la mujer era hermosa, de grande estatura, de esculturales contornos, de bien modelados brazos, su cabeza coronada de cestaños y abundantes rizos, y gallardamente colocada sobre sus hombros. Su voz era dulce, suave y femenil; sus movimientos lánguidos y mesurados, y la acción de sus manos delicada y flexible; pero la mirada firme de sus serenos ojos azules, su escritura briosamente tendida sobre el papel, y los pensamientos varoniles de los vigorosos versos con que reveló su ingenio, revelaban algo viril y fuerte en el espíritu encerrado dentro de aquella voluptuosa encarnación pueril. Nada había de áspero, de anguloso, de masculino, en fin, en aquel cuerpo de mujer, y de mujer atractiva: ni la coloración subida en la piel, ni espesura excesiva en las cejas, ni bozo que sombreara su fresca boca, ni brusquedad en sus maneras: era una mujer; pero lo era sin duda por un error de la naturaleza, que había metido por distracción una alma de hombre en aquella envoltura de carne femenina.

José Zorrilla, *Recuerdos del tiempo viejo*, 1880

• • •

El romanticismo español puede reclamar por suya a la única mujer que ha sabido conquistar los lauros y coronas del Teatro, no en la forma de estrechez rudimentaria, ni por virtud de la galantería adulatora, sino descendiendo a la palestra ruda con genio y arrojo masculinos.

Francisco Blanco García, a propósito de  
Gertrudis Gómez de Avellaneda en  
*La literatura española del siglo XIX*, 1891

• • •

Seguro estoy, amigo D. Eduardo, de que V. se habrá dicho allá para sus adentros que muy cerca debe andar el contagio, y muy cargada ya la atmósfera de miasmas morbosos cuando una mujer, una dama como la señora Pardo Bazán —criada en aristocráticos pañales, educada con exquisito esmero, nutrida en sanas máximas, de tan exagerado espíritu religioso que es fama se significó como ferviente amiga del absolutismo, y a mayor abundamiento esposa y madre, reina en el salón y en el hogar—; cuando una señora, en fin, de tales prendas, se burla de los que muestran celo exquisito en pro de la fe y la virtud, usa de la mayor desenvoltura retórica para juzgar, lo mismo a V. que a los que se han conquistado nombre eterno al cantar en su lira los más notables ideales; se complace en salpicar sus escritos literarios de palabras de baja estofa y en exponer (sin duda como ofrenda a su penate Zola) algunos pormenores de un tratado de obstetricia al final de su novela más reciente.

Si mujer tan discreta y noble, prevarica de tal suerte, infringiendo en literatura las leyes a que hasta ahora las almas femeninas delicadas, escritoras o no, han obedecido, ¿cuánto no es de temer que las mujeres vulgares, indoctas y arrebatadas, vayan más allá y lleguen a la pornografía en literatura y al amor libre en las costumbres?

Luis Alfonso, «Cartas, son cartas», carta abierta  
dirigida a Emilia Pardo Bazán y publicada en *La*  
*Época*, 31 de marzo de 1884

• • •

Miedo y susto me produce, ciertamente, el que no ya tan sólo los varones, mas también las hembras —o si usted quiere, las ricas-hembras— se aficionen ciegamente a las teorías y prácticas literarias de Zola y su bando,

porque entiendo que si mucha falta hace ideal, la mayor suma posible de ideal, en los corazones serenos y los entendimientos claros, para soportar las materialidades harto desapacibles de la existencia, más necesita aún de ese hábito refrescante la mujer, que ha sido siempre en la tierra el ideal del hombre y la inspiradora perenne de ese idealismo engalanado por la imaginación que se nombra poesía.

¿Cómo se reirá V. para sus adentros al leer estas puerilidades tan manoseadas como añejas? Pero debo advertir a V., simplemente como un hecho, que quizá por lo mismo que no es nueva ni original mi opinión, la confirman en el caso presente todas, absolutamente todas cuantas señoras me han hablado de la *Cuestión palpitante* que ahora sacamos otra vez a plaza y que palpita más que nunca.

[...]

No comprendo, amiga mía, que V., la autora tierna y dulce de los versos a su hijo Jaime, V. la piadosa narradora de la vida ejemplarísima de Francisco de Asís, V. que por ser mujer y mujer de privilegiada inteligencia tanto ha de comprender y estimar las delicadezas del sentimiento, crea V. que ese linaje de literatura no ha de ejercer dañina influencia en esta nerviosa existencia que lleva el mundo.

Luis Alfonso, «Carta-paccio», carta abierta dirigida  
a Emilia Pardo Bazán y publicada en *La Época*,  
21 de abril de 1884

• • •

He visto a Emilia Pardo Bazán ayer en su casa y me invitó a asistir a una especie de cenáculo que forma los jueves por la noche en su casa. Figúrate si asistiré estando allí Maurelo, Daniel López, etc. Estas mujeres que se meten a hombres no logran pasar de los veinte años.

Armando Palacio Valdés, Carta a Leopoldo Alas  
«Clarín», 23 de marzo de 1887

• • •

Otro rasgo de la Pardo. Me ha dicho el dependiente de Suárez que tiene a la puerta de su casa un cuadro de quita y pon que dice: «La señora Pardo Bazán no está». Yo creo que si en el mundo se perdiese la noción de la cursilería, la presencia de esta mujer bastaría para resucitarla.

*Ibid.*, el 16 de diciembre de 1891

• • •

No se quiebran impunemente las leyes de la naturaleza, y en algo consiste que ninguno de los grandes descubrimientos vaya ligado a un nombre de mujer. Toda gran mujer ha sido grandemente influida. Ellas pueden realzar, brillantar, difundir con lengua de fuego lo que entorno de ellas se piensa, pero al hombre pertenece la iniciativa.

[...]

Así me explico yo que doña Emilia Pardo Bazán, cuyo estilo cualquiera puede envidiar y a cuya cultura pocos españoles llegan, después de haber escrito este libro de *San Francisco*, magnífica prenda soltada a favor de las más puras y delicadas realidades del sentimiento y de la fe, se haya dejado arrebatar del torbellino de la moda literaria, y ansiosa de no quedarse rezagada y de no pasar por romántica, haya sentado plaza en la vanguardia naturalista, yendo delante de los más audaces y causando cierto mal disimulado a sus mejores y más antiguos amigos.

[...]

Y por eso yo y otros muchos seguimos creyendo que en la señora Pardo Bazán la poesía y el idealismo y la inspiración cristiana son lo natural y lo espontáneo, y que el naturalismo es lo artificial, lo postizo y lo aprendido, y que por eso lo uno tiene vida, fresca e irresistible arranque, mientras que lo otro parece lánguido y muerto como todo lo que se hace obedeciendo a una receta o fórmula que se toma de lo exterior y que no ha encarnado verdaderamente en el alma.

Marcelino Menéndez Pelayo, «Emilia Pardo Bazán», fechado el 13 de julio de 1885 y publicado como prólogo a la segunda edición de *San Francisco de Asís*, de E. P. B., 1886

• • •

Doña Emilia Pardo Bazán ha publicado el primer tomo de una nueva novela [*Los pazos de Ulloa*] que no he leído. Pero sí he leído unos apuntes autobiográficos con que la encabeza y que, a mi entender rayan en los últimos términos de la pedantería. Dice, entre otras cosas, que cuando era niña la Biblia y Homero eran sus libros predilectos y los que nunca se le caían de las manos. Parece increíble y es para mí muestra patente de la inferioridad intelectual de las mujeres —bien compensada con otras excelencias—, el que teniendo doña Emilia condiciones de estilo y tanta aptitud para estudiar y comprender las cosas, tenga al mismo tiempo un gusto tan rematado y una total ausencia de tacto y discernimiento.

Carta de Marcelino Menéndez Pelayo a Juan Valera,  
Madrid, 14 de noviembre de 1886

• • •

En verdad es cosa que a todos maravilla que una mujer posea aptitudes tan relevantes en todos los órdenes.

Benito Pérez Galdós, reseña en la revista *Arte y crítica*, a propósito de las conferencias sobre la novela rusa, pronunciadas por Emilia Pardo Bazán en el Ateneo de Madrid en abril de 1887

• • •

¿Qué me ha enseñado doña Emilia? Poco o nada, salvo palabras arcaicas, neologismos caprichosos, giros audaces y floridos... lo que ha hecho es obligarme a consultar mucho diccionario... En la tertulia literaria de doña Emilia se sirve caldo gallego, a guisa de sorbete o algo así —según me han dicho— y en la de Concepción J. Flaquer (¡flaquezas de la Flaquer!) pulque, bebida mejicana... Lo chistoso del caso es que ambas señoras se disputan a

los hombres de letras, con el fin de dar más brillantez a sus respectivas tertulias. Valera prefiere el «pulque» de la Flaquer y Campoamor el «caldo» de doña Emilia.

Emilio Bobadilla, «Fray Candil», «Pedanterías de doña Emilia», *Triquitiques*, 1892

• • •

Madrid, 15 de enero de 1892

Sr. D. Adolfo Posada

Mi querido amigo:

[...]

No me ha producido calor ni frío el juicio, un tanto despreciativo, que de mi libro *Estudios psicológicos* ha formulado doña Emilia. Creo que tiene mucho talento, pero desequilibrado por el sexo. No espero tener la honra de discutir con la mencionada señora.

La mujer, la personificación del amor, misterioso enigma de la vida, eterna esfinge del arte, se parece (ya lo dijo el humorista) a las casas españolas, que tienen muchas puertas y pocas ventanas. Es tanto más fácil tratarla, cuanto difícil conocerla; se penetra pronto en su corazón, y se tarda mucho para leer en sus intimidades.

En medio de tales nebulosidades, hay algo que resulta evidente, a saber: que ni la educación, ni ningún principio filosófico podrá cambiar la índole fisiológica del sexo. Desde el punto y hora en que la *mujer es mujer*, es, ante todo y sobre todo, encarnación del amor. Supeditada al genio de la especie (mal que le pese a doña Emilia), luego que es mujer, es una enferma.

¿Cómo ha de representar el amor lo mismo para el uno que para el otro sexo? Mientras el joven, en la crisis pasajera de su pubertad, calma el grito de la carne con el feo expediente de los placeres solitarios, la joven sufre mensualmente crisis que la ponen fuera de sí cuatro días antes y cuatro días después del acceso.

¿Cómo hallar términos de comparación entre ambos, según pretende la señora Pardo? ¿Qué sacrificio es el del hombre, comparado con el de la mujer al amor y a la maternidad? El varón fecunda a la hembra, sin más gasto de energía fisiológica que el que implica el acto de la cópula, y la mujer padece nueve meses de gestación, sufre cuarenta días de sobreparto, soporta un año largo de lactancia, etc.

[...]

La *coeducación* de que habla la señora Pardo, es para mí la educación *facticia*. Entiendo... que la mujer no puede ser superior, sino como mujer; cuando pretende *emular* al hombre, cae en el ridículo. La emancipación de la mujer en ese sentido (Proudhon lo dice) equivale a su encanallamiento.

Froebel, hombre de presentimientos certeros, ideó sus jardines de la infancia, educando juntos los niños de uno y otro sexos, ¿hasta cuando? ¡Ah! La sabia naturaleza lo dice: hasta que se despierte el sentimiento del *pudor*, ya que no agrada a la señora Pardo lo del *clavo histérico*.

[...]

El sano principio educativo para la mujer consiste, más que en disminuir, en conservar incólume el encanto del pudor.

[...]

Suyo afectísimo,  
U. G. Serrano.

Madrid, 2 de marzo de 1892

Sr. D. Adolfo Posada

Mi siempre querido amigo:

Ya admite usted, en parte, por buena mi tesis. Confiesa usted que existe imposibilidad material de amistad íntima entre varón y mujer *en nuestra educación*.

¿Será posible en otras condiciones? Creo que no, y nada me prueba la existencia de *escuelas mixtas*, cuya conveniencia me permito poner en duda.

Me parece que usted (y todos los pedagogos de la Institución Libre de Enseñanza) ve con cristal de aumento los soñados efectos de una educación total y humana... la armonía de la educación clásica no puede llegar a alterar leyes fisiológicas que sirven de base, no de simple resultante, a todo empeño pedagógico. *Quod natura non dat...* Entre el *sequere naturam* y el *contra naturam* reside la verdadera dificultad.

Instrucción, saber, ampliación de cultura, nuevos medios de vida, todo lo que usted desee, acepto yo para la mujer, a condición (ley fisiológica) *de que sea cada vez más mujer.*

Alpinismos, supresión de contrastes, agilidades de *sportman*, opresión de los pechos (fuentes misteriosas de la vida), supresión del encanto de la pasión, ingreso libre, semianárquico, de la mujer en expansiones de íntima amistad con varios: todo esto produce esterilidad, desencanto y *hombres con faldas*, hasta que se logre, como quieren algunas, que el sexo débil gaste pantalones. Parece obligado en el caso recordar que las amazonas de la leyenda se quemaban uno de los pechos para poder tender el arco y lanzar la flecha.

Ni lo violento y ni lo ridículo casan con la verdad. No olvide usted que la mujer tiene toda su energía concentrada en la maternidad. Amengüe esa energía, dedicándola a otras funciones, y la mujer llega a ser estéril. Tiene usted más cerebro que su carbonero: no podrá usted tener iguales músculos que él. Cada ser vivo almacena cantidad de energía *específica* (para un fin propio). Suprime usted lo específico, *le mata en vida.*

[...]

Suyo afectísimo,

U. G. Serrano.

Urbano González Serrano, *La amistad y el sexo:  
Cartas sobre la educación de la mujer*, 1893

• • •



La polémica cortés y cariñosa que contienen estas cartas se refiere principalmente a la cuestión, que no se puede resolver de plano, a mi juicio, de si cabe entre el hombre y la mujer la amistad acendrada y por completo pura y libre de todo elemento amoroso. El Sr. Posada se inclina a creer que sí, y con tal motivo defiende la educación *varonil* de la mujer; el Sr. González Serrano, siempre psicólogo profundo, pero tal vez aquí más perspicaz que nunca, sostiene que en la amistad de hombres y mujeres fácilmente apunta el amor; y para reforzar sus argumentos amplía la cuestión y se muestra partidario de una educación femenil, siempre diferenciada, en fondo y forma, de la varonil.

[...]

Es innegable que la mayor parte de los pedagogos, de los superficiales soñadores socialistas, favorecen esa tendencia, que se va generalizando, a la *igualdad de los sexos*, a la *emancipación* de la mujer: si se venciera con la estadística, ¡qué victoria para los partidarios de la mujer *descoyuntada* para convertirla en bachillera! Sí, por ahí va el mundo; pero como decía un crítico francés ha poco, reconociendo esto mismo, nosotros somos bastante viejos ya y podemos consolarnos con la idea de que cuando cada mujer sea un hombre más, es decir, cuando ya no haya mujeres, no seremos más que polvo, indiferentes a los atractivos del sexo.

Declaro que uno de los argumentos que más me molestan en los partidarios de la mujer bigotuda de espíritu, es el que consiste en decir: ¿Y que importa que la *hembra humana* deje de ser graciosa y bella, un instrumento de placer para el *macho*, si se dignifica, eleva y emancipa? Comprendo esta indiferencia estética en los amigos de que se acabe el mundo, y en los que no pueden contribuir a que no se acabe. El mejor día aparecen jardineros progresistas partidarios de que se emancipe a las rosas de su aroma, que las expone a tantas profanaciones por parte de los golosos del perfume.

[...]

Para mí, sin ánimo de ofender a nadie, toda mujer que cree que es esclava siendo mujer como es ahora, tiene algo en el alma o en el cuerpo de marimacho. Y todo hombre que se inclina a creer a las mujeres que se quejan en tal sentido, tiene algo de afeminado en el cuerpo o en el alma.

Leopoldo Alas «Clarín», «*La amistad y el sexo*, por  
A. Posada y U. G. Serrano», 9 de abril de 1893

• • •

Ya sé yo que a la señora Pardo Bazán le es muy fácil y hasta muy agradable escribir una Memoria aconsejando a todas las damas que sean listas y tan instruidas como ella; pero la cuestión que tan sin temor del misterio y de Dios dan por resuelta ciertos pedagogos *filantropinescos* es mucho más difícil, más honda y más del porvenir que ellos pueden figurarse.

También es muy hacedero llamar frívolo, superficial, anticuado, *misoneo*, a quien se opone a la *emancipación intelectual* (!) de la mujer, y sobre todo si lo hace como yo burla burlando, en un palique.

Pero, hoy por hoy, y mientras no se ofrezca ideal más clásico, más *ático* que el ejemplo, nada estudiado, de ciertas costumbres *yankees*, casi prefiero a lo que puede decir la Pardo Bazán en su Memoria, lo que decía Molière en sus *Femmes savantes*.

Leopoldo Alas «Clarín», «Palique», *La Correspondencia*, 18 de noviembre de 1892

• • •

Aún añadiré que seré satírico las menos veces que yo pueda; porque hemos llegado al reinado de la buena *burguesía* literaria, la cual, desde los tiempos más remotos, pasando por los de Jorge Dandin y M. y Mad. Jourdain, y llegando a los de Bouvard y Pecuchet y de doña Emilia Pardo Bazán, *esa Bubarda y Pecucheta* (como diría ella *castizamente*), española, jamás gustó del género satírico, y siempre prefirió el ingenio inflexible, que nunca se humilla al chiste y a la gracia, a la burla discreta, porque se lo impiden sus principios y la natural impotencia.

Leopoldo Alas «Clarín», «Sátura. Introducción»,  
en *Palique*, 1894

• • •

No podía menos. Doña Emilia Pardo Bazán *necesitaba* tener su opinión particular en eso del descubrimiento de América. *Al efecto*, vestida de raso blanco, lo dicen los periódicos, y ceñida la rubia cabellera por cinta de oro sembrada, o como se diga, de diamantes, se presentó en la cátedra del Ateneo, desde la cual demostró que el Nuevo Mundo lo habían descubierto, o poco menos, los frailes franciscanos.

Leopoldo Alas «Clarín», «¿Quién descubrió América?», en *Palique*, 1894

• • •

La obra literaria de una condesa de Pardo Bazán es una cosa seria y sólida como un monumento de esfuerzo masculino.

Rafael Cansinos-Asséns,  
*La nueva literatura*, 1917

• • •

Tenía para juzgar el criterio un poco estrecho, con cierta tendencia a dueña de casa, a imponerse, al punto redondo en que, sin darse cuenta tal vez transparentaba su íntima convicción de que por mujer habían de tolerarle y acatarle el garboso desplante.

Eduardo Marquina, «Semblanza biográfica de Emilia Pardo Bazán», *Raza Española*, 1921, poco después de la muerte de la escritora

• • •

Espero tener la ocasión de hablar del masculinismo, que no feminismo de Emilia Pardo Bazán.

Miguel de Unamuno, «Recuerdos personales de  
doña Emilia», *Nuevo Mundo*, Madrid,  
27 de mayo de 1921

• • •

Si novelando es Emilia Pardo Bazán «nada menos que todo un hombre», revalorando con todas las ternuras y finezas del sexo femenino, criticando, investigando, no es sino «nada menos que una mujer». Pero nada más. Eso sí: una mujer cultísima, discreta, de grandes alientos y de los mejores afanes. Pero la mujer no será jamás crítico de altura. Como ha dicho Amiel en su *Journal intime*, propende a la asimilación rápida y devoradora, confunde en seguida las reminiscencias con los hallazgos personales, es más apta para resaltar los detalles y para agradecerlos que para producir ideas fecundas, que ella cree haber extraído de la Naturaleza, siendo así que las ha absorbido del hombre. Como puede entenderse fácilmente, la mujer posee todas las «calidades» que peor se avienen con la objetividad, hondura y originalidad de conceptos, que son las «cualidades» del crítico.

Federico Carlos Sáinz de Robles,  
«Estudio preliminar», en Emilia Pardo Bazán,  
*Obras completas*, 1957, vol. I

• • •

No desde las Academias, sino desde sus casas, pueden las mujeres dictar leyes estéticas, acrisolar el buen gusto, y, al interesarse por la literatura, poner en ella el perfume de la distinción aristocrática, la urbanidad y la limpieza del chiste, el decoro y la medida del estilo y la noble delicadeza de los sentimientos y de las ideas.

Muchísimo más pudiera yo decir contra el proyecto de que haya académicas de número, no por tener en menos a las mujeres, sino porque, a mi ver, el proyecto peca de inoportuno y se inclina a lo cómico, y porque las mujeres tienen otros destinos más importantes y grandes que cumplir sobre la Tierra.

No pensó en hacerlas sus colegas en la Academia un amenísimo poeta, académico, al imaginar que alta y sentidamente las elogiaba, diciendo de ellas a todo hombre que

*cuando niño te amamantan,  
y cuando joven te adoran,  
y cuando viejo te aguantan.*

Harto sé que hay sentencias que, según sean la intención y el sentido que se les atribuya pueden adulterarse y avillanarse y aparecer como expresión del más ruin egoísmo y del más feroz menosprecio para el sentenciado. Dentro de este predicamento caen los tres versos que acabo de citar. Al oírlos, no faltará quien exclame con enojo: «¿Con que esos grandes e importantes destinos que a la mujer concedes se reducen a dedicarla a tu servicio y regalo doméstico; a que sea nodriza para el niño, instrumento de deleite para el mozo y paciente enfermera para la cansada y sucia senectud, a la que debe sufrir, venciendo su asco, aplicándole cataplasmas, dándole linimentos y propinándole tisanas?».

¡Cuánto yerra la mujer que discurre así! ¿Cómo no ve la poesía y la noble elevación de su papel en el hogar doméstico, donde le toca descollar cual reina y señora, establecer y conservar el orden y la economía y ser encanto y consuelo de su marido, espejo de virtud y modestia en que sus hijas han de contemplarse, y refugio y apoyo de los hijos jóvenes, a quienes infunde amor, confianza y respeto? Lo confesaré ingenuamente: la mujer que es una buena madre de familia, a quien veneran y bendicen los criados; que despunta por hacendosa y casera, si es pobre o vive en la medianía, y que si goza de muchos bienes de fortuna, sabe gastar con acierto, haciendo brillar su opulencia con su buen tono, aseo, primor y elegancia exquisita, y logrando que se la perdonen por su afable trato, su benigna condición y su caridad para con los menesterosos y desvalidos, me interesa y agrada mil veces más que una académica, por sabia que sea, y suponiendo que ya las haya.

[...]

No debemos suponer que todos los académicos varones son y han de ser siempre unos estafermos reumáticos o gotosos, y en cuanto a las doctas académicas, debemos conjeturar que por lo menos serán agraciadas y simpaticuísimas, como lo fueron Safo de Lesbos y Madame de Stäel, o bien serán hermosas como Cleobulina, Aspasia, Lastenia, Leoncia, Hipatia,

[...]

Ahora bien, ¿no serían expuestas las juntas ordinarias promiscuas, si consideramos la familiaridad y el compañerismo que en ellas tiene que haber, a que el amor invadiese las almas de los académicos, con gran detrimento de la filología y de otras ciencias y disciplinas? Pues qué, ¿los académicos todos han de estar tan averiados y vetustos que ninguno de ellos tenga su alma en su almarío? ¿No podría algún diablillo travieso imitar a Carlomagno, o convertir en Don Gaiferos al novio o al marido de esta o de aquella académica, y recitarle al oído:

Melisendra, está en Sansueña;  
vos en París, descuidado;  
vos, ausente; ella, mujer...  
Harto os he dicho..., miradlo?

[...] y yo calculo que tal estado de *atonitez*, bobería y embelesamiento no es el más idóneo y acomodado para el estudio y esclarecimiento, resolución o demostración de los problemas y de los teoremas científicos y literarios.

Si un académico se fijase en la contemplación de la hermosura animada y semoviente, ¿no se distraería de las reglas de la prosodia y de la sintaxis?

[...]

Las quejas de algunas mujeres y de los que se constituyen como abogados y defensores de ellas contra la tiranía de los hombres, suelen ser declamatorias cuando no disparatadas. En la mujer quiso Dios dar al hombre una ayuda semejante a él, *adjuntor similis ejus*, y más que justa reivindicación de su oprimida libertad, es en la mujer pecaminosa rebeldía contra los decretos de la Providencia el afán de tornarse sobrado independiente del hombre y campar por sus respetos.

Repito, pues, que, aun reducido el papel de la mujer al de mero auxiliar del hombre, no es humilde, sino glorioso; y esto, no desde poco tiempo acá, dentro de civilizaciones refinadas, sino desde las primeras edades del mundo.

Juan Valera, *Las mujeres y las Academias*.  
*Cuestión social inocente*, firmado bajo seudónimo  
de Eleuterio Filógino, 1891

• • •

Esperando a que viniesen los dos ejemplares del folleto «Las mujeres y las Academias» —que han tardado más de lo justo—, he ido dilatando el contestar a la carta de usted. Al fin llegó ayer ese precioso opúsculo, tan racional y sensato en su fondo, como lleno de discreción, chiste y agudeza. Si a doña Emilia después de leerle le quedan ganas de renovar su estrafalaria pretensión, demostrará que no tiene sentido común, además de ser una cursilona empecatada.

Carta de Marcelino Menéndez Pelayo a Juan Valera,  
Santander, 23 de julio de 1891

• • •

Mi querido amigo Menéndez: Mucho me alegro de que recibiese Vd. y leyese con gusto mi folleto *Las mujeres y las Academias*. Aunque ahonde yo mucho en lo íntimo de mi conciencia, aseguro a Vd. que no veo que, al escribirle, me moviese el más imperceptible prurito de contrariar o de vejar a D.<sup>a</sup> Emilia, sino la firme convicción de la disparatada *cursilonería* de que trajésemos a D.<sup>a</sup> Emilia a pedantear entre nosotros, sentada, v. gr., entre Commelerán y Fabié. Y no sería esto lo peor, sino la turba de candidatos que nos saldrían luego. Tendríamos a Carolina Coronado, a la Baronesa de Wilson, a D.<sup>a</sup> Pilar Sinués y a D.<sup>a</sup> Robustiana Armiño. Por poco que abriésemos la mano, la Academia se convertiría en aquelarre.

Carta de Juan Valera a Marcelino Menéndez Pelayo,

San Idelfonso, 28 de julio de 1891

• • •

En el Congreso pedagógico recientemente celebrado en Madrid [...] se ha dado el principal lugar a una cuestión que en España es prematuro plantearla en la forma radical y nada práctica en que se ha planteado: la enseñanza de la mujer.

[...]

De todo esto ha tenido mucha culpa doña Emilia Pardo Bazán, que va dando a sus naturales y legítimas aspiraciones a la notoriedad una tendencia demasiado plástica.

La señora Pardo debiera reflexionar un poco si le conviene justificar ciertas murmuraciones, según las que ha llegado el caso de recordar a las *preciosas* francesas que puestas en la picota de lo ridículo por la musa de Molière se refugiaron, abandonando el *preciosismo* literario y social, en la sabiduría pedantesca, dando ocasión para que Poquelin escribiera una de sus obras maestras, *Les femmes savantes*.

Sea como quiera, doña Emilia se presenta a defender la *enseñanza de la mujer*, causa por sí nobilísima, con un radicalismo, con unos aires de fronda y con un *marimachismo*, permítase la palabra, que hacen antipática la pretensión de esa señora, ya de suyo vaga, inoportuna, prematura y precipitada.

Uno de los pruritos, casi pudiera decirse manía, de la ilustre dama, consiste en el afán de mezclar a hombres y mujeres, de hacerlos andar juntos y codearse en Academias, Ateneos y Universidades. Antes hizo una gran campaña para que las señoras ilustradas pudieran ser académicas de la lengua, y ahora quiere que las jóvenes púberes vayan a cátedra con los aspirantes a bachilleres y aun con los aspirantes a licenciados.

[...]

La mujer española, por su falta de instrucción, no sabe imitar a la madre de los Gracos; no comprende la abnegación social, no sacrifica la familia a intereses más altos y no se atreverá a ensayar tales experimentos por temor a



fracasos que (concedáseles también) serían más probables, si fueran muchas las jóvenes casaderas que frecuentasen las cátedras hasta ahora monopolizadas por el sexo fuerte.

[...]

Puede la mujer ser sabia, literata, sin ir a la Academia, y puede estudiar ciencias sin ir al Instituto ni a la Universidad.

¿A qué insistir en lo que es secundario y pugna tanto con las costumbres, con las preocupaciones... y acaso con el temperamento nacional?

Además, señora [Emilia Pardo Bazán], hay cátedras y cátedras; así como hay libros y libros. Yo, por ejemplo, he explicado algunos años Derecho romano, y aunque he conseguido siempre tratar con la mayor pulcritud y con la santa castidad de la ciencia las famosas disputas de proculyanos y sabinianos acerca del tiempo de la pubertad, con todo aquello de la investigación empírica del sexo, etc., declaro que si hubiera habido delante señoritas de dieciséis y diecisiete abriles, sentadas entre los chicos, que estaban serios a duras penas, es fácil que se me hubiera trabado la lengua o por lo menos que hubiera estado, de intento, obscuro, para no ofender el pudor y la inocencia, en que creo y adoro, no sé si porque la he corrido poco.

[...]

Pues ahora, en la memoria que ha leído en el Congreso pedagógico, nos dice que la mujer, en opinión de ciertos filósofos «no tiene existencia propia, ni *individualidad*, fuera de su marido e hijos; es toda su vida *alieni juri*». Primeramente, señora, no se dice *alieni juri*, sino *alieni juris* (y lo advierto, por si no es errata, que creo que no), y después, y esto es lo más grave, el ser *alieni juris* o *sui juris* es cosa diferente de tener o no tener individualidad, como usted dice, y tener o no tener existencia propia o sólo para su marido e hijos. Pregúntelo usted a cualquier estudiante de esos que, contra mi consejo, usted quiere que sean condiscípulos de las señoritas *abogadas*.

No se puede hablar de estas cosas a ojo, ni *a oído*; a usted eso de *alieni juris* le sonó a vida sacrificada a fines ajenos, y a tutela o cosa así, y no es eso. Como *inhibirse* no era lo que usted creía, porque *inhibirse* es abstenerse

de juzgar por no creerse competente, y usted creía que era meterse uno donde no le llaman, y casi casi lo mismo que *exhibirse*.

Leopoldo Alas «Clarín», «Congreso pedagógico»,  
en *Palique*, 1894

*Quod natura non dat...*

El aparato pues de los órganos de la matriz, esta prodigiosa esfera de la perpetuidad de la especie, es la que determina los atributos físicos del bello sexo, la que preside a todas sus funciones, la que desarrolla las modificaciones de su instinto, en fin la que manda e influye imperiosamente en sus pasiones, gustos, apetitos, ideas, propiedades e inclinaciones. Así es que la época de los primeros destellos de la vitalidad de esta víscera, es cabalmente la misma en que se despliega el órgano del pensamiento, en que la sensibilidad adquiere toda su delicadeza, la fisonomía su animada expresión y el idioma más amabilidad: de manera que la brillantez de las dotes morales y físicas de la mujer, debe considerarse como en razón directa del perfecto desarrollo del centro sexual que fija sus destinos.

[...]

Separados los grandes labios se ven en lo más alto de la vulva dos excrecencias carnosas, semejantes en su figura y color a la cresta de los gallos a las que se ha puesto el nombre de ninfas, porque circundan el conducto urinario, y forman el vertiente de la orina estorbando su contacto con la vulva. Estas excrecencias se prolongan en algunas mujeres tan monstruosamente, que es preciso mutilarlas. En Egipto señaladamente, y en otras regiones de Africa, es tan común esta deformidad, que varias personas se dedican a esta circuncisión que les proporciona la subsistencia, y con ella evitan una imperfección repugnante a las caricias del otro sexo.

[...]

Este mismo remedio [las sanguijuelas], si bien es uno de los más enérgicos sedantes de la irritabilidad de los ovarios y matriz mientras los paroxismos, también ocupa un distinguido lugar entre los medios de precaución fuera de ellos. Con sólo su periódica aplicación, he puesto a muchas histéricas a cubierto de los fuertes y frecuentes ataques que las perseguían. Acaso es el mejor preservativo del exceso de excitación de estos órganos por causas físicas; pero ni éste ni todos los sedantes de la materia médica, tienen grande influencia para acallar las morales. Así es, que en vano o casi en vano se apurarán todos los recursos, cuando se trate de prevenir las obstinadas irradiaciones histerálgicas de una joven apasionada, o de un viuda erótica. Su único auxilio está bajo los auspicios del himeneo. Éste fue el sentir de los antiguos, y así lo dicta la experiencia. Es, pues, su especial específico, y el gran regulador espontáneo de todas las funciones de la economía.

Baltasar de Viguera,  
*La fisiología y patología de la mujer, 1827*

• • •

Con la anatomía y la fisiología en la mano se prueba que la mujer fue creada y sacada a luz, en primer lugar para perpetuar la especie, y en segundo lugar para contribuir, en la esfera determinada por su naturaleza, a la vida social; que tiene cualidades y defectos que le son peculiares; que sus instintos son más certeros, y su inteligencia menos vasta que la nuestra; que en ella domina el aparato reproductor (lo cual hace que no se posea tan completamente como el hombre, o que su vida sea menos individual); y que está sujeta a una función periódica que es capaz de modificar todo su ser moral. Y en vista de eso, ¿no adivináis claramente, en esta obra de Dios, el fin último de su existencia terrestre? ¿Quién puede imaginar, sin echarse a reír, una asamblea legislativa obligada a suspender mensualmente sus sesiones, a causa de las indisposiciones previstas de la mayoría de sus individuos (porque mayoría pudieran llegar a formar las señoras, si fuesen declaradas electoras y elegibles), y precisada a conceder licencias fundadas

en un estado interesante? Si queremos huir de la exageración, y no caer en el género grotesco, consideremos simplemente a la mujer ejerciendo las funciones de escribano, médico, abogado o juez [...]. Pero no, no consideremos nada, por que ya es hora de poner fin a esta broma, digna cuando más del tablado de los titiriteros.

[...]

La matriz es el órgano más importante en la vida de la mujer; es uno de los polos de la organización femenina. La matriz es no sólo el órgano principal de la gestación, sino también el asiento de los menstruos, exhalación sanguínea mensual que tan decisiva se hace para la salud y la lozanía del sexo femenino. En la matriz retumban indefectiblemente todas las afecciones físicas y morales de la mujer: el útero hace que la mujer sea lo que es: *Uterus est animal vivens in muliere*, decían los antiguos; *propter solum uterum mulier est id quod est*.

[...]

Mujeres hay en quienes el clítoris adquiere un desarrollo considerable, como de tres, cuatro y hasta cinco pulgadas de largo: en este caso su semejanza con el pene es completa. Tamaña organización es notable, en cuanto suele coincidir con ciertos caracteres que han podido inducir a pensar que los individuos de tal conformación ni bien pertenecían al un sexo ni al otro. Así es que por lo general esas mujeres tienen poco pecho, facciones varoniles, vello o pelo en la barba, y afición a los trabajos y ocupaciones extrañas a su sexo. Suelen ser de gran talla, e inclinadas a procurarse goces ilícitos con las personas de su sexo. La historia nos ha transmitido que la infortunada Safo adolecía de tan inmundo vicio; algunas damas de Roma, en la época de la decadencia, merecieron por el mismo concepto los epigramas y las sátiras de los poetas de su tiempo: las tríbades, las subrigatrices, las frictrices, etc., eran también sacerdotisas de ese amor lesbio que la Grecia toleró vergonzosamente por largo tiempo.

[...]

La mujer está dotada de una sensibilidad mayor; sus sentidos son más delicados y finos. Predominan en la mujer las facultades afectivas, así como en el hombre las intelectuales. El destino de la mujer, dice Cabanis, no es figurar en el liceo ni en el pórtico, en el gimnasio ni en el hipódromo. Por esto, dice otro observador, las mujeres no han creado religión alguna, ni compuesto ningún poema épico, ni hecho grandes descubrimientos. Su destino es fundar las delicias y el amor de la familia. El amor es la pasión dominante de la mujer, así como la ambición es la dominante del hombre. Todo lo que es sentimiento y exaltación generosa resplandece con fuerza en la mujer.

[...]

La mujer, a pesar de su papel menos activo en la copulación y de no evacuar espermatozoides alguno, también se resiente en gran manera de los excesos eróticos. Los sacudimientos nerviosos que experimenta la mujer en el coito han sido comparados a un acceso de histerismo; y por lo tanto no debe sorprendernos el que la irritación de los genitales, las afecciones herpéticas, los desarreglos de la menstruación, los flujos blancos, las procidencias del útero y de la vagina, el histerismo morboso, los escirros y cánceres de la matriz, la esterilidad, etc., sean a menudo las desagradables secuelas del abuso que denunciamos.

[...]

El oficio de la mujer en la copulación casi está limitado a sufrir la intromisión mecánica del órgano copulador masculino.

Pedro Felipe Monlau, *Higiene del matrimonio  
o el libro de los casados*, 1853

• • •

Es un hecho evidente, que entre los diferentes órdenes de facultades que comprende la razón humana, las perceptivas y afectivas sobresalen en la mujer, así como las reflexivas en el hombre. La mujer no es inclinada a la contemplación, a los estudios abstractos, a buscar la causalidad de los hechos, a elevarse a la esfera de los principios; quiere conocer la verdad, pero sin que le cueste el encontrarla prolijas meditaciones y vigiliias; ama la ciencia, pero desea que el camino que la conduzca a su templo sea fácil y llano, sin desnivel y sin accidentes en el terreno, que tan penoso hacen su acceso a la generalidad de los hombres. Tiene sentidos expeditos, percibe con rapidez; sus impresiones son vivas, pero poco profundas y duraderas, y por esta razón necesita variarlas para dar ocupación a su inteligencia. No tiene tendencia a investigar lo más íntimo, lo más profundo de las cuestiones; generalmente se detiene en la superficie, y se satisface con las primeras adquisiciones, sin curarse de ir más adelante para realizar el deseo a que su curiosidad la conduce.

Así se dice comúnmente que sus facultades reflexivas no son las más predilectas; que su entendimiento no es profundo, investigador, al paso que su criterio es falible y sus conocimientos superficiales, siquiera puedan tener el carácter de generalidad.

Francisco Alonso y Rubio, *La mujer bajo el punto de vista fisiológico, social y moral*, 1863

• • •

El estudio especial de la anatomía del encéfalo y las observaciones minuciosas de Franz Gall y demás frenólogos que le han sucedido, demuestran que en la parte anterior y superior de aquel órgano residen los de la inteligencia, y en la posterior e inferior los de las facultades afectivas. Pues bien: esta parte de la cabeza es generalmente más abultada en la mujer; anuncio seguro, indicación evidente de sus condiciones exóticas; de su amabilidad y ternura; de su fuerza sensual; de su vehemencia cariñosa; de su preparación, en una palabra, para todos los sentimientos inefables y apasionados que exigen las funciones naturales y prodigiosas a que está

destinada: las del matrimonio y de la maternidad, funciones mucho más largas, más difíciles, más importantes que las del hombre, que terminan en el momento de la fecundación y no le imponen nuevos sacrificios, ni menos aquellos que arrancan a la mujer una serie de ofrendas en aras del fruto de su amor; del hijo concebido; llevado nueve meses en el claustro materno; parido con dolores horribles; lactado con el licor de sus pechos; y velado, curado, adormido sobre su seno con afanes inmensos y trabajos indecibles.

Nicolás de Ávila y Toro, *Discurso leído en la Universidad Central por el licenciado don Nicolás de Ávila y Toro*, 1866

• • •

### *Ninfomanía*

Los síntomas de esta enfermedad varían, según el periodo en que se la considera. En el primero la enferma experimenta deseos lúbricos casi irresistibles, que puede dominar aun su parte moral, huye de las gentes, ansía la soledad para entregarse a sus pensamientos favoritos y a la masturbación; siente melancolía, calor en los órganos genitales, dolor a veces en los lomos. En el segundo período, la enferma se entrega sin resistencia a sus deseos, busca todos los medios de satisfacer su insaciable voluptuosidad, pierde toda idea de pudor, los órganos genitales están en un estado flogístico, y a veces segregan un humor acuoso semi-purulento. En el tercero hay ya completa pérdida de la razón, hombres y animales son iguales para sus deseos y la muerte o la locura suelen terminar este repugnante estado.

Juan Cuesta y Ckerner,  
*Enfermedades de las mujeres*, 1868

• • •

*De la prostitución en sus relaciones con la profilaxis de la sífilis*



Hasta tal punto son desastrosos los efectos de la prostitución, que, sin temor de equivocarse, puede decirse que no hay enfermedad social que en tal concepto la iguale. Es por sí misma un hecho altamente inmoral; pero además es la puerta de entrada de todos los vicios más repugnantes. La prostituta, holgazana y ebria, figura por un enorme contingente en la estadística de los crímenes. Hijos naturales; niños abandonados; infanticidios; abortos criminalmente provocados; matrimonios en divorcio, infecundos, enfermizos y de prole insana y raquítica; aumento del número de célibes; desorden y libertinaje en la juventud; olvido de los hábitos de familia; desapego de los padres, de los hijos y de los esposos; aversión al trabajo; despilfarro de tiempo y de dinero; propensión al juego y a la embriaguez; irreligiosidad, irreverencia y desacato a los poderes constituidos; tendencia a los motines y convulsiones políticas intestinas; corrupción de la administración pública y, sobre todo esto, enfermedades constitucionales, que propaga la herencia, constituyendo esa numerosa cohorte nosológica de las metamorfosis de la sífilis, tales son, y nos quedamos cortos, los perjuicios que a los pueblos irroga la prostitución.

[...]

Dentengámonos ahora un instante para considerar que la fisiología de la mujer indica precisamente la naturaleza y grado del trabajo que a su sexo corresponde. Ni son robustas sus carnes, ni tan potente su actividad cerebral que le sean permitidos los trabajos rudos, ni los grandes esfuerzos del ingenio; pero debieran considerarse privativos de su organización los oficios en que no se necesita emplear más que una moderada intensidad de fuerzas físicas o mentales. No son, por consiguiente, apropiados a la naturaleza de la mujer los trabajos de fabricación, tales como mover la rueda, tirar la lanzadera, o batir el telar, ni tampoco, por lo general, están adecuadas a su capacidad mental las carreras literarias, ni las profesiones de cálculo, ni mucho menos las graves tareas de la política.

Juan Giné y Partagás, *Curso elemental de higiene privada y pública*, 1871

• • •

La esterilidad prolongada, influyendo moralmente y con persistente acción sobre el carácter impresionable de la mujer, ocasiona aquí la infelicidad, allí el divorcio, en ésta la locura, en aquélla otra el suicidio.

[...]

Como hemos observado bastantes veces escenas parecidas, no tememos asegurar que la mayoría de las nodrizas son mujeres de cuerpo corrompido y costumbres licenciosas.

[...]

¡Cuántas veces tras un periodo de prostitución y libertinaje, durante el cual se ha pasado por todo, la mujer entra a formar parte de una familia que la cree sana, cuando no virtuosa!

Y conste que no queremos descender a referir otra clase de peligros, porque se resisten a ser descritos por la pluma.

Con decir que en numerosas ocasiones el médico tiene que curar ciertas enfermedades de los niños, de índole contagiosa y que no han sido transmitidas por la leche, apuntamos uno de los más inicuos crímenes (así debe llamarse) que se pueden concebir.

Y basta de esto, que si proseguimos, posible es que nos malquistemos con todo ese gremio de falsas madres, y nos juren odio a muerte, lo que, bien sabe Dios, no dejaría de asustarnos algo.

[...]

La pasión por las novelas, que es una de las que más quebrantan de ordinario dichos preceptos, es también de las que más perturbaciones orgánicas suelen ocasionar.

Si la novela está bien escrita; es decir, si el autor ha escogido interesantes argumentos, que ha presentado con envidiable aticismo, exprimiendo las dotes de una imaginación fogosa y esmerada pluma en la pintura de sus cuadros, la novela posee cierta fascinación que obliga a leer mucho y sin descanso.

Esta ocupación, prolongada por demasiado tiempo, envuelve necesariamente inercia física, que es perjudicial al cuerpo, y una fatiga intelectual nada provechosa al espíritu.

[...]

Si esto sucede en el hombre, con mayor motivo sucederá en la mujer, que es ya, por naturaleza, sensible y espiritual, y en la cual todo lo que contribuya a ejercitar sus pasiones y sentimientos, tiene que marcar más y más los rasgos que las son característicos.

[...]

Estamos en una pequeña estancia, cuyo contenido podemos examinar, gracias a la exigua luz que arroja un quinqué.

Es bien escaso por cierto. Un pequeño y aseado lecho, junto a él una mesa de noche, y a corta distancia una tierna joven, sentada y leyendo una de esas candentes novelas de costumbres.

[...]

Los afectos encontrados, las impresiones más vivas, los deseos más imperiosos, retoñan y florecen en aquella delicada constitución, que ha salido por un momento de su atonía bajo la influencia de un excitante espiritual.

[...]

He aquí el cuadro sensible y desconsolador que, cuando se repite con frecuencia, bastardea las más robustas complexiones, empobreciéndolas primero, atándolas más tarde al tormento de los estados nerviosos, entre los cuales no pocas veces se cuenta la misma locura, y precipitándolas, por último, a la muerte entre enfermedades del corazón y de los pulmones.

En estos momentos, que ninguna crítica sistemáticamente mueve nuestra pluma, pero que brota en nuestra memoria el pavoroso recuerdo de tanta juventud arrebatada por esos dos grupos de enfermedades, retamos a todos los novelistas del mundo a que nos prueben que el cuadro que hemos trazado es un absurdo, un puro delirio de nuestra exaltación y, por consecuencia, que esas novelazas, sembradas con profusión por el hogar doméstico, sin otro

propósito que servir de lucro conmoviendo, no figuran como uno de los muchos agentes poderosos en el desenvolvimiento y conservación de tantas y tan diversas manifestaciones nerviosas de la mujer.

Seguros estamos de que ninguno tratará de probarlo; peor aún cuando sucediese lo contrario, no por ello sería menos cierto el hecho; y si para replicarlos careciéramos de razones suficientes, por no ser capaces de hallarlas nuestras humildes facultades, invocaríamos el testimonio de esos médicos concienzudos que se dedican al estudio profundo de la mujer; invocaríamos el recuerdo de tanta infeliz ninfomaníaca, y hasta detallaríamos las mil impresiones que hemos sentido, cuando hemos sido llamados para prestar los auxilios de la ciencia a alguna joven que se agitaba convulsiva en su lecho entre espasmos cénicos y estros venales.

[...]

Pasada la evolución de la infancia, queda la joven sometida a los inconvenientes y peligros de sus exaltados sentimientos, de su vida retirada, de su inercia, de sus abusos solitarios, de las tristezas prolongadas, de sus vehementes pasiones, de sus ofuscaciones y delirios provocados por la lectura, los espectáculos, los galanteos, los malos consejos de amigas..., etc., etc., etc.

Todo, mal dirigido, es clave fundamental de estados graves, que unas veces terminan en la tisis, y muchas en las enfermedades del corazón.

Ángel Pulido Fernández, *Bosquejos médico-sociales para la mujer*, 1876

• • •

La debilidad en el sexo femenino no es accidental ni adquirida, desengáñese la Sra. Wilhelmi, sino natural y propia del sexo, y esto lo comprueba de un modo terminante la observación de que en todos los vertebrados, entre los cuales la raza humana ocupa el lugar preferente, el macho es más grande, más fuerte y hasta más hermoso que la hembra; bastándome sólo en citar como ejemplos el león con su hermosa melena, y el

gallo, dueño y señor de un harén, en el que la hembra nos sirve de tipo de comparación de la debilidad, cobardía y quizá hasta de la falta de individualidad misma.

Horacio Bentabol, *Congreso pedagógico Hispano-Portugués-Americano*, 1892

• • •

No comprendo cómo existe esta lucha por conquistar la señoras el derecho a la ilustración cuando todas las puertas de la cultura las tienen abiertas. Institutos, Universidades, Escuelas especiales, etcétera, tienen autorización para recibir en sus aulas a cuantas alumnas quieran matricularse; en los almacenes de papel existen millones de cuartillas, dispuestas para que las señoras viertan en ellas sus admirables escritos; centenares de lienzos esperan los colores salidos de sus paletas, y bloques de mármol de Carrara aguardan a que el cincel femenino los convierta en soberbias obras de arte; la mujer sube hoy a la tribuna pública; escribe en la prensa diaria; toma parte en Congresos y *meetings*, ¿qué más pretende? ¿Dónde está esa falta de libertad para sus manifestaciones? Haga obras serias, revélese como eximia literata, y nosotros seremos los primeros en rendir tributo de admiración a su genio.

¡Pero vana esperanza! La mujer nunca pasará de ser una medianía — salvo honrosas y apreciables excepciones que somos los primeros en proclamar—, su sistema nervioso que domina al resto del organismo, sus trastornos periódicos, el estado de gestación y de lactancia, los órganos especiales, útero, mamas y ovarios, imprimen, a su organización rasgos perfectamente distintos del sexo opuesto, a más de las diferencias mentológicas, apreciables a simple vista. El peso de su cerebro es menor en un centenar de gramos al del hombre, y aunque este dato no sea de importancia capital, no deja de tenerla relativa sumada a las demás diferencias expuestas.

Fernando Calatraveño, *Congreso pedagógico Hispano-Portugués-Americano*, 1892

• • •

La mujer es esencialmente un ser receptivo; pero cuando se trata de facultades creadoras tiene que contentarse con el segundo rango.

Fernando Araujo. «La coeducación de los sexos»,  
*España Moderna*, agosto de 1903

• • •

Si la naturaleza tuviera voto en este asunto [el de la sexualidad], seguramente optaría por la poligamia. El hombre es sexual constantemente y de igual manera hasta la decrepitud. La mujer tiene etapas: la de la fecundación, la del embarazo y la de la lactancia.

Con arreglo a la naturaleza, no cabe duda que el sistema de unión sexual más conveniente, más lógico y más moral, sería la poligamia.

Pío Baroja, *Juventud, egolatría*, 1917

• • •

Claro, a nosotros, viejos intelectualistas encenagados en la rutina de pensar, gentes para quienes el mundo exterior no es más que una realidad problemática; para nosotros, que creemos que lo trascendental es comprender las cosas y que lo demás no tiene importancia, no nos puede entusiasmar esta evolución de las mujeres hacia su emancipación, que tiene, hoy por hoy, como base la función de la matriz y del ovario más que la función del cerebro.

[...]

Se puede decir que el hombre mira la mujer tanto con los ojos como con las vesículas seminales, y que la mujer contempla al hombre más con el ovario que con los ojos. Creo que en el amor místico pasa igual, y que santa Teresa pensaba en Cristo, más que con el cerebro, con el ovario.

Pío Baroja, *Las horas solitarias*  
(*Notas de un aprendiz de psicólogo*), 1918

• • •

Psicológicamente el varón tipo es cifra de perfección espiritual. La masculinidad se manifiesta como la resultante del paralelogramo de todas las fuerzas ascendentes que laten en el alma humana: la inteligencia discursiva y creadora, el juicio ético y estético, el ansia de perfeccionamiento, el espíritu de justicia, el amor a la acción y a la especulación, la voluntad de poderío, la libertad, la rebeldía. Sólo el varón es susceptible de genialidad.

Ramón Pérez de Ayala, «Don Juan. El Satanismo»,  
en *Las máscaras*, libro II, 1917-1919

• • •

En otras palabras: el placer de pasar voluntariamente un mal rato. Es éste, sin duda, uno de los placeres originales y permanentes del teatro. [...] Al menos para un sector muy extenso del público: el público femenino.

Este placer de las lágrimas se reduce, si bien se mira, a la aptitud para sintonizar inmediatamente con el dolor ajeno, a la proclividad invencible hacia la compasión. No otra cosa quiere decir la palabra «compasión» sino padecer al unísono. E idéntico significado literal tiene esa otra palabra «simpatía», el efecto solicitado y excitado, ante todo, por la obra dramática, desde la tragedia griega. Ahora bien: el padecer, el asumir al pronto como propias las ajenas pesadumbres; el contraer de modo radical y vital los cuidados y ansiedades de otra vida que no es la de uno mismo, todo esto constituye el fondo psíquico y emotivo de la mujer, por otro nombre «instinto de maternidad». Merced a su natural (y sobrenatural) capacidad de sacrificio —«sacrificio» vale tanto como el acto en que la vida adquiere jerarquía sagrada, el cual no puede ser otro que el de renunciar a la propia vida en beneficio ajeno, llegando hasta la muerte, si fuese menester—, la mujer se conduce como madre no solo con el hijo, sino con el esposo —Penélope—, con el padre —Antígona—, con el hermano —Electra—, con su pueblo —

Ifigenia— y hasta con las criaturas humildes y seres de la Naturaleza. Ante el dolor ajeno, el hombre propone y aconseja consejos trascendentales y deberes morales de orden superior. La mujer prefiere compadecer y sacrificarse. El varón amplía y dilata su vida comprendiendo, por la inteligencia, el mayor número de otras vidas; la mujer, sintiendo con el corazón dolores que no eran suyos.

[...]

Predestinados a frustración pienso que están los ensayos y conatos del llamado *teatro de arte*, por intelectuales con exceso y negligentes en dar satisfacción al derecho (derecho a la fruición emotiva) del público femenino.

Eso que los hombres entendemos por arte les tiene sin cuidado a la mayor parte de las mujeres, a no ser a alguna que otra «preciosista ridícula», para emplear el calificativo de Molière. Durante el Renacimiento hubo también un teatro de arte, calco o remedo sapientísimo de la tragedia clásica; sus producciones se representaban en universidades y colegios de jesuitas, sin público femenino, claro está. Los exquisitos de entonces, campeones del teatro artístico, intelectual y erudito, menospreciaban el teatro popular y para todos, hombres y mujeres, congregados en la catedral o en la plaza del concejo. Sin embargo, el teatro moderno se engendró del teatro popular, que no del erudito.

Estoy por decir que casi todos los dramaturgos insignes, en trance de crear sus obras, han aspirado —tal vez por modo inconsciente— hacia el público femenino más que al masculino. Si se aspira sólo a complacer a los hombres, y entre ellos a quienes se les presume inteligencia superior, el resultado será, acaso, una obra excelente; pero extrateatral, para leído. Me explico perfectamente, y aplaudo, el «¡viva!» del poeta al melodrama que había hecho llorar a su novia; una manera de sentirse ella feliz por unos instantes.

No hay voluptuosidad ni tónico para el alma femenina —y en ocasiones para la masculina— semejantes a un baño tibio y salado de lágrimas.

Hay mujeres que cultivan su pena artificiosamente y con mimo celoso, como los holandeses los tulipanes.



Rostro femenino donde no han corrido las lágrimas es jardín sin agua.

Ramón Pérez de Ayala, «Goethe, crítico de teatros.  
El placer de llorar y el público femenino», en *Las máscaras*, libro III, 1917-1919

• • •

Lo que las mujeres aplauden con entusiasmo en el hombre no son las virtudes sociales; antes bien; las virtudes antisolitarias y singulares de la personalidad; voluntad de dominio, dotes de energía y arrojo, impulso belicoso, que llevan consigo aparejado el triunfo e imperio de un hombre sobre los demás hombres. Ahora, como en la aurora prehistórica y rudimento cavernario de la sociedad, Don Juan es un espadachín, un matón. Nietzsche, cuya alma se ajustaba en muchas de sus modalidades al canon de la psique femenina, estaba convencido de que el *primum movile* de la vida no era otra cosa que la voluntad de dominio. Etnógrafos y sociólogos (no hay para qué hacer aquí una larga enumeración) opinan, con abundante copia de razones, que en los principios de la sociedad humana, con antelación al gobierno de los hombres, fue el gobierno de las mujeres. Lo primero, en la organización de la sociedad humana, rigió el matriarcado y la poliandria antes que el patriarcado y la poligamia. Sería, por tanto, el matriarcado la época belicosa del hombre lobo para el hombre. El patriarcado, o gobierno de los hombres, sobreviene con la era pacífica de la agricultura y el pastoreo. De entonces acá, la hora de la espada, el prurito hacia la dictadura y su final erupción han coincidido siempre con épocas en que prevalecen las mujeres. Un ejemplo cabal e interesante, por el desarrollo lógico de sus peripecias, nos lo ofrece Roma, durante la primera centuria antes de Jesucristo, con el arbitrio supremo de la mujer romana sobre la sociedad, las tentativas de dictadura por Mario y Sila, y finalmente, el afortunado afianzamiento dictatorial con Julio César. En la nuestra, asimismo, época de auge social femenino, a tal punto que en algún país, como los Estados Unidos, no sería aventurado calcular que hay más mujeres que poliándricas que hombres polígamos. Naturalmente, tal situación no la pueden mirar con buenos ojos todos los hombres. Un señor Power,

norteamericano, ha escrito una documentadísima *Filosofía de la historia*, en la cual alardea de haber demostrado incontrovertiblemente que la declinación y apagamiento de las civilizaciones sucesivas, así como la decadencia y ruina postrera de las naciones, se debió a dos causas únicas; el feminismo, o creciente despotismo social de las mujeres, y la abstención en los hombres, por exigencia femenina, de las bebidas espirituosas.

Ramón Pérez de Ayala, «Apostillas. Feminismo»,  
*La Esfera*, 19 de enero de 1929

• • •

[...] muchas de esas mujeres que justamente han alcanzado la celebridad, en el terreno en que la alcanzan los hombres, han sido poco mujeres, han tenido en sus rasgos físicos, en su sensibilidad, en su mentalidad, tonos marcadamente masculinos. Es muy interesante el estudio que hace Weininger de muchas mujeres célebres, diagnosticando, ya por episodios de su vida, ya por el examen de su retrato o por ambas razones, su tendencia varonil. Y téngase en cuenta que esta tendencia puede coexistir con una perfecta maternidad, como ocurría —y lo cito por ser un ejemplo tal vez el más excelso y respetable— en nuestra doña Concepción Arenal, que junto con el corazón más femenino de su tiempo, poseía un cerebro enteramente varonil, vistiendo a veces la indumentaria de nuestro sexo, y adoptando tocados y actitudes, dentro de su nobleza, muy de hombre, como puede verse en los retratos que de ella se conservan. Un poco de verdad hay, pues, en el concepto de Moebius, cuando afirma que «la mujer científica o artista es un producto de degeneración».

[...]

Insistimos, por lo tanto, una vez más en el carácter sexualmente anormal de estas mujeres que saltan al campo de la actividad masculina y en él logran conquistar un lugar preeminente. Agitadoras, pensadoras, artistas, inventoras: en todas las que han dejado un nombre ilustre en la historia, se pueden descubrir los rastros del sexo masculino, adormecido en las mujeres normales, y que en ellas se alza con anormal pujanza.

[...]

Ahora no nos extrañaremos de que haya muchos seres con el sexo no bien definido, sobre todo en la mujer, por ser, sin duda, como producto biológico, menos terminado, de más vagos caracteres que el varón. Y comprenderemos claramente por qué esas mujeres, que han sido formadas con un tanto por ciento exagerado del factor masculino, acuden instintivamente al campo social acotado para el hombre. ¡Cuán llenas, por lo tanto, de profundo sentido biológico estas palabras de Weininger!: «Cuando una mujer quiere emanciparse, no es ella, sino el hombre que hay en ella el que quiere emanciparse».

[...]

Ahora bien, del metabolismo, de la modalidad nutritiva del organismo, depende la constitución morfológica de éste, y, por lo tanto, su aptitud funcional, no sólo, como suele creerse, en el orden vegetativo, sino también en lo referente al funcionamiento intelectual. De ahí la conclusión, que parecerá atrevida a muchos, de que, en último término, no sólo la apariencia externa y la actividad vegetativa, sino también la elaboración mental de cada hombre y de cada mujer están directamente influenciadas por sus respectivas glándulas sexuales.

[...]

Factores todos tan importantes, como que de ellos depende, a su vez, el que la mujer sea como tipo general, lenta en sus movimientos, tímida y emocionable en la esfera afectiva y poco enérgica y rutinaria en su mentalidad; mientras que el hombre es, por los motivos opuestos, vivo en el ejercicio físico, más impasible ante las emociones y más pronto y original para el acto mental.

[...]

Al hablar de profesiones nos referimos a todas las ocupaciones comerciales y mercantiles y el ejercicio de varias ocupaciones técnicas y carreras tituladas. Todo ello nos parece utilísimo para la mujer no madre. En

cambio, el ejercicio de los cargos públicos que requieren gran independencia de criterio, resistencia a la sugestión, firmeza de juicio, iniciativa intelectual rápida, voluntad recia, y aun cierta dureza sentimental, es francamente incompatible con la contextura espiritual de la inmensa mayoría de las mujeres. Aquel médico de Leónidas Andreiev, tan profundo en su locura, decía que «en el mundo ha habido mujeres inteligentes, bondadosas y llenas de talento; pero jamás vio ni verá el mundo una mujer justa». No suscribiría yo estas rudas palabras; pero sí declaro que la inhibición pasional necesaria para el momento solemne de administrar la justicia me parece muy difícil de lograr por el espíritu exuberantemente sentimental de la mujer. En este punto creo que la práctica hará inútil toda discusión. Recientemente, en Inglaterra, una dama que ocupa tan alto rango como madame George ha sido nombrada juez de paz. Pero todos los indicios son de que el paso de la mujer por estos sillones públicos, será tan gris, tan poco relevante como viene siendo su paso por la ciencia y por el arte mismo.

[...]

La mujer que lo es verdaderamente, por definida que sea su personalidad espiritual, tiende, cuando se enamora, a renunciar a ella. Digan lo que quieran los feministas, en dicha ofrenda voluntaria y continua de la propia personalidad se cifra y se cifrará siempre una gran parte de la esencia característica del amor de la mujer. En la historia natural es casi constante esta actitud sumisa, en la hembra de las diversas especies animales. En el macho, en cambio, aun en el humano, y dentro del hombre en el de instintos más pulidos, el gesto amoroso normal es dominante. Alguna vez se humilla ante la hembra, pero se trata sólo de una abdicación momentánea y casi siempre insincera para lograr el fin amoroso.

[...]

Y en estas condiciones, el voto de la mujer no puede representar una fuerza imparcial que purifique el sufragio —como nuestras feministas pretenden—, sino un simple refuerzo numerario de la misma actitud de los hombres ante las urnas. Aun en países ya tan distantes psicológicamente del

nuestro como Inglaterra, Barthelemy, estudiando el resultado de la reforma, recientemente implantada, llega a esta conclusión: «La regla es que la mujer vote como su marido».

[...]

[...] por encima de todas las aspiraciones del feminismo, quedará siempre en manos de la mujer el más legítimo de sus resortes de dominación, el encanto sexual, con el que no se gobierna el mundo, pero sí a los hombres que lo dirigen. Recordemos una vez más a todas las mujeres —una serie interminable desde Cornelia y Livia, hasta algunas conocidas damas de nuestro tiempo— que por este mecanismo han intervenido decisivamente en la gobernación de los Estados. Y aun así, no se incluirían en la lista aquellas otras (tal vez las más temibles) cuya discreción hizo que el secreto de su influencia no llegase al arroyo. Si, según dicen, de la nariz de Cleopatra dependía la suerte de las naciones, la verdad es que sin otra razón que la gracia de su perfil, logró bastante más que todas las sufragistas actuales, con sus propagandas y su dinámica masculina.

[...]

Otras varias razones, ya más conocidas, hablan también en apoyo de la tesis de que las actividades que exigen un esfuerzo intelectual original son extrañas a la psicología normal del sexo femenino. Es una de ellas el escaso número de mujeres que han sobresalido en el mundo intelectual. En todos los tiempos ha habido mujeres que han podido codearse en profundidad y ponderación mental con los varones más insignes, y aún algunas que en su época y en su país se han adelantado al sexo contrario. Entre nosotros tenemos un ejemplo incomparable en doña Concepción Arenal; pero, en general, aun sin llegar a la despiadada crítica que de las mujeres hace Weininger, tenemos que reconocer que al talento femenino, en general, aunque alcance límites avanzados de claridad y penetración, le falta originalidad. Por eso en la ciencia las mujeres son buenas técnicas, pero no inventoras; y en el arte buenas ejecutantes, intérpretes y copistas, pero no suelen innovar nada. Moebius insistió mucho sobre este punto, y

recientemente vuelve sobre él Gómez Ocaña, aduciendo, entre otras curiosas razones, la observación del exceso de mujeres que copian cuadros en los museos con relación a los copistas masculinos. «Los hombres —añade— no se prestan a la copia porque buscan la originalidad desde que saben manejar los pinceles.»

[...]

[...] si consideramos a la pareja humana primitiva en los albores de su vida sobre el planeta, o bien a la pareja humana de los actuales pueblos incivilizados [...] la vida del varón y de la hembra se reduce a cumplir estrictamente su fin reproductor. La función sexual primitiva es en el hombre breve, fugaz: dura lo que el rápido acoplamiento con la hembra.

[...]

En la hembra, por el contrario, observamos que la función sexual primaria es larga y complicadísima. Comprende toda la serie de funciones, a cual más complejas y delicadas, de la maternidad. [...] Este proceso, repetido varias veces, inutiliza para otra actuación a la mujer durante los años mejores de su vida y apenas la deja espacio para el cumplimiento de las funciones sexuales secundarias que se reducen al cuidado interno del hogar (que fundamentalmente representa la preparación para nuevas procreaciones); y a las operaciones del adorno personal.

[...]

Esta distribución de las actividades respectivas en la pareja humana primitiva no obedece, pues, en modo alguno a esa «irritante desigualdad impuesta por el hombre» que constantemente invocan las feministas. Es que la naturaleza ha marcado ya fatalmente la existencia de esa desigualdad. Y es inútil tratar de equiparar las actividades de los dos organismos, contruidos con arreglo a un plan funcional diametralmente diferente.

[...]

Ahora, como en los albores de la vida humana, no es posible la igualdad absoluta de los sexos, porque su estructura biológica es, como antes decíamos, fatalmente distinta. En la perfecta mujer actual seguirán, por lo

tanto, siendo las funciones sexuales primarias lo fundamental de su actuación. [...] Nuestra mujer, como la paleolítica, está hecha para ser madre, y debe serlo, por encima de todo.

Gregorio Marañón, «Biología y feminismo»,  
conferencia leída en la Sociedad Económica de  
Amigos del País de Sevilla, 21 de febrero de 1920

• • •

[...] la mujer —la mujer corriente, no la mujer de excepción— está hecha para el amor y la maternidad, pero no para intervenir —si no es accidentalmente— en las luchas sociales, ni para cambiar el curso de las cosas con las creaciones de su cerebro. En tanto que en el hombre sucede lo contrario: la función sexual primaria se reduce en él al momento breve de la generación, y aun este momento puede ser domeñado por la voluntad. El hombre puede hacerse un asceta y desligar su vida por completo de la preocupación del sexo, cosa imposible en la mujer, en la que la naturaleza le recuerda de un modo periódico y aparatoso que está sometida a su esclavitud durante los años mejores de la vida. Y esta fugacidad de la función sexual primaria se compensa ampliamente en el varón con la complejidad que en él alcanzan los fenómenos sexuales secundarios: esto es, la actuación social en sus múltiples modalidades.

Gregorio Marañón, «Psicopatología del  
donjuanismo», conferencia leída en la Real  
Academia Nacional de Medicina de Madrid,  
24 de enero de 1924

• • •

El deporte es originariamente una actividad masculina, y sólo en épocas muy tardías de la evolución humana, la mujer normal, no la de excepción, se hace deportista. Y aun ahora la mujer vive de prestado en el ambiente deportivo, atraída, casi siempre, por un sentido pasajero de sexualidad

ambigua que se ha extendido por las sociedades modernas, y que tiene su expresión externa en el culto de ciertos aspectos del adorno, como el cabello corto y muchos detalles de la indumentaria femenina actual. La prueba de ello es que, salvo las profesionales, la mujer corriente pasa por los deportes como un meteoro, mientras es soltera o mientras no la ocupan demasiado los cuidados de la maternidad. Entonces la feminidad verdadera se impone y la mujer deja sus hábitos deportistas, que son tan varoniles en el sentido de la actividad como en el de la indumentaria. En el deporte, el papel que pudiéramos llamar fisiológico de la mujer es, como antes hemos dicho, el de espectador, papel, repitámoslo, no pasivo y accidental, como pudiera creerse, sino lleno de trascendencia directa.

Gregorio Marañón, «Sexo, trabajo y deporte»,  
conferencia leída en un curso organizado por la  
Asociación Oficial de Estudiantes de Farmacia,  
17 de enero de 1925

• • •

Y en cuanto a las niñas, que están siempre más cerca de su sexo que los varones, toda su precocidad sexual suele reducirse a anticipos entrañables del instinto materno, que es muy anterior a la libido propiamente dicha, y a veces persiste toda la vida, con espléndida floración, sin que la libido se despierte jamás; ejemplo inequívoco de cómo en la mujer —así lo hemos defendido siempre— la sexualidad primaria está absorbida por la maternidad, quedando en un lugar secundario la apetencia intersexual propiamente dicha. El símbolo de María, madre sin ser esposa, tiene por esto tan profunda raíz en el alma femenina. Una mujer que concibe sin el concurso del varón es biológicamente el prototipo y la aspiración ideal de la emancipación del sexo sin detrimento de la fecundidad. Desde luego, una de las cosas que más sorprenden en el estudio de Freud sobre la psicología infantil es la falta de valoración del instinto maternal de las niñas, que es el anticipo normal de su sexualidad.

Gregorio Marañón, «Los estados intersexuales en



la especie humana», tres conferencias leídas en la  
Asociación Hispanocubana de Cultura de La Habana,  
diciembre de 1927

• • •

¿Es lícito o ilícito casarse por dinero? La contestación no puede darse en general; hay que responder de una manera distinta para cada sexo.

[...]

El hombre busca, o debe buscar, instintiva o deliberadamente, en la mujer en la que va a fundar la sociedad conyugal a la madre óptima para sus hijos, a la más capaz para concebirlos y criarlos. La mujer, en cambio, buscará en el presunto esposo al más capaz para vencer en la lucha por la vida, ya que esta victoria representa, por una parte, la afirmación más neta de su virilidad, y por otra, la seguridad de que el hogar estará bien defendido de las necesidades naturales. Ahora bien, esta fortaleza, que constituye el motivo más legítimo de la atracción del hombre para la mujer en el orden biológico, la da en los pueblos primitivos el vigor físico, la habilidad y el coraje; y en las sociedades civilizadas, la superioridad intelectual eficaz, el poderío o el dinero. Obra, pues, con un fondo de cordura natural la mujer que prefiere el varón robusto y no al débil; al encumbrado y poderoso, y no al humilde; al rico, finalmente, y no al indigente, siempre que ello no suponga burla sangrienta a las leyes supremas del sentimiento amoroso.

[...]

Lo que hemos dicho de la mujer que encuentra una disculpa específica en el hecho de desear el marido rico, podemos repetirlo de la que se deja influir por la categoría social de su cónyuge. El hombre que ha triunfado o que pertenece a la familia de un triunfador, puede ser, además, rico. Pero aunque no lo sea, el poderío es, por sí solo, uno de los cebos más gustosos para el instinto de la mujer. Se ve esto muy claramente en los países donde un hombre conquista súbitamente un mando eminente: ministro, dictador o jefe de Estado. Aunque sea viejo y desagradable, y aunque siga siendo pobre, se ve al punto rodeado de una suerte de harén de mujeres enternecidas, que acaso pocos días antes le veían pasar, indiferentes al súbito encanto de ahora.

Suelen juzgarse estas admiradoras repentinas como interesadas; pero su atracción radica en motivos más profundos y naturales. Para el instinto de ciertas mujeres, la admiración del poder es obligatoria, y cumplen, por lo tanto, con su obligación al someterse a quien lo representa; ya que no están lo suficientemente diferenciadas para superar estas atracciones de no excelsa categoría. Someterse al fuerte, como someterse al millonario, por el solo hecho de serlo, indica una inferioridad en la nobleza del instinto femenino; pero tiene su explicación y su disculpa.

Gregorio Marañón, «Amor, conveniencia y eugenesia», conferencia leída en la Asociación de Estudiantes de Medicina de San Carlos de Madrid, marzo de 1927

• • •

¿Hasta qué punto puede alojarse en la mujer la genialidad lírica? La cuestión es poco galante y corre el riesgo de suscitar en contra todas las banalidades del feminismo. No obstante, algún día será preciso responder a esta pregunta con toda claridad. Por ahora, permítaseme una ligera indicación. El lirismo es la cosa más delicada del mundo. Supone una innata capacidad para lanzar al universo lo íntimo de nuestra persona. Mas, por lo mismo, es preciso que esta intimidad nuestra sea apta para semejante ostentación. Un ser cuyo secreto personal tenga más o menos carácter privado producirá una lírica trivial y prosaica. Hace falta que el último núcleo de nuestra persona sea de suyo como impersonal y éste, desde luego, constituido por materias trascendentes.

Ahora bien: estas condiciones sólo se dan en el varón. Sólo en el hombre es normal y espontáneo este afán de dar al público lo más personal de su persona. Todas las actividades históricas del sexo masculino nacen de esta su condición esencialmente lírica. Ciencia, política, creación industrial, poesía, son oficios que consisten en dar al público anónimo, dispersar en el contorno cósmico lo que constituye la energía íntima de cada individuo. La mujer, por el contrario, es nativamente ocultadora. El contacto con el público, con el

derredor innominado, produce automáticamente en la mujer normal un cauto hermetismo. [...] Es vano oponerse a la ley esencial y no meramente histórica, transitoria o empírica que hace del varón un ser sustancialmente público y de la mujer un temperamento privado. Todo intento de subvertir ese destino termina en fracaso. No es azar que la máxima aniquilación de la norma femenina consista en que la mujer se convierta en «mujer pública», y que la perfección de la misión varonil, el tipo más alto de existencia masculina, sea el «hombre público».

[...]

Ese mecanismo de sinceridad que mueve al lirismo, ese arrojar fuera lo íntimo es en la mujer siempre forzado, y si es efectivo, si no es una ficticia confesión, sabe a cínico. Conviene a este propósito recordar que ha habido un género literario donde sólo han descollado mujeres y donde siempre el hombre ha fracasado: el género epistolar. Es él la única forma privada de la literatura, y, como tal, estaba predispuesto para la mujer. [...] Cuando se da el caso de que una mujer posea facilidad y gracia bastantes para transmitir a la muchedumbre su secreto personal de una manera convincente y auténtica, nuestra desilusión llega al extremo. Porque entonces descubrimos que esa intimidad femenina, tan deliciosa bajo la luz de un interior, puesta al aire libre resulta la cosa más pobre del mundo. La personalidad de la mujer es poco personal, o, dicho de otra manera, la mujer es más bien un género que un individuo. Me parece vano querer cegarse ante esta evidente realidad, que explica también la labor de la mujer en la historia y la perpetua mala inteligencia entre ambos sexos. Ello es que la mejor lírica femenina, al desnudar las raíces de su alma, deja ver la monotonía del eterno femenino y la exigüidad de sus ingredientes.

La pintura se ha encontrado sorprendida por la misma experiencia. En el retrato se plantea el problema de crear plásticamente una individualidad, una figura que afirma su carácter único, insustituible, señero. Para ello hace falta que el pincel sea capaz de individualizar su objeto; pero, además, que ésta sea de suyo individual y no igual a otros muchos, mero representante de un tipo. Y acaece que si hay pocos verdaderos retratos de hombres, puede decirse que

no hay ninguno de mujer. El retrato femenino es la desesperación de la pintura. El artista se ve forzado, para singularizar la fisonomía copiada, a acumular distintivos ornamentales, buscando en el traje diferenciaciones que faltan en la persona. La mujer es para el pintor, como para el amante, una promesa de individualidad que nunca se cumple.

Si hubiese habido mayor número de mujeres dotadas de los talentos formales para la poesía, sería patente e indiscutido el hecho de que el fondo personal de las almas femeninas es, poco más o menos, idéntico.

José Ortega y Gasset, «La poesía de Ana de Noailles», *Revista de Occidente*, julio de 1923

• • •

Todo hombre dueño de una sensibilidad bien templada ha experimentado a la vera de alguna mujer la impresión de hallarse delante de algo extraño y absolutamente superior a él. Aquella mujer, es cierto, sabe menos de ciencia que nosotros, tiene menos poder creador de arte, no suele ser capaz de regir un pueblo ni de ganar batallas, y, sin embargo, percibimos en su persona una superioridad sobre nosotros de índole más radical que cualquiera de las que pueden existir, por ejemplo, entre dos hombres de un mismo oficio. Y es que las excelencias varoniles —el talento científico o artístico, la destreza política y financiera, la heroicidad moral— son, en cierta manera, extrínsecas a la persona y, por decirlo así, instrumentales. El talento consiste en una aptitud por crear ciertos productos socialmente útiles —la ciencia, el arte, la riqueza, el orden público—. Más lo que propiamente estimamos es estos productos [...] La excelencia varonil radica, pues, en una *hacer*; la de la mujer en un *ser* y un *estar*; o con otras palabras: el hombre vale por lo que *hace*; la mujer, por lo que *es*.

Cuando menos, lo que al hombre atrae de ellas no son sus actos, sino su esencia. De aquí que la profunda intervención femenina en la historia no necesite consistir en actuaciones, en faenas, sino en la inmóvil, serena presencia de su personalidad.

[...]

El oficio de la mujer, cuando no es sino mujer, es ser el concreto ideal («encanto», «ilusión») del varón. Nada más. Pero nada menos.

[...]

De suerte que la mujer es mujer en la medida en que es encanto o ideal.

[...]

Por otra parte, se advierte que la encantadora misión de la mujer es el principio que hace posibles las restantes formas de feminidad. Si la mujer no encanta, no la elige el hombre para hacerla esposa que sea madre de hijas hermanas de sus hijos. Todo se origina en ese mágico poder de encantar.

[...]

Es increíble que haya mentes lo bastante ciegas para admitir que pueda la mujer influir en la historia mediante el voto electoral y el grado de doctor universitario tanto como influye por esta su mágica potencia de ilusión.

[...]

Es curioso que ya en los comienzos de la historia europea, allá en el primer canto de la *Iliada*, aparezca la mujer como galardón al que vence en los juegos o en la guerra. Al más diestro, al más bravo, la más bella.

José Ortega y Gasset, Epílogo al libro  
*De Francesca a Beatrice*, de la escritora argentina  
Victoria Ocampo, 1924

• • •

Después de todo, ¿qué razón hay para que un hombre inteligente se enamore de una mujer inteligente? Si se tratase de fundar una industria, un partido político o una escuela científica, se comprende que un espíritu claro intente sumarse otros claros espíritus; pero el menester amoroso —aun dejando de lado su dimensión sexual— no tiene nada que ver con eso; es precisamente lo opuesto a toda ocupación racional. Lejos, pues, de ser un enigma, el caso que usted plantea es la clave de la experiencia amorosa. Los hombres se enamoran de las corzas, de lo que hay de corza en la mujer. Yo no diría esto delante de las damas, porque éstas fingirían un gran enojo, aunque en el fondo por nada se sentirían más halagadas.

[...]

El varón, cuanto más lo sea, más lleno está, hasta los bordes, de racionalidad. Todo lo que hace y obtiene lo hace y obtiene por razones, sobre todo por razones utilitarias. El amor de una mujer, esa divina entrega de su persona ultraíntima que ejecuta la mujer apasionada, es tal vez la única cosa que no se logra por razones. El centro del alma femenina, por muy inteligente que sea la mujer, está ocupado por un poder irracional. Si el varón es la persona racional, es la fémina la persona irracional. ¡Y ésta es la delicia suprema que en ella encontramos! El animal es también irracional, pero no es persona; es incapaz de darse cuenta de sí mismo y de respondernos, de darse cuenta de nosotros. No cabe trato, intimidad con él. La mujer ofrece al hombre la mágica ocasión de tratar a otro ser *sin razones*, de influir en él, de dominarlo, de entregarse a él sin que ninguna razón intervenga. Créalo usted: si los pájaros tuviesen el mínimo de personalidad necesario para poder respondernos, nos enamoraríamos de los pájaros y no de la mujer. Y, viceversa, si el varón normal no se enamora de otro varón es porque ve el alma de éste hecha toda de racionalidad, de lógica, de matemática, de poesía, de industria, de economía. Lo que desde el punto de vista varonil llamamos absurdo y capricho de la mujer es precisamente lo que nos atrae.

[...]

El hombre inteligente siente un poco de repugnancia por la mujer talentuda, como no sea que en ella se compense el exceso de razón con un exceso de sinrazón. La mujer demasiado racional le huele a hombre, y, en vez de amor, siente hacia ella amistad y admiración. Tan falso es suponer que al varón egregio le atrae la mujer «muy lista» como la otra idea que las mujeres mismas insinceramente propagan, según la cual, ante todo, buscarían en el hombre la belleza. El hombre feo, pero inteligente, sabe muy bien que, a la postre, tiene que curar a las mujeres del aburrimiento contraído en sus «amores» con los hombres guapos. Las ve refluir, una tras otra, de arribada forzosa, infinitamente hastiadas de su excursión por el paisaje de la belleza masculina.

—Amigo Olmedo: si usted fuese escritor y escribiese todo eso que me está diciendo, lo colgarían a usted de un farol...

—Por eso no escribo. ¿Para qué escribir? No es posible transmitir las propias evidencias. Es muy raro que alguien se disponga generosamente a entendernos con exactitud. Pero, después de todo, esto que yo digo lo dijo ya en cifra, muchos años hace, nuestro amigo *Fede* (Olmedo llama *Fede* a Federico Nietzsche). Allí donde enumera los rasgos característicos del hombre mejor, que él denomina el «distinguido», encontramos éste:

«La complacencia en las mujeres, como en seres de especie menor acaso, pero más fina y ligera. ¡Qué delicia encontrar criaturas que tienen la cabeza llena siempre de danza y caprichos y trapos! Son el encanto de todas las almas varoniles demasiado tensas y profundas, cuya vida va cargada de enormes responsabilidades».

José Ortega y Gasset,  
«Paisaje con una corza al fondo», mayo de 1927

• • •

Las nueve décimas partes de lo que se atribuye a la sexualidad es obra de nuestro magnífico poder de imaginar, el cual no es ya un instinto sino todo lo contrario: una creación. Apunto aquí sólo la advertencia de que probablemente la notoria desproporción entre el sexualismo del hombre y el de la mujer, que hace a ésta, normalmente, espontáneamente, tan moderada en «amor», coincide con el hecho de que la hembra humana suele disponer de menos poder imaginativo que el varón. La naturaleza, con tiento y previsión, lo ha querido así, porque de acaecer lo contrario y hallarse la mujer dotada de tanta fantasía como el hombre, la lubricidad hubiera anegado el planeta y la especie humana hubiera desaparecido volatilizada en delicias.

José Ortega y Gasset,  
«La elección del amor», julio de 1927

• • •

[...] esa intimidad que en el cuerpo femenino descubrimos y que vamos a llamar «mujer» se nos presenta desde luego como una forma de humanidad inferior a la varonil. [...] En un tiempo como el nuestro en que, si bien menguante, sufrimos la tiranía del mito «igualdad», en que dondequiera encontramos la manía de creer que las cosas son mejores cuando son iguales, la anterior afirmación irritará a muchas gentes. Pero la irritación no es buena garantía de la perspicacia. En la presencia de la Mujer presentimos los varones inmediatamente una criatura que, sobre el nivel perteneciente a la humanidad, es de rango vital algo inferior al nuestro. No existe ningún otro ser que posea esta doble condición: ser humano y serlo menos que el varón. En esa dualidad estriba la sin par delicia que es para el hombre masculino la mujer.

[...]

Volvamos, pues, sin sentir por ello un rubor que sería *snobismo*, a hablar con toda tranquilidad de la mujer como «sexo débil».

[...]

En este carácter patente de debilidad se funda su inferior rango vital. Pero, como no podía menos de ser, esta inferioridad es fuente y origen del valor peculiar que la mujer posee referida al hombre. Porque, gracias a ella, la mujer nos hace felices y *es feliz ella misma, es feliz sintiéndose débil*. En efecto, sólo un ser inferior al varón puede afirmar radicalmente el ser básico de éste —no sus talentos ni sus triunfos ni sus logros, sino la condición elemental de su persona.

[...]

Simone de Beauvoir, distinguida escritora de París, capital de la grafomanía, ha escrito una obra voluminosa sobre *Le deuxième sexe*. A esta señora le parece intolerable que se considere a la mujer —y ella misma se considere— como constitutivamente referida al varón y, por lo tanto, no centrada en sí misma, según, por lo visto, le acontece al varón. La señora Beauvoir piensa que consistir en «referencia a otro» es incompatible con la idea de persona, la cual radica en la «libertad hacia sí mismo». Pero no se ve claro por qué ha de haber tal incompatibilidad entre ser libre y consistir en



estar referido a otro ser humano. Después de todo no es floja la cantidad de referencia a la mujer que constituye el macho humano. Pero éste, el varón, consiste de modo eminente en referencia a su profesión. La profesionalidad —ya en el hombre más primitivo— es, probablemente, el rasgo más masculino de todos, hasta el punto de que «no hacer nada», no tener profesión es sentido como un afeminamiento en el varón. El libro de la señora Beauvoir, tan ubérrimo en páginas, nos deja la impresión de que la autora, afortunadamente, confunde las cosas y de este modo exhibe en un libro el carácter de confusión que nos asegura la autenticidad de su ser femenino. En cambio, creer, como de su escrito se desprende, que una mujer es más persona cuando no «existe» preocupada por el hombre, sino ocupada en escribir un libro sobre «*le deuxième sexe*» nos parece ya algo más que una simple confusión

José Ortega y Gasset, *El Hombre y la gente*, 1957

• • •

Cuando las pintoras pintan bien ya no son pintoras, sino pintores. En este caso, como en tantos otros, se ve claramente que el feminismo no es cuestión de todas las mujeres —ni para todas las mujeres—, sino sólo de algunas mujeres.

«Algunas» pueden ser muchas, muchísimas. Y lo que cabe desear es que cada día aumente su número, aunque no en tal proporción que altere el equilibrio radical y animado entre ambos sexos, al menos en las actividades singulares más específicas.

Antonio Espina, reseña del libro *Les femmes peintres du dix-huitième siècle* de Ch. Oulmont, *Revista de Occidente*, febrero de 1929

• • •

El frío del escalpelo, no cuadra bien con una mano suave y delicada. Los dedos temblarán, y no podrá trazar las incisiones. Una mujer trepanando un cráneo, cortando una costilla, abriendo un vientre, o amputando un muslo es algo perfectamente antitético con la contextura espiritual femenina.

Doctor José Álvarez Sierra,  
*La vida como la ven los médicos*, 1929

• • •

Dignos de loor han sido, pues, los esfuerzos de Novoa, Camione, Bloch y otros varones excelentes en ciencia e investigación, para demostrar que en la mujer, la voluptuosidad debe considerarse como una energía viriloide y antagónica por ende de la específicamente femenina, que es la función maternal.

En los postreros años, la doctrina antifeminista, a causa de los detenidos y esmerados estudios científicos que sobre la mujer se han llevado a cabo, ha logrado granjearse la afición de los sabios competentes, y será de hoy más, la piedra fundamental de la nueva ginecología.

[...]

[comete un error el hombre] que no mira a su compañera como un animal doméstico y a ratos salvaje a quien es necesario encerrar, pegar, alimentar, proteger y compadecer.

Edmundo González Blanco, *La mujer según los diferentes aspectos de su espiritualidad*, 1930

• • •

[...] aún en los hombres más incultos hay cierta preparación experimental e instintiva, menos frecuente en la mujer.

Niceto Alcalá Zamora, «Obras son amores y no

buenas razones», citado en Gregorio Martínez Sierra  
(sic), *La mujer moderna*, 1930

• • •

Recuérdese para comprender la activísima participación del sexo femenino en la revolución marxista su característica debilidad del equilibrio mental, la menor resistencia a las influencias ambientales, la inseguridad del control sobre la personalidad. Cuando desaparecen los frenos que contienen socialmente a la mujer, entonces se despiertan en el sexo femenino el instinto de crueldad y rebasa todas las posibilidades imaginadas, precisamente por faltarle las inhibiciones inteligentes y lógicas, característica de la crueldad femenina que no queda satisfecha con la ejecución del crimen, sino que aumenta durante su comisión.

[...]

Además, en las revueltas políticas tienen la ocasión de satisfacer sus apetencias sexuales latentes.

[...]

La mujer cuando se lanza a la política no lo hace arrastrada por sus ideas, sino por sus sentimientos que alcanzan proporciones inmoderadas, incluso patológicas, debido a la irritabilidad de la personalidad femenina.

[...]

El estudio antropológico en el sexo femenino carece de finalidad, por la impureza de sus contornos.

[...]

A causa de su debilidad mental el psiquismo femenino tiene muchos puntos de contacto con el infantil y el animal.

Antonio Vallejo-Nájera, jefe de los Servicios

Psiquiátricos Militares, «Investigaciones psicológicas  
en marxistas femeninos delincuentes», 1938

• • •

La mujer lo es, un poco, por naturaleza. «La mujer —decía Wilde—, está hecha para ser amada, no para ser comprendida.» Esto no es pura retórica. Son siempre más difíciles de explicar los seres cuanto más cerca están de lo instintivo y más lejos de lo intelectual. El hombre es el ser intelectual por esencia: todo lo razona y lo explica. Por eso es mucho más claro —aunque a menudo más absurdo— que la mujer, y no digamos que las golondrinas o los gusanos de seda.

[...]

La mujer es un ser más instintivo y elemental que el hombre. Vive mucho más según un esquema de reacciones primarias que no según un programa de explicados motivos. Por eso es un problema. Y por eso es temerario hablar a un problema vivo y consciente, de él mismo. Porque el problema tiene necesariamente sus grandes y sonrientes objeciones que oponer a nuestra indocumentada solución. Si los crucigramas tuvieran conciencia propia, ¡figuraos lo que se reirían de los mil solucionadores expeditivos y desorientados!

Como medio de esquivar, en lo posible, tantos peligros, he procurado ser yo también, como ellas, lo más concreto y realista posible, aun a trueque de parecer un poco absurdo y contradictorio.

[...]

[...] he creído bueno comenzar por aquella cualidad que mejor expresa lo que supongo es lo más diferencial y característico de la mujer: su grado de colocación en la escala de los seres, más cercano a lo primario, natural e instintivo. Por eso empiezo a estudiarla —o retratarla— por esa cualidad que llamo sentido de la realidad o de lo concreto. El mundo de lo real e inmediato es el suyo propio. La mujer es un bello pedazo de Naturaleza admitido, como huésped receloso, en este mundo organizado por los hombres según una filosofía abstracta, que ellas, en el fondo, desprecian de todo corazón.

[...]

Mil signos de la vida diaria revelan en la mujer esa primacía de lo real y concreto. Toda ama de casa suele llevar un listín con las direcciones telefónicas de más corriente uso, porque se pierde un poco en el mar alfabético de la lista oficial de teléfonos. Examinad su listín. Buscad, por ejemplo, la «Mercería de Francisco Sánchez. Londres Elegante». A lo mejor no la encontráis ni en la M de «Mercería», ni en la S de «Sánchez», ni en la L de «Londres». Ya habéis desistido de encontrarla, cuando, inesperadamente, la halláis en la P: «Pañuelos». Allí es donde ella compra los pañuelos, y ese dato concreto y vivo ha saltado por encima de toda otra cosa en aquel prontuario íntimo, reflejo de su ser, que es su listín telefónico. Eso es la mujer. En su interno orden alfabético siempre las cosas están por delante de las ideas.

[...]

Por eso casi siempre la conducta de las mujeres está ligada a motivos concretos que sustituyen para ellas toda su filosofía. Es casi imposible hacerlas generalizar más allá de esos motivos. Si una mujer ha hablado en alto en el teatro, durante la representación, con una amiga, al llegar a casa es reprendida por su marido, y la «bronca» se prolonga, a lo mejor, durante horas y horas porque no advierten que están discutiendo dos temas totalmente dispares. El marido argumentará todo el tiempo sobre la tesis genérica de que no se debe hablar en alto en el teatro. La mujer replicará todo el tiempo sobre el hecho concreto porque tuvo ella que hablar en alto, en aquel momento, a su amiga.

[...]

No sé, si, en un primer momento, pueda molestar a las mujeres esta mayor aproximación en que las coloco de los grados inferiores de la escala de los seres: de lo vegetal y animal. Todo es cuestión de aclarar un posible malentendido. En cuanto se habla de lo animal o de lo vegetal, tendemos a recordar los seres más humildes de estos géneros, y la mujer se duele porque se siente acercada a las coles, las zanahorias o las aves de corral. Pero

rectifique su primera impresión y piense que, tomando otro punto de referencia, es ella misma la que acepta, complacida cada día las aproximaciones vegetales y animales que se mantienen en un nivel más decoroso. Con la rosa y el clavel se han hecho tradicionalmente tres cuartas partes de lo requiebros. «Gacelas» las llamó lord Byron, y un poeta árabe, «pino de oro». Algo de vegetal e instintivo tiene que haber en la mujer para que resulte celebrada con estas equiparaciones a esos seres, que no por ser ilustres dejan de pertenecer a la fauna y a la flora. Las facultades medias e intelectuales característicamente masculinas, no son nunca piropeadas con estas equivalencias animales o vegetales. Los médicos, los abogados o los ingenieros son abstracta y sosamente «ilustres» o «cultos», pero no hay flores ni bichos para exaltarlos metafóricamente.

[...]

Una mujer del siglo XVIII y una del siglo XX se parecen mucho más que dos hombres de los mismos siglos. Porque en este ciclo de tiempo, la mujer pudo teñirse el pelo de blanco o de rubio, pero conservó el alma casi idéntica. En cambio, los hombres, sin teñirse el pelo, se tiñeron el alma de mil filosofías y novedades intelectuales que modificaron profundamente su postura ante el mundo.

[...]

La mujer posee como una nativa monogamia sustancial e íntima. Su versatilidad aparente no es, pues, sino un pequeño desquite de menudas infidelidades en la breve zona que le queda, en su alma y su vida, libre y no acotada por la más dura fidelidad. Se arrepiente del bolso que compró la víspera, como pequeño escape y desahogo, para no arrepentirse nunca de Dios, del marido, de los dogmas, de los prejuicios.

[...]

Razonar, analizar, juzgar no es gloria del hombre; es un castigo al ser arrojado del Paraíso; es una forma de su «trabajo» con sudor, aquí, de su cerebro más que de su frente. Pero la mujer no fue creada para esto. Fue creada para otras cosas: para la compañía del varón —«no es bueno que esté solo»— y para la vida del hijo —«tendrás hijos con dolor»—. Es decir, siempre para el amor; para el amor como dolor o como placer. Y esto es una función luminosa que mucho más requiere intuiciones que pensamientos. No es cosa de teorías previas, ni de elaborados y razonados «programas» este oficio de amor. Dios hace las cosas bien y con orden. ¿Para qué iba a construir con excesivo mecanismo intelectual el alma de un ser destinado, por esencia, a las bellas sinrazones del cariño?

[...]

A la mujer no le cuesta demasiado trabajo admitir lo sobrenatural, porque convive cotidianamente con cosas que, si no sobrenaturales, son para ella tan maravillosas e inexplicables como si lo fueran. Las tres cuartas partes de lo que los hombres dicen en torno de ellas le resulta tan vago y maravilloso como la Teología o la vida de san Antonio de Padua. Sin poseer todos los antecedentes científicos que su comprensión requiere, para una mujer hay mucha menos distancia de la que nos imaginamos entre la resurrección de Lázaro y la curación de la difteria de su hijo mediante ese suero que le aplicó don Nemesio o don Manuel. Para una mujer, no hay más motivo para dudar del misterio de la Santísima Trinidad cuando lo explica el párroco, que para dudar de la armonía de los tres poderes —ejecutivo, legislativo y judicial— cuando la oye explicar a su marido, catedrático de Derecho o simplemente lector de artículos de fondo. La religión en su misterio para todos. Pero es mucho más fácil instalarse en él cuando, para la mujer, también son misteriosos la Filosofía, la Mecánica, la Política y tantas otras cosas.

[...]

Tan fundamental es ese instinto [maternal] cegador para la función que la mujer ha de cumplir en el orden natural de la vida, que él llena casi por completo el espíritu femenino y rebosa de él, impregnando todas las otras actividades de la mujer.

La mujer, ser muy pegado a la Naturaleza, muy antiintelectual por definición, está totalmente construido para la comunicación con ese otro ser débil, sumiso e irracional que es el hijo. El diálogo de balbuceos y medias palabras misteriosas entre las madres y el niño, tan infantil por una como por otra parte, es un dulce desquite de la tensión forzada a que tiene que someterse siempre la mujer para no decepcionar en sus sobremesas al varón. Sus «nanas», sus cuentos, sus cábalas y signos mágicos, donde los dedos pulgares son gigantes que devoran a los indefensos meñiques, son su privada venganza contra la aburrida seriedad, sin fantasía, de los periódicos, la política o los maridos. El matrimonio fue definido por un agudo filósofo como «una larga conversación». Pero es una conversación llevada por el marido, frente a la cual la mujer guarda una última reticencia, una definitiva objeción dudosa. Sólo en su hijo pequeño encuentra su apropiado interlocutor, allí donde la palabra, como una flor, tiene mucho más perfume que lógica.

[...]

Nunca comprenderán las mujeres que la ciencia —eso tan tieso y frío— tenga nada que hacer en ese mundo de instintos tan seguros y graciosos que es la maternidad. Ellas saben con concentrado rencor que todos aquellos hombres que ahora quieren opinar sobre su hijo no hubieran sido nunca capaces de sufrir lo que ella ha sufrido alegremente por él. Querrían por eso que el crecimiento del hijo, su crianza y educación, fueran una continuidad perfecta de aquella divina ceguera del primer dolor. Toda madre es siempre una sublime rebelde contra el específico moderno o el nuevo horario que reglamente el bello desorden de la lactancia. Toda madre es deseducadora y anarquista frente a las primeras «cuentas de restar» que el niño lleva a casa ordenadas por su colegio. Así va siguiendo desesperadamente al hijo, tirando de él hacia su mundo de maravilla, a medida que la vida se lo va llevando a



su órbita de seriedad. La última batalla la pierde la madre el día que el hijo estudia su primera lección de latín. «*Musa, musae...*» «¿Qué es eso? ¿Qué falta hace?» Y entonces comprende que se había estado engañando dulcemente: que había estado criando a su hijo para entregarlo a un mundo desconocido.

José María Pemán,  
*De doce cualidades de la mujer*, 1947

• • •

Si en lugar de tanta ética de Concepción Arenal, [la autora, María de Campo Alange] hubiese aportado un poco de estética —o de «metafísica, como a él le gustaba decir— de Otto Weininger, habría podido recordar aquel pasaje donde su deslumbrante genio, riéndose de todo saber botánico, afirmaba que, en la vida de todo vegetal, toda flor es femenina, todo tronco, masculino.

Eugeni d'Ors, «La secreta paz de los sexos. Reseña de *La secreta guerra de los sexos* de la condesa de Campo Alange», *Nuevo Glosario*, 1947-1949

• • •

Me cuesta trabajo imaginarme a una mujer dictando una sentencia con todo rigor.

Francisco Ruiz Járabo, Presidente del Tribunal  
Supremo, 1972

QUINTA PARTE  
SIGLO XX

Cuando Concha Espina publicó su primera novela, *La niña de Luzmela* (1909) la escritora envió un ejemplar dedicado a Azorín, entonces crítico literario en *ABC*. A los pocos días la joven encontró el libro, con su dedicatoria, en un puesto de libros de ocasión. Años después Espina recordaría aquel episodio diciendo «el maestro Azorín ha menospreciado siempre el arte de las mujeres españolas, con el deliberado propósito de no conocerlas; nunca ha escrito una línea de aliento ni de enseñanza para nuestra labor».<sup>1</sup> Es una anécdota minúscula si se quiere —cuántas veces no se ha repetido esta experiencia en el escritor novel— pero importa subrayarla como ejemplo de una actitud indiferente ante el esfuerzo creativo de la mujer.<sup>2</sup> La sección que abre este capítulo, «El miedo al feminismo», expone someramente el rechazo visceral a una visión moderna de la mujer y del mundo practicado en un momento crucial: las primeras décadas del siglo xx. Autores como el mencionado Azorín, Baroja, Unamuno, Valle-Inclán, Ramiro de Maeztu, marcan el estrecho horizonte intelectual ante un problema —la reivindicación de los derechos más elementales para la mujer— que ya no tiene marcha atrás. Sus anteojeras a la hora de calibrar la «revolución femenina» fueron enormes. El modelo femenino de Unamuno, como veremos, es Maximina, protagonista de la novela del mismo nombre escrita por Armando Palacio Valdés (1887). Ella es casi una niña cuando recién salida del convento contrae matrimonio con Miguel. El apelativo más frecuente con el que los que la rodean se dirigen a ella es «¡qué tonta!». Su hablar es tembloroso, la timidez la lleva a pedir permiso para todo, su rubor es casi permanente, igual que su sumisión a Miguel. Contrapunto de Maximina es la tía Ana, una mujer de setenta años que no se calla y a la que su marido describe como «cuerazo», «zapatilla vieja», «vejestorio» y «calamidad». Desea librarse de ella y busca que contraiga alguna enfermedad contagiosa. Maximina roza la subnormalidad y se hace difícil comprender que un personaje que es el epítome de la pasividad y la sumisión pueda ser un modelo para nadie.

No hay un solo argumento o criterio contra el progreso de la mujer que merezca ese nombre: se barajarán prejuicios, intereses puramente domésticos y confortables para el varón, descalificaciones muchas veces encubiertas bajo el paraguas del humor y exigencias que surgen de la suposición de que las mujeres no deben aspirar a nada más sublime en el mundo que plegarse a la voluntad del hombre y de la familia. De ser cierta esta suposición, la mujer realizaría a través del matrimonio la más alta condición humana. Y ésa es la línea de fuerza que centrará el nacionalcatolicismo que se impone ideológicamente en España a partir de 1939. Después de unos años de apertura al espacio público, fuerte presencia de las mujeres en este último y reconocimiento del derecho al voto (Victoria Kent, Clara Campoamor, Margarita Nelken, María de Maeztu, Federica Montseny...) con la llegada de la Segunda República, el franquismo supondrá una reacción a los logros conseguidos en el inmediato pasado. Volvería a considerarse a la mujer un ser inferior al hombre, incapacitado para gestionar su propia economía y cuyo destino prácticamente único era la familia y el matrimonio.

El capítulo titulado «Cómplices» merece una explicación. Su origen está en la lectura de los diarios de Carmen Martín Gaité (*Cuadernos de todo*, 2002). Aun no desconociendo la actitud que la novelista expresó en los temas relacionados con la mujer (su heroína preferida era madame de Merteuil, que nunca existió), sus duras observaciones, su idealización de los hombres, esencia para ella de la mejor humanidad posible, llaman poderosamente la atención y tal vez ayuden a explicar que sea de las pocas escritoras consideradas por el canon literario masculino. Y es que Martín Gaité, como Rosa Chacel, simpatizaban con él. De modo que en los diarios de la primera el ser femenino es tratado con una frialdad estremecedora, fruto ciertamente de una época y de un estado de opinión que había empequeñecido a la mujer, convirtiéndola en una menor de edad permanente. «Pasadas sus euforias de propósitos feministas tal vez las mujeres empiezan a intuir que a pesar de todo están debajo», observa Martín Gaité motivada por su rechazo a las mujeres que la rodean en una ciudad de provincias. Son convicciones que mantuvo. En su ensayo *Pido la palabra* (Anagrama, 2002) se lee: «Y el imperio de los gustos femeninos se extendió tanto que algunos hombres, para ponerse a tono, se contagiaron de esos estilos, se volvieron delicados,

indolentes y caprichosos y, en una palabra, se afeminaron». El afeminamiento de la sociedad y la decadencia de las artes como consecuencia desdichada de la influencia femenina será una de las formas más recurrentes en la renovación del discurso misógino en los albores del siglo XXI.

Sus severas opiniones sobre el ama de casa me dan pie para hablar de una palabra que tiene su lugar en este último apartado. La palabra es «maruja» y se ha convertido en uno de los peores estigmas femeninos (el peor lo conocemos todos). Es sorprendente que las mujeres recurramos a esa palabra con desprecio, como si habláramos de un ser inferior y abyecto por sus supuestas bajezas, sin ser conscientes de que cuando nos referimos a unas mujeres como marujas, literalmente estamos identificando a la mujer, en el nivel más elemental e inmediato, con unos comportamientos vergonzantes que detestamos. Una vez que decimos la palabra, que hablamos de las marujas y del marujeo, todas las mujeres están ahí, en su masiva presencia. Porque ha pasado de ser nominativa a un enunciado performativo: algo así como «yo no soy una maruja, pero las hay y cuando hablo de ellas me refiero a un haz de propiedades negativas que reúnen otras mujeres y que yo no deseo poseer». ¿Qué propiedades? Chismorreo, ignorancia, banalidad, ociosidad, consumismo incontrolado, culto por personajes espúreos y afición a programas dedicados al cotilleo de famosos. El problema sigue siendo el mismo sólo que al revés de lo que ocurría en el siglo XIX: el arquetipo de «ángel del hogar» se ha invertido y aquel ser intencionadamente idealizado para bloquear la salida al espacio público de las mujeres ahora es visto como un ser despreciable y cerril que se nutre de intimidades todas las horas del día. El discurso misógino sigue actuando con eficacia: cada vez se pone más difícil distinguir entre lo que es una maruja y lo que es un ama de casa en su dignidad de sostén doméstico de los que habitan en ella. «Pocas veces se ha producido con mayor rapidez la difusión de una idea más falsa e injusta»,<sup>3</sup> se lamentaba Ricardo Senabre.

Es evidente que las mujeres hemos sido y somos las principales cómplices de la desigualdad de sexos. Simone de Beauvoir se refiere a ello en *El segundo sexo*, porque hemos colaborado en nuestra propia opresión aceptando. Y por ello no deben de extrañar algunas declaraciones suministradas por TVE a raíz del nacimiento de la primera hija de los reyes

de España (entonces príncipes de Asturias), Leonor de Borbón y Ortiz. Hubo mujeres que manifestaron su desacuerdo en modificar la Constitución española en el párrafo que las impide reinar: «Yo esperaré un poco, a ver si les nace un varón», fue un comentario que hubiera preferido no escuchar. Porque concentra las suspicacias generadas por mujeres orgullosas de servir de correa de transmisión de una ideología misógina y como tal reaccionaria. A veces la actitud procede de mujeres que han podido preservar su especificidad o bien han conseguido instalarse en el orbe masculino con pleno derecho y no desean compartir su posición con nadie más. El síndrome de la abeja reina, en palabras de la socióloga María Antonia García de León. Mi éxito es mío en mí, piensa más de una recordando a Rubén Darío.

## El miedo al feminismo

Comprendo que la mujer soltera trabaje; pero la mujer casada debe estar perenne en una casa para atender a las necesidades de su familia, porque en otro caso tiene uno que llevar el pantalón roto; la mujer no puede coserlo, porque está en casa menos tiempo que el marido, y el marido tiene que coserse el pantalón o llevárselo a un sastre para que lo cosa; pero hay que pagarle, y ¿con qué se le paga?

[...]

Yo he visto a las mujeres trabajar en Santander desempeñando el oficio de peones de albañil. ¿Es esto digno y propio de una mujer? Las he visto ocupadas en las operaciones de carga y descarga de las embarcaciones, y parece que están vestidas de almazarrón por el polvillo colorado de mineral de hierro procedente de la estación de Guarnido. Alguien tiene, en verdad, que desempeñar esos oficios; pero de ninguna manera debe desempeñarlos la mujer; y allí mismo se ven las pescadoras esperando a sus maridos, y meterse en el agua hasta la cintura para recoger la pesca y ganar una pobreza con la venta. Todos estos oficios no debiera hacerlos la mujer, y, sin embargo, los hace.

*Reformas sociales. Información oral practicada en virtud de la Real Orden de 5 de diciembre de 1883, preparado por la Comisión para el Mejoramiento de la Clase Obrera, 1889*

• • •

El trabajo de la mujer, como he dicho antes, es malo en todas las fábricas, porque hace aumentar la crisis y al mismo tiempo ocasiona su prostitución.

Facundo Pérez Agua, *Reformas Sociales. Información oral racticada en virtud de la Real Orden de 5 de diciembre de 1883, preparado por la Comisión para el Mejoramiento de la Clase Obrera, 1889*

• • •

Si se admite la teoría de Darwin en sus principios [...], no puede negarse que los cambios en la vida política y económica, resultantes de borrarse la línea fronteriza entre el hombre y la mujer, repercutirán en los organismos de uno y otra.

[...] Hemos advertido (y esto confirma la regla) que cuando la mujer se dedica a trabajos varoniles, adquiere cierta semejanza física con el hombre; semejanza que aumenta, si ya existía antes.

Pero Pérez, «Las mujeres y el darwinismo»,  
*España Moderna*, agosto de 1895

• • •

El feminismo pretende sustraerla [a la mujer] a la educación maternal para entregarla al brazo laico y secular del Estado que la sumerja en una de esas escuelas [mixtas] en que la promiscuidad de sexos y la ausencia de todo pudor (que se marchó con el crucifijo de la escuela) les ha merecido el nombre gráfico de porquerizas.

[...]

[el feminismo] es el eterno engaño de la seducción con que pone asechanzas la serpiente al calcaño de la mujer. Es el mismo lenguaje del Paraíso, el mismo silbo del dragón infernal murmurando a los incautos oídos de la inocente Eva el *seréis como Dioses*, para arrastrarla a su caída fatal.



Alejandro Pidal y Mon, ministro de Educación,  
«El feminismo y la cultura de la mujer»,  
*Ciudad de Dios*, noviembre de 1904

• • •

Así la impresión que dejan en el ánimo las emociones fuertes, producidas por un arte intensamente masculino, suceden las sensaciones blandas, desmayos delicados, admirables visiones de una realidad poética, donde se revela, en toda su plenitud, un alma sensitiva de mujer.

Ángel Guerra, prólogo a *La vida trágica*  
de Caterina Albert, 1907

• • •

Y ahora quizás es el momento de hablar del estilo varonil que da fisonomía a Víctor Català. La novela que tenía entre manos también debía de tener su protagonista femenino. De este modo, ¿por qué Caterina Albert escogió por seudónimo el nombre de un protagonista masculino? Por razón del subconsciente. En el fondo del fondo de todo su ser palpitaba el espíritu masculino. Por esta razón, a causa de un cierto desequilibrio de cromosomas, ella tendía más a las manifestaciones masculinas que no a las femeninas. Eso, cromosomas aparte, lo había heredado de su abuela, la mujer enérgica; y se lo había acentuado el trato del abuelo con los campesinos y las campesinas, aliñado con palabras rudas, como de hombre a hombre.

Si la hubiesen dejado elegir, ella hubiera querido ser hombre. Por eso había aprendido, no sólo a pintar, lo cual es apropiado también para una señorita, sino también a esculpir, lo cual no lo es tanto. Por eso a la hora de pensar en el futuro habría querido ser médico, que es carrera sobre todo de hombres. Y por eso, por causa de ese ligero desequilibrio de los cromosomas en el momento de la gestación, ahora que tenía treinta años se descubría unas facciones masculinoideas que ella misma plasmó en un autorretrato que se hizo al carbón.

No tiene nada de extraño, pues, que a la hora de rebautizarse escogiera un nombre de hombre. Encajaba más con su manera de ver, de sentir, de juzgar y de obrar en todas las cosas, vistas siempre desde su lado más crudo, más penumbroso, más enérgico.

Josep Miracle, *Caterina Albert Paradís*  
«*Víctor Català*», 1978

• • •

Respecto al feminismo, le soy a usted franco, no ha logrado aún interesarme. No veo en él cuestión alguna sustantiva, me parece un caso de la cuestión llamada social y más bien de la económica. Debe depender, además, de mi temperamento; respecto a la mujer tengo ideas poco modernas. Es un asunto que me gustaría hablar con usted. Tengo de la mujer y del matrimonio la idea más puritana posible, y en algo casi medieval; lo erótico no me interesa y en la mujer veo sobre todo, como Goethe, una *bonne ménagère*. La mujer de su casa, hacendosa y *remengada* (que dicen en mi país) es la que más aprecio. Doña Emilia Pardo Bazán me hacía observar un día que cuanto yo escribo es muy exclusivamente masculino, que parece no interesarme lo femenino, y me añadía que, entre los escritores de nota, Victor Hugo y Lamennais le han parecido siempre los más indiferentes al feminismo. Tal vez logre alguien sacudir mi temperamento y hacer que me interese en ello. Respecto a la mujer no estoy lejos de opinar como Schopenhauer y Nietzsche. ¿Cómo ve usted «Maximina» de Palacio Valdés? Pues ésa me parece la mujer modelo.

Miguel de Unamuno, Carta a Santiago Valentí  
Camp, 12 de marzo de 1901

• • •

Fue el principio de aquella segunda mitad del siglo pasado en España lamentabilísimo para la literatura. Allá por los años 1860 dominaban la ñoñez y el encogimiento, casi todo era inocente y casi todo modoso. Y lo que no lo

era se ahogaba en aquel ambiente de hipocresía. Y hoy, a pesar de las apariencias, vuelven aquellos tiempos. Y en el teatro, es Benavente casi el único que pelea contra esa fatal tendencia.

¿Y por qué es ese mal mayor en la literatura dramática que en cualquier otro género de literatura?, ¿por qué triunfa en el teatro la «honrada» poesía, que fuera de él tiene aún que resistir la supremacía de la verdadera poesía, de la poética? Claro está que por ser el teatro un espectáculo y por dar las señoras el tipo medio de su público. Y nótese que digo las señoras y no las mujeres.

Las señoras, en efecto, o si se quiere las damas, son una variedad de mujeres que junto a muchas cualidades de su sexo ocultan otras no menos buenas y muestran algunas decididamente perniciosas. Una de las capitales preocupaciones de la señora es ocultar la espontaneidad nativa de la mujer y es aparentar, no ya virtud, como pudibundez. Y si la vanidad es algo que hace estragos en nuestro pobre linaje humano, ya en el hombre, ya en la mujer, en nadie de entre nosotros se ceba más que en la señora. La señora es esclava de la vanidad y del *comme il faut*, de las conveniencias, de lo que estrictamente quiere decir la palabra decencia.

[...]

Y son esas insoportables señoras, esas damas que forman parte de todo género de asociaciones benéficas, por *sport*, para socorrer y al mismo tiempo afrentar a los pobres, las que dan el tono del público en nuestros teatros.

[...]

¿Y no es acaso, y por desgracia, de arena el alma de esas señoras que van al teatro a llorar o a reír, a hacer la digestión de la cena en todo caso, a ver a sus amigas y ser por ellas vistas, a observar el traje que saca la actriz de moda y si es moda o no, y a tomarla por modelo de elegancia?

De cierto que las más de esas señoras, debajo del arenal señoril de su espíritu, tienen la roca viva de la mujer, ¡pero tan enterrada!, ¡tan inabordable por los pésimos efectos de una artificiosa educación! Porque no hay peor

educación que la supuesta buena educación de esas señoras y señoritas. Éstas son la plaga de nuestra sociedad, de clase media y alta. Y ellas hacen el triunfo, por efímero que sea, de los Eguílaz de toda laya.

Las cosas que ellas llaman fuertes —muchas veces sin serlo— les alteran los nervios sin llegar a hacerles llorar, les meten el corazón en un puño y les quitan el sueño. ¡Y todo menos esto! Una señora que se estime va al teatro a disponerse para el sueño, a prepararse a bien dormir. Es lo que oí una vez a una de ellas: «¿Yo al teatro hoy? ¡Dios me libre! Dan no sé qué cosa de ese Shakespeare, que será todo lo genio que ustedes quieran, pero es para que los hombres de letras, los entendidos, los pensadores, le lean a solas en su gabinete, pero no para entretenernos a ratos a nosotras las señoras. Y además suele decir algunas veces tales cosas el tal geniecito... No, no es para que lo pueda oír mi hija». (Esta hija, excusado es decirlo, se criaba para señora a quien igualmente los genios le estorbaban.)

Son esas señoras las que nos tienen postrado al teatro y son las que estropean los seminarios, *magazines* y revistas más o menos ilustradas. Son las sacerdotisas de la superficialidad y, aunque ellas crean lo contrario, ¡de la cursilería y del *tilinguismo*!

Miguel de Unamuno, «Las señoras y el teatro»,  
*La Nación*, Buenos Aires, 11 de enero de 1912

• • •

Todo hombre de corazón, penetrado de la íntima soledad en que vivimos en la tierra, sobre todo un hombre como Flaubert, a quien su misma excelsitud espiritual le aislaba, tiene que sentir en toda mujer que en espíritu lo sea, en toda alma femenina, una madre. La mujer, sea madre, novia, esposa, hermana o hija nuestra, es siempre nuestra madre, es un espíritu serenador que apacigua nuestras tormentas.

[...]

Más de una vez me han visto mis lectores execrar de las damas y revolverme contra el tono de ramplona y falsa distinción que dan a la sociedad, y más de una vez he declarado que no quiero ser escritor para señoras y señoritas, aunque sé que es eso lo que da más provecho. Pero tratándose de mujeres —que pueden, por lo demás, habitar en muy verdaderas señoras, en el más noble sentido de esta palabra y no el que ordinariamente toma—, en tratándose de mujeres es ya otra cosa. Una señora o una señorita en un salón, en un baile, en una solemnidad, en un palco de teatro, no me interesa absolutamente nada; interésame, sí, cuando vuelve a ser ama de casa, mujer de su hogar o trabajadora en su trabajo.

[...]

El pobre Flaubert se iba convenciendo que no era sino el encanto físico de la Colet lo que a ésta le atraía y que todo lo demás, todas las excelencias espirituales con que la adornó, no eran sino creación de su deseo amoroso. Lo prueba el tono con que de ella, sin nombrarla, habla luego en alguna carta a sus amigos.

[...]

Flaubert infiltró su alma en la Colet, que debió de ser una especie de *bas bleu* encantada de tener a su servicio al gran maestro y que exhibía su intimidad pecaminosa, y creyó que esa alma era otra. Y de aquí que siendo las cartas a la Colet las más íntimas, acaso, las más encendidas, las más trágicas, son, más que cartas, un diario íntimo.

Miguel de Unamuno, «Cartas a mujeres», *La Nación*, Buenos Aires, 25 de abril de 1912

• • •

También las musas escriben. Las tradicionales inspiradoras del genio masculino, que antes se contentaban con ofrecernos el espectáculo sereno de su belleza, ahora también han tomado la pluma y se han puesto a escribir.

[...]

Toda una muchedumbre de escritoras, laboriosas e inspiradas, ornadas de fuertes virtudes masculinas, de tenacidad, de perseverancia, de inquietud.

[...]

De toda esa labor literaria femenina, de esta obra de las musas, ¿qué revelación única y genial hemos recibido? ¿En qué se han mostrado superiores las inspiradas a los inspiradores? ¿Qué ha sido de su obra, salvo algunas excepciones, más que una emulación de la obra masculina? Más ilustran acerca del alma del hombre, e incluso de la mujer unas páginas de Martínez Sierra o de Felipe Trigo que toda la labor literaria de las escritoras de esta época.

Rafael Cansinos-Asséns, *La Nueva Literatura*, 1917

• • •

### Contrato de Maestras en 1923

Éste es un acuerdo entre la señorita ..... maestra, y el Consejo de Educación de la Escuela ..... por la cual la señorita ..... acuerda impartir clases durante un período de ocho meses a partir del ..... de septiembre de 1923. El Consejo de Educación acuerda pagar a la señorita ..... la cantidad de (75) mensuales.

La señorita ..... acuerda:

- 1.- No casarse. Este contrato queda automáticamente anulado y sin efecto si la maestra se casa.
- 2.- No andar en compañía de hombres.
- 3.- Estar en su casa entre las 8.00 de la tarde y las 6.00 de la mañana a menos que sea para atender función escolar.
- 4.- No pasearse por heladerías del centro de la ciudad.
- 5.- No abandonar la ciudad bajo ningún concepto sin permiso del presidente del Consejo de Delegados.
- 6.- No fumar cigarrillos. Este contrato quedará automáticamente anulado y sin efecto si se encontrara a la maestra fumando.

7.– No beber cerveza, vino ni whisky. Este contrato quedará automáticamente anulado y sin efecto si se encuentra a la maestra bebiendo cerveza, vino y whisky.

8.– No viajar en coche o automóvil con ningún hombre excepto su hermano o su padre.

9.– No vestir ropas de colores brillantes.

10.– No teñirse el pelo.

11.– Usar al menos dos enaguas.

12.– No usar vestidos que queden a más de cinco centímetros por encima de los tobillos.

13.– Mantener limpia el aula:

a) Barrer el suelo al menos una vez al día.

b) Fregar el suelo del aula al menos una vez por semana con agua caliente.

c) Limpiar la pizarra al menos una vez al día.

d) Encender el fuego a las 7.00, de modo que la habitación esté caliente a las 8.00 cuando lleguen los niños.

14.– No usar polvos faciales, no maquillarse ni pintarse los labios.

Txaro Gilabert, «Documento histórico. Contrato de maestras en 1923», *Aula libre*, junio de 2001

• • •

Cuando mi mujer vino a verme con mis tres hijas, en febrero de 1924, se ocupó de mi ropa blanca, renovó mis vestidos, me proveyó de calcetines nuevos. Ahora están ya todos agujereados, deshechos.

[...]

Cuando se me desterró sin que se hubiera dicho —y sigo ignorándolo— la causa o siquiera el pretexto de mi destierro, pedí a los míos, a mi familia, que ninguno de ellos me acompañara, que me dejase partir solo.

[...]

Pedí que se me dejara solo, y comprendiéndome y queriéndome de veras —eran los míos al fin y yo de ellos—, dejáronme solo. Y entonces, al final de mi confinamiento en la isla, [...] presentóseme una dama —a la que acompañaba, para guardarla acaso, su hija— que me había puesto casi fuera de mí con su persecución epistolar. Acaso quería darme a entender que llegaba a hacer conmigo lo que los míos, mi mujer y mis hijos, no habían hecho. Esa dama es mujer de letras y mi mujer, aunque escribe bien, no lo es. Pero ¿es que esa pobre mujer de letras, preocupada de su nombre y queriendo acaso unirlo al mío, me quiere más que mi Concha, la madre de mis ocho hijos y mi verdadera madre? Mi verdadera madre, sí. En un momento de suprema, de abismática congoja, cuando me vio en las garras del Ángel de la Nada, llorar con un llanto sobrehumano, me gritó desde el fondo de sus entrañas maternas, sobrehumanas, divinas, arrojándose en mis brazos: «¡Hijo mío!». Entonces descubrí todo lo que Dios hizo para mí en esta mujer, la madre de mis hijos, mi virgen madre, que no tiene otra novela que mi novela, ella, mi espejo de santa inconciencia divina, de eternidad. Es por lo que me dejó solo en mi isla mientras que la otra, la mujer de letras, de de su novela y no la mía, fue a buscar a mi lado emociones y hasta películas de cine.

Miguel de Unamuno, *Cómo se hace una novela*, 1927

• • •

Vestía de ciclista con las pantorrillas al aire. ¿Sería una señorita modernista de estas que hablan de arte y de Paul Bourget? No sé; no creo en esas jóvenes modernistas que nos pinta Benavente. Me parece que Benavente las sueña. Después de todo, hace bien; es lo único que se debe hacer: soñar.

[...] Las ideas y las ilusiones, las mujeres y las pompas de jabón, cogidas con la mano, o se rompen o pierden su brillo. Ya se ve lo que hemos adelantado. Se ha tratado de emancipar a la mujer, una idea hermosa, es cierto; lo han conseguido en parte y han hecho de la mujer una cosa rara, que fuma, enseña las pantorrillas, habla de arte y no quiere hacer chicos. Creo que serían más agradables las mujeres de hace trescientos años.



Pío Baroja, «Crónica sentimental»,  
*Juventud*, 15 de marzo de 1902

• • •

Yo, en Madrid, de joven, miraba como tipo de la mujer inútil y haragana, embustera, erótica y ansiosa a una señorita de la vecindad que se llamaba Lola. Lola era una mujer morena, verdosa, con la cara llena de polvos de arroz; inmediatamente que veía a algún joven y hablaba con él, se derretía y perdía el decoro; siempre estaba en el balcón, mandando una carta a uno y a otro. A su padre y a su madre los trataba mal, con una aspereza y un desdén tales que sublevaban; con las criadas tenía unas amistades estrechísimas, alternadas con riñas feroces. No creo que hubiese leído nunca nada más que algunos ecos de sociedad. Tenía un entusiasmo por los ricos que llegaba a la vileza.

En la calle todo era mirar aquí y mirar allá y sonreír al que la seguía; si yendo con la madre las convidaba algún pollo, Lola se mostraba como el espíritu del ansia y de la gorronería.

Esta mujer acabó no trágicamente, pero sí mal. Se casó con un empleadito; y yo, por un azar del ejercicio de la Medicina, supe que Lola había tenido amantes, y que su marido, el pobre diablo, lo sabía. El hombre, que, mientras vivió, fue un calzonazos tranquilo, cuando enfermó gravemente adquirió una extraña energía, y, al acercarse su mujer a la cama, desviaba la mirada de ella con repugnancia. Lola quedó viuda, y antes de perderla yo de vista tenía una casa de huéspedes.

Yo creía entonces que este tipo de Lola era una excepción del género femenino; después, creía que era una variedad; hoy creo que es casi el género entero, con algunas excepciones.

La fuerza del sexo nivela a todas las mujeres. Esa presión del ovario y la matriz es tan fuerte, que no les permite diferenciarse bien.

[...]

Recuerdo que cuando fui por primera vez a París, hace veinte años, me hice amigo de un joven periodista de Burdeos que se llamaba Damery-Cantenac, que vivía en plena miseria en un chiscón de detrás del cementerio de Montparnasse.

Damery era hombre guapo, conquistador y sarcástico, venía de Argelia de cumplir el servicio militar, tenía la cara tostada por el sol de África. Una noche íbamos dos españoles y él por los bulevares, y, al pasar por delante del teatro de Variétés, vimos una señora tan guapa, tan decorativa, que nos quedamos mirándola, quizá con demasiada curiosidad, y hasta hicimos alguna exclamación de asombro.

Un caballero ya viejo que iba con ella se acercó a nosotros con viveza. Damery se plantó desdeñosamente a oír la reclamación de aquel señor. El caballero, entre otras cosas, dijo, con altivez, que aprendiéramos a distinguir una señora del gran mundo de una *cocotte*.

A esto Damery contestó con tono sarcástico:

—Para mí, señor, entre una *cocotte* y una mujer del mundo no hay más diferencia que ésta: que cuando se acuesta uno con una *cocotte*, paga, y cuando se acuesta uno con una mujer del mundo, no paga.

—Es usted un impertinente —gritó el señor, con una voz de falsete.

—Me llamo Damery-Cantenac. Vivo en la calle de Gassendi, detrás del cementerio de Montparnasse, en un hotel, por cierto bastante miserable, que se llama hotel Gassendi. A su disposición. Buenas noches, caballero.

Y Damery hizo un saludo militar.

Muchas veces recuerdo la frase de Damery, que me pareció desvergonzada y cínica. Hoy no me lo hubiera parecido tanto.

Ciertamente, no es raro que las mujeres casadas que tengan amantes se puedan identificar con las cortesanas; tampoco es extraño que nuestras señoritas se diferencien tan poco de las cocineras; lo que sí es raro es que las vírgenes locas de una burguesía gazmoña como la nuestra sean espiritualmente iguales a las mujeres de los burdeles.

[...]

La mujer en estas ciudades está a la altura del hombre. En general, da la impresión de un animal lascivo y religioso que hace cabriolas bajo el látigo del confesor.

Sobre todo, las mujeres de la burguesía, que no leen nada ni quieren enterarse de nada, ni creer en nada más que en lo que les dice el cura, tienen algunas un aspecto de actrices o de cocotas extraño. Usan las modas más excitantes, practican el maquillaje.

Por poco que uno haya viajado, ha visto en hoteles del extranjero mujeres que se entretienen en encender los deseos de los hombres; pero, generalmente, son mujeres de cierta moral laxa, un poco pervertidas por la literatura, neuróticas, que buscan sensaciones.

Lo que indudablemente es absurdo es ver muchachas que se pintan y muestran sus atractivos y toman una actitud extravagante con el objeto de casarse y de ser después presidentas de una asociación piadosa. Maquillaje *ad majorem Dei gloriam*.

[...]

Hoy, las bisnietas de aquellas señoras no leen nada. Van vestidas a la moda, pero sólo por fuera, como puede ir con cintajos un caballo o un mono.

No se nota, y es cosa triste, que la mujer española evolucione hacia la cultura.

Parece que no tiene condiciones para ello. La mujer se va desprendiendo de fórmulas antiguas de cortesía y de política y tomando un aire más suelto; pero no sustituye lo que deja con algo nuevo.

[...]

Y la mujer actual elegante no tiene vida interior ninguna. Parece que el poco cerebro que tenía se le ha evaporado. Lo único que le queda fuerte es la religión, pero como una ramificación del egoísmo. Como la mayoría creen que después de la muerte se va a volver a vivir, se quieren preparar un sitio confortable para más allá; lo mismo que se piensa en invierno en la villa que se va a alquilar en verano.

Pío Baroja, *Las horas solitarias*

(*Notas de un aprendiz de psicólogo*), 1918

• • •

Y ellas, que andan por la tierra como diosas carnales, buscando los ojos de sus adoradores, no piensan que, dentro de poco, aquella figura tan alabada, tan adorada por los hombres sensuales, será un montón de corrompida materia que habrá de apartarse de la vista de los hombres por hedionda, que apestará con su hedor, que no tendrá más caricias que las de los gusanos que la festejarán para devorarla.

Cardenal Isidro Gomá y Tomás, *Las modas y el lujo ante la Ley cristiana, la Sociedad y el Arte*, 1913

• • •

También por acá teníamos nuestras Lindas Malnati, si no socialistas, su tantico peligrosas, y algunas de positivo talento y de no escasa valía cultural. A sus influjos acaban de nacer algunas asociaciones femeninas que alistaban bajo su respectiva bandera a muchas *sorprendidas* mujeres hispanas. Y el Cardenal Primado, al ver en una de esas asociaciones feministas indecorosos radicalismos, impropísimos de la mujer española, y en otra cierto neutralismo religioso que suscitaba vivos celos y hacía barruntar serios peligros, ideó esa afortunada «Acción Católica de la mujer», que, en pocos meses, echó profundo arraigo en Madrid.

Padre Graciano Martínez, *El libro de la mujer española. Hacia un feminismo cuasi dogmático*, 1921

• • •

El Lyceum, como verdadero casino de la mujer, es el enemigo natural de la familia. Y en primer lugar, el enemigo de la autoridad del marido, sin la cual el hogar es una república soviética, un caos.

¿Qué autoridad le queda al marido si la mujer se parapeta en el Lyceum Club? Ninguna.

—Hay que hacer esto —dirá el marido.

—Imposible —dirá la mujer liceónoma—. Precisamente esta tarde tengo que estar, sin falta, en el Lyceum.

—Pero mujer, si es una cosa urgente, si es un negocio que debemos resolver cuanto antes...

—Pues que se hunda el negocio. Yo no puedo faltar al Lyceum Club.

—Ya irás otro día.

— Tiene que ser hoy... Precisamente esta tarde vamos a tener en el Lyceum unas conferencias importantísimas que han de dar que hablar a los periódicos. Yo voy, ¿sabes?, a donde me da la gana...

[...]

A esas mujeres, sin virtud ni piedad y con las piernas al aire, la sociedad haría muy bien recluyéndolas como locas y criminales, en lugar de permitirles clamar en el club contra las leyes humanas y las divinas. El ambiente moral de la calle y de la familia ganaría mucho con la hospitalización o el confinamiento de esas féminas excéntricas y desequilibradas.

Artículo aparecido en la revista religiosa *Iris de Paz*,  
julio de 1927

• • •

No tengo tiempo. Yo no puedo dar una conferencia a tontas y a locas.

Jacinto Benavente, respuesta a la invitación para dar una conferencia en el Lyceum Club Femenino. Citado por María Teresa León en *Memoria de la melancolía*, 1970

• • •

Sobre las mujeres tengo ideas que no se parecen en nada a las prístinas. En la adolescencia las mujeres me parecían hermosas, buenas y superiores al hombre. Hoy el hombre y la mujer me parecen igual de miserables. Hace años se me antojaba una monstruosidad el que la Iglesia hubiera vivido siglos

enteros sin reconocer la existencia del alma femenina. En la actualidad, opino que la Iglesia tenía razón y que reconoció la existencia del alma en la mujer demasiado pronto.

He dicho que nunca me he dirigido a ninguna mujer, porque a la mujer, como al cocodrilo, hay que cazarla y la caza es un deporte que no me interesa; esforzarse por lograr una mujer me parece una pérdida de tiempo semejante a la de darle de comer a una ternera el contenido de una lata de sardinas en aceite. Don Juan Tenorio no era, a mi juicio, ni un caso clínico ni un héroe; era, sencillamente, un cretino sin ocupaciones importantes. La mujer que aspire a que la quiera, suponiendo que esa mujer exista, que no lo dudo, tiene que venir a buscarme, como vinieron las anteriores, pues en eso ya he dicho que estoy muy mal acostumbrado, y entonces ya veremos si nos entendemos. Además, con respecto a ellas, sostengo un criterio cerradísimo: o se acomodan a mí, a mis gustos, a mi carácter y a mis aficiones, o me hago un nudo en el corazón y las digo adiós con melancólica entereza.

Una mujer que no se acomoda a nosotros tiene menos valor que un lavafrutas, aunque sea Friné rediviva; porque *la mujer ideal*, que ilumina nuestra existencia y la simplifica y la allana es acreedora de todo; pero *la mujer real*, que nos las obscurece, y la complica, y la llena de obstáculos, únicamente merece que la tiremos por el hueco del ascensor. (*Creo que Larra ganó en prestigio muriéndose del pistoletazo que se disparó, pues al suicidarse por el desvío de una mujer demostraba que su privilegiado cerebro había entrado en el periodo de la decadencia.*)

Sólo en un aspecto es la mujer inferior al hombre. En el aspecto de que, estando en la obligación de personificar la ternura, la paz, la comprensión, la dulzura, la paciencia; estando en el deber de alegrar y facilitarle la vida al hombre, se esfuerza en hacer todo lo contrario. (*Y a causa de esto, es digna de las censuras más agrias.*)

[...]

No soy un misógino: sin la compañía, sin la presencia de las mujeres no podría vivir; me gustan por encima de la salvación de mi alma. Lo que no hago, al menos por ahora, es entregarles el corazón, porque cada vez que lo

entregué me rompieron un pedazo, y lo necesito entero para la metódica circulación de mi sangre. *(Las mujeres no nos rompen el corazón porque dejen de amarnos, pues difícilmente puede encontrarse un ser que desarrolle la fidelidad pétreo que desarrolla la mujer. Nos rompen el corazón mostrándonos, de pronto, meridianamente distintas a como las creíamos.)* Mi conducta es, pues, con respecto a las mujeres igual a la de las amas de casa, que no dejan la *vajilla buena* en manos de la criada que acaba de llegar del pueblo, porque sabe que se la descalabrarían. Y en cambio, se la confían sin miedo a una doncella experimentada.

Acabará este capítulo de las mujeres con dos observaciones intrascendentes:

primera: Como más me gustan las mujeres es desnudas.

segunda: Una vez desnudas, como más me gustan las mujeres es de espaldas.

[...]

Son las doce de la mañana. Salgo de casa. El calor del mediodía me acaricia la piel. [...] Sigo adelante cada vez más contento. Una muchacha guapísima avanza. ¡Dios! ¡Qué guapa es! Tendrá vacíos el corazón y el cerebro, como todas, claro; pero ¡qué guapa es! ¡Qué piernas las tuyas! ¡Qué ojos! ¡Qué boca! ¡Vivan las mujeres lindas!

[...]

Todo esto leí y aprendí en las novelas llamadas «de amor» o «psicológicas». Pero ha pasado el tiempo y la vida me ha enseñado estas otras cosas:

1.<sup>a</sup> Que a las mujeres igual les enamoran los hombres altos que los bajos, que los de ojos verdes, que los de ojos saltones, que los escultores, que los peritos mercantiles, con tal de que tengan dinero para sostenerlas y energías para satisfacer su sensualidad.

[...]

3.<sup>a</sup> Que las mujeres, cuando desprecian o cuando engañan, lo hacen sin saber por qué, pues razonan rarísimas veces.

[...]

9.<sup>a</sup> Que todas las mujeres son iguales, salvo las diferencias de nombre, de físico, de cédula y de cutis.

[...]

14. Que no hay mujer que no ame de un modo vulgarísimo

15. Que las muchachas solteras no son susceptibles de división ninguna, porque forman una sola falange de hambrientas de la carne, unas que saben lo que les ocurre y otras que no aciertan a explicárselo.

Enrique Jardiel Poncela,  
*Amor se escribe sin hache*, 1929

• • •

—¿Ha amado usted mucho?

—¿En calidad o en cantidad?

—En las dos cosas.

—En cantidad, poco. Conociendo tres o cuatro mujeres se conocen todas. En calidad... En fin, yo amo siempre de una forma rara. A veces, idolatro por la mañana y aborrezco por la noche, o viceversa.

—¿Es que no ha encontrado mujeres interesantes?

—Al contrario. ¿No ve usted que en el hecho de amarlas ya le damos nosotros el interés? Al principio lucho por hacer que ellas piensen como yo. Luego, al ver que piensan como yo, me da rabia.

—¿Qué es lo que más le apena?

—Las parejas de novios que van al cine o de paseo con la mamá de ella.

—¿Por qué?

—Porque en la madre veo cómo va a ser la hija dentro de veinte años. Y me apena que el idiota del novio no vea eso mismo.

[...]

—¿Qué opina usted de las mujeres?



—Que son cerebros en embrión perturbados por el histerismo. Y si la mayoría de los hombres no fueran tan brutos, opinaría aún peor de las mujeres. Pienso, desde luego, que se las ha exaltado excesivamente. Desde luego son insustituibles.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque a un hombre se le puede sustituir con un orangután amaestrado; pero ¿con qué va uno a sustituir a una mujer?

—Con un orangután hembra.

—Eso es inadmisibile. Un orangután con medias de seda no merecería más que el fusilamiento.

Enrique Jardiel Poncela, «Autoentreviú», en  
*Lecturas para analfabetos*, 1938

• • •

—[...] en el infierno tengo muy pocas mujeres bonitas.

—¿Y es posible? ¿Y a qué obedece eso?

—A que sólo son verdaderamente perversas las mujeres feas y deformes, esas mujeres que se pasan la vida terrenal rabiando de envidia y diciendo que las modas modernas son una vergüenza y un escándalo, por la única razón de que ellas tienen las pantorrillas torcidas y no pueden enseñarlas. También abundan en el Infierno mujeres viejas y mujeres gordas, por la misma causa. Pero mujeres jóvenes y lindas... tengo pocas, muy pocas...

Enrique Jardiel Poncela, «La verdad de lo que es el infierno», en *Lecturas para analfabetos*, 1938

• • •

En la mujer la inferioridad compleja se basa siempre en no ser hombre.

[...]

Para una muchacha hay siempre algo de embriagador en el nacer de sus propios encantos. Pasa de la oscura insignificancia de la infancia a la conciencia de un poder sin límites y —para ellas— *acharar* a los hombres se

convierte en un placer inigualado.

[...]

A las mujeres hay que hablarles siempre, hay que hablarles constantemente aunque se digan bobadas, atendiendo a que ellas no saben discernir lo que es una bobada de lo que no lo es, y en un tono misterioso, como a un niño al que le cuentan cuentos.

[...]

Si se exceptúa un posible hijo, de la mujer no debe esperarse nada importante.

Enrique Jardiel Poncela, «Pensamientos sobre diversas materias, hasta...», en *Obras selectas*, 1971

• • •

He aquí adónde conduce la realización íntegra del ideal feminista: a la infecundidad, a la inmoralidad, al goce estéril, al deleite perverso, a la castración ovariana y a la vida viciosa.

[...]

La edad moderna ve a las mujeres como son, no tomándoles por más que valen. Los hombres de hoy, a fuer de prácticos, reducen el amor a lo que es, y aplican a la mujer a lo que debe. Después de todo, eso es para lo que sirven y lo único que, en el fondo, hacen bien. Al sernos indispensables, no podemos prescindir de la mujer. Las prostitutas difícilmente serán suprimidas, pero sí deben ser reglamentadas.

[...]

La mujer en estado de naturaleza es la prostituta.

[...]

[...] a nosotros nos indignaría el supuesto de que una de esas... desgraciadas [prostitutas], que alegraron la turbulencia de nuestra juventud, pudiera llamarse nuestra novia, y un día, ser la madre de nuestros hijos, y manchar nuestro nombre.

Edmundo González Blanco, *La mujer según los diferentes aspectos de su espiritualidad*, 1930

• • •

La galantería logró un triunfo indiscutible. Virtud española que perdura, para bien del «qué dirán», pese a ciertos jacobinismos que nos sacuden. Pase lo que pase —hay quien asegura otro 14 de abril al revés—, resultará lindo que los poetas del futuro canten en sonetos a este 1931, en que los hijos de España se jugaron a cara o cruz un régimen por gusto de sus mujeres.

Artículo publicado en *El Sol* a propósito de la concesión del voto femenino, 2 de octubre de 1931

• • •

*Causas más corrientes de desacuerdo entre los esposos:*

El ejercicio, por parte de la mujer, de profesiones u oficios antes reservados a los hombres.

El afán de ciertas mujeres de avasallar a sus maridos.

La pereza, y principalmente el hábito de ciertas mujeres de levantarse siempre después de sus maridos.

La falta de virginidad en la mujer, anterior al matrimonio, conocida y tolerada por el marido.

Francisco Cabrerizo, abogado, *Derecho matrimonial español. El matrimonio, los hijos, la separación y el divorcio, con arreglo a las novísimas leyes*, 1933

• • •

¡Qué intensamente triste y oscuro es el sexo que se queda solo! Que se queda, sobre todo, sin el pudor, se exhibe con una serenidad bestial. Más que el estuche de amor recatado, más que la fuente de la vida, parece una llaga. Y aún más que el hombre la mujer revolucionaria hace bandera de la impudicia.

Nicolás González Ruiz, «Ensayo sobre la psicología revolucionaria», *Acción Española*, julio de 1935

• • •

No soy feminista; por tanto, huelga que le diga que no soy partidario de dar el voto a la mujer. Le dije antes que la falta de facultades creativas de la mujer es lo que me induce a no ser feminista. [...] Las mujeres no harán más que redoblar con su voto el voto masculino, con sus defectos; no teniendo, por tanto, el de ellas trascendencia en el camino futuro de España.

José Antonio Primo de Rivera, en una entrevista realizada por la periodista Luisa Trigo, *La Voz*, Madrid, 14 de febrero de 1936

• • •

Es consigna rigurosa de nuestra Revolución elevar y fortalecer la familia en su tradición cristiana, sociedad natural, perfecta, y cimiento de la nación.

En cumplimiento de la anterior misión ha de otorgarse al trabajador — sin perjuicio del salario justo y remunerador de su esfuerzo— la cantidad de bienes, para que aunque su prole sea numerosa —y así lo exige la patria—, no se rompa el equilibrio de su hogar y llegue a la miseria, obligando a la madre a buscar en la fábrica o taller un salario con que cubrir la insuficiencia del conseguido por el padre, apartándola de su función suprema e insustituible que es la de preparar a sus hijos, arma y base de la Nación en su doble aspecto material y espiritual.

Preámbulo a la Ley de 18 de julio de 1938

• • •

Los matrimonios jóvenes se reúnen mucho juntos y van a ver operetas donde dicen picardías y ellas se ríen muy alto para que el público vea que son casadas y que saben de qué se trata.

Artículo publicado en *La Codorniz*,  
2 de noviembre de 1941

• • •

*Julio Peña:* Es que la cosa varía si se trata de la mujer ideal para casarnos o de las mujeres ideales con las que no nos hemos de casar. Éstas pueden ser altas, vistosas, incondicionales del *swing* y de diecinueve a treinta y un años. La otra tiene que ser morena, algo menuda, poco llamativa y de veinticinco años de edad.

Encuesta a algunos actores del cine español de la época acerca de cuáles eran para ellos las condiciones de la mujer ideal, *Y*, marzo de 1943

• • •

Si posees un cochecito de poco precio, guíalo tú misma. Y si el hijo de la portera se ofrece para ser tu chófer, no pretendas que te haga una reverencia ni que se quede con una mano en la empuñadura y la gorra en la otra. Para esas exhibiciones no basta un «topolino». Hace falta un Hispano-Suiza o un Rolls Royce. Si vas en el coche de un amigo y quieres dártelas de mujer acostumbrada a ir en coche, no digas «esta carrocería tiene una buena suspensión» o «este motor tiene una reprise rápida» Son expresiones que emplean ya todas las coristas y todas las acomodadoras.

El conde de Pepe, caricatura de la «niña topolino»,

modelo de mujer moderna, mimada, frívola y  
gastadora, en los años cuarenta, *La Codorniz*,  
4 de abril de 1943

• • •

No nos parece mal este avatar que transforma a la inútil damisela encorsetada en compañera de investigación. Pero a nadie más que a ella es necesario un freno protector que la detenga en el momento en que una desaforada pasión por el estudio comience a restar a su feminidad magníficos encantos. Nos asusta tanto para mujer propia o simplemente para amiga leal la mujer que calla sin atreverse a formular controversia como aquella otra que sabe tanto como nosotros y no nos mira con admiración cuando le explicamos un tema de mecánica o geopolítica. Y, puestos a elegir, preferimos a aquella callada y silenciosa, que nos considera maestros de su vida y acepta el consejo y la lección con la humildad de quien se sabe inferior en talento.

José Juanes, *Medina*, 9 de mayo de 1943

• • •

La mujer de España, por española, es ya católica. Y hoy, cuando el mundo se estremece en un torbellino guerrero en el que se diluyen insensiblemente la moral y la prudencia, es un consuelo tener a la vista la imagen antigua y siempre nueva de esas mujeres españolas comedidas, hacendosas y discretas. No hay que dejarse engañar por ese otro tipo de mujer que florece en el clima propicio de nuestra polifacética sociedad, esa fémina ansiosa de «snobismo» que adora lo extravagante y se perece por lo extranjero. Tal tipo nada tiene que ver con la mujer española y, todo lo más, es la traducción deplorable de un modelo nada digno de imitar

Agustín Isern, *Y*, septiembre de 1943

• • •

Aquella nietzschiana dama roja de los paseos eugenésicos por las rondas de Madrid en pos del garañón padre, ideal del superhombre que quiso concebir. Y que Dios no quiso que concibiera cuando, como escarmiento, le dio una hija —la señorita Hildegart—, que se llegó a aburrir de tantas filosofías, de tantas letras, tantas Casas del pueblo, tanta sierra de Guadarrama y tanto círculo federal y fue a morir de aburrimiento y de ocho navajazos cuando su dulce mamá descubrió en ella no al superhombre soñado sino a la mujercita que —¡oh maldición— se había enamorado. Que es una de las tres únicas cosas serias que puede hacer una mujer. Las otras dos, ya sabéis, son coser la ropa de su marido y darle todos los hijos que se ofrezcan.

Reseña sobre Aurora Rodríguez Carballeira, madre de Hildegart, *El Español*, 30 de octubre de 1943

• • •

Ha aumentado mucho, especialmente en las ciudades más populosas, la libertad y el desparpajo con que procede la muchedumbre de mujeres jóvenes independizadas por tener que trabajar fuera de su casa, libertad aprovechada por otras muchas que no podrían invocar la misma razón. Son mayores, por consiguiente, los riesgos de relajación del pudor femenino.

[...]

El aspecto de la ciudad, en cuanto se refiere al problema que nos ocupa, es verdaderamente lamentable. Las Ramblas y calles próximas son escenario a todas horas del día de lúbricas exhibiciones e invitaciones a actos inmorales por mujeres que deambulan sin evitarlo nadie, y existen además determinados lugares de la vía pública —la feria «Negra» junto a la Central Telefónica, la calle Mata, los desmontes de la futura plaza de las Glorietas, la cascada del Parque, la antigua Plaza de Toros de la Barcelonesa, junto a la Cárcel Modelo, y en la parte alta de la Avenida del Generalísimo— donde mujeres indecentes, amparadas por la escasez de alumbrado, efectúan actos obscenos a gran escala.

[...]

Faltan muchachas de servir bien formadas moralmente. La mayoría tiene un concepto erróneo de la situación y recurre al servicio doméstico como un medio de satisfacer sus afanes inmoderados.

[...]

Las mujeres admiten toda clase de libertades procedentes del sexo contrario, acentuadas en los noviazgos, siendo de notar la perjudicial influencia que la generalización del uso de la bicicleta ha producido en orden a las excursiones lejos de la ciudad.

VV. AA., *La moralidad pública y su evolución. Memoria correspondiente al bienio 1943-1944, 1944*

• • •

La niña topolino es una de santísimas Mari-Cuqui-TereIsa-Bobi-Bel, de esas cargantes caricaturas vivas, tontas de siete suelas y pulgar libre, impermeable de celofán, faldita muslera, «rubios» de Camel y de papá, gafas de chófer, aprendices de animadora sin ánimo.

[...]

Es un ser deliciosamente absurdo que encuentra naturalísimo llevar en lo alto de la cabeza una seta estilizada y usar gafas negras a las nueve de la noche mientras toma su vermut con ginebra y mancha de carmín su cigarrillo rubio. Después de acudir a vuestra cita con hora y media de retraso, os llevará a merendar a sitios carísimos, solamente por ella conocidos, que desequilibran vuestro presupuesto.

Retrato burlesco de la «niña topolino», *Cucú*, 21 de mayo de 1944



• • •

No se puede criticar siempre a estas muchachas «topolino» de vida más o menos dislocada. Sus madres o sus hermanos declinan la responsabilidad, se hacen los suecos, no quieren saber nada. Es más sencillo culpar al tiempo en que vivimos, a la vida que siempre desmoraliza, a la falta de fuerzas para imponerse. Las familias «sueltan» a las topolinos porque es más fácil que sujetarlas.

[...]

Estaba acostumbrada a mirar fijamente a los ojos, a entreabrir los labios y fingir un aire distraído para que el muchacho se atreviese, y entonces echar la cabeza hacia atrás, «driblar» el beso, agitar la melena y decir: «Pero niño, ¿tú qué te has creído?».

José Vicente Puente, *Una chica topolino*, 1945

• • •

—Y ahora que hablamos de novios. Ayer me pasó una cosa horrible. ¡Perdí a Lolete! Era mi último novio ¡imagina!

—Te lo dejarías olvidado en algún cine.

—Eso creía yo. Pero esta mañana llamé por teléfono a todos los sitios, y nadie me supo dar razón. «Pero ¿no han visto ustedes al limpiar un muchacho coloradote con corbata amarilla y suela de corcho?» —insistí—. Y nada, hija, ¡ni rastro!

—Lo cogería alguna desaprensiva y se quedaría con él. Pasa mucho.

—¡Yo tengo una cabeza para los novios! Voy pensando en las ropas, y claro, me dejo el novio en cualquier paragüero.

Sátira de una conversación entre dos «niñas topolino», «Ellas hablan de sus cosas»,  
*La Codorniz*, 25 de marzo de 1945

• • •

No es aventurado decir que el triunfo formal (el real fue de las izquierdas, que no obtuvieron la victoria efectiva por haber ido desunidas a los comicios) se debió en parte al voto femenino.

Luis Jiménez de Asúa, *La constitución de la democracia española y el problema regional*, 1946

• • •

La convivencia constante que se observa entre chicos y chicas, desde el punto de vista de la mujer en estas latitudes, no creo que sea positiva. Conviene que las mujeres conserven cierto misterio, conviene que no se dejen tratar fácilmente de tú. ¿Por qué eliminar incógnitas que pueden ser la base de muchas ilusiones?

Josep Pla, «Calendario sin fechas»,  
*Destino*, 8 de junio de 1946

• • •

La mujer sensual tiene los ojos hundidos, las mejillas descoloridas, transparentes las orejas, apuntada la barbilla, seca la boca, sudorosas las manos, quebrado el talle, inseguro el paso y triste todo su ser. Espiritualmente, el entendimiento se oscurece, se hace tardo a la reflexión; la voluntad pierde el dominio de sus actos y es como una barquilla a merced de las olas; la memoria se entumece. Sólo la imaginación permanece activa, para su daño, con la representación de imágenes lascivas, que la llenan totalmente. De la mujer sensual no se ha de esperar trabajo serio, idea grave, labor fecunda, sentimiento limpio, ternura acogedora.

Padre García Figer, *Medina*, 12 de agosto de 1946

• • •

Hay una clase de mujeres en París, y quien dice en París dice en las grandes ciudades, que todo el mundo tiene delante y nadie mira; que nadie ve porque todo el mundo las puede ver; que de tanto que las hemos visto, nadie se acuerda de que existan. Este tipo de matronas, que parecen una adivinanza, son las señoritas del mostrador de todos los cafés de todas partes.

Todos recordaréis que allí en el fondo, sentadas encima de un mostrador, rodeadas de azúcar, de botellitas de licores, de tazas y de cucharitas, hay unas señoras negras que van distribuyendo y van apuntando; una especie de junta extraña que no se sabe si venden o compran; una especie de tribunal del orden de tener que tener orden. Todos las recordaréis, seguro, pero nadie las habrá visto. Nadie sabrá si son viejas o jóvenes, si son feas o guapas, si son rubias o son morenas, si tienen los ojos negros o azules, si tienen ojos o no tienen; nadie sabrá si ríen o están tristes, si hablan o si son mudas. De estas esfinges grises sólo recordaréis una mano que apunta y un vestido negro. Llegaréis a dudar si forman parte del decorado; si son de carne o si son de cera.

Puestas encima de su trono, de su pobre trono-escritorio, ya se puede reír cerca de ellas que ellas no mueven nunca los labios; ya pueden cantar los parroquianos y hacer juerga y hacer escándalo, ellas no oyen más sonido que el sonido del terrón de azúcar que va del mostrador al platillo; cuanto más alegría hay en la casa, más se esfuerzan para no gozarlo. Ellas no son mujeres, son libros; son el cajón, la bandeja, la hucha, la balanza: el engranaje de una máquina.

¿Son madres? ¿Se han de casar? ¿Están casadas? Nadie se entera. Son una rueda. ¿Tienen pasiones? ¿Sienten amor? Nadie se detiene a saberlo. ¿Son exactamente mujeres? Pensamos que sí. Son una muestra de color negro, de lo que será la mujer cuando se haya reivindicado.

La obrera cuando sale de la fábrica, la campesina cuando viene del campo, la modista cuando sale del taller, la detiene una mirada o la consuelan unos ojos de hombre que la miran fijamente y esos ojos le hacen saber que es joven, y que es primavera y se le ahuecan las plumas; pero estas pobres modernas, estas tristes reivindicadas, con su aire insexual de mostrador, de

estación, de escribir a máquina, de teléfono, de telégrafo, al aprender demasiado de letra, al irse reivindicando, al ir adquiriendo sus derechos van ganándose un nuevo tormento, que es el más terrible para ellas: el tormento de que no las vean.

La civilización hace nuevos conventos: convento con ruedas, con mostradores, con escritorios, con oficinas. Conventos con monjas sin esperanza, y las señoras del mostrador son sus abadesas grises.

Santiago Rusiñol, «Monjas grises»,  
en *Obras completas*, 1947

• • •

En Norteamérica, la familia se acaba absolutamente por las razones más duramente vulgares: por falta de sitio y de tiempo. Pero esto, que puede concretamente con la familia y con el hijo, no puede con la maternidad en sí. Al apretarla, cuando cree que la ha ahogado en su estrechez de paredes y prisa, lo que ha conseguido es que rebose hacia la calle, hacia la vida social. Las grandes ciudades sufren tanto de falta de hijos como de exceso de madres. Todas las madres que faltan en los hogares sobran en la vida pública con un impertinente intervencionismo vago y sentimental de secretarías, oradoras, agitadoras y diputadas. Como vasos comunicantes, en la misma medida que bajan las madres crecen las «sufragistas». Los pueblos están pagando sus ataques a la maternidad con una agria invasión de maternidades excedentes, resentidas e insatisfechas.

De todo esto proviene el que las mujeres no entiendan ni respeten la mitad de las complicaciones ideológicas con que los hombres tienen construida la vida. El concepto masculino del «honor» o de la «responsabilidad» pública y política suele ser un enigma para la mujer. Cuando ella logra un pedacito de mundo al margen de los hombres, se expresa y se conduce, por conducto, sin volverse acordar de esos principios, para ella artificiales.

[...]

Por eso es, a veces delicadísima la interposición de las mujeres en la vida pública de sus maridos. El mismo Jesús tiene varias veces en el Evangelio frases que parecen casi duras para salvar de su Madre su misión propia: «las cosas de su Padre». La mujer no comprenderá nunca que no pueda hacer el marido ciertas cosas en su cargo público. Todo el mundo jurídico y convencional donde éste se inserta, es poco claro para la mujer. Jamás comprenderá del todo que el automóvil oficial nos sirva para llevar a las niñas al Retiro.

[...]

La mujer es, por definición, «una criatura de amor». Ha nacido para él y él es su profesión y su carrera.

[...]

Por ello en el juego del amor, la mujer tiene muchas más posibilidades, porque todo es para ella juego limpio. La mujer, que está siempre en cierta condición de inferioridad frente al hombre, como ser instintivo y elemental que ella es frente al ser intelectual por esencia que es el hombre, alcanza en el amor su desquite y su trueque de papeles.

[...]

Como la batalla se sostiene en torno a cosas tan fundamentales como la vida misma, la mujer la libra más allá de todas las reglas. No hay armas prohibidas para ella. Mirar por las cerraduras, abrir una carta ajena, espiar o decir mentiras para sacar verdades, son tácticas normales para ella, porque su guerra es la vida o muerte.

[...]

La mujer sigue viviendo la vida privada en la vida pública, y traspasa a ella todos sus sentidos maternos y domésticos. Jamás se podrá convencer a una mujer, por metida que esté en la vida pública, de que unas oposiciones a abogados del Estado sea una cosa muy distinta del hecho de contratar una doncella o un mozo de comedor. Ella se acercará al tribunal y le hará sus recomendaciones con unas razones tan ciertas como antijurídicas. Al través

de las «recomendaciones» es donde se revela más plenamente toda la proyección que hace la mujer sobre la vida pública, de su sentido privado y doméstico.

[...]

Y es que hablamos desde mundos distintos. Uno, desde la vida pública, y ella, siempre desde la vida privada, desde la familia, donde la gente no tiene apellido y los castigos se perdonan lo mismo que se ponen. Jamás comprenderá que haya otro mundo con otras leyes distintas de sus tenues leyes domésticas de madre. Jamás comprenderá que no se pueda regatear una multa o unos derechos de aduanas...

José María Pemán, *De doce cualidades de la mujer*, 1947

• • •

Ante la extensión cada vez mayor de los pantalones femeninos y ante la importancia que reviste este fenómeno actual, no puede el escritor quedarse sin señalar esta anomalía, este absurdo y esta aberración de que una mujer se vista a contrapelo de su naturaleza. Según este proceder, podría aparecer de la noche a la mañana la moda de que los hombres salieran a la calle vestidos de mujer, con falda larga, peineta, rizos, abanicos, pinturas, pendientes, collares, anillos, dijes, ojeras rasgadas, falda ceñida, escotes por todos los ángulos. Vistiéndose de hombre, adquirirá la mujer modos hombrunos, gestos, palabras, y hasta el tono de voz sonará en bronco, desechando ex profeso la cuerda de triple que es su fonética propia.

Daniel Vega, *Valores espirituales en quiebra*, 1952

• • •

En lo que a mujeres se refiere, los hombres españoles hemos sido siempre muy rotundos, y en nuestra relación con el bello sexo partimos siempre de una sencilla división: mujeres decentes y mujeres indecentes. Considerando, claro está, que en cuanto una mujer deja de ser decente, se convierte en indecente.

Por eso mismo, los españoles reclamamos de las que consideramos como mujeres indecentes, una indecencia lisa y llana, una indecencia total. Porque a los hombres españoles nos gusta ir derechos al grano, y para ir derechos al grano están las mujeres indecentes.

Darío Fernández Flórez,  
*Memorias de un señorito*, 1956

• • •

Por entonces (años veinte), las mujeres madrileñas se dividían en cuatro clases o estamentos muy definidos y bien delimitados para los hijos de la familia, los «señoritos» como yo. Las también hijas de familia, pertenecientes a la alta burguesía de la capital; las chicas de medio pelo, tenderas, peluqueras, mecanógrafas, modistillas, etc.; las coristas y artistillas de ínfima categoría, y, por último, las furcias.

Darío Fernández Flórez, «Nebulosa de un novelista», en *Obras selectas*, 1967

• • •

[Ramón María del Valle-Inclán] Conmigo estuvo maravilloso siempre. Él había tenido conmigo una predilección desde la Escuela... Luego, hubo una anécdota muy divertida. Yo era de una inocencia, de una virginidad total a esa edad, a los diecisiete años. Y luego, años después, cuando hicimos amistad con Jiménez Díaz, su mujer me dijo en una ocasión: «Tenéis que venir a cenar a casa porque viene un primo mío que quiere conocerte». «¿Si? ¿Y por qué?» «Porque es contertulio de don Ramón y dice que tú eres la única mujer de la que él jamás habló mal.»

Anécdota relatada por Rosa Chacel a Alberto Porlan,  
*La sinrazón de Rosa Chacel*, 1984

## Cómplices

Yo no soy feminista a causa de los siguientes atenuantes: viudez, maternidad con redoble de generación, conocimiento de mi sexo y equilibrio mental por petrificación de convicciones.

Eva Canel, en *Cosmos*, Buenos Aires,  
15 de octubre de 1906

• • •

La hembra ha formado a la mujer, la mujer a la madre, la madre creará quizá otro tipo superior, pero no podemos suponer que evolucione en sentido inverso y cree la mujer degenerada, mezcla de los dos sexos.

[...]

La mujer equilibrada no sacrifica los afectos del corazón a las vanidades del cerebro.

Carmen de Burgos, prólogo a su traducción de *La inferioridad mental de la mujer* de P. J. Möbius, 1902

• • •

Observo que nada raro ni extraordinario puedo contar a los lectores de esta mujer tan admirablemente equilibrada. Ni extravagancias a lo Jean Lorrain, ni procacidades a lo Colette, ni nerviosismos y neurastenias



modernistas, ni bohemia alquitarada y perversiones cerebrales. Es una personalidad firme, una afirmación amplia.

Carmen de Burgos, «Entrevista a Emilia Pardo Bazán», *El liberal*, 1911

• • •

Existe un feminismo nocivo, que tiende a separar a la mujer de sus naturales ocupaciones.

Carmen de Burgos, *Las artes de la mujer*, 1911

• • •

Me da miedo un feminismo que tiende a masculinizar a la mujer, que viene acompañado de los delirios y desequilibrios de las que no supieron entender su verdadera significación; [...] mujeres masculinizadas que abominan del amor y del hogar.

Carmen de Burgos, *Misión social de la mujer*, 1911

• • •

Las sociedades modernas se han hecho más refinadas, y el hombre exige ahora no una belleza natural únicamente, sino la exquisitez de su compañera.

Carmen de Burgos, *Arte de ser mujer*, 1916

• • •

Nuestra época, refinada y exquisita, exige en las mujeres la elegancia como manifestación de su espiritualidad en todos los órdenes de la vida, y el adquirirla constituye el difícil arte, que no podemos eximirnos de conquistar.

[...]

La mujer necesita cultivar su belleza, no para las satisfacciones que le proporcionan el triunfo y la conquista ni para gustar de un modo vano, sino para darles la felicidad a los que la rodean, especialmente al hombre que elija como compañero de su existencia [...]. El culto al ideal ha de vivir en todo corazón femenino, para que nuestro sexo pueda ser grande, pero el culto al ideal verdadero, no a la quimera, con los ojos en las nubes, en las estrellas y en el cielo azul [...]. La misión de la mujer es idealizar lo real.

Carmen de Burgos, *Arte de la elegancia*, 1918

• • •

Yo no soy feminista..., las feministas son todas muy feas y estafalarias; yo soy una mujer y no quiero perder mi feminidad.

Carmen de Burgos, citado en  
Rafael Cansinos-Asséns, *La novela de un literato*, 1982

• • •

Yo no cuento, yo no quiero contar. Estoy encantada con mi papel [...]. Mi carrera teatral me sirvió para conocer a mi marido.

Josefina Blanco, mujer de Valle-Inclán, en una entrevista a *Estampa*  
realizada por Paulino Masip  
en 1928

• • •

¿Por qué quiere que las mujeres hagan crítica, si es un arte en el cual sobresalen? —o sobresalimos: no quiero crearme antipatías—. ¿No lo sabía usted que ya lo hacemos? *Inter nos*, claro. Pero hacemos.

¿Por qué la mujer, socialmente necesita que la amporen? ¿Qué falta le hace?

Si hasta ahora y por regla general la mujer se ha permitido el lujo, alegando debilidades imaginarias, de hacer trabajar al hombre, ¿qué la lleva ahora a querer trabajar? ¿Ganas de destacar? ¿Ganas de meterse donde no la llaman? Tan bien como está la mujer en casa y el hombre en la calle. Creo que las mujeres no deberíamos salir nunca. De casa, no de la calle. ¿Le extraña que diga esto? Puede que a mí también: pero soy fiel a la sinceridad. Me gusta todo lo moderno, todo lo que significa avanzar, me gusta que las mujeres se sientan valientes, con ganas de luchar, de triunfar, de hacer valer sus derechos; pero en el fondo, sin darme cuenta, o sí, me duele. La mujer debe triunfar en su casa: por bondad, por simpatía, por maña en hacerse querer... y hoy este triunfo son pocas las que lo consiguen. ¿La mujer en política, en artes, en letras? Sí... queda bien... pero... ¿Qué quiere que le diga? No demasiado. Creo que es mejor saber coser que escribir.

Mercè Rodoreda, en Delfí Dalmau,  
*Polèmica. Mercè Rodoreda. Carlos Varela.*  
José Ortega y Gasset, 1934

• • •

Pasó la modernísima niña del Instituto Escuela, joven intelectual que con severidad de nuevo Catón supo censurar los «errores», los «defectos», los «vicios» de un Felipe II, que no conoció la gran obra de nuestra colonización en América más que la crítica de fray Bartolomé, algo corregida y aumentada. Pasó la mujer vacía que por no saber nada, ni supo conocerse, ni supo ser mujer.

No hay sitio para ella en la España Nueva ¡Nueva Mujer de España! Si es verdad aquello de que nadie puede dar lo que no tiene, no lo es menos que quien está lleno se desborda fácilmente y nosotras, con sencillez sin pedantería, tenemos que dar, dar mucho y dar bien. ¡Horizontes Nuevos! ¡Horizontes de Mujer! ¡Horizontes de Madre! Para formar conquistadores de Imperios, para formar hijos de España que conozcan, que quieran a su Patria, tenemos que conocerla y quererla nosotras primero.

Pilar Primo de Rivera, «La nueva mujer de

España», en *Arriba*, Buenos Aires,  
10 de septiembre de 1938

• • •

Y el peligro que pudiera haber para las mujeres de que se aficionen a presentarse delante del público con unos trajes que no se acomodan quizás a las normas de la moral cristiana, o la cosa un poco pagana que tiene en sí de darle demasiado importancia a la belleza del cuerpo, está salvada con una vigilancia constante sobre la indumentaria.

Pilar Primo de Rivera,  
«Discursos circulares y escritos», 1944

• • •

Para la mujer la tierra es la familia. Por eso en la Falange, además de darles a las afiliadas la mística que las eleva, queremos apegarlas con nuestras enseñanzas de una manera más directa a la labor diaria, al hijo, a la cocina, al ajuar, a la huerta, y darle al mismo tiempo una formación cultural suficiente para que sepa entender al hombre y acompañarlo en todos los problemas de la vida.

Pilar Primo de Rivera, «Prólogo»,  
en María Pilar Morales, *Mujeres*, 1944

• • •

La vocación estudiantil en las mujeres no debe ser ensalzada a tontas y a locas. La S. F. ha desviado la atención de la mujer hacia profesiones netamente femeninas. Ha dignificado la posición de enfermera, ha creado el profesorado de las Escuelas del Hogar y hasta en el trabajo manual y de Artesanía ha creado para la mujer una serie de trabajos remunerados y exquisitos redimiendo a tanta mujer del pueblo del difícil y cansado camino de los libros.

[...]

La elegida de la S. F. es esa muchacha de aire deportivo y alegre, de familia intelectual cuyo medio la lleva a refinarse sin abandonar su ser exquisitamente femenino, que es ante todo preparación para el hogar, modales suaves y pureza de pensamiento y costumbres.

Carmen Werner,  
«Diario de una estudiante», *Medina, revista de la  
Sección Femenina*, 1 de noviembre de 1942

• • •

Ninguna prefiere ejercer una profesión a estar en su casa como reina y señora de ella con su marido y sus hijos. Pero la vida moderna tiene una complejidad y un ritmo que nos arrastra fuera del hogar. Y bien mirado, ¿y las que no encuentran a su príncipe?

Isabel Ribera, médico odontólogo,  
«Entrevista», *El español*, marzo de 1943

• • •

Una profesión es ideal para una mujer soltera. Una vez casada, ya es otra cosa.

Ernestina Romero, jefe de una sección de cables,  
«Entrevista», *El Español*, 13 de marzo de 1943

• • •

Me encanta la carrera, pero me encanta más casarme. La mujer no tiene más misión que el matrimonio. ¡Estaría bonito!

María Teresa Segura, abogada, «Entrevista», *El*

*Español*, 13 de marzo de 1943

• • •

La profesión, podemos llamarla así, específica de la mujer es su vida de casa.

María P. Careaga, ingeniera industrial,  
«Entrevista», *El Español*, 13 de marzo de 1943

• • •

He viajado bastante, conozco toda América, y creo sinceramente que donde la mujer se conserva más mujer es aquí. No en vano pertenece a un pueblo donde todo es tradición.

María Teresa Casanova, *Meridiano femenino*,  
enero de 1949

• • •

Siempre me he comparado al caballo viejo de Pickwick. Si me hubieran soltado, me hubiera caído al suelo —o me hubieran salido alas y hubiera volado—, pero las famosas ruedas de familia, casa, etc., me han llevado por el camino vulgar y seguro. No he podido ni escoger ni cambiar de vida; acaso, si hubiera podido, sabe Dios lo que hubiera hecho y ahora quizá no me viera contenta y feliz como me veo al lado de mis hijos.

Carmen Baroja, *Recuerdos de una mujer de la  
Generación del 98*, escritas durante la década de 1940 y  
publicadas en 1998

• • •

Dicen que la mujer está de moda, que le dan premios por su bella cara, por galantería, que pretende imitar al hombre. O bien dicen lo contrario, que tiene talento, que se ha independizado, que si a este paso vamos hacia un matriarcado... Yo, señor Director, me digo, y lo meditaré más tiempo, si la mujer que escribe no será precisamente la mujer «mal amada». Si esto fuera así, la cosa tiene más hondura de la que parece. Indicaría que la mujer se dedica a usar su talento solamente cuando no se la sabe amar [...]. Si al escribir intenta darse a conocer, es que pretende imponer un modo de ser amada.

Carmen Barberá, *La Estafeta Literaria*,  
octubre de 1956

• • •

Concha Alborg: Entonces la situación de las escritoras contemporáneas, no le interesa.

Eulalia Galvarriato: No lo sé, verdaderamente no lo sé. Además, eso de realizarse la mujer, a mí me parece que la mejor realización de la mujer es casarse y cuidar de sus hijos. No es que yo piense que la mujer tenga que hacer sólo eso, la mujer, si quiere hace otras cosas. La cuestión es un término medio, ni realizarse tanto con cualquier bobada y pensar que los hijos y el marido son importantísimos y la paz de la casa es importantísima; es la tarea principal, para lo que estamos hechas, ¡Dios mío de mi vida! Después pueden escribir si quieren.

C. A.: Entonces, está claro que usted no se considera feminista en absoluto.

E. G.: Bueno, feminista en el sentido de lucha, no. Empezando que las feministas a veces son antifeministas ¿por qué las poetisas se llaman poetas? Ya tienen su nombre, ¿por qué renuncian? La mujer puede ser abogada y todo, pero la inteligencia es distinta, aunque pueda tener inteligencia masculina como María Moliner, una mujer con un talento extraordinario. El hombre así como tiene más fuerza física, en general tiene más fuerza intelectual. Quizá la mujer puede tener más sensibilidad. La mujer necesita

tener una preparación, ser seria, tener en la mano medios para poderse valer por sí misma, no casarse y pensar que ya hice mi carrera, eso no. Pero pensar que los hijos son lo primero, eso sí.

Eulalia Galvarriato, «Entrevista»,  
en Concha Alborg, *Cinco figuras en torno a la novela  
de posguerra*, 1993

• • •

Concha Alborg: Parece haber una contradicción entre tu campaña feminista en el campo legal y el falangismo, porque tú te consideras feminista, está claro.

Mercedes Formica: Siempre he defendido y defenderé todo aquello que favorezca a la mujer, o a cualquiera de las minorías marginadas. Lo que no soy es una feminista furibunda; esas que piden el derecho al orgasmo, como si tal sensación hubiera que reclamarla a gritos. [...] Te confieso que he tenido grandes diferencias con amigas íntimas de la Falange, como Carmen Werner, por ejemplo, y otra que pretendía que José Antonio no soportaba el feminismo. Yo estaba en la Universidad estudiando derecho y José Antonio me nombró delegada nacional del SEU. No estaba en contra de las universitarias; estaría en contra de las viriloides, esas que se ponen corbatas, ya sabes, de las desafortunadas.

Mercedes Formica, «Entrevista»,  
en Concha Alborg, *Cinco figuras en torno  
a la novela de posguerra*, 1993

• • •

Las amigas son un peligro horroroso. Esa señorita que estorba tu amor es un monstruo muy vulgar. Supongo que si el estudiante que amas tiene sentido común, pronto comprenderá su error y caerá rendido a tus encantos.



No emplees las mismas armas que ella ha empleado. Aguza tu inteligencia y tu habilidad; pero, por favor, siempre muy discreta, muy seria, muy femenina.

«Consúltame», *Medina*,  
*revista de la Sección Femenina*,  
18 de octubre de 1942

• • •

Se ha hablado mucho sobre las características, defectos y cualidades de la poesía femenina; se han precisado ya tantas veces que sería en vano volverlos a señalar; además, todos ellos saltan, notablemente, a la vista.

También la comparación con la producción poética masculina huelga, y, seguramente, no sería demasiado ventajosa para la mujer. Es indudable que todavía ninguna escritora, es posible que nunca ninguna escritora, llegue a la altura y profundidad, a la vez, de un gran escritor.

María Antonia Vidal, «Prólogo»,  
en *Cien años de poesía femenina (española e  
hispanoamericana 1840-1940)*, 1943

• • •

El malhumor, los quehaceres desagradables, el desaliño y la casa revuelta se dejan para cuando el esposo está ausente del hogar. Hay que evitar que él os vea enfundadas en esa vieja bata que usáis para la limpieza, calzadas con unas zapatillas deterioradas, greñudas y mal aseadas. Nada hay que desilusione tanto a un hombre como ver a su compañera poco cuidadosa de su persona, demasiado ocupada en las cosas del hogar e indiferente a la proximidad del esposo.

Es preciso hacerle olvidar su fatiga, su disgusto y su enfado, mostrándose cariñosa, interesándose por sus asuntos y rodeándole de atenciones que le hacen deseable el hogar y la compañera que así sabe ensuavecer su vida.

[...]

A los hombres les desagrada enormemente que la mujer fume. Hemos visto que a las mujeres verdaderamente estimadas por sus amigos, jamás éstos les ofrecen tabaco. En cambio insisten con aquellas que les parecen propicias a la tentación, a la vez que no consienten a su hermana o a su novia que lo hagan. En lugares públicos, la mujer que fuma se hace acreedora a las impertinentes galanterías de los hombres indiscretos. Parece ser que el cigarrillo es el distintivo utilizado por las mujeres a quienes les gusta llamar la atención, y aparentemente ofrecen mayores facilidades para una conquista masculina. Todos los hombres, sin excepción, dejan traslucir en sus miradas una curiosidad maliciosa cuando han tropezado sus ojos con una mujer fumadora. E inevitablemente la juzgan mal.

[...]

La mujer acostumbrada a manejar un sueldo ganado por sí misma no soportará pacientemente escaseces económicas que la obliguen a suprimir aquellos caprichos y condenará al esposo a un descontento humillante. Cierto que existe un numeroso grupo de mujeres para quienes el trabajo no es únicamente el medio más directo de conquistar independencia, sino que necesariamente han de ganar un sueldo para ayudar a sostener un hogar que carece de apoyo masculino. No sucede lo mismo con aquellas que desertaron de sus deberes domésticos sin que la necesidad de orden económico las obligue, sino arrastradas por la corriente modernista, a cuya influencia se entregan con verdadero entusiasmo.

María Pilar Morales, *Mujeres*, 1944

• • •

Las mujeres nunca descubren nada. Les falta, desde luego, el talento creador reservado por Dios para inteligencias varoniles; nosotras no podemos hacer nada más que interpretar mejor o peor lo que los hombres han hecho.

Pilar Primo de Rivera, *Primer Consejo Nacional del SEM (Servicio Español de Magisterio)*, febrero de 1943

• • •

Tenemos que tener detrás de nosotras toda la fuerza y la decisión del hombre para sentirnos más seguras, y a cambio de esto nosotras les ofrecemos la abnegación de nuestros servicios. Que ése es el papel de la mujer en la vida: dejarse guiar por la voluntad más fuerte y la sabiduría del hombre.

Pilar Primo de Rivera, «Discurso en el VIII Consejo Nacional», enero de 1944

• • •

A las Secciones Femeninas, mientras menos se las vea y menos se las oiga, mejor. Que el contacto con la política no os vaya a meter a vosotras en intrigas y habilidades impropias de las mujeres. Nosotras atendamos a lo nuestro y dejemos a los hombres, que son los llamados para que resuelvan todas las complicaciones que lleva en sí el Gobierno de la Nación.

Pilar Primo de Rivera, *Medina, revista de la Sección Femenina*, 16 de enero de 1944

• • •

Entrevistadora: ¿Considera a la mujer tan dotada como el hombre para las funciones públicas?

Pilar Primo de Rivera: Siempre que se limite a colaborar con él y a no tener iniciativas propias.

Pilar Primo de Rivera, «Entrevista», *Meridiano femenino*, 1 de octubre de 1948

• • •

Joaquín Soler Serrano: No era común entre las mujeres de su tiempo lanzarse a la aventura de las letras.

Rosa Chacel: No, no era común, no.

S. S.: No era común entre las mujeres de su tiempo lanzarse a la aventura de la política

R. Ch.: Casi más. Acaso soterradamente, pero más.

S. S.: Había ya un cierto movimiento de liberación femenina en esa época...

R. Ch.: Es una cosa que nunca me interesó.

S. S.: No le interesó a usted...

R. Ch.: A lo mejor lo había pero yo no me enteraba.

S. S.: Pero coincidía, sin duda, con esa actividad suya en ese momento...

R. Ch.: Seguramente. Sí, debe de ser, pero no era mi mundo ese.

[...]

S. S.: ¿Y cuando la han propuesto a usted para la Real Academia de la Lengua?

R. Ch.: Bueno, yo me he reído locamente...

S. S.: Y parece que los académicos no quieren dar cobijo ni entrada a ninguna fémina. Usted, ¿cómo se ha sentido?

R. Ch.: No he sentido nada. Porque todo eso me es absolutamente indiferente.

S. S.: ¿No le importa ser académica?

R. Ch.: ¡Nada!

Entrevista de Joaquín Soler Serrano a Rosa Chacel,  
*A fondo*, serie de RTVE, emitida en 1976

• • •

Alberto Porlan: ¿A qué achacas el silencio durante tantos años sobre tu obra?

Rosa Chacel: Yo siempre atribuí mi fracaso a lo mal vestida y lo gorda que me presento en todas partes. Estoy segura.

A. P.: ¿Tú crees?

R. Ch.: Ah, claro, claro. Si yo hubiera tenido otra presentación habría sido aplaudida desde el principio. Por una razón sencillísima: porque la crítica excelente la tuve siempre, infaliblemente, desde el primer momento.

[...]

De modo que yo sabía que si no triunfaba en el mundo era porque no podía ser elegante, nada más. No podía ser...

A. P.: ¿Mundana?

R. Ch.: Claro, mujer bonita, mujer vistosa. Si no he triunfado no ha sido más que por eso: por ser gorda y mal vestida.

A. P.: No es muy justo, ¿verdad?

R. Ch.: ¡Pero si era gorda y mal vestida! ¡Qué quieres...!

A. P.: Pero lo que escribes no es gordo ni mal vestido.

R. Ch.: No, eso no, pero no importa. Porque ahí viene lo de ser mujer. Los hombres no han sufrido eso, pero las mujeres sí. Un hombre gordo y mal vestido podría haber triunfado desde un principio. Pero una mujer, no.

A. P.: ¿Cómo se puede luchar contra eso?

R. Ch.: No he luchado. He seguido. Porque la seguridad en mi resultado la tuve siempre.

Entrevista a Rosa Chacel, en Alberto Porlan,  
*La sinrazón de Rosa Chacel*, 1984

• • •

Shirley Mangini: [...] En general, en el modernismo europeo no se encuentran muchas mujeres. Woolf, claro. ¿Tú crees que la intelectualidad prístina de tu obra —y de este movimiento en general— ha sido entendida como una cosa de hombres?

Rosa Chacel: Pues, si te parece que soy machista, puede que lo sea. Todo lo veo así —quiero decir lo hecho, lo puesto sobre la naturaleza como cosa de hombres— y me parece muy bien. Las mujeres que no quieren ingresar en eso —en la escuela, lo que está bien— están fritas, para mí son

inexistentes. La cultura está hecha por los hombres y las que quieran entrar, que entren. Pero si prefieren formar grupo aparte, serán consideradas según una norma adecuada a su particularidad.

[...]

R. Ch.: Mis dificultades ante el mundo no han sido nunca literarias. Han sido, en realidad, dificultades sociales: la dificultad por no haber tenido nunca una peseta. Si buscamos algo que se pueda llamar culpa, tengo que reconocer que es toda mía: una especie de torpeza que parecer vanidad y que ¡tal vez lo sea! Pero que yo viví como consustancial estética. Eso es todo; no supe desenvolverme como mujer sin una peseta, cosa que tanto he visto realizar gloriosamente a mujeres llenas de espíritu, de arte, y de todo lo que quieras... Es cosa sabida, eso es lo que está bien, pues yo no. Yo no supe hacer lo que está bien más que dentro de mi cabeza; ante el mundo era una paletita castellana. Para remate, a esa edad ya empecé a ser gordita —siempre fui pequeña—, nunca pude alcanzar la elegancia de la sencillez. Eso ha sido uno de los grandes tormentos de mi vida.

[...]

S. M.: Para mí hay un elemento muy importante en la novela que tiene que ver con un tema feminista —que sé que tú lo rechazas— pero a mí me interesa mucho. Me produce perplejidad el hecho de que el protagonista de *Estación* sea un hombre. Tú me dijiste en otra ocasión —cito— «Todo lo que se refiere a un hombre —a su vida o a su mente— es válido para mi persona». ¿No crees que hay una voz femenina que caracteriza a las escritoras?

R. Ch.: Claro que las caracteriza, pero eso es cosa contingente que ni las eleva ni las degrada, mientras no resulte empalagoso el predominio de lo contingente. Ahora, algunas de mis novelas están llenas de mujercitas que pasan, como sobre ascuas, sobre lo contingente. En *Estación* respecto a «ella» lo contingente no existe.

[...]

S. M.: Volviendo al tema de la voz femenina. Me parece que hay una fusión psicológica, un efecto del *doppelgänger*, que se filtra a través de él una voz de mujer.

R. Ch.: Yo eso no lo veo. No sé si recordarás como él expone su visión de ella y la compara —esto es importante—, la belleza que ve en ella, con las láminas escolares. Eso es lo que él desea en ella. Eso significa la pureza. Esa belleza de un ojo visto en una lámina escolar demuestra que él es absolutamente masculino. En todas mis novelas —porque eso se repite en *La sinrazón*— el protagonista realmente es el hombre y ella es la pureza.

S. M.: ¿En qué medida, entonces, es autobiográfica la novela?

R. Ch.: En total, porque la mujer retratada por él soy yo.

S. M.: ¿Y has podido meterte en la piel y en el cerebro de un hombre?

R. Ch.: Enteramente, muy cómoda y muy plazeramente.

[...]

S. M.: ¿Y en *Estación*, la voz no cuenta?

R. Ch.: La de él sí, la de ella no. Ella no llega a hablar nunca. Ella es la silenciosa porque es la pureza y la pureza que, para él, son la misma cosa, de modo absoluto. Ella no puede hablar porque no puede fallar —sería traicionarle—. Hay en ella una inocencia esencial.

Entrevista de Shirley Mangini a Rosa Chacel,  
*Ínsula*, 1987

• • •

Me acordaba de mis amigas, a las que apenas veía, de lo bien que lo pasaban en su bendita ignorancia de fórmulas químicas o de los dichosos asientos del Diario. Las envidiaba por sus exultantes boberías y me sentía enfadada porque no me permitían que yo fuera como ellas, una niña normal e intrascendente.

Mercedes Salisachs, *Derribos. Crónicas íntimas de un tiempo saldado*, 1987

• • •

Al Liceo acudían muchas señoras casadas, en su mayoría mujeres de hombres importantes. Yo las llamaba las maridas de sus maridos, porque, como ellos eran hombres cultos, ellas venían a la tertulia a contar lo que habían oído en casa.

Concha Méndez, *Memorias habladas, memorias armadas*, 1990

• • •

Nada más grotesco que los mohínes y atuendos aniñados de aquellas hijas de familia ya entradas en años, en inquieta búsqueda del cobijo de una sombra más fuerte. Avizorando perpetuamente aquella sombra del novio fugitivo, que se desvanecía como un espejismo, se veían condenadas a aceptar empleos mediocres que no sabían desempeñar bien, a reconcomerse envidiando a las amigas y a seguir ensayando delante del espejo sonrisas cada vez más escuálidas y desamparadas. Y eran cursis, «más cursis que un guante», cuyas vicisitudes cantó Conchita Piquer en una de sus coplas menos afortunadas, *La niña de la estación*.

Carmen Martín Gaité en *Usos amorosos de la posguerra española*, 1987

• • •

Y el imperio de los gustos femeninos se extendió tanto que algunos hombres, para ponerse a tono, se contagiaron de esos estilos, se volvieron delicados, indolentes y caprichosos y, en una palabra, se afeminaron.

Carmen Martín Gaité, «Estilo amoroso de la mujer a través del tiempo», *Pido la palabra*, 2002

• • •



Ninguna señora tenía pocos abanicos, y se consideraba desdoro no estrenar uno nuevo si había que acudir a alguna ceremonia donde se pretendiese lucir. Objetos de exhibición por excelencia, personificaban como ningún otro aditamento femenino aquel afán de aparentar a que me vengo refiriendo, de ocultar, bajo superficies movedizas y de decorado cambiante, el vacío real de las personas y su pobreza. Nada mejor que un abanico para acompañar el melindre y la afectación de las petimetras, sus manejos medio audaces, medio pudorosos; pieza indispensable, en una palabra, para estimular las relaciones iniciales con el cortejo o aspirante a tal. La forma de abrir y cerrar el abanico, de dejarlo caer para que alguien lo recogiera, eran partes de un complejo ceremonial de «nonadas» y trivialidades que también alcanzaba a otros gestos y movimientos de la moda.

[...]

Se exigían poco, en Europa, las mujeres a sí mismas; indolencia que se refleja en lo poco que tenían que hacer los hombres para caerles en gracia y en la vaciedad y sosería de sus juegos amorosos.

Carmen Martín Gaité, «Tradición y modernismo en el siglo de las luces», *Pido la palabra*, 2002

• • •

¡Claro que le gusta a un hombre irse al café! A toda persona le gusta estar con personas, fuera, al aire, en terreno neutral. La tertulia.

Y todo el remedio que se les ocurre a las mujeres que se dicen más inteligentes es convertir estas relaciones públicas en privadas, privatizar las relaciones cada día más. Su ingenio lo ponen al servicio de ellas mismas, al servicio de lo único que les interesa: cortar juego, encerrar. Algunas se engañan y creen estar siendo generosas. Creen que todo consiste en la cantidad. A una casa donde vienen cincuenta amigos, ¿cómo se la va a llamar mezquina, cerrada? Pero la cuestión está en que para qué vienen esos cincuenta amigos. Si la razón primera es la de evitar que el otro se relacione directamente, sin una mediatización o fiscalización, ¡valiente generosidad! Es

agrandar la jaula, hacerla de oro, adornarla y reafirmarla cada vez más en su carácter de jaula: consagrarse, pues, definitivamente a la vida privada e íntima, a la vida en jaula. Esos amigos acaban siendo propios, se ejerce sobre ellos el mismo derecho de propiedad —en otro grado— que sobre las personas de la familia. Deja de existir una posible relación, porque se les acerca, se les hace cosa privada, se les familiariza [...]

Las mujeres como los padres, casi nunca dan gratis. Llevan su mira, más o menos inconscientemente: la de cobrarse más tarde o temprano. Al libre hay que traerlo a vereda, meterlo en cintura, encerrarlo, y para esto se emplean los métodos más maquiavélicos y refinados que queda imaginar. Se arma el tinglado más aparatoso de pregonada generosidad. Pero el tema sigue siendo: traer el hombre a casa, o salir con él, pero mientras no haya interés, ¿para qué? No se podrá fingir tal compañía.

[...]

He ido a Guadalajara. Ana se extraña grandemente: ¿por qué no me lo has dicho? No se entiende para qué necesitaría yo habérselo dicho y sobre todo que esa necesidad sea lo primero que surja en su mente.

Las señoras o cualquier mujer madura detecta toda iniciativa privada como la mayor muestra de indisciplina: «No dicen nada». En la medida en que las mujeres son los pilares de la sociedad se ve adónde apunta este deseo de mantener los rebaños unidos. «No nos han dicho nada. No sabíamos nada.» El que no corran las noticias se considera atroz. «A mí que soy tan amiga no me lo había dicho.» Recuerdo lo que era la casa de doña E. Vivían para la noticia, para propagar noticias. ¡Si ese afán de comunicar noticias prendiera también a los hombres en su deseo tan pocas veces surgido de lanzar alerta de los males!

De jóvenes las mujeres se agarran unas a otras, se cogen del brazo, se acompañan a todo. Buscan una intimidad, un pedir consejo continuo, apoyarse por el miedo al vacío. Hasta a mear van juntas. No saben entrar solas en un sitio. Cuánto se extrañó N. de que yo fuera sola a verle la primera vez.

Carmen Martín Gaité, *Cuadernos de todo*, 2002

## Epílogo

### *Habla el gramático*

—El diccionario confunde la puta con la prostituta o ramera y a ésta la define diciendo: mujer que hace ganancia de su cuerpo, entregada vilmente al vicio de la lujuria. Con resignación, más que con vileza, suele entregarse la ramera a la lujuria de los demás, que no a la propia. Dejemos esto. La puta y la prostituta o ramera no son una y la misma cosa, aunque puedan serlo. Propongo la siguiente definición: Puta. f. Mujer que fornicia. 2. Ramera. Y para la otra voz, la que digo: Ramera. f. Mujer que fornicia por interés. El pueblo distingue sagazmente lo que el diccionario confunde, y cuando dice «esta chica salió algo puta» o «la vecina del entresuelo es más puta que las gallinas», señala un concepto diferente a cuando, por ejemplo, dice «es una puta de cuarenta duros». En el primer caso se alude a que la dama putea y, en el segundo, a que putea profesionalmente y por interés (el verbo putear está mal definido en el diccionario ya que, sobre putañar, y aun antes, también significa: referido a la mujer, fornicar). Con todas conviene recibir lavajes; sobre todo con las putas vocacionales, temperamentales y *amateurs*, esto es, con las putas en 1.<sup>a</sup> acepción, que las ramera s suelen cuidar más la herramienta.

[...]

La calle es de todos; la mujer es del que la chulea, o la gana, o la engaña, o la paga, por este orden; la pepsi-cola es la bebida de la cordialidad (abrochándose la rebeca a la espalda, se gana en perspectiva); la horchata de chufa es de quien cambia un vaso por diez reales y en paz. ¡Toma chufa, nena! ¡Arrímate, que vuelve el tango! Las izas suelen ser damas rabiosas y marchosas; peliforras de arrestos y poderío; furcias a las que aún se les aguantan las carnes y, si no, que lo diga, si quiere, el chuleta de turno.

Las izas, sin ser la flor temprana, gallarda y saludable (la procesión va por dentro) del oficio, están todavía de buen ver y aún de mejor imaginar. Las daifas primerizas que no son las izas sino las aprendizas no follan más que por la tarde y a salto de mata, por mor de la patria potestad.

*¡Ay, salero! ¡Ay, salero! ¡Ay, salero!  
Con el coño se gana el dinero.*

### *La vulpeja enana*

La mujer se hizo de una costilla del hombre: es una manera de hablar y de decir las cosas. La mujer es semoviente de tamaños y portes variados; a veces, del jamón de una mujer sale otra mujer entera y aún sobra carne para un cocido que esté bien, para un cocido a medio y equilibrado andar del hambre y el despilfarro. A Margot, vulpeja tachuela, le puede caber tanta amargura (y también tanto odio) en el corazón como a una gigante: que eso no va en varas ni balanzas, aunque sí pueda escapar, ¡vaya por Dios!, en ayes y suspiros. [...] Margot, vulpeja zanguillas, estuvo la mar de años sin explicarse por qué, si le crecían las tetas, no le crecían, también y a juego, las piernas y los brazos y la espina dorsal. Hace ya mucho tiempo que Margot, vulpeja menina, dejó de cavilar en estas hueras vanidades.

El señor Domingo, un riojano grande como un camello que tiene una tienda de comestibles finos y es muy gracioso, suele meter a la Margot en la cama dos veces al mes. El señor Domingo se ríe las tripas llamándola liliputa, tirándola de la cama abajo y meándole por encima, si se distrae. Después le da diez duros, le dice ¡a ver si creces! y se va con la satisfacción del deber cumplido.

— Y ella, ¿qué hace?

— Nada, ¿qué quería usted que hiciese? Dar las gracias y sonreír, que para eso está.

### *Chai preñada*

Las chais son hembras muy propensas a la maternidad, tomascas que lucen siempre verriondas y preñadas: siempre en la muga y pariendo o abortando y con los bajos revueltos, sanguinolentos y dolientes. (Los cronistas saben de la vida y milagros, de la perra vida y los audaces prodigios de la chai Pepa la Torionda, rodona cartagenera que cagó doce fetos en doce años, uno detrás de otro los fetos y los años y sin dejar de aplicarse al oficio ni una sola noche: que más cornás da el hambre y, a panza vacía, todo es sequía.) Las chais, por lo común, gastan el porte distinguido: parecen boticarias o bibliotecarias o viudas de funcionario muerto, aún joven, en acto de servicio. Lo que no son las chais, por lo general, es guapas (suelen tener la nariz caballuna y el pellejo pintado de barrillos) ni bien intencionadas (lo que se debe disculpar).

Camilo José Cela, *Izas, rabizas y colipoterras*, 1963

• • •

En otro orden de aportaciones civiles, la profesión que el homosexual, tópico, elige y que se nos parece como tan consustancial de su manera de ser, de su *gusto*, explica de sobra el porqué, en torno a su oficio, haya siempre un centelleo de mujeres que liban allí la miel de las vanidades con excitación tan devota. Veámoslo en su cátedra de modisto, decorador, peluquero, bailarín: es el *maître*. ¿Por qué si para esas ocupaciones toda mujer podría sentirse apta y suficiente? Porque de él dimana la idea directriz y a las mujeres corresponde la copia. Un *cordón-bleu* ha sido siempre un cocinero, no una cocinera. Y nunca una mujer del gran mundo ha estado mejor vestida, o aposentada, que en aquellos casos en que su numen no era sino un homosexual asalariado, o simplemente, entre bastidores, algún miembro de la familia. Al concretarse a estos oficios, si es verdad que el homosexual se ocupa de la mujer, la halaga, la sirve, convirtiéndose de rival en colaborador, también es cierto que estos mismos menesteres alumbran en él la iniciativa que, como hombre, lleva dentro, y que le redime, por la tiranía que llega a ejercer sobre el sexo contrincante, de su esclavitud.

[...]

La oquedad que hubiera podido dejar el amor es ocupada [en el homosexual hombre], con improvisada nitidez, por otra imagen afín de pecho plano y de expresión rectilínea; cuya mirada procede más de la claridad del intelecto que de los ardores del confuso corazón. Una imagen que si habla al amor, lo hace más como una emulación que como un incitante; que no promete encierros y claroscuro, sino que ofrece exterioridad visual, orden tectónico, limpieza física. La imagen de un ser que, en su arrogante sencillez, clama en el desierto, y con el que sólo puede intentar el contacto a través del don ilustre de la palabra. Con quien entendernos más que acoplarnos. Un ser dominador, pero no absorbente: el hombre mismo. Un igual. O, más propiamente, un análogo. La característica coloquial de estas relaciones varoniles es manifiesta. Se comprende que, tratándose, especialmente, de una sugestión mental, la palabra, el coloquio, constituyan en gran parte la resolución de su finalidad, los rieles de su conducta.

[...]

[...] desde el punto de vista menos racional, la mujer, hasta la fecha, parece haber ido perdiendo prestigio e influencia misteriosa en cada escalón que asciende para convertirse de hurí en ciudadano.

[...] es característica del hombre el querer ser lo que es, y únicamente eso, al contrario de lo que con cierta frecuencia es dado observar en la mujer, que en bien contados casos acepta lo que es, de una manera terminante, como si lo que sustantiviza su naturaleza, y que a ella le tocó vivir tan de cerca, de modo tan total, más bien le inspirara un indecible reparo, de lo que podríamos deducir la incomprensión para ella del homosexualismo del varón, mirando y comprendido, de una manera unitaria, que es la manera de comprender propia de lo femenino, como suplantación que el hombre provoca en su personalidad de lo masculino por lo femenino, y, por tanto, de lo superior por lo inferior o, de lo organizado más independientemente por lo que parece llevar en su horma el sino del sometimiento.

Juan Gil-Albert, *Heracles*.  
*Sobre una manera de ser*, 1975

• • •

La edad crítica en la mujer siempre nos dio un poco de risa. La edad crítica que observábamos en algunas vecindonas y madres de nuestras novias, era un continuo sofoco, un ahogo, una histeria y una novena que no se terminaba nunca. La mujer en edad crítica era la beata, la loca o la tía solterona.

Francisco Umbral, *Mis paraísos artificiales*, 1976

• • •

Esa insaciable «otra» tiene, en el texto de Villiers, un inconveniente grave y una descomunal fuerza, sin embargo: la otra es ya la única. En este final del siglo XIX, la «mujer moderna», impera como una mutación genética irreversible, sobre la naturaleza. Y el placer que su uso promete al amante tiene regusto fúnebre: «Los gozos que esta insípida viviente me ha prodigado fueron más amargos que la muerte. Su beso no despierta en mí sino el sabor del suicidio»<sup>38</sup>. Mis Alicia Clary es eso: imagen de Venus *vincitrix*, a la cual se han superpuesto el cerebro de un mosquito y una locuacidad trivial e inagotable: un arquetipo, al fin, del monstruoso invento al cual la modernidad da nombre humano de mujer. «Como todo ser mediocre, miss Alicia Clary, muy lejos de ser tonta [*bête*], se queda en sólo necia [*sotte*]». Y, sin embargo, «esta mujer sería el ideal femenino de las tres cuartas partes de la humanidad». Su disección anímica es, en muy distinto modo aterradora de lo que pudiera parecerlo el desengranaje mecánico de las entrañas de acero de Hadaly.

«¡La única desdicha, en miss Alicia, es el pensamiento!». Es esa posesión de apariencia eminente, el pensamiento, lo que lo pervierte todo. El monstruo piensa. Una estatua, inanimada y bella, puede sernos, en la hondura de su silencio, compañía grata. Nada le exigimos que no sea el placer visual que su muda presencia nos concede.

Gabriel Albiac, *Caja de muñecas*, 1995



• • •

Eduardo Haro Tecglen: Pero luego saliste para arriba.

Fernando Fernán Gómez: Ella debía de referirse a lo sentimental.

Diego Galán: Pero ante los fracasos de los que habláis, llama la atención que nunca hayáis vivido solos, que siempre hayáis tenido una mujer en vuestra vida. ¿Nunca os habéis planteado vivir solos, sin mujeres?

E. H. T.: Por eso me han destruido. En cada caso concreto he pensado que esa mujer que me había tocado era «la mala», y que había que buscar otra que fuera buena. Pero no era verdad. Era cosa del género.

E. H. T.: ¿No te has llegado a vestir de cuero con un látigo?

F. F. G.: ¿Vestirme de cuero? ¡No! A lo más que he llegado es a golpear a una mujer con un cinturón. Y con la mano también, pero no he encontrado casi ninguna que se deje. Eso que he leído tanto de que a las mujeres les gusta que les peguen puede que sea cierto, pero desde luego, lo que no les gusta es que les pegue yo.

F. F. G.: [...] A mí, desde luego, me gustan muchísimo, no los menores porque tengo prejuicios, pero sí las menores, las chicas de doce, trece o catorce años. Me gustan mucho, aunque me da un miedo espantoso, precisamente por esta cuestión de si es o no es delito, que si te procesan o no, o si te desprestigia en tu ámbito.

E. H. T.: Te hundan la vida.

F. F. G.: Pero gustarme, claro que me gustan, me siento atraído por ellas, y me hubiera gustado tener yo más valor y vivir de una manera más libertaria en este sentido.

*La buena memoria de Fernando Fernán-Gómez y Eduardo Haro Tecglen, edición de Diego Galán, 1997*

• • •

En fin, cuando se fue (Asunción Claro, chilena) y volví a salir otra vez con las niñas madrileñas, noté una gran diferencia, fue como despertar de un hermoso sueño. Con aquellas niñas bien no podías irte a la cama, no podías hablar de nada interesante, encima tenías que invitarlas a todo y llevarlas a su

casa antes de las diez de la noche. Las había tontas y puritanas, pero también algunas que eran unas calientapollas, a las que, si les ponías la mano en el muslo, ellas ponían el grito en el cielo, y nunca mejor dicho. Las que no tenían una familia de mucho dinero pensaban que su virgo era el único seguro, y las ricas andaban buscando a un buen imbécil que fuese todavía más rico que ellas. Los años, la desaparición del franquismo y el divorcio les habrán ajustado las cuentas.

Juan Luis Panero, *Sin rumbo cierto. Memorias conversadas con Fernando Valls*, 2000

• • •

La Tani ha sido condenada a catorce años de cárcel por matar a su marido, que la sometía a malos tratos [...]. El movimiento popular a favor de la Tani está muy bien, y los hombres debiéramos hacer algo semejante cuando un marido, tras dejarse los cuernos contra una puerta, se mantea a la santa en plan jarrapellejos. Como dicen los árabes, ella «sabrás por qué». De todos modos, uno cree que lo más civilizado y pacífico es tener otra de repuesto.

Francisco Umbral, «El Romance de la Tani»,  
*El Mundo*, 26 de octubre de 2000

• • •

Nos lo dejó dicho el árabe con alma de nardo: «Azota a tu mujer todos los días, que ella sabrás por qué». Un poco machista el dicho, pero a los árabes tenemos que disculpárselo todo, porque son nuestros espónsores de Platón, de la arquitectura y de tantas cosas.

Francisco Umbral, «El último amor romántico»,  
*El Mundo*, 11 de noviembre de 2000

• • •

El odio violento es la manera más pacífica que tiene de expresar amor un marido, un amante un enamorado [...]. A uno le parece que tanta zurrapa no puede ser más que amor.

Francisco Umbral, *El Mundo*, 31 de enero de 2001,  
citado por M.<sup>a</sup> Ángeles Cortina en «La palabra  
como arma homicida», 2001

• • •

A uno la violación le parece el estado natural/sexual del hombre [...]. El violador del Ensanche [...] llevaba navaja para persuadir a sus víctimas, si es que puede llamarse así a la beneficiaria de un polvo inesperado, azaroso, forajido y juvenil [...]. La hembra violada parece que tiene otro sabor, como la liebre de monte. Nosotros ya sólo gozamos mujeres de piscifactoría.

Francisco Umbral en «Los cuerpos gloriosos», del  
*magazine de El Mundo*, citado por M.<sup>a</sup> Ángeles  
Cortina en «La palabra como arma homicida», 2001

• • •

Muy lentamente nos vamos percatando de hasta qué punto la función tradicional de la mujer es esencial para mantener la cohesión familiar, la transmisión de la cultura y, en general, la salud mental colectiva. Y no hay que ser ningún lince para ver la relación entre la ideología feminista y la disgregación de la familia, no sustituida por algo equiparable, la insania juvenil, tan bien descrita en un reciente artículo de Alicia Delibes, y mil fenómenos de embrutecimiento social que ya no nos chocan porque se han vuelto masivos.

Pío Moa, «Mujer trabajadora»,  
*Libertad digital*, 8 de marzo de 2002

• • •

Para dar réplica al gran hombre se requiere una gran mujer, «una mujer superior hastiada de la mediocridad que le rodeaba», como se dice de la condesa de Alberca. Para optar a ocupar el puesto, nada de pálidas Ofelias o aññadas Julietas. La primera cualidad de la mujer superior es su carnalidad, su poderío. El término empleado para designarla es el de *real hembra*, sustituido otras veces por el de *valquiria*, calificativo al que, si se le quita el sonido musical, indica lo mismo que el de *vikinga*, con el que los españoles hambrientos del desarrollismo exteriorizaban su admiración erótica. [...] Ante semejante mujer uno siente la tentación baudeleriana de imponerle silencio, para que no malogre su belleza, pero es una precaución inútil porque inmediatamente nos arrastra con su locuacidad. [...] Imponente por su tronío, *femme savante* por su conversación, Circe por su poder de seducción, es superior porque puede dominar al hombre, jugar con su pasión.

Ramiro Reig, «La mujer fatal», descripción de Elena Ortúzar, amante de Blasco Ibáñez, en *Vicente Blasco Ibáñez*, 2002

• • •

El cambio que se produjo en aquellos años (ochenta) fue superior en las mujeres de todas las edades que tenían las bragas hechas un diluvio universal.

Las mozas se lanzaron al futuro con educado apetito si eran de finos modales y como rinocerontes en celo si no lo eran. Tenían los traseros más tristes que una saeta de Semana Santa de Sevilla.

La televisión, poco a poco, todo hay que decirlo, fue el aliento y cobijo de todas las jóvenes con las vergüenzas en celo.

Chumy Chúmez, *Vida de maqueto*, 2003

• • •

Sobre todos y tan diferentes tipos de mujeres, hay una pasión que jamás me ha abandonado: el encendimiento —más que sexual, más complejo— por esos seres encantados, más allá de la razón, flujo de Venus, «eso» que

«sucede» —como el Arte, *happens*— en algunas, muy pocas, criaturas de trece, catorce años, a lo sumo quince.

[...]

Una de las cosas que más me excitaban en LS eran sus dientes. Irregulares. Ah, sus dientes, no se insistirá nunca bastante en la importancia que para una notable erección puede tener una dentadura imperfecta, incluso, en ocasiones de una hiperestesia ya sin retorno, ciertos aparatos de corrección dental. Baste decir que una dentadura perfecta no excita nada. Algo parecido sucede con las gafas, aunque esto sobre todo con mujeres ya hechas y derechas.

[...]

Alberto Viertel gozó a uno de estos monstruos en la más espinosa de sus materializaciones: en un momento del crecimiento de la hija de unos amigos, lo que si bien permite frecuentar el objeto de la pasión desatada, tiene el riesgo de su posible descubrimiento por los padres del portento, quienes desde luego no suelen participar del entusiasmo erótico de los protagonistas (*sic*). Me contaba que era una relación basada en sutilísimos sobos, contemplaciones y espasmos lindando con la fiebre; pero que tal exasperación le regalaba los más intensos deleites, sobre todo mientras estuvieron poseídos por la dificultad de la relación plena; aunque ésta llegó a producirse una tarde de verano, ¡y mientras los padres jugaban al parchís en la terraza! [...] La relación les duró algunos meses, en la más absoluta clandestinidad. [...] Alberto le regaló muchos libros y caprichos. Desgraciadamente «no puedo vestirla como es en mi sueño, ni disfrutarla», pero ella exhibía aquellas ofrendas —algún collarcito hubo— con el candor y la morbidez con que Gilda se quita el guante. Una noche —y el paso pudo ser delator (pero Alberto amaba la tragedia)— de especial frenesí, en medio de la alegría que invadía la casa de su amante de cristal —su cumpleaños: trece—, fingiéndose ebrio la animó a maquillarse y hasta en un excelso momento, le pintó él mismo los labios y los ojos.

[...]

Nunca sabré qué latía en el fondo del corazón de una mujer. Nunca sabré qué le interesaba del mundo, de mí, nunca he podido ni sospechar qué despertaba su interés verdaderamente. ¿Qué veían ellas que yo no imaginaba? Las mujeres son absolutamente diferentes a los hombres. Diváguense lo que se quiera. Imaginarlas, como Borges decía, es un acto de fe. Es posible entender por qué algunas creencias religiosas les negaban el alma; en todo caso, su alma sería de otro tejido.

José María Álvarez, *Los decorados del olvido*, 2004

• • •

Ver a un hombre como él [Ramón Sampedro, parapléjico que decidió poner fin a su vida después de permanecer veintiocho años inmóvil en una cama], sabio sensible, con un estupendo sentido del humor, nada feo, con ojos hermosísimos, postrado y rendido en una cama, es, quizás, el sueño de cualquier mujer.

Javier Bardem, citado en una entrevista a la actriz Belén Rueda publicada en la revista *Marie Claire*, agosto de 2004, en la promoción de la película *Mar adentro*

• • •

María Teresa Fernández de la Vega, la más diligente y valiosa del gineceo ministerial con que se adorna José Luis Rodríguez Zapatero, tomó el portante —el avión, supongo— y se fue al castillo de Montjuïc.

Manuel Martín Ferrand, «Visca la llibertat!»,  
*ABC*, 16 de octubre de 2004

• • •

La primera vez que me acosté con D. fue una noche azarosa aprovechando que mi madre había salido de Ibiza 35 (el mito es que hay que iniciarse con una puta, pero yo nunca me he acostado con una puta, por lo menos profesional).

Michi Panero, «Casi unas memorias», en *Memoria*.  
*Revista de Estudios Biográficos*, n.º 2, año 2005

• • •

Intimidad. Ése es el asunto. Es una literatura que habla de los problemas cotidianos de las mujeres pero desde la perspectiva (irónica o amarga) de las mujeres. Los escritores hombres han dibujado hermosos retratos de mujeres. Los escritores hombres han dibujado hermosos retratos de mujeres (ahí están la Emma Bovary de Flaubert, la Nora Helmer de Ibsen, la Pelaguéia Nílovna de Gorki) pero parece que nadie se ha encargado de la mujer de a pie, de la de todos los días. Cosas como enfrentar un día de vértigo teniendo la regla o interrogarse sobre su futuro siendo una mujer cuarentona, sola y algo fea. De esos asuntos menudos se encargan las actuales escritoras y algunos artistas homosexuales (como el ya citado Gala o el caso del cineasta Pedro Almodóvar y su oscarizada *Todo sobre mi madre*).

La imagen de la mujer también ha ido cambiando en esas páginas. Ya no vemos ni a la leona comehombres ni a la niña bonita de las telenovelas. Sus mujeres son contradictorias, gozan de mala uva, tienen flojera, desprecian cualquier construcción teórica sobre sus problemas, llegan al cinismo. Además, son mujeres que fuman cajetillas enteras, se drogan pero no les gusta el trago, comen mal y hacen patéticos esfuerzos para bajar de peso o mejorar su autoestima personal. Cocinan pésimo y lo suyo no es la aguja y el hilo. A nadie le apetece casarse con estos personajes y más o menos ése es el tema principal de la producción literaria que abordamos.

Javier Garvich, «¿Libros para menopáusicas o revolución en las letras?», *El interpretador*,  
octubre de 2005

## Bibliografía

- AAVV, *Conferencias dominicales para la educación de la mujer*, Madrid, Imp. de M. Rivadeneyra, 1869.
- AAVV, *Congreso Nacional Pedagógico: Actas de las sesiones celebradas*, Madrid, Librería de D. Gregorio Hernando, 1883.
- AAVV, *Congreso pedagógico Hispano-Portugués-Americano: Trabajos preparatorios del Congreso. Actas. Resúmenes Generales*, Madrid, Librería de la Viuda de Hernando 1894.
- AAVV, *La moralidad pública y su evolución: memoria correspondiente al bienio 1943.1944*, Madrid, Patronato de Protección a la Mujer, 1944.
- AAVV, *Las mujeres españolas, portuguesas y americanas tales como son en el hogar doméstico, en los campos, en las ciudades, en el templo, en los espectáculos, en el taller y en los salones. Descripción y pintura del carácter, costumbres, trajes y usos, religiosidad, belleza, defectos, preocupaciones y excelencias de la mujer de cada una de las provincias de España, Portugal y América españolas. Obras escrita por los primeros literatos de España, Portugal y América*, Madrid, Imprenta de Miguel Guijarro, 1872, vol. 1.
- Alas, Adolfo (ed.), *Epistolario a Clarín; Marcelino Menéndez y Pelayo, Miguel de Unamuno, Armando Palacio Valdés*, Madrid, Escorial, 1941.
- Alas «Clarín», Leopoldo, *Obras completas: Artículos*, Oviedo, Ediciones Nobel, 2002-2005, vols. 5-8.
- Albert «Víctor Català», Caterina, *Vida trágica: colección de cuentos a Víctor Català*, Ángel Guerra (ed. y trad.), Madrid, [s.n.], 1923.
- Albiac, Gabriel, *Caja de muñecas: figuras de la concepción inmaculada*, Barcelona, Destino, 1995.
- Alborg, Concha, *Cinco figuras en torno a la novela de posguerra*, Madrid, Ediciones Libertarias, 1993.



- Alemán, Mateo, *Guzmán de Alfarache. Segunda parte*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000.
- Alfonso X, El Sabio, *Primera Crónica General de España*, Ramón Menéndez Pidal (ed.), Madrid, Gredos, 1955.
- Alonso y Rubio, Francisco, *La mujer bajo el punto de vista fisiológico, social y moral: sus deberes en relación con la familia y la sociedad*, Madrid, Gamayo, 1863.
- Álvarez, José María, *Los decorados del olvido*, Sevilla, Renacimiento, 2004.
- Anónimo, *Consideraciones políticas sobre la conducta que debe observarse entre marido y mujer*, Valencia, Librerías París-Valencia, 1993.
- Araujo, Fernando, «La coeducación de los sexos», *La España Moderna*, 15, núm. 176 (agosto de 1903), p. 168.
- Archer, Robert, «Las coplas “de las calidades de las donas” de Pere Torroella y la tradición lírica catalana», en *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras*, nº 47, 1999-2000, pp. 405-423.
- , *Misoginia y defensa de las mujeres. Antología de textos medievales*, Madrid, Cátedra, 2001.
- Ávila y Toro, Nicolás, *Discurso leído en la Universidad Central por el licenciado don Nicolás de Ávila y Toro, en el acto solemne de recibir la investidura de doctor en la Facultad de Medicina*, Madrid, Oficina Tipográfica del Hospicio, 1866.
- Ballester y de la Torre, Manuel Mariano, *Combate intelectual, con que se impugnan tres discursos del Teatro Crítico Rmo. P. M. Feijoo. Obra apologéticas*, Zaragoza, Joseph Fort, 1734.
- Baranda, Nieves e Infantes, Víctor (eds.), *Narrativa popular de la Edad Media: Doncella Teodor, Flores y Blancaflor, París y Viana*, Torrejón de Ardoz, Akal, 1995.
- Baroja, Carmen, *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*, Amparo Hurtado (ed.), Barcelona, Tusquets, 1998.
- Baroja, Pío, *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1946-1951, vol. 5.
- Bas y Cortéz, Vicente, *El casamientos, estudio acerca del modo de verificarlo con acierto*, Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1876.
- Bécquer, Gustavo Adolfo, *Rimas; Leyendas; Cartas a una mujer*, Barcelona, Los libros de Plon, 1982.

- Blanco García, Francisco, *La literatura española del s. XIX*, Madrid, Sáenz Jubera Hermanos, 1912.
- Boletín Red contra la Violencia*, «La palabra como arma homicida», núm. 32 (julio-septiembre), 2001.
- Bravo-Villasante, Carmen, *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*, Madrid, Revista de Occidente, 1962.
- Burgos, Carmen de, *Arte de la elegancia*, Valencia, F. Sempere y Compañía, 1918.
- , *El arte de ser mujer: Belleza y perfección*, Madrid, Juan Pueyo, 1920.
- , *Las artes de la mujer*, Valencia, F. Sempere y Compañía, 1911.
- , *Misión social de la mujer. Conferencia pronunciada en la Sociedad «El Sitio» por doña Carmen de Burgos la noche del 18 de febrero de 1911*, Bilbao, José Rojas Núñez, 1911.
- Cabrerizo, Francisco, *Derecho matrimonial español. El matrimonio, los hijos, la separación y el divorcio, con arreglo a las novísimas leyes*, Madrid, Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares, 1933.
- Cadalso, José, *Cartas marruecas; Noches lúgubres*, Rusell P. Sebold (ed.), Madrid, Cátedra, 2002.
- Calderón de la Barca, Pedro, *Guárdate del agua mansa; Amar después de la muerte*, Madrid, Espasa-Calpe, 1970.
- Cansinos-Asséns, Rafael, *La novela de un literato (hombres, ideas, escenas, efemérides, anécdotas)*, Madrid, Alianza, 2005.
- Capmany, Maria Aurelia, *La dona a Catalunya*, Barcelona, Edicions 62, 1979.
- , (et al.), *Dona i societat a la Catalunya actual*, Barcelona, Edicions 62, 1978.
- Cartagena, Teresa de, *Arboleda de los enfermos, Admiración Operum Dey*, Lewia Joseph Hutton (ed.), Madrid, Real Academia Española, 1967.
- Castillejo, Cristóbal de, *Diálogo de mujeres*, Rogelio Reyes Cano (ed.), Madrid, Castalia, 1986.
- Castro y Serrano, José de, *Cartas trascendentales escritas a un amigo de confianza*, Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1862.

- Catalina, Severo, *La mujer: apuntes para un libro*, Madrid, A. de San Martín, 1861.
- Cela, Camilo José, *Izas, rabizas y colipoterras: drama con acompañamiento de cachondeo y dolor de corazón*, Barcelona, Lumen, 1984.
- El Censor: Obra periódica, comenzada a publicar en 1781 y terminada en 1787*, Oviedo, Universidad de Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 1989.
- Chumez, Chumy, *Vida de maqueto*, Madrid, Edaf, 2003.
- Cortina i Cunill, M<sup>a</sup> Ángeles, «La palabra como arma homicida», *Boletín de la Red Feminista Latinoamericana y del Caribe contra la violencia doméstica y sexual «Isis Internacional»*, núm. 32, (julio-septiembre), 2001.
- Claret, Antonio, *Instrucción que debe tener la mujer para desempeñar bien la misión que el Todopoderoso le ha confiado*, Barcelona, Librería Religiosa, 1869.
- Clavijo y Fajardo, José, *Antología de El Pensador*, Sebastián de la Nuez Caballero (ed.), Islas Canarias, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1989.
- Código civil vigente en la península y ultramar: Reformado conforme a lo dispuesto en la Ley del 26 de mayo y Real Decreto de 24 de julio de 1889*, Madrid, Viuda e Hijos de la Riva, 1890.
- Código de Comercio de 1885*, Madrid, P. Núñez, 1885.
- Código Penal de 1870*, Madrid, Imprenta de la Biblioteca de Instrucción y Recreo, 1871.
- Colección Legislativa de España*, Madrid, García Rico, 1916, vol. 73.
- Córdoba, Fray Martín de, *Jardín de nobles doncellas*, Harriet Goldberg (ed.), Chapel Hill, North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures, 1974.
- Coronado, Carolina, *Obra en prosa. Novelas (I)*, Gregorio Torres Nebrera (ed.), Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1999, vol. 1.
- , *Obra en prosa (III), Ensayos, artículos y cartas*, Gregorio Torres Nebrera (ed.), Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1999, vol. 3.
- Criado y Domínguez, Juan Pedro, *Literaturas españolas del siglo XIX*, Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1889.

- Cruz, Ramón de la, *La embarazada ridícula: sainete nuevo para doce personas*, Valencia, José Ferrer de Orga y Compañía, 1811.
- , *Sainetes de don Ramón de la Cruz en su mayoría inéditos*, Emilio Cotarelo y Mori (ed.), Madrid, Bailly-Baillièere, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 1915-1928.
- Cuesta y Ckerner, Juan, *Enfermedades de las mujeres. Extracto de las asignaturas que tienen que estudiar los cirujanos de 2ª clase que aspiran al título de facultativos habilitados por medio de estudios privados*, Madrid, Tomás Alonso 1868.
- Dalmau, Delfí, *Polémica. Mercé Rodoreda. Carlos Varela. José Ortega y Gasset*, Barcelona, Clarisme, 1934.
- Deville, Gustave, «Influencia de las poetisas españolas en la literatura», *Revista de Madrid*, 2.ª ser. 2 (1844), pp. 190-199.
- Eijoecente, Luis de, *Libro del agrado, impreso por la virtud en la imprenta del gusto, a la moda, y al ayre del presenta siglo*, Madrid, D. Joaquin Ibarra, 1785.
- Eiximenis, Francesc, *Francisco Ximenes: Libro de las donas*, Madrid, Biblioteca Nacional, ms. 12731.
- , *Prosa*, Xavier Renedo y Sergi Gascon (eds.), Barcelona, Teide, 1993.
- Encina, Juan del, *Teatro completo*, Miguel Ángel Pérez Priego (ed.), Madrid, Cátedra, 1998.
- Eslava, Rafael G., *La prostitución en Madrid: Apuntes para un estudio sociológico*, Madrid, Vicente Rico, 1900.
- Espina, Antonio, «Reseña del libro *Les Femmes peintres du dix-huitième siècle* de Ch. Oulmont», *Revista de Occidente*, año VII, núm. LXVIII (febrero de 1929), pp. 245-248.
- Fernández de Moratín, Leandro, *La mojigata*, Juan Antonio Ríos Carratalá (ed.), Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002.
- Fernández de Moratín, Nicolás, *El arte de las putas*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000.
- , *La petimetra: comedia nueva*, Madrid, Oficina de la Viuda de Juan Muñoz, 1762.
- Ferrer del Río, Antonio, *Galería de literatura española*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de D. F. de P. Mellado, 1846.

- Fernández Flórez, Darío, *Memorias de un señorito*, Madrid, Plenitud, 1956.
- , *Obras selectas*, Madrid, Plenitud, 1967.
- Fonollosa, José María, *Ciudad del hombre*, Pere Gimferrer (pról.), Barcelona, Sirmio, 1990.
- Galán, Diego (ed.), *La buena memoria de Fernando Fernán-Gómez y Eduardo Haro Tecglen*, Madrid, Alfaguara, 1997.
- Garvich, Javier, «¿Libros para menopáusicas o revolución en las letras?», *El Interpretador*, núm. 19, octubre de 2005.
- Gil Bera, Eduardo, *Baroja o el miedo (biografía no autorizada)*, Barcelona, Península, 2001.
- Gil-Albert, Juan, *Heracles. Sobre una manera de ser*, Madrid, Taller Ediciones JB, 1975.
- Gilabert, Txaro, «Documento histórico. Contrato de maestras en 1923», *Aula Libre*, núm. 74 (junio de 2001).
- Giné y Partagás, Juan, *Curso elemental de higiene privada y pública*, Barcelona, Imprenta de Narciso Ramírez y Compañía, 1871, vol. 1.
- Girona, Cerverí, «Maldit, bendit», en *Obras completas del trovador Cerverí de Girona*, Martí de Riquer (ed. y trad.), Barcelona, Instituto Español de Estudios Mediterráneos, 1947.
- Gómez de Avellaneda, Gertrudis, *Autobiografía y cartas (hasta ahora inéditas) de la ilustre poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda*, Lorenzo Cruz de Fuentes (ed.), Huelva, Imprenta de Miguel Mora, 1907.
- González del Castillo, Juan Ignacio, *Obras completas de Juan Ignacio González del Castillo*, Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, Real Academia Española, 1914, vol. 1.
- González Hernández, Olegario, «Fray Hernando de Talavera. Un aspecto nuevo de su personalidad», *Hispania Sacra*, 25 (1960).
- González Serrano, Urbano y Posada, Adolfo, *La amistad y el sexo: Cartas sobre la educación de la mujer*, Madrid, Enrique Rubiños, 1893.
- González Palencia, Ángel, *Versiones castellanas del Sendebár*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Patronato Menéndez y Pelayo, Instituto Miguel Asín, 1946.
- González Ruiz, Nicolás, «Ensayo sobre la psicología revolucionaria», *Acción Española*, núm. 77 (julio de 1935).

- Gracián, Baltasar, *El criticón*, Santos Alonso (ed.), Madrid, Cátedra, 1984.
- Guevara, Fray Antonio de, *Libro Primero de las epístolas familiares*, José María de Cossío (ed.), Madrid, Aldus, 1950/1952, 2 vols.
- , *Relox de príncipes*, Emilio Blanco (ed.), Madrid, ABL Editor/Conferencia de Ministros Provinciales de España, 1994.
- Herrero, Javier, *Fernán Caballero: Un nuevo planteamiento*, Madrid, Gredos, 1963.
- Huarte de San Juan, Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*, Rodrigo Sanz (ed.), Madrid, Imprenta La Rafa, 1930, 2 vols.
- Iriarte, Tomás, *La señorita malcriada*, Juan Antonio Ríos Carratalá (ed.), Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002.
- Iza Zamácola, Juan Antonio de, *Elementos de la ciencia contradanzaria para que los currutacos, pirracas, y madamitas de nuevo cuño puedan aprender por principios a bailar las contradanzas por sí solos, o con las sillas de su casa*, Madrid, Imprenta de la Viuda de José García, 1796.
- Jagoë, Catherine, Blanco, Alda, y Enríquez de Salamanca, Cristina, *La mujer en los discursos de género. Textos y contextos en el siglo XIX*, Barcelona, Icaria, 1998.
- Jardiel Poncela, Enrique, *Obras selectas*, Federico Carlos Sáinz de Robles (ed.), Barcelona, Carroggio, 1971.
- Jiménez de Asúa, Luis, *La constitución de la democracia española y el problema regional*, Buenos Aires, Losada, 1946.
- Jovellanos, Gaspar Melchor de, *Obras completas*, José Miguel Caso González, Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII-Ayuntamiento de Gijón, 1984, vol. 1.
- , *Obras publicadas e inéditas de D. Gaspar Melchor de Jovellanos*, Cándido Nocedal (ed.), Madrid, M. Rivadeneyra, Biblioteca de Autores Españoles, 1858.
- Juan Manuel, Infante de Castilla, *El conde Lucanor*, Juan Vicedo (ed.), Alicante, Aguaclara, 1997.
- Kirkpatrick, Susan, *Las Románticas. Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*, Madrid, Cátedra, 1989.
- , *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*, Madrid, Cátedra, 2003.

- Larra, Mariano José de, *Artículos*, Enrique Rubio (ed.), Madrid, Cátedra, 1997.
- León, Fray Luis de, *La perfecta casada*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980.
- León, María Teresa, *Memoria de la melancolía*, Barcelona, Laia, 1977.
- Libertad Digital*, Sociedad: «Arias Cañete compara a las mujeres con el manejo del regadío», 3 de noviembre de 2000.
- Lissorgues, Yvan, *Clarín político (I)*, Barcelona, Lumen, 1989, vol. 1.
- Llanos y Alcaraz, Alfonso, *La mujer en el siglo diez y nueve: hojas de un libro*, Madrid, Librería de San Martín, 1864.
- Lucena, Luis de, *Repetición de amores*, Jacob Ornstein (ed.), Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1954.
- Malón de Chaide, Pedro, *La conversión de la Magdalena*, P. Félix García (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1959.
- Mangini, Shirley, «Entrevista a Rosa Chacel», *Ínsula*, núm. 492, 1987, pp. 10-11.
- Manjarrés, José de, *Guía de señoritas en el gran mundo*, Barcelona, Tomás Gordes, 1854.
- Marañón, Gregorio, *Obras completas*, Alfredo Juderías (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1966, vol. 1.
- Marie Claire*, «Entrevista a Belén Rueda», agosto de 2004.
- Martín Ferrand, Manuel, «Visca la llibertat!», *ABC*, 16 de octubre de 2004.
- Martín Gaité, Carmen, *Cuadernos de todo*, Barcelona, Random House Mondadori, 2002.
- , *Pido la palabra*, Barcelona, Anagrama, 2002.
- , *Desde la ventana*, Emma Martinell (ed.), Madrid, Austral, 1999.
- , *Usos amorosos de la postguerra española*, Barcelona, Anagrama, 1994.
- , *Usos amorosos del dieciocho en España*, Barcelona, Anagrama, 1987.
- Martínez de Toledo, Alfonso, *Arcipreste de Talavera o Corbacho*, Michael Gerli (ed.), Madrid, Cátedra, 1992.
- Martínez, Graciano, *El libro de la mujer española: Hacia un feminismo cuasi dogmático*, Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos, 1921.
- Martínez Sierra, María, *Gregorio y yo*, Alda Blanco (ed.), Valencia, Pre-Textos, 2000.

- Massanés Dalmau, Josefa, *Flores marchitas: nueva colección de poesías*, Barcelona, Imprenta de A. Brusi, 1850.
- , *Poesías*, Barcelona, Imprenta de J. Rubió, 1841.
- Mayordomo Pérez, Alejandro, y Lázaro Lorente, Luis Miguel, *Escritos Pedagógicos de la Ilustración*, Madrid, MEC, 1988, vol. 1.
- Memorial literario instructivo y curioso de la Corte de Madrid*, Madrid, Imprenta Real, 1784-1785.
- Méndez, Concha, *Memorias habladas, memorias armadas*, 1990.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino, *Estudios sobre la prosa del s. XIX*, José Vila Selma (ed.), Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1956.
- , *Epistolario*, Manuel Revuelta Sañudo (ed.), Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982-1991, 23 vols.
- Miracle, Josep, *Caterina Albert Paradís «Víctor Català»*, Barcelona, DOPESA, 1978.
- Moa, Pío, «¿Mujer trabajadora?», *Libertad Digital*, 8 de marzo de 2002.
- Moebius, Paul Julius, *La inferioridad mental de la mujer*, Carmen de Burgos (trad.), Valencia, Imprenta de El Pueblo, s. d.
- Mohedano, José María (ed.), *Espéculo de los legos. Texto inédito del siglo xv*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Miguel de Cervantes, 1951.
- Moliner, Empar, «Cómo tratar a las separadas», *El País*, 18 de julio de 2004.
- Monlau, Pedro Felipe, *Higiene del matrimonio o el libro de los casados*, Madrid, Imprenta de M. Rivadeneyra, 1865.
- Montesino, Ambrosio, *Cancionero fray Ambrosio Montesino*, Julio Rodríguez-Puértolas, Cuenca, Diputación Provincial de Cuenca, 1987.
- Muñoz, Antonio, *Aventuras en verso y prosa del insigne poeta y su discreto compañero*, Madrid, Imprenta y Librería de M. Fernández, 1739.
- Nifo, Mariano Francisco de, *El amigo de las mujeres de Mirabeau, traducido y adaptado del francés por don Mariano Francisco Nifo*, Madrid, 1763.
- Olmedilla y Puig, Joaquín, *Algunas páginas acerca de la importancia social de la mujer*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1882.
- Ortega y Gasset, José, *Estudios sobre el amor*, Madrid, Espasa-Calpe, 1964.
- , *Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1963-1966, vols. 3 y 7.



- Osuna, fray Francisco de, *Norte de los estados en que se da regla de biuir a los mancebos; y a los casados: a los biudos: y a todos los continentes: y se tratan muy por estenso los remedios del desastrado casamiento: enseñando q[ue] tal a de ser la vida del cristianismo casado*, Sevilla, Imprenta Bartolomé Pérez, 1531.
- Boletín Red contra la Violencia*, «La palabra como arma homicida», núm. 32 (julio-septiembre), 2001.
- El País*, 29 de septiembre de 2001.
- Panero, *Sin rumbo cierto. Memorias conversadas con Fernando Valls*, Barcelona, Tusquets, 2000.
- Panero, Michi, «Casi unas memorias», en *Memoria. Revista de Estudios Biográficos*, núm. 2, año 2005, p. 138.
- Pardo Bazán, Emilia, *La cuestión palpitante*, José Manuel González Herrán (ed.), Anthropos, Servicio de Publicación e Intercambio Científico de la Universidad de Santiago de Compostela, 1989.
- , *La mujer española*, Leda Schiavo (ed.), Madrid, Editora Nacional, 1981.
- , *Obras completas*, Federico Carlos Sáinz de Robles (ed.), Madrid, Aguilar, 1957, vol. I.
- Pemán, José María, *Obras selectas*, Emilio Gascó Contell (ed.), Barcelona, Carroggio, 1973.
- Pérez de Ayala, Ramón, *Artículos y ensayos en los semanarios España, Nuevo Mundo y La Esfera*, Florencio Frieria Suárez (ed.), Oviedo, Universidad de Oviedo, Servicio de Publicaciones, 1986.
- , *Obras completas*, José García Mercadal (ed.), Madrid, Aguilar, 1963, vol. 3.
- Pérez, Pero, «Las mujeres y el darwinismo», *La España Moderna*, 7, núm. 80 (agosto de 1895), pp. 198-204.
- Pidal y Mon, Alejandro, «El feminismo y la cultura de la mujer», *Ciudad de Dios* (noviembre de 1904, p. 646.)
- Piñán y Zúñiga, José A., *Antorcha para solteros de chispas de los casados: carta en que un amigo a otro consulta para casarse, y en respuesta de este, avisándole las propiedades de las señoras mugeres, con difinicion [sic] de lo que es la mala y la buena en dos décimas*, Madrid, [s.n.], 1774.

- Porlan, Alberto, *La sinrazón de Rosa Chacel*, Madrid, Anjana, 1984.
- Porro Herrera, María José, *Romper el espejo. La mujer y la transgresión de códigos en la literatura española: Escritura. Lectura. Textos (1001-2000)*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2001.
- Puente, José Vicente, *Una chica topolino*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1945.
- Pulido Fernández, Ángel, *Bosquejos médico-sociales para la mujer*, Madrid, Víctor Sáiz, 1876.
- Quevedo, Francisco de, *Obras completas de don Francisco de Quevedo y Villegas*, Aureliano Fernández-Guerra y Orbe y Marcelino Menéndez y Pelayo (eds.), Sevilla, Sociedad de Bibliófilos Andaluces, 1903, vol. 2.
- , *Obras de don Francisco de Quevedo y Villegas*, Aureliano Fernández-Guerra y Orbe (ed.), Madrid, Imprenta de M. Rivadeneyra, BAE, 1852-1953, vol. 3.
- , *Poesía original completa*, José Manuel Blecua (ed.), Barcelona, Planeta, 1983.
- , *Sueños y discursos de verdades descubridoras de abusos, vicios y engaños en todos los oficios y estados del mundo*, José Manuel Blecua (ed.), Madrid, Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Empresarios del Comercio del Libro, 1980.
- Quintana, Manuel José, «Informe de la Junta creada por la Regencia para proponer los medios de proceder al arreglo de los diversos ramos de instrucción pública», en *Obras completas*, Madrid, Imprenta de M. Rivadeneyra, 1867, vol. 19, pp. 175-191.
- Reformas sociales. Información oral practicada en virtud de la Real Orden de 5 de diciembre de 1883, preparado por la Comisión para el mejoramiento de la clase obrera*, Madrid, Manuel Minuesa de los Ríos, 1889-1892.
- Reig, Ramiro, *Vicente Blasco Ibáñez*, Madrid, Espasa-Calpe, 2002.
- Roig, Jaume, *El «espejo» de Jaume Roig; poema valenciano del siglo xv*, Ramón Miquel y Planas (trad.), Barcelona, Orbis, 1936-1942.
- Rojas, Fernando de, *La Celestina*, Dorothy S. Severin (ed.), Madrid, Cátedra, 1989.

- Roldán López, Eusebio, *Las mujeres ya votan y son superiores al hombre. Contestación a Dumas y a Girardin*, Madrid, Establecimiento tipográfico de P. Abienzo, 1881.
- Rusiñol, Santiago, *Obras Completas*, Carles Soldevilla (ed.) Barcelona, Selecta, 1973-1976, vol. 2.
- Salisachs, Mercedes, *Derribos. Crónicas íntimas de un tiempo saldado*, Barcelona, Plaza & Janés, 1987.
- Santos, Francisco, *Obras selectas*, Milagros Navarro Pérez (ed.), Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1976.
- Sabater, Fernando, «La mujer», *El Seminario Pintoresco Español*, 2.<sup>a</sup> ser. 4 (1842), pp. 115-116.
- Sáez de Melgar, Faustina, *Deberes de la mujer: colección de artículos sobre la educación*, Madrid, R. Vicente, 1866.
- , «La literatura en la mujer», *La Violeta*, 20 de agosto y 3 de septiembre de 1865, pp. 401-402 y 429.
- Samaniego, Félix María de, *Medicina fantástica del espíritu y espejo teórico-práctico en que se miran las enfermedades reinantes desde la niñez hasta la decrepitud con recetas y aforismos que suministra la moral*, Emilio Palacios Fernández (ed.), Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003.
- Sánchez Llama, Íñigo, *Galería de escritoras isabelinas. La prensa periódica entre 1833 y 1895*, Madrid, Cátedra, 2000.
- Scanlon, Geraldine M., *La polémica feminista en la España contemporánea (1868-1974)*, Madrid, Akal, 1986.
- , *Sendas opuestas*, Madrid, Imprenta de Rojas, 1878.
- Segura Graíño, Cristina (ed.), *Feminismo y misoginia en la literatura española. Fuentes literarias para la Historia de las Mujeres*, Madrid, Narcea, S.A. de Ediciones, 2001.
- Serret, Ramón, “La masturbación como causa de las afecciones ginecológicas”, en *El Siglo Médico*, 30, 1883, p. 702.
- Sinués de Marco, María del Pilar, *El ángel del hogar. Estudios morales acerca de la mujer*, Madrid, Imprenta Española de Nieto y compañía, 1862.

- , *Biografía de la señora Faustina Sáez de Melgar*, Madrid, Imprenta de Bernabé Fernández, 1860.
- , *Cuentos de color de cielo*, Madrid, Librería de Leocadio López, 1867.
- , *Verdades dulces y amargas*, Madrid, Imprenta y Fundición de la Viuda e Hijos de J. A. García, 1882.
- Sturn, Harlan (ed.), *Libro de los buenos proverbios*, Lexington, University Press of Kentucky, 1970.
- Tarín-Iglesias, José, *Unamuno y sus amigos catalanes: historia de una amistad*, Barcelona, Península, 1966.
- Torres Villarroel, Diego de, *Sueños morales. Corregidos y aumentados con el papel nuevo de La Barca de Aqueronte y Residencia infernal de Plutón*, Salamanca, Imprenta de la Santa Cruz, 1743.
- Ulacia Altolaquirre, Paloma, *Concha Méndez: memorias habladas, memorias armadas*, Madrid, Mondadori, 1990.
- Umbral, Francisco, *Mis paraísos artificiales*, Barcelona, Argos, 1976.
- , «El Romance de la Tani», *El Mundo*, 26 de octubre de 2000.
- , «El último amor romántico», *El Mundo*, 11 de noviembre de 2000.
- Unamuno, Miguel de, *Mi vida y otros recuerdos personales*, Manuel García Blanco (ed.), Buenos Aires, Losada, 1959, 2 vols.
- , *Obras completas*, Manuel García Blanco (ed.), Madrid, Afrodisio Aguado, 1959, vols. 10-11.
- , *San Manuel Bueno, mártir; Cómo se hace una novela*, Madrid, Alianza, 1988.
- Valera, *Obras completas*, Luis Araujo (ed.), Madrid, Aguilar, 1958, vol. 2.
- Vega, Daniel, *Valores espirituales en quiebra*, Madrid, Stvdivm, Bolaños y Aguilar, 1962.
- Vega, Lope de, *Peribáñez y el Comendador de Ocaña; La dama boba*, Alonso Zamora Vicente (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1969.
- Vidal, María Antonia (ed.), *Cien años de poesía femenina (española e hispanoamericana 1840-1940)*, Barcelona, Olimpo, 1943.
- Viguera, Baltasar de, *La fisiología y patología de la mujer, o sea la historia analítica de su constitución física y moral, de sus atribuciones y fenómenos sexuales y de todas sus enfermedades*, Madrid, Imprenta de Ortega y Compañía, 1827, vols. 1 y 2.

Vives, Juan Luis, *Instrucción de la mujer cristiana*, Buenos Aires, Austral, 1948.

—, *Tratado del alma*, Madrid, Ediciones de la Lectura, 1922.

Zorrilla, José, *Recuerdos del tiempo viejo*, María Ángeles Naval (ed.), Barcelona, Círculo de Lectores-Ópera Mundi, 1996.

## Agradecimientos

Agradezco a los profesores Isabel de Riquer, August Bover y Loreto Vilar de la Universidad de Barcelona que hayan atendido amablemente mis peticiones de ayuda; a Laura Freixas y Victoria Combalía sus comentarios y a Joana Bonet la lectura activa del libro. Gracias al equipo de la Unidad de Estudios Biográficos, con quien comparto todas las aventuras a las que conduce mi trabajo, por sus sugerencias y aportaciones. Y decir que de no ser por la amable insistencia de la editora, Silvia Querini, dudo que hubiera llegado hasta el final.

La nueva edición del libro ha sido idea del editor Francisco Martínez Soria, a quien agradezco de veras la iniciativa. Y gracias a mi fiel colaborador, el escritor Patricio Alvarado, por sus sugerencias y aportaciones en la revisión del texto.

## Notas

1. «¿Cómo se atreve a escribir de su formación? ¡Como si esta fuera importante!» Éste era el centro de la argumentación. Yo misma acusé la influencia de las críticas dirigidas a la novelista por su atrevimiento en detenerse en sus influencias literarias. Pensé que eran críticas razonadas (en *Narcisos de tinta*, Megazul, 1995). Ahora lamento profundamente la falta de comprensión. Véase «La primera redacción, autógrafa e inédita, de los “Apuntes autobiográficos” de Emilia Pardo Bazán», Ana María Freire López, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

2. Separata que acompañaba el dossier de prensa de la nueva edición de *Mujercitas* (Lumen, 2004), trad. de Gloria Méndez. Tal vez esta experiencia explica que cuando se la interrogó acerca de sus influencias literarias, la novelista respondió dando sólo los nombres de Poe y Gombrowicz. Véase *Palabras de mujeres. Escritoras españolas contemporáneas*, de María del Mar López-Cabrales, Madrid, Narcea, 2000, p. 172.



3. Lumen publicó la versión íntegra en 2004, en nueva traducción de Gloria Méndez.

4. «La España franquista era más restrictiva que los Estados Unidos del siglo XIX», dirá Alicia Giménez Bartlett en «Ellas hablan de ellas», *Qué leer*, noviembre de 2004, p. 40.

5. La obra fue traducida del inglés por Fernando Trías y José Pedreira.

6. Ob. cit. p. 71.

7. Ob. cit. p. 64.

8. La primera edición de la novela, en 1811, apareció sin firma, anónima.

9. Días después, y por pura casualidad, compré una edición que no tenía de *Solitud* (Selecta, 1952), de mi admirada Caterina Albert, «Víctor Català», con prólogo de Manuel de Montoliu. Éste repasa los valores de la novela —lenguaje, estilo, simbolismo...— y dedica un último apartado de su prólogo a los «defectos» de la escritora: el capitulillo se titula así, «Defectes» (p. 35) y empieza : «Los defectos que, como toda obra humana, nos presenta *Solitud* son de otro tipo muy diferente. Están prácticamente todos referidos a la estructura de la obra». Vaya por Dios. He buscado otros prólogos de Montoliu para saber si era su forma habitual de proceder —en cuyo caso no ha lugar hablar de sexismo sino de costumbre—, pero no he conseguido encontrar un apartado parecido cuando Montoliu analiza la obra de otros autores (por supuesto varones).

10. Son catorce las autoras simplemente citadas, un seis por ciento del corpus total de autores: Clementina Arderiu, María Josefa Canellada, Dolores Catarineu, Carmen de Icaza, Carmen Laforet, Matilde Landa, Carmen Martín Gaité, Ana María Matute, María Moliner, Lourdes Ortiz, Emilia Pardo Bazán, Rosa Regás, María Zambrano y Dolores Franco.



11. *Tramas, libros, nombres. Para entender la literatura española, 1944-2000*, Barcelona, Anagrama, 2005, p. 56.

12. «La novela española del siglo xx», en *Quimera*, n.º 214-215, abril 2002.

13. La opinión expresada en la revista digital *El interpretador* no deja lugar a dudas: «Cosas como enfrentar un día de vértigo teniendo la regla o interrogarse sobre su futuro siendo una mujer cuarentona, sola y algo fea. De esos asuntos menudos se encargan las actuales escritoras y algunos artistas homosexuales». (Fragmento del artículo en la antología.)

14. Laura Freixas escribió un artículo sobre lo sesgado de las preguntas periodísticas cuando un premio literario lo gana una escritora: «Por aquello de la cuota», *La Vanguardia*, 11-10-04. Las novelistas españolas de los años cincuenta y sesenta se hartaron de contestar preguntas del tipo ¿«Cómo compagina Vd. sus labores domésticas con la afición a la literatura?».

15. Al revisar el texto, leo con estupor la noticia de la dimisión de Kart Ahnlund como Jurado del premio Nobel, por haber premiado a Jelinek en la convocatoria de 2004 (es decir, que Ahnlund toma su decisión un año después del galardón a la escritora austríaca: ¿no es un poco raro?). Se da la circunstancia que el gesto proviene de uno de los traductores de Cela al sueco: remito al lector a las páginas dedicadas a Cela en el último capítulo de la antología. No parece que la conciencia de este crítico y traductor tenga un baremo equitativo a la hora de escandalizarse por lo que lee. Por su interés, reproduzco un pasaje del artículo publicado por Oriol Pi de Cabanyes sobre la noticia: «Le conocí (a Kart Ahnlund) en Estocolmo el año que le dieron el Nobel a Cela. Muy poco antes [...] estábamos en la biblioteca de la Academia Sueca, después de haber compartido un té con pastas, y se encaramó a una escalera de mano para mostrarme, en plan guiño, un libro del petómano. Era, al fin y al cabo, su traductor al sueco» (*La Vanguardia*, 24 octubre 2005).

16. A propósito de *Memoria de mis putas tristes*, algunos críticos han señalado con valentía la mirada «brutalmente misógina del narrador» —Félix Romeo (*Heraldo de Aragón*)— o bien «la luz chabacana que emana de esta novela» Mihály Dés (*Lateral*). Lucía Etxebarría no dejó pasar la ocasión: véase su artículo publicado en la red «García Márquez y la apología de la explotación infantil».

17. Preparando una nueva edición del libro me permito señalar que la disparidad de opiniones afloró de nuevo a propósito de un artículo publicado por Laura Freixas sobre *Lolita*: «¿Qué hacemos con *Lolita*?», en *El País*, 21 de marzo de 2018, con réplica de Mario Vargas Llosa con «Nuevas inquisiciones», *El País*, 18 de marzo de 2018 («el feminismo es hoy el más resuelto enemigo de la literatura») y contrarréplica de Anna Caballé, «¿Inquisiciones?», *El País*, 24 de marzo de 2018.

18. Caterina Albert en carta a Narcís Oller, el 15 de enero de 1903, *Obres Completes*, 1972, p. 1824.



19. *Thomas Bernhard. Un encuentro*, trad. de Miguel Sáez, Tusquets, 1998.

20. «Hoy cuento sobre cuentos», *Los escritores y la creación en Hispanoamérica*, Fernando Burgos (ed.), Madrid, Castalia, 2004.

21. Glucksmann dedica un capítulo entero al tema, «Cherchez la femme!», aunque lo centra en el análisis de algunas figuras griegas y en la actitud del islamismo ante la mujer.

22. «Las chicas tienen derecho a ser guapas o feas sólo hasta los veinticinco años. Después se imponen sólo dos cosas, el dinero y la inteligencia. Por muy guapa que seas, niña, si a partir de los veinticinco no inviertes en cremas estás perdida. La naturaleza es así de cruel con las mujeres.» Así empezaba su columna «Si no tiene dinero, déjelo» Salvador Sostres (*Avui*, 10 diciembre 2004). La termina con una frase que sólo dice de él y de los que le aplauden por ello: «la realidad es que si una mujer no invierte en su conservación/restauración a partir de cierta edad acaba hecha un estropajo mucho antes de dejar de menstruar».

23. Blanca Bravo Cela, *Carmen de Burgos (Colombine). Contra el silencio*, Espasa, 2003.

24. El ensayo de Gloria Berrocal (*Mujeres afortunadas*, Nuer, 1993) comprueba que esa situación sigue repitiéndose en la actualidad.

25. Escribe Mercè Ibarz: «En Cataluña sigue siendo una mujer fatal. Un arquetipo periclitado —aparentemente— que Mercè Rodoreda debe soportar. Virgen santa, qué cruz», *Mercè Rodoreda*, Omega, 2004.

26. Felicidad Blanc, casada con el poeta Leopoldo Panero, hace referencia a la extrañeza que le causaban los poemas de amor que le dedicó su marido, la distancia que observaba entre la poesía y la realidad: «Esos poemas que escucho de sus labios y leo muchas veces, en los que habla de mí, ¿a quién se refieren? ¿A esa mujer solitaria, abandonada, a la que no presta ninguna atención, a la que hace esperar horas enteras en la noche y a la que ha visto cerca de la muerte varias veces sin que demostrase que lo sentía?» (*Espejo de Sombras*, Argos Vergara, 1977).



27. Hernán Migoya, «Los niños van a París», *Lateral*, octubre de 2004, p. 33.

28. N.º 121, enero de 2005, p. 61.

29. «Només som infidels els homes», *Avui*, 7 de novembre de 2004, p. 73.

30. Robert Archer, *Misoginia y defensa de las mujeres. Antología de textos medievales*, Madrid, Cátedra, 2001, p. 39.

31. «Otto Weininger o la imposibilidad de ser», en *Sexo y carácter*, trad. de Felipe Jiménez de Asúa, Península, 1985.

32. Feijoo, «La defensa de las mujeres». Discurso xvi en *Teatro Crítico*, t. I. Recogido en *Obras escogidas*, ed. de Vicente de la Fuente, Madrid, Rivadeneyra, BAE, 1863.

33. El texto clave es un opúsculo titulado «De las mujeres» recogido en sus *Parerga y Paralipómena* (1851). Versión castellana en *El amor, las mujeres y la muerte*, trad. de Miquel Urquiola, Edaf, 1993.

34. Carta de Adele Schopenhauer fechada en la primavera de 1819. En *Antología de románticas alemanas*, ed. y trad. de Federico Bermúdez-Cañete y Esther Trancón Widemann, Cátedra, 1995, p. 426. La hermana de Schopenhauer despertó el interés por su figura a raíz de la publicación de sus diarios en 1985. Curiosamente, en la más reciente biografía del filósofo disponible en castellano (*Schopenhauer. Vida del filósofo pesimista*, Algaba, 2005, escrita por Luis Fernando Moreno Claros) a Adele se la trata de «personita de nula belleza física» (p. 253). «Personita» resulta adecuado para referirse a una criatura, tal vez, pero no para aludir a una mujer adulta de la que se dan, además, muy pocos datos.



35. Carlos Castilla del Pino, ob. cit, p. 13.

36. Algunos puntos:

6. La separada que fue sustituida por otra mujer más joven pero tonta, adelgaza. La que fue sustituida por otra mujer más vieja pero inteligente o por un hombre es aún peor: pretende cultivar su personalidad.

7. La recién separada recién teñida (RSRT) se queja de que a partir de una edad las mujeres se vuelven invisibles para los hombres. Cuando a algún hombre se le ocurre rescatarla de su invisibilidad con un piropo, ella lo abofetea por machista (Empar Moliner, «Cómo tratar a las separadas», *El País*, 18 de julio de 2004).

37. «Teoría de la misoginia», *Exterior noche*, Madrid, Ediciones Noega, 1983.

38. E. Michael Gerli (1981), M.<sup>a</sup> Jesús Lacarra (1986), Mary Nash (1988), Mercè Puig Rodríguez-Escalona (1995), Michael Salomón (1997), Isabel de Riquer (1998), Mónica Bolufer (1998), Iris Zavala (1998), Robert Archer (1998, 2001), Catherine Jagoe (1998), David Gilmore (2001), Cristina Segura (2001)... Amén de valiosas aproximaciones más personales, como las de Lidia Falcón, Pilar Rahola, Margarita Rivière, Lucía Etxebarria, Laura Freixas, Lourdes Ventura...

39. El resultado, según la psicóloga infantil María Virué, es que los adolescentes se acostumbran a percibir el sexo completamente dissociado del mundo de los afectos, del sentimiento. Esas mujeres bellísimas, insinuantes y ociosas se asocian a un producto de consumo y, en última instancia, al dinero, al poder. En *Mujer hoy*, «¿Hay mucho sexo en la publicidad?», 11-17 de junio de 2005.

40. *Diarios 2004*, Espasa, 2005, p. 154.

41. Ob. cit., p. 166.

42. «Es urgente avisar que esta novela es una novela sin estilo, porque el estilo es la impronta masculina por excelencia. A la mujer, cuando es estudiante, nadie le explica que la novela no es la trama sino el estilo.» Declaraciones de Francisco Umbral en la presentación de la novela en Madrid, recogidas por la prensa el 9 de noviembre de 2005.



43. La situación está muy bien descrita y analizada en un ensayo reciente: *En brazos de la mujer fetiche*, de Lucía Etxebarría y Sonia Núñez Puente, Barcelona, Destino, 2002.

44. Me prometí no caer en la vulgaridad, pero no puedo hablar de situación degradada si no apporto algún ejemplo, de los miles que podrían aducirse. Tres. En fechas recientes viajé a una localidad turística levantina. En la avenida principal que conduce a ella hay una macrodiscoteca cuyas rutilantes luces anuncian cómo se llama: *Xu Palace*. Leído: «chúpalas». ¿Qué es lo que se está insinuando bajo ese nombre? ¿Qué es lo que hay que chupar? Dos: en la película más taquillera del cine español (*Torrente, el brazo tonto de la ley*, 1997) se mantiene el siguiente diálogo:

—Amigo de Torrente: Pero si tiene trece años...

—Torrente: Qué coño. Habiendo menstruado está lista para la ITV.

Y tres, un ejemplo del día: veo en la prensa un anuncio de grandes dimensiones: *La revista 40 principales* (es decir, una publicación destinada a los jóvenes) publicita su último número a la venta en cuya portada destaca el siguiente titular: «Chris Martín: «Me desvirgué a los 22». El líder de Coldplay acusa a sus papás de no enseñarle *cómo meterla*» (*El País*, de 18 octubre de 2005). Ya basta, la vulgaridad de algunas expresiones es capaz de atravesar el papel.

45. Jesús Palacios, «Peces en una jaula de cristal», *Qué leer*, marzo de 2004.

46. «Associació de Dones Periodistes de Catalunya» (ADPC), *Vindicación Feminista*, *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, *Lectora*, Centre Dona i Literatura (UB), etc.

47. *Palabras de mujeres. Escritoras españolas contemporáneas*, de María del Mar López-Cabrales, Madrid, Narcea, 2000, p. 161.

48. Leamos a Marta Sanz Pastor: «Soy una mujer de 31 años con estudios superiores e ínfulas creativas. Disfruto de un trabajo bien remunerado de 30 horas semanales. Mi matrimonio es feliz y no tengo hijos porque no me da la gana, lo cual no significa que carezca de conciencia de mi feminidad y, cada mes, me embargue una cierta ñoñería premenstrual [...] O sea, que estoy llena de contradicciones, porque a veces siento un ecuménico impulso solidario con mi género y otras veces, las mujeres en sus publicaciones y declaraciones me caen muy, pero que muy gordas». Texto autobiográfico titulado «Soy una mujer de 31 años», en *Diarios de mujeres*, Anna Caballé (ed.), *Marie Claire* Publicaciones, 2000, p. 152.

49. «—Helmer: Antes que nada, eres esposa y madre.

—Nora: No creo ya en eso. Ante todo soy un ser humano con los mismos títulos que tú..., o, por lo menos, debo tratar de serlo. Sé que la mayoría de los hombres te darán la razón, y que esas ideas están impresas en los libros; pero ahora no puedo pensar en lo que dicen los hombres y en lo que se imprime en los libros. Necesito formarme mi propia idea y darme cuenta de todo.» (*Casa de muñecas*, escena final).

50. «—Catalina: «Vergüenza me produce ver a las mujeres declarar, ingenuas, la guerra, cuando deberían implorar la paz; pretender el mando, la supremacía y el dominio, estando destinadas a servir, a amar y a obedecer. [...] ¡Vamos, vamos, gusanos impotentes e indóciles! Yo también he tenido un carácter tan difícil como el vuestro, un corazón tan altanero y quizá mayores motivos para oponer una palabra a otra palabra y mal humor por mal humor. Pero ahora advierto que nuestras lanzas no son sino débiles cañas; nuestra fuerza, flaqueza, una flaqueza extrema que, aparentando que somos las más, probamos que somos las menos.»



51. William Shakespeare, *Obras Completas*, ed. de Luis Astrana Marín, Aguilar, 1961: «Los remotos manantiales de *La doma de la bravía* —y es gloria que debe apuntarse la literatura castellana— hállanse en el enxemplo xxxv del *Conde Lucanor* o *Libro de Patronio*: “De lo que contesció a un mancebo que casó con una mujer muy fuerte et muy brava”». El relato en cuestión puede leerse en la antología.

52. Lo recuerda Geraldine Scanlon en un libro de consulta indispensable: *La polémica feminista en España contemporánea, 1868-1974*, 2.ª ed., Madrid, Akal, 1986.

53. Escribe Marañón: «El público, del que formaban parte gran número de mujeres muy distinguidas y cultas, ha acogido con risas y protestas, o por lo menos con absoluta indiferencia, las escenas del último acto en las que la protagonista, reflexivamente, sofoca a su corazón y a su sexo y levanta el vuelo del hogar». En «Biología y feminismo», conferencia pronunciada el 21 de febrero de 1920, en *Obras completas*, III, p. 31.

54. Entrevista publicada en *El Sol*, 20 de noviembre de 1931.

1. Leamos un pasaje: «Pero dejemos aparte el ser las mujeres tan orgullosas, tan viles, tan horribles, tan despechadas, como te lo han recordado mis palabras, y el haberlo evidenciado tu carta tan escarnecidamente, y el haber señalado tú con el dedo a las mujeres por alguna de estas razones o por cualquier otra gana, y vengamos al fogoso amor que sentías por esa mujer y razonemos acerca de tu locura... ¿Cómo se te alteraron tanto los ojos del cuerpo para no ver que era vieja, repugnante y fastidiosa a la mirada? Y, además de esto, qué ceguera del ánimo te oscureció tanto los ojos de la mente que, al cesar la esperanza de tu loco deseo, te hiciese desear la muerte? ¿Qué miseria, qué tibieza, qué negligencia de la memoria te llevó a considerar que, faltándote ella, todo el resto del mundo no valía la pena y, por tanto, a querer morir? Y yendo hacia ella del modo más humilde que podías, sin ser recibido como deseabas, ¿no te alejabas, como lo habrías hecho y lo harás, de aquellos que te podían ensalzar, donde ella siempre te deprimiría, sino que pedías a la muerte que te matase?; la cual más bien debiste de llamar para resguardarte de aquello a lo que tu alma se había inclinado, de la vileza, y de aquélla a la que se había sometido: una vieja agonizante, mustia, malsana, pasto más de perros que de hombres, más para mirar la ceniza de la chimenea que para aparecer entre la gente para ser mirada». *Il Corbaccio*, edición a cargo de P. G. Ricci, Einaudi, 1977, p. 72, trad. de la autora.

2. Cfr. Danielle Jacquart y Claude Thomasset, *Sexualidad y saber medico en la Edad Media*, Barcelona, Labor, 1989.

3. Remito a mi libro *El feminismo en España. La lenta conquista de un derecho*, Cátedra, 2013.

1. *Embaidora*, «embaucadora», «engañadora».



2. *Zuna*, «resabio», «mala intención».

3. *Roncería*, expresión de halago o cariño con palabras o acciones, para conseguir un fin.

4. *Sardo*, dicese del ganado vacuno cuya capa tiene mezcla de negro, blanco y colorado.

5. *Bambolla*, voz onomatopéyica que tiene el significado de «burbuja», «ampolla» o «vejiga».

6. So, «debajo».

7. *Rostrituerta*, que en el semblante muestra enojo, enfado o pesadumbre.

8. El autor se refiere a *Los siete libros de la Diana*, de Jorge de Montemayor, publicada en Valencia en 1559.

9. *Trotalotodo*, variante irónica del compuesto «trotacalles».



1. El refrán dice «Más sabe una suegra que las culebras».

1. *Correspondance de Madame de Maintenon et de la princesse des Ursins*, ed. de Marcel Loyau, París, Mercure de France, 2002. La traducción es de la autora.

2. *Mujeres e Ilustración. La construcción de la feminidad en la España del siglo XVIII*, Institució Alfons el Magnànim, 1998.

3. Discurso XVI, del tomo primero del *Teatro crítico universal* (1726-1740).

1. «La misión de la mujer», en Catherine Jagoe, Alda Blanco y Cristina Enríquez de Salamanca (eds.), *La mujer en los discursos de género*, Barcelona, Icaria, 1998.

2. En *Sexual Behavior in the Human Female*, 1953. La primera edición en castellano: *Conducta sexual de la mujer*, Buenos Aires, Editorial Médico-Quirúrgica, 1954.

3. Citado por Carmen Bravo Villasante en *Una vida romántica. La Avellaneda*, Barcelona, Edhasa, 1967.

4. Cuando en abril de 1884, la escritora y librepensadora Rosario de Acuña se convierte en la primera mujer que interviene públicamente en el Ateneo de Madrid, el periódico *Los Lunes de El Imparcial* justifica la osadía por la condición aristócrata de su protagonista: «No es probable, según nuestras noticias, que se repitan las lecturas por parte de señoras. La de anteayer fue una excepción justificada por las condiciones y antecedentes de Rosario de Acuña. Se comprende esto muy bien. Por este camino, el bello sexo invadiría el Ateneo, a pesar del reglamento y de la oposición».



5. Juan Valera, «Las mujeres y las Academias» (Cuestión social inocente)», en *Obras completas*, Luis Araujo (ed.), Madrid, Aguilar, 1958, vol. 3.

6. En *La mujer española*, Madrid, Imprenta Miguel Guijarro, 1877.

7. Un estudio magnífico de Consuelo Flecha García, *Las primeras universitarias en España (1872-1910)*, Madrid, Narcea, 1996, reconstruye aquella lucha y pone de manifiesto que los avances en el acceso al estudio se debieron sólo a la propia iniciativa de algunas mujeres y a su defensa, respetuosa pero enérgica, a decidir su propio bien. Queda claro que su libertad para cursar una carrera universitaria fue conquistada contra la voluntad del hombre.

8. Isabel Burdiel en su excelente biografía de los primeros años de la reina Isabel II (Espasa, 2004), menciona la falta de escritura de la reina (su correspondencia es escasa, nunca llevó un diario ni se interesó por organizar un archivo privado de su reinado) como una falta de cultura, que lo era: «todas sus cartas están plagadas de faltas de ortografía, compuestas con una caligrafía de extrema inmadurez y ofrecen, en general, una información política muy escasa». Si ésta era la formación de la mujer española más importante del país ¿cómo sería la del resto?

9. Carmen Simón Palmer en «La mujer lectora», en *Revista de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez*, Madrid, año IV, n.º 9.

10. Me refiero a las ilustraciones contenidas en el libro *Los Borbones en pelota* (Madrid, Museo Universal, 1991) mal atribuido a los hermanos Bécquer. Se trata de una colección de dibujos terriblemente soeces inspirados en la figura desprestigiada de la reina Isabel II y cuya publicidad desempeñaría un cierto papel en la caída de la monarca, en septiembre de 1868.

11. Es parte de su autobiografía escrita en forma alegórica y publicada como hoja adicional al n.º 117 de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, el 3 de mayo de 1885.

12. «Es un cerebro de hombre metido en un cuerpo de mujer», es el comentario de Manuel de la Revilla sobre Pardo Bazán.



13. En *Gregorio y yo: medio siglo de colaboración*, México, Gandesa, 1953.

14. *La inferioridad mental de la mujer* (Valencia, 1900), libro incomprensiblemente traducido por Carmen de Burgos.

15. Un razonamiento que parece interminable a juzgar por algunas declaraciones. Por ejemplo, Lawrence Summers, presidente de la Universidad de Harvard en 2005 y exsecretario del Tesoro, uno de los más notables economistas del mundo, en un congreso organizado por la Oficina Nacional de Investigaciones Económicas, celebrado en Boston, afirmó, en su ponencia titulada «Diversificación de la fuerza de trabajo en las ciencias y en la ingeniería», que las mujeres tenían una inferior capacidad innata para las ciencias y las matemáticas que los hombres. Un juicio que indignó a las investigadoras allí presentes, las cuales decidieron abandonar el auditorio en señal de protesta (*El Mundo*, 19 de enero de 2005).

1. «Autobiografía», en *Lecturas*, Barcelona, 1928.

2. Es una cuestión bien analizada por Laura Freixas en los primeros capítulos de su libro *Literatura y mujeres* (Barcelona, Destino, 2000) y sobre el cual Freixas ha seguido publicando.

3. En «Marujas», *ABC*, 23 de agosto de 1997. Por su parte, Margarita Rivière escribió un artículo preguntándose por las razones que atribuyen a la mujer lo que es patrimonio también de muchos hombres, a saber, la afición a los programas y revistas del corazón (en «Descubre el marujo que llevas dentro», *Terra*, 11 de mayo de 2000).

*Una breve historia de la misoginia*

Anna Caballé Masforroll

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2006 y 2019, Anna Caballé Masforroll

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de la cubierta: Atentado sobre Ingres, © Lino Lago

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-344-2974-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)